

Miguel Acosta Saignes

Dialéctica del
Libertador



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Miguel Acosta Saignes

DIALÉCTICA DEL LIBERTADOR



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Dialéctica del Libertador

© Miguel Acosta Saignes

© FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y LAS ARTES, 2020

© UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA, 2002

Diseño de portada: Ariadnny Alvarado Hernández

ISBN: 978-980-253-769-3

Caracas-Venezuela

Miguel Acosta Saignes

DIALÉCTICA DEL LIBERTADOR

*Introducción, recopilación y notas
de Ramón Losada Aldana*



PRÓLOGO

ACCIÓN Y UTOPIA EN LA *DIALÉCTICA DEL LIBERTADOR*

Antes y después de *Acción y utopía*

Un día de 1988, cuando los graves males de salud anunciaban su próxima desaparición física, Miguel Acosta Saignes, con una carpeta en las manos, ya muy debilitadas, aunque todavía armado de aquella voz de sonoridad impresionante, se dirigió a mí y dijo: “Ramón, tome estos trabajos sobre Bolívar. Déles forma de libro. Escríbales un prólogo y publíquelos con el título de *Dialéctica del Libertador*”.

Algún tiempo después abrí la carpeta. Efectivamente, contenía estudios bolivarianos, casi todos publicados en revistas y periódicos, nacionales y extranjeros:

“Tres instancias para una entrevista con Simón Bolívar”¹.

“Una contradicción de Bolívar con la clase de los criollos”.

“La ideología de los criollos expresada por Bolívar”.

“Algunas concepciones políticas de Bolívar”.

“Contradicciones con Sucre”.

“Una realización táctica del Libertador”.

“Muertes paralelas”.

1. Los datos que identifican la fuente de los artículos de Acosta Saignes quedan indicados en cada uno de ellos.

“Bolívar en busca del equilibrio del universo”.

“Cómo repudia una clase social a su Libertador”.

“Los sufrimientos del Ejército Libertador”.

Una vez examinados los precedentes títulos, pudimos recordar otros trabajos bolivarianos de Acosta Saignes que no figuraban en la carpeta. Es así como el arqueo hemerográfico² nos permite agregar trece estudios a los diez entregados por el autor. Los nombro seguidamente:

“Manual de polémica sobre el Libertador”.

“Forma y método de un examen de Bolívar”.

“Conceptos de una visión de Bolívar”.

“El concepto de nación en Salcedo Bastardo”.

“Carta a Salcedo Bastardo”.

“Una cauta biografía”.

“La negra Matea”.

“Bolívar en Río Chico”.

“Una estatua para el Libertador”.

“Certamen sobre Bolívar”.

“¿Existe una patria venezolana?”.

“Concurrente olvidado: Los guajiros”.

“Lecciones permanentes del Libertador”.

Ignoramos los motivos por los cuales estos últimos trabajos fueron excluidos de los materiales que recibimos de manos de Acosta Saignes. ¿Reflejo involuntario de la grave enfermedad?, ¿selección deliberada?, ¿olvido?, ¿insuficiente revisión?, ¿mayor aprecio por los diez primeros? Imposible responder con alguna precisión en ausencia del autor.

En todo caso, nos ha parecido pertinente reunir en un todo lo que recibimos y lo recolectado por nosotros. El proceder de este modo se justifica por el solo hecho de que lo último representa una suma de trabajos superior a lo primero. Por otra parte, es indudable que así se ofrece una mayor posibilidad de conocer más apropiadamente las concepciones bolivarianas de uno de los más brillantes repre-

2. Esto fue facilitado por funcionarios de la Biblioteca Nacional, especialmente por el joven antropólogo Hans Münch, quien ha venido preparando la hemerografía de Miguel Acosta Saignes, en la idea de colaborar con el Congreso Nacional, el cual dictó una resolución para editar y publicar las obras completas del autor.

sentantes de la generación del 28. También debe tenerse en cuenta que los trece ensayos por nosotros recogidos resultan indispensables para el entendimiento de *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, la obra fundamental de Acosta Saignes sobre Simón Bolívar y una de las más sobresalientes que se hayan escrito acerca del venezolano mayor. Además, entre unos y otros materiales existe sustantiva unidad: Los agregados por nosotros constituyen —en su mayor parte— antecedentes cardinales del citado libro cenital, mientras que los otros —los confiados por el autor— conforman referencias o desarrollos de la misma obra.

Los precedentes comentarios y un cierto orden cronológico conducen a una muy amplia pero precisa clasificación de los materiales aquí reunidos: Los trabajos *anunciadores* de *Acción y utopía del hombre de las dificultades* y los trabajos *anunciados* en dicho libro. De este modo, se trata de estudios de antes y después de *Acción y utopía*, alrededor de la cual giran en tiempo y contenidos. Los *anunciadores* van desde abril de 1957, con “Manual de polémica sobre el Libertador” hasta abril de 1976, con “Certamen sobre Bolívar”. Los otros, los *anunciados*, comprenden desde “Tres instancias para una entrevista con Simón Bolívar” (1978) hasta los últimos escritos sobre éste.

Los trabajos anunciadores

Es bien conocido que las obras intelectuales de Acosta Saignes están integradas fundamentalmente por investigaciones y análisis macrosociales, con notoria ausencia de realizaciones biográficas. De ahí que *Acción y utopía del hombre de las dificultades* resulte un libro de excepcional singularidad, no sólo por su elevada trascendencia, sino también por ser único en cuanto examen vasto y profundo sobre una personalidad histórica, sin desconocer algunas breves aproximaciones dentro de esta misma esfera de indagación. Sin embargo, ese Bolívar no se produjo repentinamente. Tuvo como se ha dicho antecedentes importantes, lo cual pasamos a demostrar seguidamente.

El primer trabajo *anunciador* es el artículo inicial (“Manual de polémica sobre el Libertador”) de una serie acerca de *Visión y revisión de Bolívar*, el conocido libro de José Luis Salcedo Bastardo. El articulista le objeta, básicamente, que “no logra una concepción histórica” del Libertador. Sostiene el criterio de que “el defecto capital” de *Visión y revisión* es concebir a Bolívar como “un ser abstracto”. También cuestiona lo que considera análisis fragmentario de los documentos, la ausencia de significativas opiniones de quienes han escrito sobre la vida y obra del gran venezolano, así como la no comparación entre lo dicho y lo hecho por éste. A los siete días aparece un segundo artículo: “Forma y método de un examen de Bolí-

var”. Reitera las observaciones. Indica que “falta método propiamente histórico”. Señala lo impropio de estudiar a Bolívar sin la conexión con sus compañeros de gesta libertaria (Sucre, Páez, Mariño, Santander, etc.). De igual modo, a la tesis de que la formación bolivariana proviene de maestros, viajes y lecturas, opone el factor ambiente, que considera “el elemento esencial”. Frente a un Bolívar siempre “con un plan preconcebido”, el crítico plantea la proyección dinámica de la circunstancia. El tercer trabajo: “Conceptos de una visión de Bolívar” es una reafirmación de los dos anteriores. Juzga que Salcedo Bastardo parte del concepto de Huizinga acerca de la historia, quien la define como el sentido que el pasado tiene para nosotros. Por eso se juzga al héroe a partir de los problemas actuales, sin ubicarlo en su época, lo que sucede cuando asevera que éste adelantó la reforma agraria, de lo cual resulta una confusión entre tan complejo hecho social y el mero reparto de tierras. De ahí un “excesivo entusiasmo actualista” en el libro de Salcedo Bastardo.

La serie continúa con “El concepto de nación en Salcedo Bastardo”. Aquí el crítico alega dos reparos principales: la ausencia de fuentes emparentadas con las ideas expresadas por Salcedo Bastardo y el criterio insostenible de que “prácticamente la nación es perpetua”. Esta serie de aproximaciones analíticas a *Visión y revisión* culminan con una carta a su autor. Reafirma el respeto y la cordialidad a Salcedo Bastardo. Ratifica las objeciones. Formula importantes reparos sobre rasgos y riesgos de la crítica en Venezuela.³

La preocupación bolivariana del autor de *Vida de los esclavos negros en Venezuela* continúa y se manifiesta en “Una cauta biografía”. Ahora los cuestionamientos van dirigidos a *Nacimiento de un mundo. Bolívar dentro del marco de sus propios pueblos*, del norteamericano Waldo Frank. Sin desconocer los méritos de esta biografía, Acosta Saignes le discute desde problemas de traducción hasta errores históricos y geográficos, así como también el contraste entre la actitud cautelosa en los juicios históricos y un cierto desbocamiento en las ideas sobre los personajes (Miranda, Piar...).

Cuatro artículos: “Bolívar en Río Chico”, “Una estatua para el Libertador”, “La negra Matea” y “Certamen sobre Bolívar” completan los antecedentes *anuncia-*

3. El doctor Salcedo Bastardo, joven y exitoso escritor de aquellos años, respondió a los comentarios de Acosta Saignes con dos artículos insertados en *El Nacional*, de Caracas. El primero, “Contestación a Acosta Saignes”, publicado el 14 de mayo de 1957; el segundo, “Final de la respuesta a Acosta Saignes”, el viernes 17 del mismo mes y año. De acuerdo con información del doctor Salcedo Bastardo, ambos artículos llevaban la denominación común de “Retozos de Historia, Etnología y otros temas”, aunque el periódico cambió la palabra “retozos” por “retazos”. La palabra sustituida, como también la sustituyente, anuncian respuestas de juveniles garras tremendistas, característica combinada a la seriedad de las argumentaciones. En todo caso, remitimos a la lectura de los nombrados artículos para la formación de un juicio adecuado sobre esa polémica. En este sentido, los incluimos como apéndices.

dores de *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. En el primer escrito, el autor manifiesta su extrañeza por la ausencia de busto o estatua del Libertador en Río Chico. Ante tal situación, comunica que se constituyó un grupo de riochiqueños para propugnar la erección de una estatua en la plaza del pueblo. El segundo artículo, después de contar las aventuras y desventuras del proyecto, informa sobre la estatua develada el 18 de septiembre de 1971: “un fin cumplido, un símbolo más logrado por los que tienen poco en moneda y mucho en decisiones”, expresa nuestro autor. El tercero: “La negra Matea” se refiere al fenómeno socio-histórico de que Bolívar y tantos otros tuvieron nodrizas negras, transmisoras de rasgos culturales de África, y destaca la actitud antiesclavista del Libertador. “Certamen sobre Bolívar” trata sobre la incorporación, dentro del marco de los premios de la Casa de las Américas, de uno extraordinario: “Bolívar en nuestra América” (1977). Acosta Saignes expresa interesantes consideraciones sobre el asunto y anota, entre los temas que deben analizarse sobre Bolívar: “su pensamiento político, su relación con el pueblo, su inmensa capacidad para interpretar los sucesos políticos y adaptar a ellos las acciones, su flexibilidad ante los acontecimientos, dentro de sus propósitos generales, etc.”.

Justamente, Acosta Saignes remite al certamen el mencionado libro (*Acción y utopía*). Resulta ganador, aunque comparte el premio con Francisco Pividal, quien concurrió con la obra *Bolívar: Precursor del pensamiento antiimperialista*. En su oportunidad, destacamos algunas características centrales del libro *Acción y utopía*.⁴ Desde la perspectiva teórico-metodológica, hicimos énfasis sobre sus líneas de materialismo dialéctico e histórico. Pusimos de relieve la presentación del Libertador dentro de un mundo de contradicciones. Ponderamos el análisis clasista. Aplaudimos la ubicación del gran venezolano en el contexto nacional y en el marco internacional. Celebramos el ofrecernos un Bolívar-pueblo, un Libertador-masa. Encomiamos la vasta y profunda historicidad de la obra. Mostramos a esta como libro político donde Bolívar aparece al servicio del presente y futuro de la nación. Tales rasgos de *Acción y utopía* forman, según las secuencias conceptuales de Acosta Saignes, las antítesis de aquellos aspectos cuestionados por él en autores como Salcedo Bastardo y Waldo Frank e integran concreciones y desarrollo de las autoexigencias que se formularan en “Certamen sobre Bolívar”. De ahí que esos artículos, junto a otros, los hayamos denominado los trabajos *anunciadores de Acción y utopía*.

4. Losada Aldana, Ramón. “Bolívar - Pueblo Libertador”, Suplemento Cultural de *Últimas Noticias*. Caracas: 30/11/1986, pp. 10-11.

Los trabajos anunciados

Pero así como los escritos que van de “Manual de polémica sobre el Libertador” (1957) a “Certamen sobre Bolívar” (1976) constituyen los trabajos anunciadores de *Acción y utopía*, esta obra también preluce los posteriores estudios de Acosta Saignes acerca del “Hombre solar”, lo cual ocurre desde “Tres instancias para una entrevista con Simón Bolívar” (1978) hasta “Cómo repudia una clase social a su Libertador” (1983), sin excluir *Antología de Simón Bolívar* e *Introducción a Simón Bolívar*. Y con ello el autor no hace sino ser fiel a sí mismo cuando presenta su más importante obra bolivariana como “una introducción a futuros trabajos...”⁵ y las partes del mismo a manera de “comienzos de análisis”.⁶

El primer artículo publicado con posterioridad al libro refleja todavía la emoción producida por el premio Casa de las Américas (1977). Efectivamente, “Tres instancias para una entrevista con Simón Bolívar” sale a la luz (1978) cuando todavía está bastante cercana la fecha de dicho reconocimiento. Muéstrase allí un esmero que logra combinar armoniosamente el vuelo imaginativo y la documentación sistemática. En la instancia inicial es interrogada la Historia y contesta Heródoto, quien, a partir de *Los nueve libros*, concluye sobre Bolívar: “A él lo entienden sólo seres visionarios, quienes buscan, solícitos, los modos de transformar el mundo”. En la segunda instancia, “con voces profundas”, contestan los poetas y entonces la ansiedad innumerable de luz y de justicia de la poesía habla en las palabras de Martí, Vicente Huidobro y Olmedo; Pellicer, Otero Silva y Choquehuanca; Antonio Arráiz, Rubén Darío, Abregú Virreira y Luis Llorens Torres; Tomás Ignacio Potentini y Pablo Neruda. La tercera y última instancia es referente a la “futura universidad”. En este apartado, la entrevista cubre numerosos temas y se ubica en 1827. Bolívar es interrogado sobre la universidad, la prensa, la política, la guerra, la esclavitud, Cuba. También acerca de posiciones filosóficas, la historia, enriquecimiento de los antiguos jefes militares, el hombre y sus circunstancias.

Luego aparecen tres artículos de específico análisis clasista sobre el Libertador: “Una contradicción de Bolívar con la clase de los criollos”, “Cómo repudia una clase social a su Libertador” y “La ideología de los criollos expresada por Bolívar”. En estos trabajos el forjador de *Estudios de etnología antigua de Venezuela* pone de relieve cómo se proyecta la ideología de los mantuanos en Bolívar y, al mismo tiempo, muestra las contradicciones del gran conductor con los mismos, especialmente en lo que se refiere a la esclavitud. Para ello se vale de documentos, proclamas, peticiones, mensajes, discursos en congresos, asambleas, convencio-

5. Acosta Saignes, Miguel. *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, p. 15.

6. *Ibidem*, p. 18.

nes, cartas y actuaciones. Destaca, asimismo, la significativa circunstancia de que el Libertador compartió vida y fatiga con negros, pardos y blancos pobres.

“Algunas concepciones políticas de Bolívar”, “Bolívar en busca del equilibrio del universo” y “Lecciones permanentes del Libertador” integran realmente una unidad. “Algunas concepciones...” forma parte de un ciclo de conferencias dictado en la Universidad del Zulia bajo el genérico título de “Bolívar: filósofo, político y legislador”. En comparación con los escritos reunidos en este libro, esa conferencia es uno de los trabajos más completos y orgánicos. Considera que gran hombre y grande obra aparecen integrados en Bolívar como en otros de sus compañeros de causa y acción. Indica la necesidad de estudiar los hechos históricos dentro de criterios generales: la Batalla de Carabobo no fue una obra maestra sólo desde el ángulo militar, también lo fue en la perspectiva sociológica y política. Reitera la tesis sobre la relación Bolívar-clase social. Lo destaca como magno conductor anticolonial. A modo complementario mencionemos aquí el trabajo “Los sufrimientos del Ejército Libertador”, pues los inmensos sacrificios de los soldados avalan la condición de conductor del gran caraqueño.

“Bolívar en busca del equilibrio del universo” conforma un trabajo de trascendentes alcances analíticos y de sólida fundamentación documental. Comprende cuatro apartados: “La concepción americanista de Bolívar”, “Idea de las confederaciones”, “Propósito del Congreso de Panamá” y “Actualidad del pensamiento bolivariano”. En “Lecciones permanentes del Libertador”, el biógrafo califica a Bolívar como “...el más grande conductor anticolonialista del siglo XIX”, cuyas luchas integran fundamento para los combates anticoloniales y antiimperialistas de hoy. Exalta al “gran estrategia militar”, al “genio político”, al “adalid de la paz”. En su condición de forjador del Congreso de Panamá, el venezolano máximo destaca como “precursor de las Naciones Unidas” y de los grandes tratados, a los cuales vuelven los pueblos en la actualidad. Dentro de las lecciones bolivarianas, Acosta incluye también la “confianza en la actividad constructiva de las grandes masas” y la circunstancia ejemplar de haber sido “un intelectual combatiente”.

“¿Existe una patria venezolana?”, “Una realización táctica del Libertador” y “Concurrente olvidado: los guajiros” forman un trío de escritos publicados con el título genérico de “El Golfo de Venezuela”. El primero contiene múltiples consideraciones sobre patria e identidad, especialmente referidas a las disputas sobre el Golfo de Venezuela y al tema de la Gran Colombia que, según Acosta Saignes, fue “una concepción táctica de la guerra anticolonial y no un ideal inamovible de las concepciones del Libertador”. El segundo es, justamente, el desarrollo de esta última tesis. El autor alega una serie de razones que habrían llevado a esa táctica: la experiencia de Boyacá, la necesidad de unificar fuerzas

frente a Morillo y la de crear ejércitos poderosos para la libertad del sur, las mayores posibilidades de lograr ayuda de las grandes potencias, particularmente de Inglaterra; razones que agrega al argumento de que nunca existió una entidad llamada Gran Colombia. No obstante, la tesis resulta discutible y más todavía la idea que considera como una “falacia” la necesidad de integración de nuestros países, la cual asimila a la trampa panamericana.⁷ El último artículo de esta tríada, los guajiros como concurrente olvidado, versa sobre el hecho de que éstos se consideran simplemente guajiros tanto en Colombia como en Venezuela, por lo que resulta pertinente la pregunta acerca de ¿qué responderían ellos si se les consultase respecto al litigio atinente al Golfo de Venezuela?

En los originales aparece un trabajo comparativo entre el Libertador y el Mariscal de Ayacucho bajo el título de *Contradicciones con Sucre*. Es el mismo publicado con la denominación de *Sesquicentenario de un olvidado: Antonio José de Sucre*. Allí Acosta Saignes se pronuncia contra ese injusto olvido, reivindica empeñosamente la personalidad del Mariscal, su excepcional valía, demostrada brillantemente no sólo en materia militar, sino también en áreas como ingeniería, periodismo, política, administración, viajes, creación de la República Boliviana, geografía. “Muertes paralelas” insiste en la comparación entre los dos grandes conductores y, con válidos argumentos, se muestra el paralelismo de vidas y muertes de ambos.

Finalmente, hemos decidido incluir en *Dialectica del Libertador* la introducción a la *Antología de Simón Bolívar*. Nos ha parecido que concluir el presente libro con esta Introducción resulta asaz razonable. La consideramos como una excelente síntesis de *Acción y utopía* y de casi todos los escritos posteriores. Son sobresalientes las conexiones que establece entre el natalicio del Libertador y los grandes acontecimientos mundiales de la época, como Versalles, Independencia de Estados Unidos, pensamiento filosófico de las nacientes burguesías, especialmente de Inglaterra y Francia; de la Bastilla, invenciones técnicas, instalación de las primeras fábricas, etc. Es notable el tratamiento tan latinoamericano dado a las influencias del Iluminismo, como también el abordaje multilateral en cuanto al proceso de formación del Libertador. De igual modo, resulta ejemplar esa manera actualizadora de plantear las lecciones de Bolívar a partir de hoy, o, con mayor precisión, desde la década 1970-1980. Esta es, por lo demás, una manera brillante de presentarnos a Bolívar en servicio colectivo de hoy y de mañana.

RAMÓN LOSADA ALDANA

7. Para una posición crítica ante esta idea, véase Fermín Toro: “La Gran Colombia, ¿una utopía para nuestros pueblos?”, en *Revista Internacional* (edición venezolana), N° 187. Caracas, 1988, pp. III-VIII.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta Saignes, Miguel. *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana: Casa de las Américas, 1977.

— *Antología de Simón Bolívar*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

— *Introducción a Simón Bolívar*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1983.

Frank, Waldo. *Nacimiento de un mundo, Bolívar dentro del marco de sus propios pueblos*. Madrid: Aguilar, 1956.

Fundación Polar. *Diccionario de Historia de Venezuela*. 3 tomos. Caracas: Ex Libris, 1988.

Heródoto: *Los nueve libros de la historia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, s/f.

Losada Aldana, Ramón. “Bolívar Pueblo – Libertador”. Suplemento Cultural encartado en *Últimas Noticias*. Caracas, 30/11/1986, pp. 10-11.

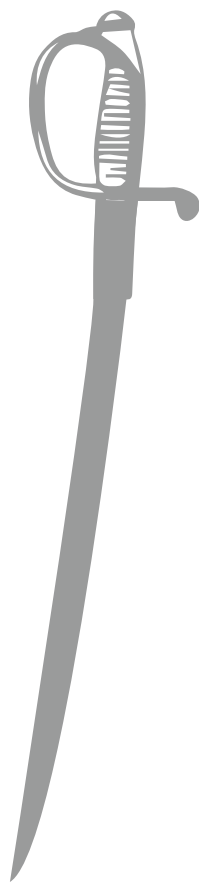
Pividal, Francisco. *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*. La Habana: Casa de las Américas, 1977.

Rugeles, Manuel Felipe (compilador). *Poetas de América cantan a Bolívar*. Caracas: Presidencia de la República, 1983.

Salcedo Bastardo, José L. “Contestación a Acosta Saignes”. *El Nacional*. Caracas: 14/5/1957.

— “Final de la Respuesta a Acosta Saignes”. *El Nacional*. Caracas: 17/5/1957.

PRIMERA PARTE
Los trabajos anunciadores



Manual de polémica sobre el Libertador

El Nacional, Caracas: 4/4/1957, p. 4.

Ha publicado el doctor J. L. Salcedo Bastardo un libro, *Visión y revisión de Bolívar*, que habrá de ganarle renombre y fama de gran especialista sobre el Libertador. Pero ese renombre y fama estarán poco asentados sobre análisis e interpretaciones detenidas de cuanto dice. Entendámonos. No quiero decir que los méritos cuyo reconocimiento pueda obtener no sean verdaderos, sino que por la índole del libro, por la forma como está escrito y por la especialidad que trata, está destinado a una brillante carrera. Hay, sin embargo, una alternativa: aquellos componentes de lo que él llama “escuela tradicional” le harán de seguro la conspiración del silencio, por la misma razón que otros le tributarán alabanzas sin medida.

Creo que el libro es de la mayor importancia y que merece mejor destino que el de la aceptación superficial o el silencio hostil. Y al escribir con toda sinceridad mis pareceres, que bien puedan discrepar de cualesquiera otros, no hago más que acogerme a las propias opiniones del autor acerca de cómo debe estudiarse y juzgarse su producción.

El que la concepción aquí propuesta —declara— encontrara aceptación, nos satisfaría tanto como que en el plan de creadora independencia, respecto de las directrices tradicionales y aún de las aquí esbozadas, vinieran acuciadas por este estudio más logradas obras (pág. 17).

Es evidente que de modo tácito se aplica tal pensamiento también a la crítica. A mayor abundamiento, Salcedo Bastardo opina sobre quienes realizan obra escrita así: “Ninguna fe ni respeto intelectual puede tenerse a un autor si una indagación de sus cualidades morales revela que es insincero, hipócrita, corrompido, pedante o fanático”, donde retrata a esos autores que creen intocable cuanto pensamiento copian de otro, a las balbuciantes e inmaduras lucubraciones que trabajosamente paren, con arrogancia desmedida.

Nos parece indispensable para juzgar esta *Visión y revisión de Bolívar*, recordar en primer término cuáles han sido los propósitos del autor. “El Libertador —dice (página 10)— ha surgido ante nuestra inquietud como un objeto de estudio poco explorado, pese a la copiosa pero repetida bibliografía a él consagrada”. Sin duda

acierta en su afirmación. Él mismo explica más largamente cómo grupos e individuos han tomado del Libertador cuanto les ha parecido conveniente, a través del tiempo, para justificar sus propias ideologías o procederles. Para evitar las interpretaciones erróneas, propone Salcedo un método fundamental: que se juzgue la obra de Bolívar íntegramente y no de modo fragmentario. “El mismo Libertador —escribe— se opuso a toda apreciación fragmentaria de sus ideas, conoció el sofisma de evidencia escondido en las citas trucas” (pág. 15).

Para su propio análisis, reclama Salcedo Bastardo también un tratamiento global. No desea que se le juzgue por párrafos aislados, ni por frases: “Idéntica actitud —escribe después de algunas líneas de haber estampado lo anterior— reclamamos para el juicio cabal sobre esta obra” (pág. 15).

Ahora bien, el lector encontrará que justamente los alegatos de Salcedo Bastardo se apoyan en pensamientos, frases, párrafos. Nunca toma, digamos, la Carta de Jamaica y examina completamente el documento. No. Procede en otra forma: Toma sobre cada asunto las afirmaciones, los pensamientos, las frases del Libertador, para encontrar los materiales que lo guíen a convencer que sus afirmaciones son exactas. ¿No cayó un poco en el fragmentarismo que critica, con buen sentido, a la escuela tradicional? Desde luego, en una forma diferente, porque sobre cada aspecto rastrea en el material bolivariano para apoyarlo, no en una cita circunstancial sino en materiales de diversas épocas. A pesar de ello, creemos que no se libró totalmente del fragmentarismo, aunque pudiera decir que sus citas del Libertador están hechas sobre la base de una meditación total.

A propósito de lo anterior, anotemos que el libro, en conjunto, revela un prolongado y meritorio trabajo con sus fuentes bolivarianas. Muestra el libro que, efectivamente, Salcedo Bastardo es un profundo conocedor de los escritos de Bolívar. Y nótese que digo de los escritos de Bolívar. Porque el tema nos lleva inevitablemente a ese otro aspecto: Si muestra gran conocimiento de las fuentes del propio Bolívar, en cambio no coteja opiniones suyas con otras: no compara materiales y, lo que consideramos fundamental falla de cuanto ha logrado hasta ahora, trata la personalidad del Libertador excesivamente desde “dentro”, pudiéramos decir. No examina Salcedo Bastardo la obra de Bolívar comparando lo escrito con lo realizado, ni coloca al hombre en su época. Es un ser abstracto, vacío, muerto, una figura de cera, la que muchas veces nos coloca delante. Y Bolívar, fuego de su época, fue vida activísima, acción ininterrumpida y no sólo teoría escrita. Podrá decir Salcedo Bastardo que se trata de un primer libro, de un primer intento de revisión del Libertador; que ampliará su tema. Nos parece indispensable. Corre el peligro, sino se le señala este defecto capital, de caer en una especie de “abstraccionismo” histórico que invalidaría magnífico esfuerzo para acercarse a Bolívar por modos distintos de los tradicionales.

Pero no lleguemos por esa vía a otras inclusiones que veremos. Detengámonos todavía en los propósitos del autor: “No ha sido nuestro objeto —dice en la página 11— hacer una obra de lectura deleitosa y fácil, sino expresar con la mayor sencillez posible una concepción histórica, estructurada sobre bases lógicas y documentales”. Es evidente que no logra en su libro “una concepción histórica” por lo antes apuntado, por el aislamiento dentro de un ambiente químicamente puro, del Libertador. Logra sólo, en su *Visión y revisión*, sí un concepto de Bolívar acerca del cual hablaremos. Pero no una “concepción histórica”. ¿Cómo se la puede tener en una obra donde no aparecen los sucesos de la época, las ideologías circundantes, las luchas y contradicciones de sectores e individuos que los representan: análisis ninguno de los personajes que actuaban junto al Libertador? Esto tiene su razón de ser en cierta forma de mirar al personaje que expresa Salcedo Bastardo. Más todavía, restrinjámonos a sus propósitos. Uno de ellos se expresa en la siguiente afirmación de la página 16: “En los documentos del Libertador hay elementos no bolivarianos, es decir, que no pueden imputársele como característicos”. Esta es una frase de la mayor importancia, pues se dirige a la elección de lo que Salcedo Bastardo considera esencial, meollo de la ideología de Bolívar. Y es, además, una muestra de sinceridad, pues evidentemente con ella acepta que él desecha ciertos fragmentos, lo mismo que otros, en cambio, los han tomado de acuerdo con su concepción del personaje.

Detengámonos hoy. Apenas revisamos la introducción. Y pidamos a los lectores y al criticado lo mismo que él demanda: No se juzgue esta apreciación fragmentariamente. Lo dicho representa sólo algunos modos de ver ciertos aspectos. Después de otros análisis, que realizo justamente con el mismo método empleado por Salcedo Bastardo, para comodidad de los lectores, señalando invariablemente la página, podremos hacer un resumen y dar una opinión general. De nada valdría ahora decir, por ejemplo, es un libro “bueno” o “malo” o “brillante”, o “uno de los mejores” o “uno de los peores” libros de historia de nuestros días. En definitiva, tales expresiones nada significan, fuera de la satisfacción superficial o el escozor profundo que puedan reportar al autor. En verdad, toda crítica va más allá de los autores y es lo que importa. Va a los lectores y va a la posteridad, que juzga con mayor equilibrio en una balanza donde no penetran los pequeños conflictos aldeanos, que se originan en la adjetivación de los contemporáneos.

Forma y método de un examen de Bolívar

El Nacional, Caracas, 11/4/1957, p. 4.

Creo conveniente estampar al comienzo de este segundo artículo sobre el libro *Visión y revisión de Bolívar* de J. L. Salcedo Bastardo las siguientes consideraciones: toda crítica sobre un libro significa y expresa el criterio de quien la realiza acerca del tema. Puede, naturalmente, coincidir con el pensamiento del autor, o puede discrepar. En tal caso, el crítico no puede pretender que la obra se debería haber escrito de esta o de la otra manera. No, simplemente puede situarse ante lo hecho y juzgar según su manera de apreciación. Tampoco puede quien critica pensar que convencerá al criticado. Y menos en Venezuela, por razones bien sabidas. La situación ideal acerca de las relaciones entre un autor y sus críticos sería la de que una vez oídas las observaciones u objeciones, accediese a modificar cuanto no fuese porción decisiva de su concepto. Descartada esa posibilidad que se da escasamente, todavía juega papel importantísimo el análisis de los libros. Pues, según lo anterior, el beneficio de él no va ni al autor, que continuará aferrado a sus ideas, ni al crítico, que continuará plantado en las suyas. El clima polémico, el choque de las discrepancias, es lo útil. Lectores que tal vez nunca examinarían con seriedad una obra la releen, o se atreven a pensar lo que solamente en forma vaga formulaban para sí mismos, excesivamente respetuosos de la letra impresa. En realidad, en todo mundo intelectual vivo, cada obra realizada con seriedad y con intenciones precisas debería despertar no ese melancólico desdén que sobre algunas cae o, por el contrario, el gozoso coro de las alabanzas sin cuento, sino pugna, discusiones, modos de ver. Desde luego, son contados los autores que, como Ramón Díaz Sánchez, después de haber escuchado los ditirambos, tuvo la nobleza de manifestarme en forma epistolar que en realidad más le satisfacían las objeciones que yo presentaba a su *Guzmán*, aunque no compartiese naturalmente mis puntos de vista, porque demostraban el examen serio de su pensamiento, que en definitiva es lo que cada autor cabal ha de tener como meta.

Salcedo Bastardo aspira a la discusión, como ya lo señalé anteriormente, y como deja dicho muy claramente en la página 12, al declarar que se trata “de una concepción orgánica que podría ser punto de partida para un debate moderno, amplio y esclarecedor sobre una porción importante”. Ya he señalado cómo, a mi juicio, falta justamente método propiamente histórico al libro donde se examina a Bolívar desde sus trabajos escritos. ¿Cómo es posible juzgar la obra del Libertador

sin analizar a Páez, a Sucre, a Piar, a Mariño, a Santander? ¿Y cómo es posible juzgar las fases del pensamiento bolivariano sin comentar siquiera a ninguno de los innumerables autores que le han interpretado? Creo que la inclusión de todos en una “escuela tradicional” no es enteramente justa, porque hombres de todas las ideologías y de diversas épocas han enjuiciado a su modo, y representado a sus tiempos y sectores, el vasto mundo bolivariano.

Aunque no se trata aquí de una crítica literaria, sino histórica y sociológica, cabe, al analizar el libro, notar su estilo. Escribe Salcedo en frases cortas, que a veces traen reminiscencias de Gracián. Pero ello nos interesa porque a pesar de ese modo general, no faltan períodos anfibológicos. He aquí uno:

 Su respuesta a uno y otro reclamo, como fórmula equilibrada y pasajera, de polivalentes efectos, está en lo transitorio de su pensamiento y de su acción; que por colidir con la universalidad de su doctrina y con su línea, y su ideal, no puede jamás serle imputado como característico (p. 125).

Otra es la siguiente:

 Para llegar a una conclusión válida, se ha de tener presente, tanto al pueblo que todo lo sacrifica por su mejoramiento y por su libertad, y a su legión heroica, como a una serie de individuos que se consagran con tenaz entusiasmo a la tarea de obstaculizar (p. 33).

En la página 346, después de haber escrito que “Caracterízanse las ideas bolivarianas sobre temas raciales por su compaginación con la plenitud de su unidad hombre-pensamiento-acción”, añade el autor esta otra anfibología: “también se definen por su avance cronológico para lograr perfiles categóricos acordes con la más nueva contemporaneidad científica”.

No me interesan esas anfibologías en la estructura literaria, sino como signo de las concepciones del autor, que a veces se diluyen en la forma que en esos períodos puede verse, perdiendo toda consistencia y precisión.

La frase “hombre-pensamiento-acción” forma parte del canevas de la obra, de los sustentos de ello. ¿Qué significa? ¿Cómo concibe Salcedo Bastardo al Libertador? “Tres —dice en la página 50, al comenzar el capítulo cuarto— son los cauces formativos de la personalidad cultural del Libertador: los maestros, los viajes y las lecturas”. ¿No falta justamente aquí el elemento esencial en la formación de Bolívar? ¿No se forma Bolívar dentro de un ambiente que le va haciendo, a través de las sociedades patrióticas, de los congresos, de las batallas,

de las controversias? En la página 62 parece enmendarse aquel juicio general, pero es para reafirmar el concepto de Salcedo Bastardo de que Bolívar tuvo siempre un plan preconcebido:

Bolívar se orienta íntegramente por el signo y dimensiones de su tarea. Con arreglo a ellos estructura su personalidad; se provee de todos los elementos morales, intelectuales y humanos que habrá de requerir en la hora suprema y decisiva del esfuerzo.

Yo veo a Bolívar en forma completamente diferente: lo veo crecer en un medio cuyas características le llegan a través de los maestros, de los familiares, de los criados, de la vida misma; empaparse de otras realidades en el primer viaje; tomar en el segundo profundas enseñanzas de la realidad francesa y europea en general; desarrollarse en la acción primera, madurar en medio de ella; encontrar los cauces de una concepción en medio de dificultades, aleccionado por las experiencias; adaptarse al propósito que animaba a su grupo y no solamente a él; llenarse de todos los elementos que la lucha de los sectores creaba y asimilar extraordinariamente, por su genialidad, todos los matices que podían conducir a conclusiones valideras en cada caso, o modificables según las circunstancias. Es decir, un hombre que, como todos los genios, se va haciendo de las circunstancias. Por cierto, Salcedo nombra con frecuencia, con lenguaje orteguiano “la circunstancia” de Bolívar. Pero en el libro no queda nada de ella. Y retrocede, curiosamente, hacia un liberalismo clásico, donde la individualidad señera crea y modifica medios, obteniendo elementos nutricios de una profunda intuición, que no se nutre del ambiente. El genio de Bolívar consiste, no en haber elaborado en el vacío planes para modificar profundamente la sociedad colonial, sino en haber respondido a las fuerzas históricas que movían a todos los libertadores y al pueblo que sustentó la lucha en cada momento, en cada circunstancia.

Esto nos conduce a examinar las concepciones fundamentales del libro de Salcedo Bastardo. Cosa que haremos en próximo artículo.

Conceptos de una visión de Bolívar

El Nacional, Caracas, 25/4/1957, p. 4.

Me ha advertido personalmente el doctor Salcedo Bastardo que en una cita de su libro, que transcribí en el anterior artículo, quedaron omitidos dos términos que él considera fundamentales. He aquí la frase completa: “Tres son esencialmente los cauces formativos de la personalidad cultural del Libertador: los maestros, los viajes y las lecturas”. Por error, aparecieron omitidas las palabras *esencialmente* y *cultural*. Salcedo las considera indispensables para la comprensión de su pensamiento y tiene el perfecto derecho de reclamar que se le cite en forma completa. Por ello, subsano el error de omisión. Por lo que respecta al contenido de mis objeciones, al respecto nada se altera, pues el autor de la *Visión y revisión de Bolívar*, tomadas en cuenta esas palabras señaladas, cree que para la formación esencial en lo cultural influyeron sólo aquellos factores que señala. Ya he comentado el pensamiento que ello sugiere.

Otra objeción verbal que me ha hecho es la que en realidad no ha englobado a todos los autores pasados en la “escuela tradicional”. Dice Salcedo Bastardo en párrafo que me ha señalado:

Nuestro método de investigación difiere del habitual. Entre la gran mayoría de los autores que hasta ahora han estudiado al Libertador, y por encima de aparentes divergencias, numerosos puntos de contacto afirman una fundamental unidad de criterio que permite identificarlos como miembros de una misma escuela.

Advierte Salcedo Bastardo que allí no incluye a todos los autores, sino a una mayoría. Yo continúo creyendo que la generalización es excesiva y que para empresa de tal envergadura, como la revisión de los conceptos sobre Bolívar, es preciso analizar a los autores que sobre él han escrito, o al menos establecer algunas subdivisiones absolutamente indispensables. Ello en pro de logros científicos que el autor persigue.

Comienzo este artículo con tales aclaraciones como testimonio de que mi crítica —o mejor, mi análisis— de ninguna manera se basa en el deseo de desvirtuar conceptos o de hallar defectos. En realidad, las omisiones nada han modificado mis puntos de vista, pero es correcto señalar los comentarios del autor analizado, ya

que en toda crítica seria, que aspire a un aporte intelectual, lo que se intenta es un diálogo y no una batalla de aniquilamiento del adversario. Ciertamente que existen en nuestro mundo intelectual caníbales que no aspiran a menos que a la desaparición física y no sólo intelectual de quienes no comulgan con sus ruedas de molino. Pero vea el lector, cómo ni Salcedo Bastardo ni yo nos encontramos en el terreno de las demasías, sino en el del cruce de ideas que desde luego para nada perturban mi aprecio por el esfuerzo intelectual del autor o por su personalidad.

Ahora deseo referirme a algunos de los fundamentos de la concepción histórica expresada por Salcedo Bastardo. ¿Cuál es su visión fundamental de la historia al intentar una revisión de Bolívar? Parte sin duda del postulado de Huizinga: “La historia es el sentido que el pasado tiene para nosotros”. Porque examina al Libertador no tratando de situarse en la época cuando los sucesos de liberación han ocurrido, sino desde el punto de vista de los problemas actuales del mundo. El sistema resulta interesante y permite algunos atisbos sin duda. Por ejemplo, pocos se han dedicado a indagar sobre la concepción de Bolívar en lo relativo a la posesión de la tierra. Pero, por otra parte, se corre el riesgo al aceptar sin más la relatividad expresada por Huizinga de enfocar con una carga excesiva de presente lo que debe ser colocado en su momento histórico. En efecto, ¿no se trata, aún en el mismo título, un poco de la Reforma Agraria *avant la lettre*, antes de que el problema surgiera con las connotaciones que esa expresión significa? Este es un punto de la mayor importancia sin duda en el libro de Salcedo Bastardo, y me parece que habrá que discutirlo. Por mi parte, creo que, de acuerdo con su sistema fundamental de no realizar en una reconstrucción del pasado, siquiera somera pero indispensable, para juzgar toda gran figura, juzga a Bolívar en tal aspecto con demasiado sentido de la actualidad. En realidad, tomo en la imposibilidad de señalar gran número de ejemplos, uno que me parece resaltante y representativo de un modo de ser del libro que creo deberá en el futuro corregirse.

Examinemos un poco este capítulo de la Reforma Agraria. Desde el punto de vista del pensamiento económico, hay sin duda oscuridad o confusión en el primer párrafo:

Bolívar —escribe Salcedo Bastardo— inicia con el reparto de la tierra unido a su correlativo afán igualitarista, una auténtica revolución socioeconómica en el hemisferio; establece las premisas para liquidar el sistema esclavista y aproximarse al régimen de tipo monetario.

La confusión reside en el final. Porque el régimen esclavista no es anterior al sistema monetario y la liquidación del esclavismo no representa una sustitución de trueque por moneda, sino el cambio de las bases en el sistema de producción,

que naturalmente se reflejan en el sistema monetario, ya por lo demás existente. Como he señalado, encuentro de la mayor importancia el examen del pensamiento y las resoluciones bolivarianas en relación a la tierra, pero el concepto *reforma agraria* no me parece aplicable. Como se ve, se trata aquí de ideas fundamentales en relación con la estructura social, con el régimen de propiedad y con el desarrollo histórico de realidades y teorías. Véase este excelente párrafo, que compendia un pensamiento sin duda enteramente correcto de Salcedo Bastardo, salvo en la expresión reforma agraria:

La situación económica venezolana (sensiblemente paralela en buena parte del continente) tiene entonces como protagonistas en pugna: de un lado, una serie de propietarios omnipotentes, sucesores de conquistadores, repartidores y encomenderos, y de la otra parte: una masa enorme de campesinos desprovistos de lo indispensable —son estos quienes a la hora de la emancipación se alistán donde ven la esperanza de una mejoría sustantiva— que entrañará a la postre la superación nacional; para corresponder a ese justísimo anhelo y al celoso denuedo con que sirven a la causa patriótica. Bolívar planifica la reforma agraria.

El proceso social expresado es correcto, sin duda, pero el final no creo que lo sea tanto. ¿Planeó Bolívar una reforma agraria? En realidad, como se comprueba con las citas del capítulo examinado, sólo planeó un reparto de la tierra, que es diferente de una reforma agraria. Resulta indispensable recordar lo que por ésta se entiende en el mundo sociológico y económico actual: una reforma agraria es un reparto de tierras con el objeto de crear un mercado rural de las industrias. Al realizar el reparto, no sólo se persiguen los fines de una mayor justicia en la posesión de los bienes de producción. El fin último del mecanismo es el de crear los fundamentos de una revolución industrial. Dice Salcedo Bastardo de Bolívar: “Quiere impedir el minifundio abriendo la posibilidad a la producción capitalista en gran escala del trabajador asalariado”. Creo que es atribuir al Libertador intenciones que no puede haber tenido. En efecto, lo que no hubo en la revolución americana de independencia fue precisamente un capitalismo siquiera incipiente, que transformase las bases económicas de la Colonia. El reparto de tierras, si comportaba una intención de justicia, no significaba más que el paso inevitable de antiguas posesiones a manos de quienes habían obtenido una independencia política y naturalmente territorial. Muy diferente habría sido el proceso de las naciones latinoamericanas, si en realidad, aunado a su independencia, hubiese

venido un desarrollo capitalista, que se rezagó para un futuro tardío, que es ahora cuando se está viviendo, con todas las dificultades que significa el atraso histórico en relación a las naciones más avanzadas en lo económico y social.

Repito que me parece de la mayor importancia el ahondamiento en la posición de Bolívar en cuanto a la tierra, que realiza Salcedo Bastardo, pero me parece por un lado impropio el término *reforma agraria*, y por otro la atribución al Libertador de intenciones que no puede haber tenido. Otra vez surge el problema de la ubicación de las personalidades y de las ideas dentro de su contexto histórico.

No alargaré el examen de este aspecto que, como digo, considero de la mayor importancia y que a mi juicio en el futuro debe promover muchos puntos de vista polémicos. No sería posible extendernos aquí. Quede además lo expuesto como señal aplicable a otros puntos del libro. Coloca excesivo entusiasmo actualista Salcedo Bastardo en ciertas interpretaciones históricas. No se puede mirar el pasado con el sentido del presente, sino con las armas de la investigación científica, es decir, con las limitaciones que los períodos históricos poseen y cuyas fronteras ha de trazar, ayudado por toda la ciencia social e histórica, el reconstructor.

Para concluir y antes de examinar en próximo artículo lo que a mi juicio es la ideología fundamental expresada por Salcedo, quiero señalar este curioso párrafo, a pesar de que resulta una cita aislada. No podría ser de otra manera, porque se trata efectivamente de un pensamiento aislado que se alza, como otras frases, contra la unidad de pensamiento del libro. Dice Salcedo Bastardo en la página 127:

La historia revela que la forma monárquica es compatible con cierta democracia esencial: puede recordarse además del caso de Inglaterra, la pureza y solidez democrática de los regímenes de Dinamarca, Noruega y Suecia.

En un libro que por su esencia es fundamentalmente republicano, tal entusiasmo disuena con lo que esperamos profundidad madurada del autor en materia política. O revela que en libro escrito en la forma de síntesis que ya había yo señalado, en busca de una expresión a lo Gracián, que puede brindarle a su autor magníficos frutos en el futuro, hay que tener cuidado de los pensamientos de lo que la psicología ha llamado “el armónico psíquico”. Estoy seguro de que Salcedo Bastardo protestaría horrorizado si se le tomase por monárquico. Pero ahí queda esa frase en la cual no solamente cree en la democracia de las monarquías, sino hasta en una “democracia esencial”.

El concepto de nación en Salcedo Bastardo

El Nacional, Caracas, 2/5/1957.

Me parece que mucho habría ganado el esfuerzo de Salcedo Bastardo, en su intento de una revisión de Bolívar, si hubiese citado los antecedentes de sus afirmaciones, citando autores, señalando las fuentes emparentadas con sus propias concepciones. Su idea, por ejemplo, de ciertos atisbos positivistas en Bolívar había sido expuesta por el doctor Luis Beltrán Guerrero en conferencia que dictó en 1956 en la Universidad y que fue publicada. Del mismo modo, la explicación que da Salcedo Bastardo para fundamentar su elección de materiales bolivarianos se encuentra en un estudio de Augusto Mijares, publicado en el libro *La interpretación pesimista de Sociedad Hispanoamericana*. Se trata de la afirmación de que naturalmente en la obra de Bolívar hay muchos materiales que no se compaginan con lo que puede considerarse el meollo de ella. Esta falta de citas resta valor al libro, no porque se pueda pensar que Salcedo Bastardo copió ideas, sino porque es preciso aceptar que conoce todos estos materiales y, sin embargo, por el sistema empleado para escribir la obra, prefirió descontar la continuidad historiográfica.

Ningún modo de interpretar un período, un suceso, un individuo puede resultar plenamente fructífero si se desdénia el trabajo de los precursores. La historia es un continuo. Y el escribirla forma parte de ese continuo. Estéril resulta todo esfuerzo de interpretación que no tome en consideración las interpretaciones anteriores, por alejadas que puedan estar de la propia, por disparatadas, incluso, que puedan parecer. Y es preciso recordar que son muy numerosas las interpretaciones del pensamiento político de Bolívar: Mijares, ya citado, Parra Pérez, Marius André, Liévano Aguirre, Lecuna, Blanco Fombona son sólo unos cuantos en la interminable lista. En varios de ellos se encuentran ideas que, o han sido expresadas por Salcedo Bastardo, sin citar parentescos, o por el contrario sostienen puntos totalmente disímiles que no pueden refutarse de manera genérica sobre el concepto de “escuela tradicional”.

Otras afirmaciones necesitarían una justificación, un desarrollo teórico, un cotejo con los conceptos de las ciencias sociales, como es el caso de la nacionalidad. Este concepto es, desde luego, de la mayor importancia, máxime si se toma en cuenta el deseo del autor de que su libro sea un auxiliar didáctico. Dice en la nota de la página 109, a propósito de los términos Estado, Gobierno y nación:

La teoría política ha logrado en nuestros días precisar el contenido privativo de cada uno de esos tres grandes conceptos. Así se han

hecho visibles sus similitudes y sus diferencias; aunque pertenecen a distintos niveles de conocimiento científico, si fueran mentalmente colocados en forma superpuesta, mostrarían sus desiguales extensiones. El término nación, que corresponde al plano social, es el de mayor extensión: se le usa para nombrar la población y sus vínculos culturales; cierta comunidad de tradición, lenguaje, religión, costumbres, ideales; a tales vínculos pueden añadirse otros de índole natural: vecindad geográfica, similitud étnica. El concepto de nación alude a la institución de mayor permanencia, prácticamente la nación es perpetua.

Desde luego, esta última afirmación no puede aceptarse sin controversia. Las naciones no son de ninguna manera perpetuas. La nación es un producto histórico con una connotación muy clara en sociología. Si en sentido extendido se puede hablar de la “nación romana”, por ejemplo, es más por una retroactivación de una estructura que pertenece a nuestros días, que por cabalidad en el concepto. Tanto el Estado como la nación son productos históricos, es decir, no han existido siempre, sino que han tenido un principio bien delimitado en el tiempo. Y desde luego, el Estado, como forma de estructura social, es anterior a la nación. Hay Estado desde hace unos cinco mil años en la historia, y ello es conocimiento obvio. Pero no hay verdaderas naciones desde la época del capitalismo. Es entonces, al liquidarse el feudalismo, cuando nacen las organizaciones económicas, políticas, sociales, culturales y territoriales, a las cuales se denominan genéricamente naciones. El sociólogo cubano Agramonte lo expresa así: “La organización o nacionalismo es la tercera gran forma de organización de la sociedad en su desarrollo histórico, y corresponde a la época en que vivimos”. Alfredo Paviña trata el problema así: “Es una unidad cerrada, perfectamente diferenciada”. Buscando un criterio descriptivo, añadiríamos con Posada: que una nación es “una forma de agrupación social total o completa, producto de la historia establecida en un territorio propio”. Y el doctor Rafael Caldera en sus clases expone el siguiente concepto que alude al mismo hecho histórico: “Puede decirse (...) que el concepto moderno de nación lo integran los siguientes elementos: 1) lazo nacional, basado en comunidad de origen, religión, lenguaje, raza, cultura, etc.” (en proporción variable), desarrollado en un sentimiento solidario que denominan los autores “parentesco espiritual”.

Todos estos autores, y muchos otros que podrían citarse, pues el concepto es general en sociología, denominan nación a las formas de convivencia, cuya expresión en cuanto a sistema de gobierno son las repúblicas, formas que han tenido un principio y que como todo fenómeno histórico tendrán seguramente un fin el día en que la

humanidad encuentre más beneficiosos otros modos de agrupación y gobierno. De ninguna manera son perpetuas las naciones. Aceptarlo significa afirmar que los Estados Unidos, por ejemplo, gran nación moderna, ha existido siempre. Ella, por el contrario, se ha formado por gentes venidas de todos los rumbos del universo al continente americano, que han fundido propósitos e ideales en un territorio y se han hecho copartícipes de una cultura y un modo de vida. Aceptar que la nación es perpetua nos obligaría del mismo modo a sostener que ha existido siempre Venezuela, o cualquiera otra nación latinoamericana. Estas nacieron del esfuerzo de los libertadores, que les dieron ya unos fundamentos. Otras las ha construido la historia y todavía, en los días que esta afirmación de la perpetuidad de las naciones se escribe, luchan muchos países suramericanos por encontrar el camino definitivo de las naciones maduras.

El propio Salcedo Bastardo afirma, como vimos, del término nación: “Se le usa para nombrar la población y sus vínculos culturales; cierta comunidad de tradición, lenguaje, religión, costumbres, ideales, etc.”. Y esto es profundamente contradictorio con su afirmación final de que “prácticamente la nación es perpetua”, porque ninguna comunidad de costumbres, religión, ideales puede aspirar a la eternidad. Todas las comunidades que con esos caracteres conocemos tienen un comienzo que bien conocemos en la historia. Antes de él habían otras gentes, otros ideales, otros objetivos y otros territorios, otras formas económicas. No se puede hablar en puridad de “naciones feudales”, porque el atomismo feudalista justamente imposibilitaba la comunidad de cultura, de religión, de costumbres, de economía, de territorios, de lenguas, tal como puede verse, es por ello, por la fusión que se ha realizado en la historia al destruirse el régimen feudal, por lo que han nacido las naciones. Todavía añadiré algunos comentarios en un artículo final.

Carta a Salcedo Bastardo

El Nacional, Caracas, 9/5/1957, p. 4.

Doctor J. L. Salcedo Bastardo:

Muy apreciado amigo: Después de los cuatro artículos en los cuales me he referido a su libro *Visión y revisión de Bolívar*, creo conveniente que dirija a usted unos cuantos párrafos, pues aunque me he esforzado en destacar los fundamentos de mis comentarios, vivimos dentro de un mundo intelectual donde la crítica resulta aún extraña, si ella trata de indagar un poco el fondo de las frases y si se refiere a ideas fundamentales o trata de tomar las ideas teóricas de los autores para su análisis. Además, se piensa usualmente que hay detrás de cualquier crítica sincera y leal intenciones aviesas, secretos designios. En ocasiones, hay quien pretende hacerle creer eso al autor criticado. Y por todas esas razones, y otras, muchos de nuestros ingenios bien dotados para la crítica, por su sentido analítico y por su cultura, se abstienen de hacer ninguna.

Cuando alguna crítica señala puntos fundamentales o no elogia sin término, se considera que hay detrás alguna enemistad personal o grupal, aunque sólo existan diferencias ideológicas y puntos de vista personales o grupales también. Creo que es una estéril costumbre la de sólo elogiar con monótona insistencia cuanto libro cae en nuestras manos. Esto corrompe a los autores, pues cuando alguien realiza una crítica en la cual señala posiciones a su modo de pensar, se cree que está impulsado por tenebrosas intenciones. Me parece, pues, dentro de tal ambiente, de alguna utilidad explicarle los motivos que me impulsaron a escribir sobre su libro en forma prolongada y de ninguna manera exhaustiva como ha dicho alguien en un diario.

Deseo que al menos Ud. y muchos de los lectores de esta columna, conozcan los motivos con toda claridad. Si de todos modos, hay quien piense en otras causas, que cargue con su conciencia y sus complejos. No sería imposible que alguien saliese en defensa de su libro fuera del tono que yo he empleado para analizarlo. Estoy seguro que habrá existido quien trate de convencerlo a Ud. de que le he “atacado” por obscuras razones, aparte de que, naturalmente, cuando se realiza el tipo de crítica que yo suelo escribir, desde el punto de vista histórico y social, sobran descalificadores que pregunten: “Y qué autoridad tiene para criticar a fulano?”. Todos estos son riesgos de quien se decide a criticar. Y la verdad es que cualquier lector, teóricamente, posee el derecho de publicar sus opiniones, pero

sólo teóricamente, porque del dicho al hecho de la crítica hay todo el trecho de las intenciones que se atribuyen, de los rencores que se levantan, del regocijo de crear al expositor un nuevo enemigo.

Como Ud. sabe, en los últimos años he escrito varios análisis de libros que me han parecido muy resaltantes dentro de la producción histórica y social de Venezuela. Ello se debe a mi convencimiento de que sólo discutiendo a fondo todas las implicaciones teóricas de las biografías o análisis ideológicos, podemos llevar a una verdadera revisión, no ya de personajes aislados, sino de muchos puntos de la historia de Venezuela. Tal vez convenga extender esta afirmación de la manera siguiente: Muchos me clasifican, dentro de la cómoda manera de juzgar a los semejantes intelectuales, que es concomitante con el modo señalado arriba sobre críticas y juicios, como “indigenista”, a pesar de las muy diversas monografías que he publicado sobre otros temas. Hay, naturalmente, quien con ello emplea un método de agresión al tratar de limitarme dentro de un campo reducido y poco expresivo para la mayoría. Porque entre nosotros, se juzga a quien escriba, cuando así conviene, no por las demostraciones que presente de conocer el tema que trata, sino por supuestos derechos adquiridos. Podría señalarle el ejemplo de que muchos impugnan mis artículos sobre temas de pedagogía, porque no poseo el título de doctor en pedagogía o en Educación, o alguno similar. Mucho antes de que esos impugnadores hubiesen seguido algún curso de materias pedagógicas, ya trajinaba yo entre los conceptos de Montaigne, Pestalozzi y otros grandes maestros de la educación, aparte de que cuanto escribo, aún en el caso de que nunca me hubiesen interesado las teorías pedagógicas, nace de una experiencia en la enseñanza que comenzó en 1928. Los derechos de esa experiencia se conceden, naturalmente, a quien convenga, es decir, a quien vea con los mismos ojos del impugnado. A pesar de ese ejemplo, he continuado escribiendo sobre temas educativos porque, contra toda la superficialidad con que puedan ser juzgados por algunos, tengo la razón en muchos puntos planteados, y porque he deseado que permanezca una constancia escrita, para cuando la realidad muestre, inexorablemente, los caminos correctos frente a las negaciones fáciles y a las ambiciones personales disfrazadas de ideales colectivos.

Me pareció su libro de gran importancia, en primer lugar por el tema. Todo examen de Bolívar es ávidamente leído. En segundo lugar, porque desde hace algún tiempo ha venido Ud. anunciando una “revisión” de los modos de juzgar al Libertador, y en tercer lugar, por mi convencimiento, aún antes de leer el libro, de que se trataría de un intento serio. Su examen de los materiales escogidos lo ha comprobado. Le encuentro al libro, pues, como méritos, su finalidad, el intenso trabajo desplegado con los materiales bolivarianos, su fervor por cuanto atañe al

Libertador y el objetivo, compartido con muchos otros historiadores, de revisar los materiales anteriores. Aunque, como he señalado, infortunadamente esto no se cumpla en la extensión que habría sido de desear.

También pienso que deben revisarse conclusiones y estudios anteriores, no sólo respecto a Bolívar, sino en muchos aspectos de nuestra historia. Un análisis de las fuentes históricas, en relación a los indígenas y al mundo antropológico, presente en la introducción a mi libro *Estudios de etnología antigua de Venezuela*, y he publicado algunos artículos y monografías en el mismo sentido. Esto no es sino parte de mi deseo de hacer otras revisiones y de estudiar la historia de Venezuela. Como Ud. mismo me ha expresado un día, verbalmente, “empecé por el principio”. Ahora, escribo otras cosas que no se refieren a indígenas, y en el futuro espero poder llegar a un análisis de aspectos coloniales y otros, republicanos, en la misma forma sistemática que he empleado. Ello le explicará mi interés en la Historia de Venezuela.

Después de todo, bastaría con que, como simple lector, hubiese expresado mis opiniones. Ellas han sido expuestas con toda lealtad y he procurado que no se confunda la divergencia ideológica o de interpretación con rencillas personales que no podrían existir entre Ud. y yo, pues hasta ahora no nos ha separado ninguna de esas rivalidades que sustentan la actividad de muchos intelectuales que deberían emplear sus energías en crear y que a veces, a pesar de poseer verdaderas calidades intelectuales, a la postre vienen a quedar resecos y estériles, como malas plantas deletéreas. Por lo demás, no suelo cultivar tales rivalidades, que sólo sirven para desviar la atención de las fuentes verdaderamente fructíferas de la vida intelectual.

He creído prudente escribirle en el tono cordial en que siempre hemos conservado nuestro trato, para borrar, justamente, suspicacias y atisbos de zahoríos paradójicamente miopes. No he querido decir ni analizar más que lo que dije y analicé y nadie podrá pretender una lectura entre líneas, contra Ud. o su libro, ni cualquier intención remota. Única ha sido la de señalar algunos temas que me han parecido fundamentales y en cuya interpretación difiero. No hay duda de que algunos o muchos estarán de acuerdo enteramente con lo que Ud. expone. En el supuesto caso de que sólo yo pensase en forma diferente, tendría también el derecho que he ejercitado. Y toda impugnación que se haga contra mis ideas habrá de razonarse como lo he hecho con las suyas.

Escribí, pues, con toda sinceridad mis ideas, ante el “riesgo calculado” de que se trata de coaccionar a quien las expresa libremente en críticas, por medio de tergiversaciones, murmuraciones y otros procedimientos. Lo que con ello se pretende es que el escritor no vuelva a hacer críticas. Suceda lo que suceda, no me he de

detener. Expresaré siempre mis opiniones sobre libros, sin caer en la extrema cautela que lleva a muchos de nuestros intelectuales a no juzgar públicamente para no sufrir los inconvenientes que ello apareaja.

Hubiese deseado expresar todavía algunas diferencias en relación a puntos que considero fundamentales, pero el espacio disponible no lo permite. Como resumen sobre su libro, podría tal vez expresar lo siguiente: Por las razones arriba expuestas me ha parecido obra valiosa; pero creo que no se logra una necesaria revisión del Libertador, a pesar de ciertos indudables atisbos, que es imposible revalorizar la acción bolivariana, sin un examen total de su época. Y que no se puede realizar sin el análisis de opiniones anteriores. Además, se han deslizado algunos lugares comunes sobre la Colonia y otros aspectos que desmejoran el empeño. El libro me parece un excelente esfuerzo y no dudo que en el futuro serán mejorados y ampliados sus puntos de vista. Lo peor que podría ocurrirle a Ud. sería el prestarle oídos a quienes nieguen mis críticas sólo por fobias personales o por amistad con Ud., o por comodidad de simplemente seguir una corriente, iniciada con el atingente trabajo que Ud. ha realizado.

Tenga, apreciado amigo, la seguridad de mi mayor aprecio por su esfuerzo y por su personalidad intelectual. Y mi profunda simpatía por su deseo de revisar muchos aspectos históricos. No sería imposible que en el futuro tratase todavía sobre algunas afirmaciones de su libro. Su esfuerzo resultará profundamente útil, estoy convencido, en la medida en que acepte, como hasta ahora, las discusiones de sus ideas. Y desde luego, las de los comentaristas como yo quedan también abiertas al debate. Con felicitaciones personales por el éxito de librería de su libro, que es cosa distinta a la coincidencia con las ideas allí expuestas, le envío el más cordial saludo.

Una cauta biografía

El Nacional, Caracas, 27/6/1957.

Ya he indicado cómo los errores históricos y geográficos, aparte del extraño vocabulario de la traducción, dificultan para el lector venezolano la lectura del libro de Waldo Frank sobre Bolívar. Revisemos ahora algunas ideas y expresiones del autor.

Carácter general, que advierte el lector reiteradamente en el libro, es la cautela con que Frank ha querido juzgar personajes y hechos. Evita afirmaciones rotundas y se aproxima, lleno de simpatía, a los personajes y acontecimientos con la pluma llena de cuidados. De Bolívar en Madrid dice: "Parece que era hombre de genio vivo". Y en el mismo párrafo añade, a propósito de la impresión que éste tuvo de Napoleón: "Parece que la figura de un hombre tan querido por todo un pueblo le produjo confusa emoción" (pág. 57). Acerca de la gira de Bolívar por Europa, cree que "la leyenda exagera", y sobre su traslado a Norteamérica, opina que "es probable que se viese obligado a trasladarse" allí para encontrar un barco de enlace hacia Venezuela. De Boves dice que "Es posible que los caballeros blancos de Caracas fuesen respetados porque todos esos títulos que él se había otorgado lo cohibieron, obligándole a portarse bien". No cansaré al lector con reproducción de tantas frases limitativas como emplea. Abundan las expresiones "es posible", "parece", etc. Es lástima que en unas pocas ocasiones, por el contrario, escaparon en la redacción algunos adjetivos un tanto comprometedores de su juicio que, como los términos "sampan" por bongo y "adobe" por bahareque, producen en el lector venezolano la impresión de obra remota, dedicada a otro país. En el caso de los calificativos, uno a Miranda y otro a Piar, se tiene, además, la impresión de juicio apresurado para delicadas cuestiones de nuestra historia. A propósito de la capitulación de Miranda, se lee en la página 95, después de algunas conjeturas acerca de los móviles que le impulsarían: "Era preferible actuar con rodeos y solo. Era este un método propio del viejo intrigante". "Viejo intrigante": feo e injusto calificativo para el Precursor.

El otro adjetivo se dedica a Piar: "Bolívar —escribe el autor— volvió la espalda a Caracas y la costa. Se volvió de cara al Orinoco, hacia la selva, el corazón salvaje. Allí estaba el traicionero Piar". Mucha discusión ha habido y mucha otra habrá sobre Piar. Pero bastará decir aquí que es lamentable que Frank haya dejado escapar el adjetivo "traicionero" tan seca, tan escuetamente, como si en el caso de Piar no hubiese todo un prolongado litigio histórico. El lector encontrará

algunos otros calificativos que parecen poco adecuados. Señalo ese par verdaderamente infortunados.

Quizás se podría afirmar que cuando describió, encontró expresiones acertadas. Maneja los materiales históricos con la cautela señalada. Cuando, en cambio, trató de hacer juicios comprensivos de situaciones o personalidades complejas, no logra los mismos aciertos. De Boves, por ejemplo, expresa para que se entienda su personalidad y su objetivo, que “odiaba a los hombres blancos como él, de la misma manera que Hitler odiaba a los judíos”. Es claro que ni las actividades de Boves se explican por ese supuesto odio, ni la tremenda persecución de los judíos por el nazismo puede haber tenido como causa única sólo el odio paranoide del *Führer*.

Desde luego, para un juicio global sobre la obra de Waldo Frank acerca de Bolívar, no es posible basarse únicamente en aquellos errores, o en lamentables expresiones. Sin embargo, es preciso señalarlos, para tratar de entender hasta dónde alcanzó éxito en el objetivo que se propuso, que expresa en el prólogo y que está expuesto en la estructura misma de la biografía. Vayamos ahora, entonces, a otros aspectos. El admirable escritor de *España Virgen* y de los análisis de América Latina, está presente en muchos párrafos: A propósito de un mensaje de Bolívar, por ejemplo, escribe: “Es un documento notable, escrito en una prosa sobriamente obscura, de tensa musculatura y reservada. Una prosa de ternura severa, parecida al reproche de un padre que acaba enterneciéndose”. Y al describir el paso de los Andes, hallamos de nuevo al inspirado lírico que había cantado a España:

El terreno que ahora se alzaba escarpado, era fango que escondía la roca puntiaguda, bajo la salmodia fúnebre del bosque de lluvia. Los caballos tropezaban y se cortaban las rodillas. Los torrentes se precipitaban montaña abajo. Los grandes árboles interceptaban su camino; la tierra toda parecía oponerse a la subida de aquel ejército... Los árboles fueron rezagándose y adoptando formas de enanos monstruosos... Ciénagas y pequeños lagos tristes; tenía tal aspecto de desolación cada uno de aquellos escalones, que parecía que forzosamente había de ser el último, hasta que se enlazaba con otro más alto. Arbustos de un color gris fantasmal. Los tenaces frailejones: monjes trasgos, ascéticos y demacrados, apretujándose en los escalones de las rocas.

Los términos y expresiones limitativos de Frank indican que se acercó a Bolívar y al proceso de nuestra Independencia tratando de no exponer ideas preconcebidas.

Iba estudiando los materiales que hasta entonces le habían sido extraños, con cuidado, lentamente, con el deseo de encontrar secretos nexos y descubrir el verdadero significado de aparentes antinomias históricas. A ratos, cuando ya conoció a sus personajes, dio paso a toda su capacidad de escritor, particularmente apto para descripciones y para escribir en párrafos hermosos, juicios muy personales, llenos de tensión afectiva. Hay mucho de ello a ratos, y en capítulos como el dedicado a Bolívar en Pativilva, encontramos al viejo Frank, lleno de entusiasmo ante sus personajes y ambiente.

A veces el libro deja una impresión un poco triste, el sentimiento de que ha faltado un objetivo que mantuviese la tensión durante toda la obra. Puede ello deberse a algún estilo de trabajo. Tal vez fue redactado en tiempos distintos, al final, algunos párrafos dan el resumen de lo que el autor ha logrado: mirar a Bolívar como un ejemplo de verdadero demócrata y obtener la lección de que sólo la paz y la justicia pueden establecer nexos durables entre los hombres.

Para el lector venezolano, el libro de Frank revela el conjunto de impresiones, de ideas, de sorpresas, que un acercamiento a nuestra realidad histórica puede producir en los grandes intelectuales norteamericanos. Hay que agradecerle su equilibrio, su modo cuidadoso de juzgar, la delicada atención que sostuvo para tratar de entender no sólo al personaje, sino al medio, y para no tropezar con interpretaciones excesivamente parciales. Si no logra, ni trata de hacerlo, muy novedosos puntos de interpretación, realiza, en cambio, una obra llena de simpatía y de respeto por nuestra realidad histórica y por los autores venezolanos en cuyas obras se documenta. En algunos capítulos y párrafos está el gran autor de los mensajes a Hispanoamérica, el gran preocupado por la realidad hispana, extendida hasta nuestro continente, el profundo escritor. Agradezcámosle su humana simpatía, su modestia al tratar con la época bolivariana y su sincero equilibrio, que no pretendió más que dar la imagen que a él le sugirió el conocimiento de una porción de nuestra historia. ¿Cuándo, en reciprocidad, emprenderá alguno de nuestros historiadores la tarea de una interpretación, desde aquí, desde el corazón de Venezuela, de algún gran personaje norteamericano, tal vez Washington o Lincoln?

Bolívar en Río Chico

Últimas Noticias, Caracas, 10/8/1971.

Para quien conozca siquiera medianamente a Venezuela, resulta sorprendente que en Río Chico no se encuentre una plaza Bolívar o una representación del Libertador en la plaza del pueblo. Porque cada ciudad, pueblo o aun caserío, o tiene una pequeña alameda con el nombre del Libertador, o en algún parquécito, a veces medio abandonado, siquiera un busto de él. Así ocurre, por ejemplo, dentro del propio distrito Páez del estado Miranda, con el caserío llamado Las Lapas que, situado al sur de la laguna de Tacarigua, no conocen ni siquiera los más asiduos paseantes de la albúfera. A pesar del aislamiento y del olvido de tal centro poblado, no falta la representación de Bolívar en un pequeño busto que acaso sea el menor de todos los que rememoran en el país. Pero a Río Chico le ha ocurrido lo que a otras poblaciones, como Isnotú.

Es comprensible que, a pesar de los sentimientos patrióticos que allí existan, sea en ese pueblo trujillano el doctor José Gregorio Hernández la figura histórica principal. En Río Chico no ha nacido hasta ahora ningún sabio aspirante a santo, pero sí el doctor Rafael Arévalo González, símbolo de civismo y de resistencia digna frente a los atropellos dictatoriales de Juan Vicente Gómez. Después de veinte años de prisión, por haber sostenido contra el dictador la candidatura presidencial de un ciudadano que la merecía democráticamente, Arévalo González levantó su voz de justicia el año 28, para pedir por telegrama de la dignidad ciudadana que fuesen libertados los estudiantes apresados a principios de 1928. Bien sabía cuál iba a ser la respuesta: los grillos que simbolizaban la prolongación de la Venezuela colonial; el apresamiento sin trámites legales de ninguna clase, como una muestra más del poder tiránico; el envío al castillo de Puerto Cabello, como para condenarlo al atropello en el mismo sitio donde estaban los jóvenes a quienes Arévalo González había querido amparar con la invocación de la equidad y la petición del ejercicio de libertades que todavía no eran más que un anhelo en las mentes bien templadas de la patria semifeudal. Ya para los tiempos del 28 era venerada en Venezuela esta figura de civismo, deber de conciencia y terco empeño de que existiese un *minimum* de prácticas democráticas, como el voto que era reemplazado por los telegramas de Maracay y las órdenes ejecutivas en todos los niveles.

Algunos de los que fueron compañeros de prisión de Arévalo González se han referido a lo que ahora se define como su ideología. Algunas de sus concepciones

sociales han sido objetadas, pero con el conocimiento de que él no era un teórico de la política, sino un ciudadano creyente en la necesidad de los procedimientos democráticos y un hombre que nunca dudó de manifestar su sentido de la justicia frente a la fuerza dictatorial. Cualquiera que sea el juicio definitivo que sobre Rafael Arévalo González haya de emitir la historia, siempre se habrá de reconocer su valor cívico, su capacidad humana para persistir, con la única arma de una actitud justa, en la creencia de que la tiranía debía ser encarada con las solas armas de que podían disponer los periodistas como él o los escritores como José Rafael Pocaterra, el Jobo Pimentel y tantos otros mártires de La Rotunda y los castillos coloniales, que eran como prisión medieval viva, para quienes pretendían inculcar con la prédica y el ejemplo la idea de que los tiempos del hierro, las almenas y los calabozos subterráneos habían sido reemplazados en la mayor parte del mundo por la discusión democrática, la participación de los ciudadanos en las decisiones de la nación y los derechos de expresar el pensamiento y de ser juzgado por los jueces naturales. Arévalo González era un simple portador sin grandes desarrollos teóricos de ideas ya antiguas en el mundo, desde la Revolución Francesa. Era simplemente un liberal, pero un liberal lleno de coraje y de la inquebrantable decisión que lo llevó a tener como tribuna ante sus compatriotas por más de dos décadas, las cárceles, la reclusión y la amenaza permanente de los carceleros y los cabos de presos. Por su significación como símbolo actuante durante los tiempos oscuros de Gómez, bien merece Arévalo González el orgullo de Río Chico, su patria chica. Por eso, en la plaza principal del pueblo es su efigie la que preside las actividades de la comunidad.

No hace mucho tiempo un grupo de riochiqueños —de buenos riochiqueños— recordó la singular circunstancia de que su pueblo no tenga una representación de Bolívar más que en el Concejo Municipal. ¿Cómo es posible que por todas partes se encuentre una estatua, un busto del Libertador y no lo haya en Río Chico, que no es villorio que crece, sino ciudad que vino a menos, después de haber sido un centro de extraordinaria importancia durante casi medio siglo? Presentada una vez más la pregunta, se constituyeron en junta varios de los más activos hijos del pueblo: Ibrahim Requena, hombre emprendedor y estudioso de la historia regional; Horacio Requena, un extraordinario profesor a quien se debe el Liceo de Río Chico; Gustavo Ramos, una figura cívica como Arévalo González, que sufrió torturas y larga prisión durante el régimen de Pérez Jiménez; el profesor Carlos Sifontes, gran profesor de la enseñanza media, con experiencia en muchos lugares del país; Mariano Aparcedo, hombre empeñoso en el fomento de lazos que mantengan el espíritu de la comunidad, y muchos otros. Decidieron propugnar la instalación de una estatua del Libertador en la plaza de Río Chico.

Naturalmente, existía el escollo de la figura de Arévalo González en el *presídium* de la localidad, en el centro de la plaza. Los propulsores no querían levantar rivalidades imposibles; respetan los derechos que el hijo del pueblo adquirió con su denuedo ante la dictadura gomecista, pero piensan en una plaza Bolívar; no deseaban herir los sentimientos de los familiares de Arévalo González que han nacido en Río Chico, ni el de otros que habitan en Caracas; no deseaban que la colectividad entrara en una controversia de la cual no saldrían bien parados los ideales que a ellos los mueven. Y hallaron lo que es una solución enteramente justa: existe el proyecto —que ellos aspiran a que sea pronto realidad— de una avenida intercomunal entre Río Chico y San José. Llevará el nombre de Rafael Arévalo González. Justo será que, al llegar a Río Chico, tenga a su frente a Arévalo González. Así se trataría simplemente de un traslado desde la plaza, en la cual se instalará en cambio una gran estatua del Libertador. Queda respetado así el orgullo regional y Bolívar pasará a presidir a la comunidad desde su plaza central. Historiadores y sociólogos podrán preguntarse cómo es que en Río Chico, ciudad principal de Barlovento, centro de su riqueza durante casi medio siglo, no exista una plaza Bolívar ni una estatua del Libertador en algún sitio. La respuesta pertenece a causas históricas que no podrían ser expuestas en esta corta noticia. Para acrecentar el alcance de la pregunta, se podría añadir otra: ¿no pasó la emigración de 1814, encabezada por el Libertador, precisamente muy cerca de Río Chico? ¿No han quedado recuerdos del paso de la trágica multitud en Capaya, en San José, en Río Chico? ¿Por qué no existen marcas o hitos de la travesía en el amplio Barlovento? Quizás sobre eso puedan hablar en el futuro los integrantes de la junta que propugna el proyecto de Río Chico, en el cual quedarán honrados el símbolo de la soberanía venezolana y el del espíritu de la justicia democrática que encarnó el hijo de la localidad.

La negra Matea

Últimas Noticias, Caracas, 20/8/1971, p. 55.

Varios periodistas y escritores se han referido al reciente traslado de los huesos de la negra Matea a la Catedral, junto a los de quienes fueron sus “amos”. Símbolos del cambio de los tiempos, es decir de las estructuras sociales, y también de que fue Bolívar el primero de los grandes propietarios de esclavos que les dio libertad y comprendió la tremenda injusticia de tratar a todo un sector de seres humanos sólo como productores, como “instrumentos que hablan”. Algunos historiadores, como Augusto Mijares, han señalado en sus obras que Bolívar nunca habló de “la negra Matea”, sino de Hipólita, a quien llamó su madre y su padre, en una sorprendente calificación muy rica en significados. A la afirmación de que Matea fue sólo un medio tardío de propaganda política, algunos han respondido que posiblemente sí figuró entre las esclavas de los Bolívar. Como la generalidad de los comentaristas recientes, no discutiremos si Matea fue o no, en persona, criadora o aya del Libertador. De cualquier modo, los huesos de mujer negra que han ido al panteón eclesiástico de los Bolívar resultan expresión de una verdad histórica: la de que el Libertador, como innumerables venezolanos, tuvieron nodrizas y educadoras negras, africanas o descendientes cercanas de africanos, conservadoras de tradiciones, transmisoras de rasgos culturales traídos del continente africano. Es decir, fueron portadoras vivas de una corriente de transculturación que incorporó a Venezuela, junto a las culturas indígenas y españolas, rasgos y concepciones de la vida de otro continente lejano. Por las nodrizas, por las “mamas” (no mamás) entraba en la formación psicológica y en la educación, un contingente de otro mundo, raíz de nuestra nacionalidad, no sólo por la vía de la producción fundamental, sino por la de elementos estructurales de la personalidad.

La “mama” ha sido motivo de consideraciones sociológicas en Brasil por Gilberto Freyre, en Uruguay por Ildefonso Pereda Valdés. En un ensayo que escribimos en 1955, publicado en el libro colectivo *Historia de la cultura en Venezuela*, nos referimos al tema así:

Las negras eran parteras y ayas. Todo blanco llegaba al mundo en manos de la partera negra. Todavía duró esto hasta el primer cuarto del presente siglo. Y el aya, la “criadora”, siempre fueron negras. Muchos blancos tenían sus “hermanos de leche”. Mientras la ma-

dre achacosa, remilgada, o deseosa de conservar los dones de la juventud, encargaba a la “criadora” el amantamiento del hijo; éste llegaba a ver en su “máma negra” como todavía hace pocos años se decía en Venezuela, a su verdadera mamá, a su efectiva madre.

Poco se han ocupado aquí los sociólogos en tan fundamental fenómeno, cuya comprensión es indispensable para entender la formación de la que se podría denominar personalidad básica del venezolano a través de los tiempos. Sociólogos de otros países, donde existieron también comunidades negras, lo han examinado. Gilberto Freyre dice de las ayas del Brasil:

Emancipadas, redondeábanse casi siempre como negrotas enormes. Negras a las que se contemplaba en todos sus caprichos: los niños le pedían su bendición, los esclavos la trataban de “señora”, los cocheros la llevaban a su lado en el pescante. Y los días de fiesta, quien las viese orondas y presumidas entre los blancos de la casa, tendría que suponerlas señoras bien nacidas.

Ildefonso Pereda Valdés, al tratar sobre la influencia africana en el Uruguay, escribió:

El ama negra tenía bajo su custodia la educación del niño por la confianza que a través de los años se fue depositando en ella (...). Se notaba una impalpable plasmación del espíritu infantil a través de esta segunda madre que fue la esclava.

El padre Borges se refirió en un recordado discurso a la influencia que las ayas negras tenían sobre los niños venezolanos coloniales.

El “coco –escribió–, ese tremendo mito de la infancia, corresponde a una realidad en el mundo de los espíritus. Los niños, transidos de miedo, se acurrucan en sus camitas, escondiendo las cabezas bajo las sábanas. La culpa es de la negra Catalina, que se ha puesto a contarles pavorosas consejas.

Aya o no del Libertador, Matea representa un prototipo de la formación de la cultura venezolana. Es, junto a los que históricamente fueron sus “amos” en el mundo esclavista nacional, la conciencia actual de que nuestra nación tiene raíces culturales en tres continentes, y de que los africanos y sus descendientes han estado presentes de modo muy vivo en todos los avatares de la formación nacional.

Una estatua para el Libertador

Últimas Noticias, Caracas, 4/10/1971.

Hace un par de meses escribimos sobre lo que era entonces un proyecto: una estatua de Bolívar en Río Chico. No haremos ahora la reseña minuciosa que corresponde a los reporteros que cubrieron la información para los diarios caraqueños. Queremos sólo añadir otro comentario a lo que ha sido una obra colectiva, un fruto del empeño y el patriotismo de un grupo y de la colaboración popular.

Numerosas personas habían observado desde hace años que Río Chico no poseía ni una plaza Bolívar, como la mayoría de nuestros pueblos, ni una estatua del Libertador, que suele encontrarse en muy diversas dimensiones y con representación de las actitudes, según las concepciones de los escultores. Las preguntas acerca de la ausencia de Bolívar en Río Chico se transformaron en inquietudes. El preguntarse fue transformado en proyecto. Encarnó el propósito en un grupo de hombres a quienes en ocasión anterior ya hemos nombrado. Recordaremos ahora sólo a Ibrahim Requena, presidente del Comité que tomó como indeclinable finalidad la de llevar a Bolívar a la plaza de Río Chico.

Cuando el 18 de septiembre, sábado, 1971, fue descubierta la estatua, Requena contó las empresas que fueron realizadas, las peticiones que presentó el Comité, los trabajos de Hércules que hubo de realizar para que los bolívares se fuesen juntando poco a poco para honrar a Bolívar. Toda empresa generosa encuentra promesas que no se cumplen: ofrecimientos hechos quizás de buena fe que no llegan a realizaciones; palabras de aliento que no pasan del aliento de la respiración; felicitaciones que no impulsan órdenes efectivas; recelos que obstaculizan sentimientos indefinibles que no son de generosidad; propósitos de índole electoral que se quedan en el remolino de las conversaciones y los “veremos”. Así ocurrió al propósito de la estatua de Bolívar en Río Chico. Hubo hasta voluntades encrespadas en ciertos momentos, sin que nada justificara el interés en ciertos aspectos; hubo propagandas que atribuyeron apoyo a quienes lo dieron. Puertas que se tocan; cajas fuertes que se cierran; citas que se hacen por teléfono, esperas inconmensurables de personajes que se evaporan en el día de concretar los apoyos. Todo eso una vez más ocurrió al proyecto generoso de levantar a Bolívar una estatua en Río Chico. Poco a poco se fueron reuniendo los bolívares para Bolívar. “Algunas cajas fuertes crujieron de indiferencia”, dijo Ibrahim Requena en el acto de la inauguración, cuando agradeció la ayuda del doctor Mauro

Páez Pumar, quien representó en los actos de inauguración al señor Presidente de la República, en su condición de guardián del patrimonio histórico nacional.

Mientras algunas manos –dijo Requena ante la estatua de Bolívar– se hundieron profundamente en los bolsillos para ocultar la chequera, mientras puertas oficiales se volvieron de acero inexpugnable, mientras poderosos beneficiados de las riquezas de Barlovento olvidaron la combinación de sus cajas fuertes, en hogares humildes donaron la única moneda que había en la casa.

Y así fue: el pueblo, la gente democrática, reunió realitos, medicitos, monedas que guardaban para la pulsera; moneditas que se reunían para la alcancía del estudiante de la familia. La estatua iba surgiendo de la cooperación de la comunidad riochiqueña. Algunos sólo podían dar entusiasmo y lo pusieron a la orden del Comité que no cejó en el empeño. Hubo conferencias: Luis Villalba, Salcedo Bastardo, Mauro Páez Pumar, Pedro Laya, José Antonio de Armas Chitty; hubo tarjetas de bautizo, inventadas por Mariano Aparcedo; hubo verbenas, realzadas por la alegría y la gentileza de las riochiqueñas; hubo muchas conversaciones; mucha gente cooperó y el 18 de septiembre de 1971 llegó por fin el día de tener una plaza Bolívar en Río Chico.

La estatua, copia de una obra de Tenerari, mira hacia la calle por donde pasa el turismo hacia las playas del Tuy. El Comité propulsor quiso que la efigie del Libertador fuese apreciada de frente por los transeúntes. Es como si Bolívar pudiese mirar desde la historia a los que pasan, para recordarles muchos deberes aún no cumplidos por muchos venezolanos. La estatua contiene algunos secretos que los escultores y los artistas revelarán poco a poco. Digamos ahora que evidentemente el escultor quiso una representación global de la personalidad del Libertador. Si la estatua se mira por el flanco derecho, es Bolívar el militar, el guerrero, el hombre de la espada; si se la mira por el otro flanco, aparece un Libertador civil, con perfil de intelectual, sereno, cubierto a medias por la capa que del otro lado deja el aire de la espada. Y arriba, “la cabeza de los milagros”, ligeramente inclinada, en meditación que bien puede ser la de un legislador o la de un estratega que planea a Carabobo o a un Junín y Ayacucho.

Como dijo Requena, es una obra del pueblo, de la comunidad de los hombres y mujeres de buena voluntad, para que se avergüencen los que carecieron de ella; un fin cumplido, un símbolo más logrado por los que tienen poco en monedas y mucho en decisiones. Parece que en el momento de escribir esta crónica, algunos que nada dieron se han atribuido ya la total realización del que fue proyecto gene-

roso y es obra cumplida. Con su pan de espíritu reseco se coman la mentira que dicen. Si alguien se atribuye el trabajo de otro, es porque lo encuentra importante y en el fondo la falsa atribución viene a ser públicamente como una autocrítica. La más grave, porque confiesa un error de omisión voluntaria antes del hecho. Pero no es tiempo de reclamar sino de mostrar. Y bien harían algunos rezagados que por lo visto, ahora consideran la obra con mente diferente a la que antes aplicaron, en olvidar también posibles rencores y colaborar para que la estatua quede firme definitivamente. Porque costó 25.000 bolívares y el Comité que la contrató todavía debe siete mil. ¿Cómo los va a juntar? ¿No podemos esperar que la obra realizada sea motivo de algunas decisiones que no se cumplieron por diversas causas? ¿No tendrá el Comité propulsor la cooperación definitiva, después que tomó sobre sus hombros una carga económica que ha debido aligerarse rápidamente con la colaboración de aquellos a quienes aludió Requena ante la estatua? Él tiene fe en que la colectividad riochiqueña acudiría donde no cooperen quienes mucho se benefician de proyectos como este cuando hay elecciones; él dice sobre la experiencia lograda que otras alcancías sonarán sus monedas al romperse, que otros panes del desayuno de pobres irán a fundirse simbólicamente, mientras bollos suculentos repletan el abdomen de los indiferentes. Deberíamos esperar que no los hubiera.

Bolívar fue signado por un destino social; quien lucha por fines democráticos para lograr fines beneficiosos para el pueblo muere como él, con una camisa prestada por algún amigo fiel. ¿No es una simple continuación de ese destino social que la estatua de Río Chico se haya levantado por esfuerzo popular y todavía se deba más de la cuarta parte del precio? ¿Y no es símbolo de los tiempos que anuncian nuevas transformaciones profundas, que haya sido la voluntad popular la que llevó, por fin, a Bolívar a Río Chico?

Certamen sobre Bolívar

Últimas Noticias, Caracas, 28/4/1976.

No hace mucho, nos referimos aquí al Encuentro de Escritores celebrado en La Habana, durante la deliberación para otorgar los premios Casa de las Américas. El Encuentro pidió a la Casa que se incorporara al Concurso de 1977 el tema “Bolívar en Nuestra América”. Los delegados cubanos a la Reunión sobre Teatro del Tercer Mundo, celebrada en Caracas, han traído la noticia de que la Casa de las Américas aceptó la sugerencia de los escritores latinoamericanos y el tema propuesto sobre el Libertador queda incorporado al llamamiento para el Premio Casa de las Américas correspondiente a enero de 1977.

Resulta novedosa innovación que el premio sobre “Bolívar en Nuestra América” será otorgado en todas las especialidades que concurren: ensayo, poesía, teatro, cuento, novela. Las bases elaboradas especialmente para el tema “Bolívar en Nuestra América” explican:

En este premio extraordinario que se otorgará en cualquier género, podrán participar:

- a) Los autores latinoamericanos y del Caribe, incluso los de lengua española;
- b) Los autores no latinoamericanos, si hubieran residido por cinco años o más en la América Latina, y
- c) Los autores de los países socialistas, si se tratase de ensayos. Los libros presentados deberán ser inéditos en español. Cuando se trate de traducciones al español, se hará constar el nombre del traductor y se recomienda también el envío del texto en el idioma original. Los libros se considerarán inéditos aunque hayan sido impresos paralelamente; y en el caso de las obras dramáticas, aunque hayan sido representadas. Los autores brasileños podrán participar en portugués.

Como el número de estudiosos de Bolívar es muy numeroso, pensamos que el certamen “Bolívar en nuestra América” tendrá excepcional cantidad de concurrentes. La experiencia relativa a “Testimonios”, dedicado en 1976 a la mujer, no mostró la eficacia de convocar temas especiales. En el caso de Bolívar, creemos

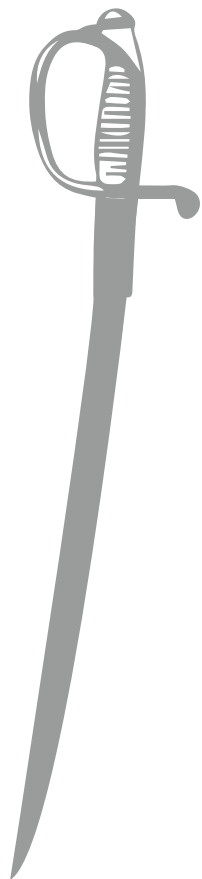
no regirá la misma limitación, pues seguramente existen numerosas obras inéditas, no sólo en Venezuela, sobre el Libertador, que concurrirán al certamen de la Casa de las Américas en 1977. Es de esperar también, no sólo una abundante asistencia de libros, sino representación del tema en varios de los temas sobre los cuales se otorgan premios. Bolívar ha sido siempre no sólo tema inagotable de ensayos, sino también de inspiración para poetas, novelistas y dramaturgos. La Casa de las Américas, al llamar a un concurso sobre el Libertador, convoca al mismo tiempo su autoridad, la sombra de sus enseñanzas en la lucha por la libertad, pide a los escritores que lo pongan a vivir en los días más difíciles de la América que él y Martí quisieron totalmente libre, con la inclusión de Puerto Rico. Neruda escribió que Bolívar “despierta cada cien años, cuando despierta el pueblo”. Ahora se remueve en la historia, inquieto, alerta, cuando las maniobras de sus antiguos enemigos lograron que no se reuniese el Congreso de Presidentes que iba a conmemorar en Panamá la fecha de la reunión anfictiónica. Esta vez se trataba también de una obra concreta: apoyar a Panamá en su lucha nacional. La convocatoria de la Casa de las Américas explica el propósito del premio, originado en la necesidad de actualizar en el año centenario de la reunión que él convocó en el centro mismo de las rutas internacionales del continente, en el Corinto de América, las significaciones de las alianzas de los pueblos libres y amenazados.

Este premio extraordinario —expone la convocatoria— tiene la intención de hacer resaltar los verdaderos propósitos con los cuales se celebró en 1826 en Panamá, a instancia de Bolívar, el Congreso Anfictiónico: Consolidar la unidad hispanoamericana para defender la independencia frente a España, prevenir la amenaza de los Estados Unidos de Norteamérica y organizar una expedición para liberar a Cuba y Puerto Rico del coloniaje español. A Simón Bolívar el imperialismo ha querido presentarlo, por el contrario, como padre del panamericanismo, y al fijar los objetivos reales del Congreso Anfictiónico de Panamá, estamos contribuyendo a exaltar su figura y su verdadero mensaje.

Debe notarse que a pesar de ese párrafo, el certamen no limita los temas al solo Congreso de Panamá. El título “Bolívar en Nuestra América” significa que los asuntos son a elección de los autores, alrededor de la actuación de Bolívar durante toda su existencia. Es claro también que “Nuestra América” significa en la convocatoria la América de Bolívar y Martí, del Río Bravo al Sur.

El premio del próximo año quizás sirva de estímulo a diversos estudiosos que desean profundizar en la interpretación de Bolívar, tan superficial en muchas obras, pero no se han decidido a publicar sus observaciones y revalorizaciones o no han encontrado quien las edite. Muchas obras excelentes sobre el Libertador existen, pero urgen otras en las cuales se le juzgue dentro del proceso de Independencia de acuerdo con criterios actuales. Como es bien sabido, la tendencia general ha sido la de ver a un semidiós, en lugar de interpretarlo como un hombre genial de su tiempo que supo ser el portavoz y el portaespada de una sociedad que había llegado al momento de su independencia política. Innumerables temas esperan el interés de los escritores que admiran a Bolívar. Durante mucho tiempo se repitieron siempre las mismas disquisiciones sobre el Libertador, sobre su parentela y sus aventuras amorosas, sobre sus batallas y hasta sobre su moral. Quedan por interpretar multitud de aspectos, uno de los cuales comenzó a tratar en un estupendo libro, publicado hace años en Caracas, Marta Hildebrandt, que encontró un filón nunca tocado antes, en *La lengua de Bolívar*. Todavía están por analizar multitud de aspectos de sus actividades: su pensamiento político, su relación con el pueblo, su inmensa capacidad para interpretar los sucesos políticos y adaptar a ellos las acciones, su flexibilidad ante los acontecimientos, dentro de sus propósitos generales, etc. Mucho de ello seguramente será visto en el certamen dedicado a “Bolívar en Nuestra América”.

SEGUNDA PARTE
Los trabajos anunciados



Tres instancias para una entrevista con Simón Bolívar

Últimas Noticias, Caracas, 22/7/1978.

Instancia inicial desde Halicarnaso

Primero interrogamos a la Historia. Heródoto, con su bronca voz de rememoraciones, dijo desde Halicarnaso: “Yo no podía, cuando escribí mis *Nueve libros*, dialogar con el pasado a través de pocos documentos”. Ud. y sus contemporáneos pueden ahora utilizar relatos, historias, memorias, inúmeros materiales dejados por las generaciones, en una función acumulativa de conocimientos, que establecen la relación creadora, de todas las edades. Ud. puede conversar con Bolívar directamente, por medio de sus cartas, sus decretos, sus proclamas, sus mensajes al mundo. Fue un genio y nada de lo humano le fue extraño. Pero vivió en su época, tal los argóolidas y los troyanos en la suya, intransferible. Y usted deberá llevar su diálogo a pulso, para que las etapas no choquen, no se mezclen días heterogéneos y no salten las palabras de ayer sobre el hoy, ni las de las propias horas de Ud. hieran el fluir de aquellas, estremeedoras, cuando los hombres de su tierra combatieron contra los del imperio colonizador hasta entonces invencible.

Llame al umbral del pretérito con todos los instrumentos de que yo nunca dispuse para contar sobre lejanos sucesos, sobre guerras y liberaciones, o acerca de los hechos singulares de los seres eminentes. Veo en su tiempo un encendido cruce del pasado, el presente y el futuro, aunque las civilizaciones técnicas se empeñan en borrar las fuentes en donde hubie de recoger los mitos, las leyendas, los trozos de historia deshilachada sólo como se había conservado en la memoria de las multitudes, de la gente de buena voluntad, de los visionarios que, sin saberlo, añadían o quitaban algo. Uds. pueden ahora conversar, dialogar, platicar, hasta con gente tan lejana como yo.

Bolívar está en las puertas de la memoria de Uds. Además, tuvo la presciencia de los futuros cercanos, tan influyentes sobre el presente de su patria. Él se empeñó siempre en cultivar, junto a su terrible existencia de guerrero y estadista errante, la preparación de lo que llamaba con insistencia su “gloria”, es decir, los tiempos de la memoria colectiva por venir. Él dejó mil mensajes en diálogo cotidiano

con el futuro. Vaya a su encuentro, pero hablele sin intermediarios, pues los historiadores lo han visto desde sus respectivos rincones, a veces tan oscuros que eran verdaderas cavernas tenebrosas. Sólo serán válidas para Ud. las propias palabras del personaje, inagotable en su afán comunicativo. Valdrán también las de algunos entre quienes convivieron con sus empeños y participaron en ellos, como Sucre, Urdaneta, O'Leary, Olmedo, Simón Rodríguez. Ellos pueden ayudarlo a comprenderle, pues fue un hombre difícil. A él lo entienden sólo seres visionarios, quienes buscan, solícitos, los modos de transformar al mundo. Y también los poetas rebeldes, ansiosos de justicia, de intuir las potencias profundas que para la dinámica de las grandes mutaciones residen ocultas en la historia.

Instancia segunda, con voces profundas

Entonces preguntamos a los poetas: ¿Cómo lo ven? ¿Cómo era? ¿Cómo es? Respondió, pausado, desde Dos Ríos, José Martí: “Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban y las palabras se le salían de los labios: parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo”.

La voz metálica de Huidobro, refugiada en París mientras le duele su tierra chilena, dijo: “La cabeza erguida parecía estar contando planetas” y añadió Olmedo, con imperecedera admiración: “Su voz un trueno; su mirada un rayo”.

Atento en la altura donde estuvo “la región más transparente del aire”, declamó Pellicer: “Su conversación era una copa de luceros”. Y desde las tierras bajas, desde sus sabanas barinesas, gritó Alberto Arvelo Torrealba:

Mírele el rostro en la paja,
míreselo, compañero,
como las claras garúas
en el terrenal reseco.
Óigale la voz perdida
Sobre el resol de los médanos
La voz le gritó más hondo,
¡Óigasela, compañero!

Miguel Otero Silva, para contribuir al retrato emocionado, musitó:

Sólo una frente pálida. Y unos ojos de abismo.
Sólo una sombra ágil, nerviosa, diminuta,
que se tornaba inmensa como todas las sombras.

Choquehuanca, en los linderos del Alto Perú, se sintió evocado y recordó “Su gloria crecerá así como aumenta el tiempo con el transcurso de los siglos y así como crece la sombra cuando el sol declina”.

Alberto Hidalgo, desde cerca de la Magdalena, en Lima, donde tantas veces residió Bolívar, completó el retrato físico:

Parecían sus ojos
dos inmensos tornillos
que se incrustaran en el aire.
La fina oreja sabía escuchar
en medio de la algarabía
las silenciosas voces del silencio.

Antonio Arráiz, plantado en el antiguo sitio de La Rotunda, en Caracas, recitó su visión del conductor del pueblo, lejos de las leyendas de los grandes salones y de los oropeles de quienes después de haberse colocado bajo su sombra, cuando era poderosa, lo hirieron por todos los costados, en los días postreros de su vida. Con voz seca, dijo Arráiz:

Los veteranos no conocieron más que un muchacho flaco
que, hundido en su chamarra,
acogió con ellos los páramos temblantes,
y se mezcló en sus vidas, y les pedía sus nombres,
y les comía sus ranchos,
y así y todo, los hizo ganar.

Entre los chorotegas, señaló conmovido Darío:

Al infinito avanza
con severo ademán y paso inquieto.

Al oír el cambio de tema, como en un contrapunteo, desde la banda oriental, añadió Abregú Virreira:

General de un ejército de ideas.

Y Luis Llorens Torres, en su tierra entrañable de Puerto Rico, que Bolívar quería libertar con un ejército comandado por Sucre, Páez, Urdaneta y tal vez él mismo, dijo un viejo verso:

Tenía la valentía del que lleva una espada;
Tenía la cortesía del que lleva una flor...

Tomás Ignacio Potentini, desde el calabozo llamado del Olvido, adonde lo han condenado sus compatriotas literatos, levantó la voz orgullosa de los rebeldes:

Rayo de muerte en la guerra
y arco iris en la paz.

Dos poetas del país araucano cerraron el recuerdo colectivo con invocaciones suscitadas por tantas palabras de emoción. Vicente Huidobro llamó:

¡Simón! Hay tinieblas sobre el mundo. Aún reina la noche en tus Américas. Desata tus amarras de las sombras, desenvaina tu espada color lluvia bienhechora y toma tu sitio en nuestras filas. Ahí está tu caballo de ijares impacientes, vibrando como un gran violín de Marsellesas y cantos resucitados. Ahí está esperando tu caballo. Y detrás, millones de jinetes como olas efervescentes.

Pablo Neruda, desde Isla Negra, unió su voz, admonitoria:

Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.
Los malvados atacan tu semilla de nuevo;
Clavado en otra cruz está el hijo del hombre,
Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra.

Respondió inesperadamente, desde algún volcán de América, el Libertador:

Despierto cada cien años,
cuando despierta el pueblo.

Instancia tercera, en futura universidad

¿En cuál época de su vida entrevistar a Bolívar? Elegimos el año de 1827, cuando por última vez visitó a Caracas, en medio de graves tensiones. Parecía inminente la disolución de la extensa República cuyos primeros brotes estuvieron en Angostura, después de Boyacá. Acudimos al doctor José María Vargas, catedrático de la Universidad. El Libertador se había reunido ya con él, a comienzos del año, cuando preparaba sus decretos sobre educación, en una cena organizada por el Dr. Revenga. Bolívar, próximo a regresar a Bogotá en el mes de junio, había manifestado deseos de visitar con calma los claustros franciscanos, pues el doctor Vargas soñaba con ver la Universidad alguna vez instalada allí. Éste arregló todo. Los monjes se habían retirado para ejercicios espirituales en otro lugar, durante una semana. En una mañana dominical a mediados de junio, a las siete, llegó Bolívar sin edecanes. Vargas, con breve excusa, nos dejó. Paseamos por los corredores. A ratos nos deteníamos, o Bolívar se detenía y luego iba y venía en un corto trecho. Entonces yo me sentaba en alguna vieja poltrona y él continuaba moviéndose de un lado a otro, inquieto. Oía las preguntas con la cabeza baja, o mirando hacia la copa de los árboles del patio. Respondía prontamente, sonreía, gesticulaba. A veces parecía hablar consigo mismo o reflexionaba en silencio:

- Libertador –le dije al comenzar–, vengo de otras épocas. Ud., que ha llamado insuperablemente al tiempo “vehículo del Universo”, y vio al padre Cronos cara a cara con el Chimborazo; Ud., que ha estudiado la historia desde la antigüedad hasta estos días de 1827, y ha sembrado innumerables semillas de acción para el futuro de las repúblicas libertadas bajo su conducción, sabrá comprenderme. Le propongo el diálogo de las distancias cronológicas.
- Todos veníamos de lejos –respondió prontamente–. Algunos lo ignoran. Otros no pueden percibirlo. Yo pasé mi niñez y juventud junto a Plutarco, Solón, Licurgo, los Gracos, Tucídides, César, los atenienses, los romanos, Jenofonte, es decir, procedo del Mundo Antiguo, cuya interpretación me facilitaron Andrés Bello, Simón Rodríguez, Ustariz, Humboldt y tantos maestros. Fui después lector asiduo de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, con quienes aprendí el arte de entender las sociedades y los pueblos. Ellos me han acompañado en sus libros siempre, hasta la orilla de los campos de batalla. Ningún lapso me es extraño. Nadie viene a mí desde otras épocas. Todos, necesariamente, concurrimos

cada día en alguna encrucijada de tiempos, abiertos para quien sea capaz de recorrerlos.

- Vengo a preguntarle desde un periódico futuro.
- El tema de la prensa es de mi predilección. Me lisonjeo de haber comprendido en Europa que ella es la artillería del pensamiento. Siempre he tenido conmigo, en todas partes, una pequeña imprenta, junto a los cañones. Cuando fundé el *Correo del Orinoco*, simplemente establecí un centro extraordinario de fuerza para la lucha anticolonial, para la obtención de la libertad de América. Según algunos, quedábamos aislados sobre el Orinoco. No supieron comprender. El gran río nos condujo desde 1817 hacia mar abierto, hacia el Caribe, donde estaban algunas de las claves para nuestra lucha, como se demostró en 1816. Por ese mar salió siempre nuestro pensamiento hacia el mundo. Preveo grandes máquinas futuras que seguramente podrán imprimir periódicos mucho mayores, con características muy diferentes. Leonardo inventará pronto los mecanismos apropiados. Pregunte Ud., mi amigo. Responderé con placer, pues a mí no me ha sido dado dialogar con frecuencia. He sido el hijo de la guerra, siempre obligado a dirigirlo todo. He conversado poco en diálogos personales, siempre entre Estados mayores, congresos, asambleas de oficiales, tumultos de soldados, angustias colectivas. Mi voz ha debido estar sólo en las proclamas, los decretos, los mensajes. Y no siempre he logrado se me escuche ni se comprendan mis expresiones. ¿Cuáles son sus temas?
- En primer lugar, desearía oírle expresar su concepción sobre la política y la guerra. A propósito de sus propias palabras, le presentaré enseguida otra pregunta.
- Como usted sabe, para los clásicos la política es el arte de gobernar. Así lo entendió Napoleón. Pero recapacitó en su confinamiento y comprendió que también es algo diferente. Él mismo señaló que el abandono de los principios liberales lo había llevado al fracaso, reconociendo así la complejidad del mundo político. Le diré que nuestra tarea de independizar a la América ha sido una inmensa empresa política. Durante ella ha sido preciso atender a mucho más que al “arte de mandar”. En cuanto a la guerra, es para mí simplemente un instrumento de la política, utilizable cuando otros fallan. Sin la guerra, no hubiéramos podido conquistar la independencia, que según empiezo a ver es uno de los poquísimos bienes que hemos logrado a costa de incontables sacrificios. Pero el fondo del proceso no ha sido la guerra. Observe Ud. que durante las más cruentas, jamás cesa la política y ella conduce a la paz, siempre,

pero a veces ello es muy notable y es cuando la gente comprende que la guerra era sólo un episodio. El convenio con Morillo en 1819 nació de grandes sucesos políticos en ultramar. Los liberales españoles impidieron que un nuevo ejército secundase en América al de 1815. Sin la rebelión popular en España, impulsada por los principios liberales, tal vez nuestros esfuerzos se habrían prolongado por muchos años. Por mi idea sobre la política, siempre me he dirigido al mundo en las épocas difíciles y mantenido a todos los países informados de la marcha de los acontecimientos. Después de las grandes victorias como Boyacá, Carabobo y Ayacucho, dirigí manifiestos a todos los pueblos. Muchos piensan que la política y la guerra son radicalmente diferentes. Son hermanas siamesas, una de las cuales, la política, predomina siempre. Ella es el pensamiento, la otra, el brazo armado. Humboldt habría dicho, en lenguaje matemático, que la política y la guerra son “momentos” de la vida de las sociedades o de los procesos colectivos. Dígame ahora: ¿Cuál es la curiosidad por mis palabras anteriores?

- Dijo Ud. que no siempre ha logrado se le escuche ni se comprendan sus expresiones...
- Sé que algunos me han creído omnipotente. ¿Ha leído Ud. las cartas que en ciertas épocas me ha dirigido Páez? Recuerde las rebeldías de los más altos oficiales, entre los cuales se contó mi pariente José Félix Ribas, en 1816; nadie ignora las dificultades que he tenido con Santander; cuando Mariño, en 1813, fue Libertador de Oriente, como yo mismo lo titulé, me costó increíble trabajo convencerlo para establecer cooperación. Pero será mejor mostrarle un caso perfectamente claro, muy elocuente. En 1819, al instalarse el Congreso de Angostura, convocado por mí, señalé a los representantes: “Los hombres nacen libres, todos con derechos iguales a los bienes de su sociedad”. Pedí la ratificación de mi Decreto de Carúpano así: “La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la Humanidad y luego la Redención disipó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos. Yo abandono a vuestra soberana decisión –dije a los delegados de las provincias allí reunidos– la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República”. Como Ud. sabe, no se ratificó mi decreto de libertad. Se transfirió el asunto al futuro Constituyente. El 14 de julio de 1821

me dirigí al Congreso de Cúcuta en un breve mensaje. “La sabiduría del Congreso General de Colombia –dije– está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes a favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo”.

Al final le pedí: “Sírvasse V.E. (el presidente de las Cámaras) elevar esta solicitud de mi parte al Congreso General de Colombia para que se digne concederme la libertad de los esclavos en recompensa de la Batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad”. Sin embargo, en Cúcuta sólo se aprobó la llamada “ley de vientres”, por la cual nacen nominalmente libres los hijos de esclavos, pero deben servir a los amos de sus amos, es decir, a propios amos, hasta los 18 años. Mi última insistencia ante congresos fue en Bolivia, el pasado año 26, el 25 de mayo, en el mensaje con que acompañé mi proyecto de Constitución.

He conservado –expresé a los legisladores– intacta la ley de las leyes: la igualdad. Sin ella, perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud. ¡Legisladores! La infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara sería la más sacrílega. ¡Un hombre poseído por otro! Dígasenos: ¿Dónde están los títulos de los usurpadores del hombre? Transplantadas aquí estas reliquias de aquellas tribus africanas, ¿qué ley o potestad será capaz de sancionar el dominio sobre estas víctimas? Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad. ¿Habrá esclavitud donde reine la igualdad? Tales contradicciones formarían más bien el vituperio de nuestra razón que el de nuestra justicia. Seríamos reputados por más dementes que usurpadores.

No sólo no se concedió la libertad de los esclavos como principio constitucional, según yo lo demandaba. Tampoco se aceptó la separación de la Iglesia y el Estado, pensamiento simplemente liberal. Se limitaron, además, los medios que propuse para lograr la representación bien proporcionada de los ciudadanos ante las cámaras. Todo fue fina cortesía en las argumentaciones. Los legisladores reunidos en la altiplanicie donde sólo creeríamos encontrar cóndores del pensamiento y la generosidad, negaron la libertad de los esclavos. Y yo no había pedido redactar la Constitución sino que, como Ud. sabe, eso me fue solicitado por voluntad de los propios bolivianos. ¿Dónde ha estado, pues, mi supuesta omnipotencia? Si quiere, amigo periodista, podré añadir todavía un dato muy esclarecedor de mis limitaciones: en 1824 se me prohibió por el Congreso desde

Bogotá, la dirección de la Batalla de Ayacucho, hija directa de Boyacá y Carabobo, que yo había preparado largamente, después de 1821. Fortuna fue para los americanos que existiese Sucre, de quien ya había anunciado yo que algún día me rivalizaría. Él ha ganado la batalla decisiva de nuestra libertad y está así a la par de mi gloria militar. Sabe Ud. que lo he amado como a un hijo y se llenó mi corazón de júbilo cuando tuve la noticia del triunfo.

Pero padecí también el dolor de no haber estado allí, por habérmelo prohibido el Congreso.

Bolívar miró detenidamente una bandada de azulejos que llegaba. Poco a poco se fue borrando de su semblante la dura evocación que mi pregunta había suscitado involuntariamente. Pude ver conmovido el duro guerrero sin vacilaciones, al gobernante implacable cuando las circunstancias lo requerían. Pude comprender por qué desde hacía tiempo declaraba con insistencia su deseo de abandonar el mando, de ausentarse de la patria. Quizás lo tentaba el destino que se había dado a sí mismo San Martín después de la entrevista de Guayaquil. De pronto dijo, recobrado:

¿Qué clase de periodista es usted, pues no me interroga sobre mi actual misión en Venezuela? Todos los que he conocido en Europa y en nuestro continente se lanzaban desafortadamente sobre los datos inmediatos. Supongo que su actitud se deba en parte a su primera afirmación sobre tiempos distintos. Por cierto, estoy acostumbrado a vivir en ambientes diferentes que significan a veces largas distancias históricas. Viví primero en Caracas, al fin del siglo llamado de las luces, y en el comienzo del presente que es de otras luces. Después visité Madrid, París, Roma, y era como ir viendo épocas más avanzadas respecto de nuestra realidad. Posteriormente me encontré en los llanos con modos de subsistir y de utilizar las cosas y de hacer la guerra, correspondientes a tiempos remotos de la humanidad.

Aprendí a comer carne sin sal, como lo hacían los caribes en su antigüedad, nuestros soldados cazaban el ganado en las llanuras como nuestros remotos antepasados de la edad de la piedra. ¿Conoce usted algo sobre las circunstancias que me obligan a volver?

Libertador, todos conocemos las vicisitudes nacionales. Vemos la inmensa reorganización administrativa que ha fundamentado, con la colaboración del doctor Revenga, y admiramos sus decretos sobre la Universidad y la enseñanza, pero sobre todo nos asombra su increíble logro diplomático, hasta el punto de que su casa aquí ha sido la de Páez, a quien venía supuestamente a combatir por las armas. Por eso nada pregunté acerca de su viaje, pero sí deseo presentarle otro punto de actualidad. Hay rumores intensos sobre la organización de un fuerte ejército encabezado por Morales en Cuba, para reinvasión a Venezuela, ¿lo cree usted posible? ¿Cuánto hay de verdad en ello?

Amigo periodista, es su oficio el saberlo todo, si es posible anticipadamente. Eso también es finalidad de los políticos y de los guerreros. Por eso puedo informarle que no sólo es cierto el rumor. El reciente correo de Europa lo amplía.

Por él me he enterado de que Morillo, quien llegó en 1815 con el pomposo título de Pacificador, el cual contravino con sus acciones, ha sido llamado a la Corte. Lo destinan a encabezar una nueva invasión, según se propala, en la cual tendría por segundo a Morales. Pero, digo a usted que eso no ocurrirá. Las rivalidades internacionales obstaculizan el intento que se anuncia, como lo sé por mi correspondencia con el Primer Ministro inglés, Canning. Además, el ejército comandado actualmente por Morales en Cuba tiene otra misión específica, porque desde hace tiempo, y especialmente en el Congreso de Panamá, se divulgó mi propósito de ir a libertar a Cuba y Puerto Rico. He pensado mucho en un ejército encabezado por Sucre, Urdaneta y Páez. En las circunstancias actuales, el vencedor de los Llanos no podría portar ese honor. También he pensado en colocarme a la cabeza de tal misión para libertar a nuestros hermanos insulares. Tal vez las actividades de Morales son una respuesta directa a mi intención, es decir, una medida defensiva. El ejército organizado por los colonialistas en Cuba seguramente lleva el respaldo de los Estados Unidos, que obstaculizó los fines del Congreso de Panamá e hizo fracasar el proyecto de anfictionía, entre otras cosas por sus ambiciones en el Caribe, donde quiere ejercer la hegemonía, directa o disimulada. Esa gran potencia parece haber sido creada por la Providencia para plagar a la América y al mundo de calamidades. Tienen preparado a Morillo en España, para enfrentarlo a nuestro posible intento liberador. Sólo así contraatacarían en el continente. De lo contrario, no se atreverán. Todas las fuerzas liberales del mundo están a nuestro lado. Si desea detalles sobre la información, consulte a mi secretario, a quien hoy mismo transmitiré las órdenes necesarias para que pueda Ud. leer las comunicaciones extranjeras. Ignoro si Ud. conoce que hay ahora alzamientos en el Perú. Por eso me dispongo a marchar dentro de unas dos semanas hacia Bogotá y tal vez al sur. Allá está Sucre, pero he apresurado mi partida por si los acontecimientos requieren mi presencia. Pude evitar en Venezuela la sexta guerra civil en que habría intervenido, pero allí levantó la cabeza una vez más la Gorgona de la anarquía. Debo marchar donde me llama el deber. Soy el hijo de la guerra.

—Libertador, es usted también padre de repúblicas. Agradezco la información de su respuesta. Ahora deseo preguntarle sobre la Educación, pero desearía algo previo. Su actividad política lo ha llevado a expresar afirmaciones que han de ajustarse a las realidades inmediatas. Algunos consideran sus ideas más generales sobre el mundo como espiritualistas, mientras otros lo califican como materialista. ¿Cree usted en la inmortalidad del alma?

—He debido adaptarme a la brevedad, a las cosas concretas. No gusto de entrar en metafísicas que descansan sobre bases falsas. No basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero no la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y según el estado actual de la ciencia, en este año de 1827, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámese, pues, este producto alma, inteligencia, espíritu; poco importa, ni vale la pena disputar sobre ello. Para mí la vida no es otra cosa que el resultado de la unión de dos principios, a saber: de la contractilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, una facultad del cerebro o de la inteligencia. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo y, muerto el cerebro, no hay más secreción de inteligencia. Deduzca usted de ahí cuáles serán mis opiniones sobre el Eliseo y el Tártaro y mis ideas sobre las ficciones sagradas que tanto preocupan a los mortales. La ciencia irá poco a poco iniciando a los ciudadanos del mundo en las cosas naturales, quitándoles el gusto por las ideas y creencias de lo sobrenatural.

—Sin duda, Libertador, sobre esa concepción del mundo, de la materia, se basan sus ideas educativas, así como sus pareceres sobre la sociedad.

—Como usted sabe, mis maestros en esa sutil materia han sido especialmente Rousseau y don Simón Rodríguez, el uno a través de los libros, el otro en medio de la vida, que también me ha educado y formado. Nadie puede saber cuánto he aprendido yo de las costas, de las llanuras, de las sabanas y de los páramos; cuánto me enseñaron los llaneros de lanzas largas en el arte de la guerra, que yo había comenzado a aprender en César, Jenofonte y los técnicos de la estrategia y de la táctica. Mucho incorporé a mi lenguaje, a mi léxico y a mis modos de hablar, entre los descendientes de Atahualpa, en las alturas del Cuzco y de Bolivia. Aprendí de hombres y mujeres, de jóvenes y viejos, de toros y caimanes, de cóndores y jaguares, de los grandes árboles de mi país, de los frailejones y otras extrañas plantas de las alturas. Todo lo vivo —y todo está de algún modo vivo en el mundo— me enseñó algo, que he puesto siempre al servicio de la libertad de América.

Mis ideas educativas nacieron, pues, de una formación más compleja que la de Alejandro o Aníbal, u otros grandes conductores de tropas, aunque varios de ellos tuvieron por preceptores a filósofos y pensadores de oficio. Aunque también he oído a los sabios: Rodríguez, Bello, Vargas, Humboldt y Bonpland, Lancaster y tantos otros. Se ha dicho que imité a Rousseau en su *Emilio*, cuando en 1821 dicté unos principios para que, según ellos, se impartiese educación a mi sobrino Fernando Bolívar. Pero en gran parte fuí original, aunque respeto las

enseñanzas del ginebrino. En esas instrucciones, coloqué a la historia en lugar preferente, pues creo que ella, a semejanza de los idiomas, debe comenzarse por el tiempo contemporáneo para ir remontando por grados hasta los tiempos oscuros de la fábula, es decir, el niño y el joven han de conocer primero sus propias realidades. Como usted sabe, el procedimiento contrario es el preferido. Menciono en primer lugar a la historia porque en ella se condensan todos los esfuerzos de la humanidad por conocer el mundo y encontrar los instrumentos que permitan entenderlo y modificarlo.

Y también la recomiendo porque ¡ay de aquel pueblo que olvide su propia historia! Ese pueblo perecerá, víctima de los conquistadores e invasores. Lleve a su lugar de origen este pensamiento mío, resultado de un largo aprendizaje de los clásicos antiguos y modernos y de mi conocimiento de los sucesos de la humanidad, así como de lo que me ha enseñado la experiencia en medio de esta humanidad del continente americano. La historia es un continuo, según expresión matemática. En ella no pueden existir soluciones de continuidad, intervalos vacíos. Para nuestras luchas de liberación hubimos de inventar a veces nexos con un pasado que nunca había existido, pero resultaban necesarios para unir a las fuerzas combatientes. Los españoles nos habían enseñado su historia, como hacen todos los conquistadores. Pero nosotros hemos tenido la nuestra, desde antes de que ellos arribaran. Muchas veces recurrí a los mitos y a las tradiciones regionales.

Nunca mis preocupaciones respecto de la educación se redujeron a las primeras letras. En mayo de 1824, cuando nuestros ejércitos estaban reducidos a Trujillo y su provincia, decreté la fundación de la universidad de ese nombre. Era la primera, según me proponía, de las que deberían existir en cada capital de departamento en las repúblicas. Pero también fue el símbolo de que ningún pueblo ignorante puede resistir con fortuna a los colonizadores. Aun en medio de las mayores calamidades, el hombre sigue ejercitando su pensamiento. Ahora, al reorganizar administrativamente a Venezuela, mi antigua patria, desde la ciudad de mi nacimiento y de mi afecto imperecedero, me he ocupado también de la Universidad. En mi decreto del 22 de enero del año actual, he modificado los Estatutos de la antigua Universidad, que ahora llamo de Caracas. Puse fin a la prohibición de elegir como rectores a los doctores en Medicina y a los del estado seglar.

Cesa también la obligación de que alternen en dicho rectorado un rector secular y otro eclesiástico. Puede, pues, elegirse como rector a todos los doctores que componen el claustro y aun es reelegible una misma persona al final de su bienio. En este mes dejo, después de haberlo estudiado con Vargas, Revenga y otras personas entendidas, el nuevo Reglamento de la Universidad de Caracas. Hemos pensado en que la educación es un proceso unitario en las repúblicas, y por ello

tratamos de adecuar el funcionamiento de la Universidad con las disposiciones de la Ley de Educación promulgada en el pasado año de 1826.

Para que se democratice el funcionamiento de la institución, ordenamos la reunión mensual del claustro pleno, lo cual impedirá imposiciones de los altos funcionarios. Establecemos un mínimo de asistentes para la validez de las disposiciones del claustro y habrá, además, un sistema de juntas particulares de catedráticos, que se reunirán cada semana. Atendiendo al desarrollo de las características de nuestro clima, las clases se iniciarán cada 1° de septiembre. Los cursantes de la Universidad no podrán ser alistados en cuerpos de tropa de ninguna especie. A propósito de ello, tal vez se recuerde a Ribas venciendo en La Victoria con la cooperación de los estudiantes, pero son otros tiempos. En medio de la libertad y la paz, es preciso garantizar a los universitarios la seguridad de sus esfuerzos y desvelos.

Desaparecen para siempre las limitaciones para ingresar a las universidades que tanto hicieron sufrir a hombres como Roscio. Establecemos una fuente de ingresos propios, para que la economía de la institución sea autónoma y no dependa de voluntades individuales externas a la Universidad. Dentro de pocos días, el 27 de junio, aparecerá mi decreto de creación de un colegio de niñas. Ninguna república puede subsistir en la ignorancia y las mujeres poseen todas las capacidades, que los colonialistas les negaban, para estudiar y ejercer profesiones en las repúblicas engendradas por la toma de la Bastilla.

—Libertador, el proceso de la independencia ha conducido a algunos jefes militares y a servidores civiles a enriquecerse, a ejercer el poder. Ahora, por ejemplo, vemos a Páez con la oligarquía venezolana. El pueblo está inquieto y es utilizado para problemas como el que Ud. ha venido a resolver a Venezuela. A Ud., como señalaba anteriormente, no le ha sido dado expresarse sino con lenguaje político. ¿No podría Ud. en esta conversación darme en habla más personal su opinión sobre los que han permanecido oprimidos?

—Puesto que he luchado por ellos y con ellos siempre a mi lado, y de ellos tanto he aprendido, no podría rehusar su propuesta. En todo el territorio de lo que ahora es la República de Colombia y también al sur de ella, el pueblo está bajo el yugo, no sólo de los alcaldes y curas de las parroquias, sino también bajo el de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas. En las ciudades es lo mismo, con la diferencia de que los amos son más numerosos, porque se aumentan con muchos clérigos, frailes y doctores. La libertad y las garantías son sólo para aquellos hombres y para los ricos y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios. Esclavos eran los negros bajo la Constitución de Cúcuta y esclavos quedarían bajo cualquier otra Constitución, así fuese la más democrática. En Colombia, quiero decir en la actual República, extensa, unitaria,

que parece durará poco unida, hay una aristocracia de rango, empleos y riqueza, equivalente, por su influjo, pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento, aun la más despótica de Europa; en esa aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos, pues aunque hablan de libertad y garantías, es para ellos que las quieren y no para el pueblo que, según ellos, debe continuar bajo la opresión.

—Gracias, Libertador. Encuentro su declaración estremecedora. Sólo me resta preguntarle: ¿Cómo ve usted el prolongado proceso de liberación del cual ha sido conductor eminente?

—Mi amigo, como dije en el Congreso de Angostura, yo no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de los sucesos. Dentro del huracán, he sido el hijo de la guerra y he comprendido, una y mil veces, que hay circunstancias particulares que no permiten obrar con libertad a los seres más perfectos. Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera a que mi patria me ha guiado. Pero no me quejo.

Simplemente recuerdo la fuerza incontrastable de las grandes mutaciones sociales. Estoy consciente de que soy el hombre de las dificultades y no más. No estoy bien sino en los peligros combinados con los embarazos. Una vez escribí a Gual que yo no servía sino para andar entre soldados. Lo dije también a la Constituyente de Cúcuta, porque pensaba entonces que mi destino estaba señalado para desarrollarse en los cuarteles o en los campos de batalla. Después de la creación de Bolivia, comprendí que el huracán revolucionario me había convertido en alfarero de repúblicas.

También sé ahora que he sido gran constructor de castillos en el aire, después que mi utopía de Panamá cayó ante el ataque de los fenicios del continente americano y la otra utopía, la de Bolivia, quedó disuelta en las cumbres como si los legisladores hubiesen sufrido el soroche del intelecto en las alturas de las concepciones generosas. Fuerzas irresistibles continúan empujándome. Ahora mismo regreso camino del sur, ante la revuelta de las ambiciones. Desde cuando enfermé en Pativilca comencé a sentir el profundo cansancio al que me he referido en mis cartas.

Desde hace tiempo he tratado de vender, por intermedio de mi hermana María Antonia, mis derechos sobre las minas de Aroa, para irme a tierras lejanas. Desearía poder marchar hasta más allá de más nunca, como solían decir los llaneros...

Se oyeron pasos. El Libertador alzó la mirada.

—Regresa Vargas —dijo— acompañado por Revenga. Vamos a perfeccionar nues-

tro Reglamento de la Universidad de Caracas. Con él culmina la rebelión contra la Colonia en el terreno de la educación, que ahora será para todos. Nunca creyeron los oligarcas de Bogotá y del sur que me enviaban a Venezuela para consolidar los derechos del pueblo al estudio.

Una contradicción de Bolívar con la clase de los criollos

Revista Nacional de Cultura, N° 245, Caracas, 1979.

Diversos historiadores venezolanos han tratado, durante el siglo XX, de interpretar a Bolívar como un ser lineal, como un paradigma semidivino, sin tachas, sin alternativas, lleno para algunos de virtudes teologales; ejemplo para otros, de comportamiento católico, inmune a los pecados de la carne, a pesar de Josefina Machado, de Manuelita Saenz, de Bernardina Ibañez, de tantos amores como disfrutó. Pintan a un ser imposible, porque todo hombre es el producto de una sociedad contradictoria, y especialmente quienes han nacido en tiempos del “huracán revolucionario”, como llamó Bolívar al proceso de Independencia. Ese huracán estuvo lleno de contradicciones económicas, políticas, sociales, culturales, desde Caracas hasta el Potosí. No podía escapar a ellas el Libertador, hechura del tiempo comenzado con los enciclopedistas, trasladado a América por los haitianos que lograron su libertad en 1804, y prolongado en la tremenda tempestad de lucha anticolonial en la cual fue Bolívar actor principal y producto de la inmensa fragua.

Lejos de haber sido el Libertador un hombre lleno de una recta inmovilidad interior, estuvo pleno de energías contradictorias. Su psicología fue la de un genio hirviente, en cuyo interior fueron introyectados, desde la temprana niñez, las tensiones y oposiciones que había vivido durante tres siglos la sociedad colonial de América. Se acentuaron los componentes disímiles de su psicología durante la adolescencia y entró en plena tensión de contradicciones cuando comenzó a ser factor fundamental y reflejo principal de la sociedad llena de desigualdades a cuya liberación nacional contribuyó con sacrificios innumerables. La condición vívidamente representativa de su época no condujo a Bolívar a propósitos dispersos. En medio de las contradicciones de su personalidad, reflejo de la sociedad que lo forjó, mantuvo grandes ideales, que en parte fueron los de su clase social, los mantuanos de Venezuela y los criollos de toda América, y en parte los sobrepasó, por contacto permanente como conductor de las masas, del pueblo en armas, desde el Caribe hasta el Alto Perú. No trataremos aquí de su psicología de hombre contradictorio, sino de uno de sus ideales permanentes, nunca realizado en totalidad, porque expresó una oposición fundamental de Bolívar con la clase social de los mantuanos, a quienes sirvió con entera lealtad, pero cuya visión de la sociedad sobrepasó extensamente en muchos aspectos. Se trata de la libertad

de los esclavos. No de la libertad filantrópica, conocida por algunos dueños a los esclavos viejos, o a servidores resaltantes por su fidelidad a la hora de la muerte, para que la obra pesase en la balanza celestial a favor del dueño, sino de la libertad como hecho económico, político, social, de inmensos alcances en la estructura productiva de los países que luchaban contra el colonialismo. Omitiremos, en el tema, lo relativo a la formación de los conceptos sobre la libertad humana, aprendidos por Bolívar en Rousseau y en otros de sus maestros en la Enciclopedia. Vamos a reseñar sólo la historia de una profunda contradicción social que vivió el Libertador frente a la clase de los criollos, desde Venezuela hasta Bolivia. Ella es muestra de cómo Bolívar fue más allá de los ideales inmediatos de su clase social y cómo, al expresar las necesidades profundas del pueblo a quien condujo, se colocó frente a la clase que luchaba por sus propios intereses, limitados dentro de la sociedad donde eran explotados indígenas, africanos y sus descendientes, pardos y blancos pobres. Expondremos el largo proceso que comenzó en 1816 y llegó hasta 1826, sin que Bolívar pudiera lograr la libertad de los esclavos.

El 2 de junio de 1816, al regresar Bolívar a Venezuela, se dirigió a los habitantes de Río Caribe, Carúpano y Cariaco, en el siguiente decreto:

Considerando que la justicia, la política y la Patria reclaman imperiosamente los derechos imprescindibles de la naturaleza, he venido en decretar como decreto la libertad absoluta de los esclavos que han gemido bajo el yugo español en los tres siglos pasados. Considerando que la República necesita de los servicios de todos sus hijos, tenemos que imponer a los nuevos ciudadanos las condiciones siguientes:

Artículo primero. Todo hombre robusto, desde la edad de catorce hasta los sesenta años, se presentará en la parroquia de su Distrito a alistarse en las banderas de Venezuela, veinte y cuatro horas después de publicado el presente decreto.

Artículo segundo. Los ancianos, las mujeres, los niños y los inválidos quedarán eximidos, desde ahora y para siempre, del servicio militar; como igualmente del servicio doméstico y campestre en que estaban antes empleados a beneficio de sus señores.

Artículo tercero. El nuevo ciudadano que rehuse tomar las armas para cumplir con el sagrado deber de defender su libertad quedará sujeto a la servidumbre, no sólo él, sino también sus hijos menores de catorce años, su mujer y sus padres ancianos.

Artículo cuarto. Los parientes de los militares empleados en el Ejército Libertador gozarán de los derechos de ciudadanos y de la libertad absoluta que les concede este decreto a nombre de la República de Venezuela.

El presente reglamento tendrá fuerza de Ley y será fielmente cumplido por las autoridades republicanas de Río Caribe, Carúpano y Cariaco.

Dado en el Cuartel General de Carúpano, a 2 de junio de 1816.

Simón Bolívar.

El 16 de julio del mismo año de 1816, emitió Bolívar en Ocumare de la Costa una proclama en la cual declaró el fin de la guerra a muerte y ratificó la libertad de los esclavos.

Esa porción —escribió— de nuestros hermanos que han gemido bajo las miserias de la esclavitud ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos: de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos.

Después de los progresos posteriores en Guayana, el Libertador pidió al Congreso de Angostura que ratificase sus decretos de libertad de los esclavos, promulgados en 1816. En su discurso del 15 de febrero de 1819, el día de la instalación de aquel organismo, dijo:

Yo no os hablaría de los actos más notables de mi mando, si estos no incumbiesen a la mayoría de los venezolanos. Se trata, señor, de las resoluciones más importantes de este último período. La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la humanidad y luego la Redención disipó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de libertad. Sí, los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos de una

Madrastra ya son defensores de una patria. Encareceros la justicia, la necesidad y los beneficios de esta medida, es supérfluo cuando vosotros sabéis la historia de los Ilotas, de Espartaco y de Haití; cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

El Congreso no aprobó las disposiciones del Libertador en la forma como éste las había concebido, con la sola obligación para los esclavos de incorporación al Ejército Libertador. Quienes actuaban como representantes del pueblo, pero habían vivido largamente de lo producido por los esclavos y quienes, incorporados en fecha reciente a posiciones eminentes, esperaban a su vez gozar de los privilegios esclavistas limitaron la intención del Libertador grandemente, con la declaración de que habían

reconocido con madura meditación y acuerdo que esta medida, dictada por la justicia y reclamada por la naturaleza, requiere para ejecutarse de un modo ventajoso a la Patria y a ellos mismos, diversas disposiciones preparatorias que en aquellas circunstancias era imposible tomar.

El Congreso declaró que

En el estado de ignorancia y degradación moral a que esta porción desgraciada de la humanidad se halla reducida, es preciso en tal estado hacer hombres antes de hacer ciudadanos (...). El Congreso, considerando la libertad como la luz del alma, creyó también que debía dársela por grados, como a los que recobran la vista corporal, que no se les expone de repente a todo el esplendor del día.

El Congreso reconoció “como lo ha hecho la Constitución, el principio sagrado de que el hombre no puede ser la propiedad de otro hombre”, pero creyó indispensable “prefijar un término prudente dentro del cual quedase enteramente extinguida de hecho la esclavitud, como queda abolida por derecho”. Resolvió el alto organismo que debían ser enseñados a leer y escribir los niños hijos de

esclavos, inspirándoles amor al trabajo y a las virtudes públicas. Para ello se concedería la libertad de inmediato a quienes ya la habían obtenido por haber servido en la milicia, si sabían algún arte u oficio o poseían cualidades resaltantes, por su honradez, conducta y patriotismo. Naturalmente, con tal disposición se restringía el decreto de Bolívar, cuya única condición había sido la de servir en el ejército, y se añadía a la posesión de algún arte u oficio el factor enteramente subjetivo, que manejarían naturalmente los dueños de esclavos, de la distinción por “su honradez, conducta y patriotismo”. Se mantuvo la ya antigua disposición de no tolerar la trata de esclavos en territorio venezolano y se ordenó la formación de un censo para que se dotase de tierra a los esclavos, quienes debían comprometerse, para obtener la libertad, a cultivarlas durante un “cierto número de años” —que no se estipuló—, por lo cual resultaba implícito que el convenio se haría en cada caso, naturalmente, a conveniencia de los amos. Al cabo del plazo, fue establecido que “se consideraran —los esclavos que cumplieran el contrato de cultivo— como sirvientes libres, pero adictos a aquella plantación o hato por el tiempo estipulado”. Era la eliminación de cognomento de “esclavo”, sin modificación de las relaciones reales entre los esclavos y los propietarios. Es interesante señalar que la calificación de “sirvientes libres” no fue invención de los legisladores de Angostura. Ella había existido en diversos lugares de América antes de que se extendiese la esclavitud y aun en alguna época simultánea con ésta. Sirvientes libres se habría denominado en siglos pasados a individuos que en Europa realizaban un contrato para trabajar en América, prácticamente en condición de esclavitud, sólo que por tiempo limitado. El sistema se extendió y corrompió hasta el punto de que en Inglaterra eran embarcados por contratistas los mendigos, niños, lisiados, desempleados, criminales y hasta mujeres, que en abundancia eran raptados y embarcados a la fuerza. Los “sirvientes contratados” precedieron en América del Norte a los esclavos africanos. Las condiciones de traslado por mar de aquellos sirvientes eran a veces semejantes a las empleadas después para la llamada “travesía intermedia” entre África y los puertos americanos de comercio esclavista.

Eric Williams, en su libro *Capitalismo y esclavitud*, estudió la condición de los sirvientes blancos, sirvientes contratados o sirvientes libres, para explicar cómo se originó la esclavitud por una serie de mecanismos económicos que a la postre produjeron la esclavitud de los africanos y sus descendientes, después que durante mucho tiempo se había explotado a los blancos pobres en condición de verdaderos esclavos, con el único aspecto favorable de que al final del período de convenios, los “sirvientes contratados” quedaban libres y frecuentemente eran dotados de tierras. En la América del Norte se encontraron así muchos antiguos sirvientes entre los primeros conjuntos de pequeños propietarios.

El Congreso de Angostura, además de lo señalado, acordó la creación de un fondo de indemnización para los propietarios de esclavos. Consideró que al término de cinco años se habría completado la extinción de la esclavitud en todo el país y arguyó que, como debían organizarse diversas instituciones para el cumplimiento de lo resuelto a propósito de la esclavitud, dejaría “tan augustas funciones para la representación nacional de Colombia”, que había de reunirse en el año siguiente, conforme a la Ley Fundamental. Se suspendió, pues, hasta el Congreso de Cúcuta, toda consideración acerca del plan propuesto para abolir la esclavitud definitivamente y se expidió el siguiente decreto:

1°. La esclavitud queda abolida de derecho y se verificará de hecho su total extinción dentro del término preciso y por los medios prudentes, justos y filantrópicos que el Congreso General tuviese a bien fijar en su próxima reunión.

2°. Entretanto, las cosas quedarán en el estado mismo en que se hallan hoy día en cada uno de los tres Departamentos de la República, sin hacerse la menor modificación en Provincia ni lugar alguno, permaneciendo en libertad los que la hayan obtenido, aguardando recibirla del Congreso General los que se encuentran en servidumbre.

3°. Sin embargo, los que fueren llamados a las arenas por el Presidente de la República o hicieren algún servicio distinguido entrarán desde luego en posesión de su libertad, llevándose cuenta y razón para las indemnizaciones a que haya lugar.

4°. La introducción de esclavos en el territorio de la Republica, ya sea para el comercio, ya para el establecimiento, queda prohibida bajo la multa de mil pesos por individuo.

5°. Haciendo la República profesión de respetar las leyes, usos y costumbres de todas las naciones, se declara que todo esclavo fugitivo de país extranjero será puesto en prisión y restituido a su amo, castigando con la pena de pagar su estimación con los gastos y perjuicios a los que hayan favorecido su venida y a los que los ocultaren y protegieren.

Como se ve, en el artículo 3° quedaba una censura implícita al Libertador, puesto que se disponía indemnización para los dueños de esclavos, aun en el caso de que

estos hubiesen obtenido su libertad por servir en el ejército. Bolívar, en su Decreto de Carúpano, olvidó totalmente a los propietarios al llamar a los esclavos al servicio, con lo cual obtenían automáticamente su libertad. Es de notar, además, que en el artículo 5° se reemplazó la antigua disposición colonial de que los esclavos huídos de los dominios vecinos obtenían la libertad con perjuicio para los fugitivos, quienes, según el Congreso de Angostura, serían apresados y devueltos a sus amos extranjeros. Se justificaba la medida con el argumento de que prohibido el tráfico de esclavos, no debían quedar en el país sino los existentes para enero de 1820, pero sin duda mejor se habría justificado este argumento con la concesión de la libertad a todos los esclavos extranjeros que ingresen al país.

Con fecha 21 de julio de 1821, el Congreso de Cúcuta sancionó la llamada Ley de Vientres, en la cual se acogió a lo dispuesto por el Congreso de Angostura. Serían libres los hijos de esclavos, desde el día de la promulgación de la Ley. Pero no podrían separarse de los amos antes de los 18 años, durante los cuales retribuirían con trabajo los esfuerzos de los amos para cuidarlos y educarlos. Se estableció un fondo monetario especial. Una junta llamada manumisión se encargaría en cada cantón de reunir el dinero, de acuerdo con las disposiciones legales. Anualmente se libertarían los esclavos correspondientes a la cuantía de los fondos reunidos. El artículo 15 declaró la libertad de todos los que hubiesen sido favorecidos por leyes y decretos de los diferentes gobiernos republicanos y sometidos posteriormente de nuevo a la esclavitud por los españoles.

Desde Valencia envió Bolívar, el día 14 de julio de 1821, la siguiente petición al Congreso de Cúcuta:

A.S.E. el señor Presidente del Soberano Congreso de Colombia. La sabiduría del Congreso General de Colombia está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes a favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios ni sus padres los quieren infelices. El Congreso General, autorizado por sus propias leyes, y aun más por la naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República. De este modo se concilian los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales. Sírvase V.E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso de

Colombia, para que se digne concedérmela en recompensa de la Batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad.

Simón Bolívar.

Al pedir la libertad de los nacidos esclavos, evidentemente Bolívar deseaba que se superasen las disposiciones preliminares del Congreso de Angostura. Tácitamente censuraba todas las regulaciones previstas y los fondos de manumisión. ¿Llegó la comunicación de Bolívar, pidiendo la libertad de los esclavos a cambio de la Batalla de Carabobo, antes del 21 de julio a Cúcuta, fecha de aprobación de la Ley de Vientres? Lo cierto es que el 23 de julio se decretaron por el Congreso diversos honores a Bolívar, se concedieron ascensos y se honró a los muertos en la acción, pero no obtuvo Bolívar la recompensa que pedía a cambio de la batalla, que significaba en lo fundamental la Independencia de Venezuela y un inmenso paso para la consolidación de la libertad en la lucha continental.

Otra vez habían privado los pareceres y votos de quienes pensaban que la libertad por la cual luchaban era la de obtener proventos de la producción de esclavos. Desde entonces Bolívar, repetidamente, intervino para que se cumpliesen las leyes de manumisión, sin que naturalmente se llegase a la reunión de las cantidades necesarias para que en pocos años desapareciese la esclavitud. A través de numerosas disposiciones, el Libertador trató de que la condición de los esclavos mejorase. Él no podía olvidar que eran bravos combatientes, soldados de primera fila en el Ejército Libertador y encontrados adversarios cuando se incorporaban a los ejércitos de los colonialistas. Para Bolívar no se trataba solamente de los principios de la libertad que lo inspiraban, sino de un hecho político muy claro, cuya experiencia había sufrido en 1813, y especialmente en 1814, cuando los esclavos de gran parte del país combatieron contra sus dueños, los criollos, como resultaba natural porque la contradicción de clase fundamental durante el comienzo del proceso de la Independencia era la existente entre los esclavos y sus amos, principalmente criollos, dueños de las mayores haciendas. El criollo, latifundista y esclavista, era el enemigo número uno para el esclavo: era el criollo quien hacía perseguir a los esclavos fugados, quien ordenaba el cepo o el calabozo, quien concedía o negaba permisos para los matrimonios, quien trasladaba a voluntad, desde unos a otros fundos, a los esclavos.

Nunca olvidó Bolívar su decisión de lograr la libertad total de los esclavos, y en 1826, cuando Bolivia comenzó a existir, en su mensaje introductorio del proyecto de Constitución que presentó a la Asamblea Constituyente, explicó acerca de la esclavitud:

He conservado intacta la ley de las leyes, la igualdad. Sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud. Legisladores: la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara sería la más sacrílega. ¿Qué derecho se alegraría para su conservación? Mírese este delito por todos los aspectos y no me persuado que haya un solo boliviano tan depravado que pretenda legitimar la insigne violación de la dignidad humana. ¡Un hombre poseído por otro! ¡Un hombre propiedad! ¡Una imagen de Dios puesta al yugo como el bruto! Dígasenos ¿dónde están los títulos de los usurpadores del hombre? (...) Transmitir, prorrogar, eternizar este crimen mezclado de suplicios, es el ultraje más chocante. Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia no podría concebirse sin el trastorno de los elementos del derecho y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad. ¿Y habrá esclavitud donde reina la igualdad? Tales contradicciones formarían más bien el vituperio de nuestra razón que el de la justicia: seríamos reputados por más dementes que usurpadores. Si no hubiera un Dios protector de la inocencia y de la libertad, prefiriera la muerte de un león generoso, dominando en los desiertos y en los bosques, a la de un cautivo al servicio de un infame tirano que, cómplice de sus crímenes, provocará la cólera del cielo. Pero no: Dios ha destinado al hombre a la libertad: Él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío.

La abolición de la esclavitud en Bolivia fue sólo una de las diversas medidas liberales que propuso el Libertador en su proyecto de Constitución: libertad de los esclavos, separación de los poderes de la Iglesia y del Estado, libertad de cultos, el décimo de los ciudadanos en función electoral. Con gran elegancia jurídica fueron anulados todos esos puntos, en cuidadosas enmiendas, bien pensadas para no provocar reacciones adversas. Como en las asambleas constituyentes de Angostura y Cúcuta, se acató el principio general de la libertad, pero se introdujeron limitaciones gemelas de las de aquellos congresos. Bolívar, aleccionado por los antiguos rechazos, propuso que se indemnizase a los propietarios en el artículo quinto, redactado así:

Son bolivianos (...) todos los que hasta el día han sido esclavos y, por lo mismo, quedarán de hecho libres en el acto de publicarse

esta Constitución; por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer a sus antiguos dueños.

Con aparente acatamiento a la voluntad del epónimo legislador, los constituyentes de la altiplanicie redactaron el artículo así:

Todos los que hasta el día han sido esclavos, y por lo mismo, quedarán de derecho libres, en el acto de publicarse la Constitución, pero no podrán abandonar la casa de sus antiguos señores sino en la forma que una ley especial lo determine.

Quedó así sellada una lucha que Bolívar llevó desde el Orinoco hasta el Alto Perú. Los latifundistas convertidos en legisladores; los favorecidos con haberes por sus sacrificios en la gran contienda libertadora; los leguleyos a quienes tanto desdeñaba el Libertador; los ambiciosos, incorporados a los congresos de variadas maneras, aspiraban, como la clase de los criollos, no a transformar profundamente las bases económicas de las riquezas americanas, sino a usufructuar directamente, sin las regulaciones, limitaciones y aranceles impuestos por los colonialistas, lo que en sus haciendas producían los esclavos y los siervos indígenas. Bolívar, no sólo por su profundo convencimiento liberal, sino por su contacto estrecho con los combatientes en mil campos de batalla, por su camaradería con los incansables soldados a quienes encabezó, comiendo sus alimentos, cantando sus canciones, durmiendo en los mismos suelos de sabanas y páramos, aprendió cómo era el valor combatiente de los esclavos. Fueron sus compañeros de guerra, de triunfos y derrotas, de fatigas y júbilos de vencedores, de esfuerzos y cansancios para combatir en invierno, de soroches y desmayos, y alucinaciones para pelear en las alturas de las nieves perpetuas. Lo aleccionó la vida en una campaña permanente. No dictó cartas desde escritorios tibios y acogedores, sino desde los campamentos borrascosos, bajo la amenaza de los cañones; no elaboró pensamientos teóricos desde el reposo de grandes edificios acondicionados para el lento pensar, sino que hubo de unir la teoría y la práctica, la actividad del guerrero y la eficacia del pensador, en medio de incesantes dificultades, en las sabanas, en los ventisqueros, antes y después de las batallas. En medio de ellas, mientras improvisaba una táctica, preparaba el manifiesto a América o al mundo que rubricaría su triunfo; o el justificativo que llevaría a los pueblos el conocimiento de su derrota. No conoció a los africanos y a sus descendientes como seres que trabajaban para su bienestar, sino como hombres que combatían para la futura felicidad de las sociedades americanas. Por todo ello, entró constantemente en contradicciones con la clase

de los criollos, desde Venezuela hasta el Potosí, porque los miembros de esa clase veían en los valerosos negros, no a los denodados combatientes que eran, sino a los poderosos productores de las riquezas que ellos querían gozar sin trabas de ninguna clase.

Muchas fueron las contradicciones de Bolívar, porque su personalidad siguió creciendo desde 1810, con los mantuanos y con los criollos de toda América, limitó la posibilidad de explotación de los indígenas, pidió constantemente la libertad de los esclavos en los congresos, repartió tierras a los despojados desde antiguos tiempos, prohibió los servicios personales que las Leyes de Indias habían considerado justos, creó escuelas y universidades, transformó antiguos edificios dedicados a vidas suntuosas, a la educación o a la salubridad. Fue un consecuente luchador liberal, con atisbos utópicos de avances más radicales. Por eso a la postre resultó repudiado. Pero sus ideales de adelantado sobrevivieron a los criollos americanos y a los mantuanos y sus válidos venezolanos, quienes lo execraron en las postrimerías de sus días de incansable transformador. Su nombre encabeza la lista de los verdaderos libertadores de su tiempo y ha pasado a iluminar los grandes combates anticoloniales y antineocolonialistas del siglo XX, porque su genio le llevó a ser un extraordinario exponente individual de los anhelos, los esfuerzos y la indomable voluntad de triunfo de los pueblos de tantas repúblicas como libertó y fundó, al frente de las masas cuyas virtudes y talentos él redescubrió en medio del fragor de las peleas y la vida heroica de los campamentos.

Cómo repudia una clase social a su Libertador

Casa de las Américas, N° 138, La Habana, 1983, pp. 99-103.

Han dicho algunos sociólogos, juzgando sobre correlaciones muy simples, como si ellas fuesen expresión de leyes de la historia, siempre multifactorial, dialéctica, que “las revoluciones devoran a sus hijos”. Algunos caen por la justicia colectiva. Ella no olvida, aunque a veces parezca lo contrario; perecen quienes intentan jugar a las transiciones; muchos desaparecen porque se trata de revoluciones a medias, donde se han modificado profundamente algunos factores, mas otros han seguido vivos y actuantes. Nuevas clases, surgidas de complicados cruces de elementos, sacrifican a conductores eximios, cuando ellas toman el poder abierta o subrepticamente, para defender antiguas posiciones, amortiguadas mientras rugía la tempestad del cambio. Vamos a referir el caso terrible de Simón Bolívar. Dijo en el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, al describir sintéticamente cuanto había ocurrido desde 1810:

No he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos.

Muchas veces repitió interpretación semejante, con la cual superaba a mil historiadores y sociólogos, que habrían de juzgar sobre su vida y la de su tiempo. Comprendió –y por eso mereció el título de Libertador– su papel eminente de intérprete de las voluntades colectivas. Comenzó por responder a la de su clase, la de los mantuanos, cuyos pensamientos expresó vivamente en ocasiones innumerables. Hablando como en nombre del pueblo todo, mas en lo profundo sólo por su clase social, sostuvo ante los legisladores de Angostura:

Nuestra suerte ha sido siempre pasiva, nuestra existencia ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica (...). La América todo lo recibía de España, que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa, no permitiéndonos sus funciones en

nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez, estábamos abstraídos, ausentes del Universo en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno.

Ya había expresado lo mismo en la *Carta de Jamaica*, cuando arrancaba sin contacto aún con el pueblo todo, lleno solamente de las teorías liberales y de las tradiciones de su clase. Allí explicó:

Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondía, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiéramos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí porqué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones. Los americanos, en el sistema español que está en vigor y quizás con más fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin ¿quiere usted saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la calla, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganado, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta (...). Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?

Habló aquí Bolívar de “los moradores del hemisferio americano”, lo cual significaba para él las que habían sido colonias españolas, de “nuestro destino”, de “América”. Mas todo ello significaba, en realidad, los criollos, los mantuanos, la clase social que reivindicaba todo lo señalado por Bolívar en la Carta de Jamaica y en Angostura como un memorial de agravios para justificar la Revolución. Había de conservar siempre fidelidad a su clase, portadora de los estandartes directivos, mediante el desarrollo de la historia en Hispanoamérica o, como después se ha dicho, Latinoamérica. Pero pronto entró en contradicciones múltiples con esa clase de los mantuanos, que lo utilizó como gran dirigente por su genio, por sus increíbles capacidades políticas y organizativas, por su calidad moral y por su resistencia física, por sus dotes de conductor y por su decisión profundamente anticolonial. Ya ante el Congreso de Angostura encontró el primer tropiezo, que se repetiría incansablemente hasta Bolivia. Fue la primera y gran contradicción entre el empeño de Bolívar de lograr la libertad de los esclavos y la resistencia de los mantuanos representados en los congresos, así como de aquellos militares elevados a posiciones políticas que aspiraban a usufructuar cuanto había beneficiado a los mantuanos. Pidió la libertad de los esclavos, mejor dicho, que se ratificase su decreto de Carúpano, en el cual daba el primer gran paso para hacer de cada esclavo un combatiente por la libertad republicana. Se aprobaron todas sus otras medidas. Sobre los esclavos se aceptó por primera vez una proposición acerca de lo que se llamó “libertad de vientres”, a la postre aprobada por el Congreso Constituyente de Cúcuta, a pesar de un estremecedor mensaje que el remitió al presidente de ese organismo, inmediatamente después de la Batalla de Carabobo:

La sabiduría del Congreso General de Colombia (escribió) está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que recibimos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres... El Congreso General (...) puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República (...). Sírvase V.E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso General de Colombia para que se digne concedérmela en recompensa de la Batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad.

A pesar del significado de Carabobo, que consolidaba la libertad de Venezuela y Colombia, el Congreso permaneció inmovible. Las solicitudes de Bolívar llegaron hasta el Congreso Constituyente de Bolivia en 1826. Igual resultado, por lo cual la esclavitud se extendió en el tiempo, en Venezuela, hasta 1854. Otra contradicción de consecuencias resaltantes ocurrió en el mismo Congreso de 1821. Bolívar propuso que se aceptase como cabeza de la nueva República de Colombia a Cúcuta, para balancear las distancias, las diferencias de caracteres, la diversidad de opiniones. Pero se trasladó la capital a Bogotá con tremendos resultados, como presintió cuando en presencia de O'Leary dijo, al oír repicar las campanas bogotanas en honor del Congreso: "Están doblando por Colombia".

Continuaron los triunfos de Bolívar en lo político y en lo bélico, con la aquiescencia de los criollos de Venezuela, la antigua Nueva Granada y Perú, así como los de Ecuador y después, en 1826, los de Bolivia. Pero aumentaron las contradicciones por motivos diversos. Bolívar concedió a los indígenas constantes reivindicaciones, un poco a cambio de que contribuyeran a mantener a los ejércitos que iban formando en cada futura república. Ya después de Junín se inició el descenso, es decir, comenzó la lucha de las oligarquías formadas rápidamente, después de las primeras libertades, en Venezuela y Nueva Granada. Así, cuando para sellar los triunfos contra los colonialistas españoles preparaba el Libertador la batalla decisiva de la lucha anticolonialista, recibió en Huancayo, el 24 de octubre de 1824, notificación de que se le suspendían las prerrogativas concedidas por ley del 9 de octubre de 1821. Ya no podría formar ejércitos ni mandarlos fuera del territorio de la República colombiana. No podría, así, dirigir la batalla final que había venido preparando por largos meses con Sucre. Conmovido hasta lo profundo del ánimo, hizo remitir a éste una simple notificación de Secretaría. La conmoción en el Ejército del Sur fue tremenda. Los altos jefes enviaron a Bolívar un extenso mensaje, en el cual se decía: "El Ejército ha recibido ayer, con el dolor de la muerte, la resolución que V.E. se ha dignado comunicarle (...). V.E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre". Sucre notificó que se suspendía el cumplimiento de la resolución, mientras llegaba la respuesta. Es decir, Bolívar habría podido rebelarse contra el Congreso de Bogotá, respaldado íntegramente por el Ejército. Escribió mensajes y cartas, nombró a Sucre como sustituto y permaneció así fiel a su clase cuando ésta le infería un lanzazo en el costado de sus glorias. Fue esta una de las grandes ocasiones en que el huracán revolucionario puso a prueba toda su lealtad.

Después de Ayacucho, recibió Bolívar en el sur toda clase de reconocimientos. Nadie desconoció que la batalla había sido producto de su genio estratégico. Volvió a Bogotá sólo a fines de 1826, llamado para que fuese a someter a Páez. Citado

éste a Bogotá para rendir cuentas de su conducta sobre supuestos atropellos o reales desacatos, se negó. El Congreso resolvió enviar al Libertador a someterlo. Era colocarle sólo como mandadero bélico, como brazo ejecutivo sólo de las decisiones del Congreso. Tragó ahora Bolívar esta copa de vinagre, se fue a Venezuela con un ejército, reinstaló a Páez en todos sus poderes, basado en disposiciones constitucionales, y permaneció en Caracas reorganizando la hacienda pública, con el auxilio de Revenga, y sentando bases educativas con la cooperación de Vargas. El Congreso de Bogotá no se atrevió a desconocer sus actuaciones. Cuando regresó a Colombia, ya habían surgido graves problemas en la lucha que comenzaban a sostener los criollos de Colombia (Nueva Granada y Venezuela) y los de Perú, Ecuador y aun Bolivia naciente. Temían las clases gobernantes de las nuevas naciones a los ejércitos encabezados por Bolívar, conocidos durante el proceso de Independencia como auxiliares. Había cesado la necesidad de los auxiliares, se argüía, y los ejércitos estacionarios significaban para cada país y cada región una carga dura. Se empleaban arbitrios como en plena Independencia, consistentes en situar en las regiones más productivas a las divisiones, repartidas en diversos pueblos de los cuales recibían mantenimiento. Fue Bolívar quien cargó con el grave problema. Se le acusaba de no devolver a los colombianos a sus antiguas residencias del Nuevo Reino y Venezuela. Se le atribuían intenciones de dominio general, y no sólo se le acusó de monárquico, sino de intentar un imperio de los Andes, del cual sería el supremo mandatario de por vida.

Para los médicos que han estudiado la patología del Libertador, éste padeció durante sus últimos años paludismo, disentería, parasitosis, tuberculosis. Para los psiquiatras, sufrió las graves tensiones del huracán revolucionario, proyectadas sobre el fondo infantil de abandonos y rebeldías tempranas. Tuvo otros padecimientos que ellos no han diagnosticado: el abandono y la persecución de su propia clase, a lo cual permaneció siempre fiel, a pesar de las torturas a que lo sometió, desde Angostura, cuando negó el Congreso la libertad de los esclavos, hasta la prohibición, en 1824, de dirigir su esfuerzo bélico máximo, la Batalla de Ayacucho. Después fue peor: se le acusó de tirano, aspirante a la monarquía o el imperio, ambicioso y traidor. En cierto modo, ello culminó con el intento de asesinato el 25 de septiembre de 1828. Por voluntad de los pueblos, tomó entonces otra dictadura, consciente de que era el final, y nueva culminación se produjo cuando —levantada Venezuela en 1829 y 30 contra la joven república colombiana— renunció definitivamente ante el Congreso Admirable, en enero de 1830. En todo momento comprendió que el huracán revolucionario había cesado en el ímpetu generoso. En 1828 escribió a Córdova: “Yo tengo demasiada fuerza para rehusar ver el horror de mi pena”. Estaba en medio de ella, impertérrito,

como lo había estado en las grandes batallas bélicas. Ante el Congreso Admirable, al renunciar irrevocablemente a todo mando, explicó: “Todos, todos mis conciudadanos gozan de la inestimable fortuna de parecer inocentes a los ojos de la sospecha; sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía (...). Cesaron mis funciones públicas para siempre”. Después vio cómo el Mariscal Antonio José de Sucre, presidente del Congreso, fue enviado a Venezuela para convencer a Páez, Mariño y todos los disidentes de que mantuviesen la unión que había sido tan productiva durante la guerra contra los colonialistas. Supo, enfermo en Bogotá, cómo Mariño no había dejado pasar a Sucre más allá de Táriba. Después, listo para salir de Bogotá hacia la costa, donde soñaba embarcar para tierras extranjeras, tuvo conocimiento de que avanzaba la rebelión en Venezuela. Se despidió del Congreso así: “El bien de la patria exige de mí el separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos”. Hizo vender todos los objetos de valor que poseía y por todo peculio obtuvo diecisiete mil pesos. Él había distribuido siempre sus sueldos entre sus parientes y amigos, entre los familiares de soldados y oficiales del ejército. Ahora carecía de una suma que le permitiese siquiera residir algún tiempo en el extranjero. Pero todos sus antiguos devotos de clase lo empujaban ahora a un exilio en la miseria y la enfermedad. Salió de Bogotá el 8 de mayo de 1830. Al partir lo despidieron sus grandes afectos. Sucre no llegó a tiempo para abrazarlo. Por las calles, sus adversarios hicieron que turbas desagradecidas le gritasen “longaniza”, apodo de un pordiosero demente. Pasó al día siguiente por Guadanas y después por Honda, donde lo recibieron como futuro salvador, otra vez, de la patria y del caos. El 6 de mayo había aprobado el Congreso de Venezuela una terrible resolución: “Venezuela —escribieron— protesta que mientras el general Simón Bolívar permanezca en el territorio de Colombia, no tendrán lugar aquellas transacciones”. El 14 de mayo los electores de la provincia de Carabobo declararon que “siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso debía declararlo proscrito de Venezuela”.

El 24 de mayo entregaron, cerca de Turbaco, en manos del propio Libertador, tanto la resolución del Congreso como la de Valencia. Se la enviaban los gobernantes en Bogotá, antiguos ministros y subalternos suyos. Debía ir muriendo socialmente a medida que se alejaba hacia la muerte del cuerpo en Santa Marta. Después, en junio, había de recibir la noticia de la muerte de Sucre: “Han matado al Abel de Colombia”, exclamó demudado. Le remitían constantemente, mientras se alejaba hacia la costa, y cuando ya estuvo en esta, los periódicos de Bogotá le zaherían. Su clase social lo perseguía, como si hubiese sido un animal dañino. Sólo

porque no se había plegado a las ambiciones de los antiguos y nuevos gobernantes, porque había querido constantemente la libertad de los esclavos, la redención de los indígenas, la economía organizada racionalmente, según los principios liberales. Porque había compartido día a día las fatigas de los negros, de los pardos, de los blancos pobres, en todas las campañas. Sólo le llegó en su trágica ruta, en busca de un buque que lo trasladara siquiera a Jamaica, un mensaje de nobleza. Como bálsamo antiguo sobre las llagas del terrible calvario que vivía cayeron las palabras de nobles ecuatorianos:

Los padres de familia del Ecuador han visto con asombro que algunos escritores exaltados de Venezuela se han avanzado a pedir a V.E. no pueda volver al país donde vio la luz primera (...). Venga usted a vivir en nuestros corazones y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al Genio de la América, al Libertador de un mundo.

Bolívar no podía regresar. Perseguido, insultado, menospreciado, calumniado, iba hacia adelante. Veía sólo tranquilidad del otro lado del mar. Todavía se le llamó a otro esfuerzo cuando Urdaneta tomó el poder de Bogotá. Se le convocó para un sacrificio más. Contestó, en su último acto político, a Vergara, desde Cartagena, el 25 de septiembre, cuando aún esperaba el barco salvador:

Usted me dice que dejará luego el Ministerio porque tiene que atender a su familia y luego me exige usted que yo marche a Bogotá a consumir una usurpación (...). Nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones (...). Nunca debieron ustedes contar conmigo para nada, después que había salido del mando y que había visto tantos desengaños (...) este sacrificio sería inútil, porque nada puede un hombre contra el mundo entero (...). Hay más aún. Los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito; así, yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio.

Así fue el viaje del terrible vía crucis. Hasta el último día de la agonía, el 17 de diciembre de 1830, estuvo entre centuriones enviados por la clase a la que había libertado. Doña Alma Taylor Barton de Mier, nieta del español don Joaquín de Mier, en cuya quinta expiró Bolívar, contó una tradición de su familia sobre la residencia en San Pedro Alejandrino: “Allí había –dijo doña Alma– vigilándolo, una escolta de dos compañías de soldados, que mi abuelo hospedó bien lejos de los ojos de Bolívar”.

La ideología de los criollos expresada por Bolívar⁸

En los grandes mensajes de Bolívar, se puede señalar con facilidad una clara dicotomía: por una parte, expresa la ideología de los mantuanos, de los criollos venezolanos y los criollos de toda América llamada española, que para él era solamente América y, por otra, entra en contradicción con aquellos a quienes expresaba y cuyas ambiciones mostró con vivacidad no empleada por ningún otro vocero de ellos.

Con frecuencia habló Bolívar de los americanos, significando los criollos, como cuando en la Memoria de Cartagena –15 de diciembre de 1812– se refirió a los acontecimientos de ese año y a su esperanza de que “las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República persuadan a la América a mejorar su conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos”. Como quienes habían tomado el poder en todas las recientes naciones habían sido los criollos, sin duda a ellos aludía.

Criticó duramente a los mantuanos cuando en el mismo documento señaló:

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal que bien pronto se vio realizada. De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado, cometidos descaradamente por los descontentos y particularmente por nuestros natos e implacables enemigos, los españoles europeos.

Esta última frase indica a quiénes se refería Bolívar, pues de los mantuanos eran esos “implacables enemigos”.

Las críticas que realizó el autor junto con las citadas, a propósito del federalismo, también se refirieron a los mantuanos. Entre estos había triunfado, al aprobar la Constitución de 1811, el criterio federalista, que correspondía al sistema semifeu-

8. Trabajo localizado en la “papelería” del autor.

dal de posesión de la tierra, a los pequeños ejércitos regionales de esclavos que se podían reunir y a las conveniencias regionales para la circulación de bienes a través de vías que evitasen las regulaciones del Estado. En uno de los párrafos, identifica Bolívar a los criollos, no ya con América, sino más precisamente con Venezuela, cuando afirma:

El más consecuente error que cometió Venezuela, al presentarse en el teatro político fue, sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante; sistema improbadado como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato, y tenazmente sostenido hasta los últimos períodos, con una ceguera sin ejemplo.

Posteriormente afirmó: “El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros recientes Estados”. De modo que todas las objeciones que presentó el Mensaje de Cartagena eran dirigidas a los mantuanos, a los criollos venezolanos, quienes habían poseído absoluta mayoría en el Congreso de 1811 y en la conducción de la política y la guerra, en 1812. A ellos también se refirió al decir: “Nuestra división, y no las armas españolas, nos tomó a la esclavitud”. Se refiere a la división de los mantuanos y se ha de observar que la esclavitud de que habla era el sometimiento a los colonialistas. También nombró tácitamente a los mantuanos cuando recordó “el oro y la cooperación de nuestros eternos contrarios, los europeos que viven con nosotros”.

En una proclama de Bolívar a los merideños, el 8 de junio de 1813, señaló también a los colonialistas frente a los criollos así: “Los monstruos de España que nos hacen una guerra impía porque les disputamos la libertad, la vida y los bienes que la clemencia del cielo nos ha dado”. En el Manifiesto a las Naciones del Mundo, fechado el 20 de septiembre de 1813 en Valencia, describe Bolívar los sufrimientos de los mantuanos, perseguidos por Monteverde, sin nombrarlos específicamente, pero señalados:

Los padres de familia —describe— niños de catorce años; sacerdotes (...) viejos octogenarios; innumerables hombres que no habían tenido, ni podido tener parte en la revolución, encerrados en oscuras, húmedas y calurosas mazmorras, cargados de grillos y cadenas, y llenos de miseria (...). En las calles no se oían sino clamores de las infelices mujeres por sus maridos, madres por sus hijos, hermanas por sus hermanos, parientes por sus parientes.

Al final completa su descripción así:

El trato inhumano, ignominioso, cruel y grosero dado a personas notables y condecoradas; la ocupación de las haciendas y bienes; robos consentidos y autorizados; despojo de los empleos que ocupaban los americanos, sin causa ni proceso; sufrimiento de tantas familias desoladas; desamparo, tristeza y llanto de las mujeres más principales de los pueblos, que vagaban por las calles, expuestas a la deshonesto insolencia y bárbaro tratamiento de los canarios, curros, marineros y soldados.

Allí llamaba otra vez “americanos” a los criollos. Terminaba amenazando a los opresores así:

Yo llenaré con gloria la carrera que he emprendido por la salud de mi patria y la felicidad de mis conciudadanos, o moriré en la demanda manifestando al orbe entero que no se desprecia y vilipendia impunemente a los americanos.

Otra vez se refiere sin duda a los mantuanos como americanos. Es posible que quien lea aisladamente algunos escritos de Bolívar no repare en el significado que venimos señalando. Él poseía una semántica muy rica, muy matizada y muy sutil. En el caso de la sinonimia entre “americano” y “criollo”, o “mantuano”, seguía una tradición que desbordaba a Venezuela. Desde el tiempo de las actividades de Miranda en Europa como precursor de la Independencia, se usó por él mismo y por muchos patriotas americanos este gentilicio como sinónimo de criollo. Eran los criollos portadores de un mensaje histórico, eran representantes de una “clase en sí”, con toda conciencia del papel que les correspondía al luchar por la emancipación.

En respuesta de Bolívar al gobernador de Curazao, el 2 de octubre de 1813, explicó las causas de la guerra a muerte y volvió a denominar americanos a los criollos.

¿No pudieron en Venezuela —preguntaba—, en Buenos Aires, en la Nueva Granada, desplegar los justos resentimientos a tanto agravio y violencias, y destruir aquellos virreyes, gobernadores y regentes; todos aquellos mandatarios, verdugos de su propia especie, que

complacidos con la destrucción de los americanos, hacían perecer en horribles mazmorras a los más ilustres y virtuosos; despojaban al hombre de probidad del fruto de sus sudores; y en general perseguían la industria, las artes bienhechoras y cuanto podía aliviar los horrores de nuestra esclavitud?

Añadió otra vez parte de las descripciones que había remitido a otros correspondientes:

¿Cuántos ancianos respetables, cuántos sacerdotes venerables, se vieron uncidos a cepos y otras infames prisiones, o confundidos con hombres groseros y criminales, y expuestos al escarnio de la soldadesca brutal y de los hombres más viles de todas clases?

El 2 de enero de 1814, ante una asamblea de notables reunida en el convento de los franciscanos, dijo Bolívar a los hombres de su clase, los mantuanos:

He defendido vigorosamente vuestros intereses en el campo del honor, y os prometo los sostendré hasta el último período de mi vida (...). Elegid vuestros representantes, vuestros magistrados, un gobierno justo; y contad con que las armas que han salvado a la República protegerán siempre la libertad y la gloria nacional de Venezuela.

Cuando se despidió diciendo: “la voluntad general del pueblo sera para mí, siempre, la suprema ley”, llamaba “pueblo” a los hombres de su clase. Bolívar empleó la palabra “pueblo” con muy diversos matices a través de su vida. En los años de 1813 y 14 todavía se expresaba con el antiguo significado que había aprendido durante la Colonia. El pueblo estaba constituido por los “vecinos”, los que poseían bienes, en general los criollos, y así como los llamó interminablemente “americanos”, los denominó también con frecuencia “pueblo”. Fue mucho después, cuando aprendió a través de la lucha que existían muchos sectores, cuando empezó a usar el término “pueblo” en otros varios sentidos. Al principio se refería sólo a quienes podían votar, los criollos. Cuando el 14 de enero de 1814 escribió a sir Richard Wellesley: “Ansío por el momento de convocar una representación del pueblo, para transmitirle mi autoridad”, hablaba otra vez de los mantuanos.

En un artículo del Libertador, publicado en *La Gaceta de Caracas*, el 21 de abril de 1814, aparece una mención muy concreta a las aspiraciones de los criollos, cuando sostuvo:

Las bellas y ricas producciones de este continente, sus minas, sus tesoros, ¿serían más tiempo la exclusiva posesión de una potencia mezquina, que con sus leyes bárbaras ha hecho la infelicidad durante tres centurias de tantos millones de habitantes? No es posible, ni así conviene a las miras de las potencias comerciales, que hallarán en los pueblos de la América el cambio de sus manufacturas, la afección de sus habitantes, y riquezas inmensas, que sin restricciones dictadas por la más estúpida avaricia, harán la felicidad entre ambos continentes.

Expresaba la aspiración de los criollos –más explícitamente expuesta, como veremos, en otros escritos– de manejar las riquezas del continente y entrar en relaciones con los países comercialmente poderosos. Fue esta una de las ocasiones en que Bolívar llamó continente a la América española, a la cual recordó en una proclama del 12 de noviembre de 1814, a la División del general Urdaneta, en Pamplona: “Para nosotros la patria es la América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseñanza, la Independencia y la libertad”.

Desde 1815 comenzó Bolívar a exponer con mayor extensión y claridad cuáles eran las ideas y las aspiraciones de los criollos, en el discurso del 13 de enero de 1815, al instalarse en Bogotá el Gobierno de las Provincias Unidas. Habla de los “hijos de los conquistadores”, o sea, los criollos, y explica:

El hábito a la obediencia, sin examen, había entorpecido de tal manera nuestro espíritu, que no era posible descubriésemos la verdad, ni encontrásemos el bien. Ceder a la fuerza fue siempre nuestro solo deber, como el crimen mayor buscar la justicia y conocer los derechos de la naturaleza y de los hombres. Especular sobre las ciencias, calcular sobre lo útil y practicar la virtud eran atentados de lesa tiranía, más fáciles de cometer que de obtener un perdón. La mancilla, la expatriación y la muerte seguían con frecuencia a los talentos, que los ilustres desgraciados solían adquirir para su ruina, no obstante el cúmulo de obstáculos que oponían a las luces los dominadores de este hemisferio (...). La esclavitud misma ¿ha sido ejercida por nosotros? Ni aun el ser instrumentos de la opresión nos ha sido concedido. Todo era extranjero en este suelo. Religión, leyes, costumbres, alimentos, vestidos, eran de Europa, y nada debíamos ni aún imitar. Como seres pasivos, nuestro destino se limitaba a llevar dócilmente el freno que con violencia y rigor

manejaban nuestros dueños (...). Aunque todavía débiles en razón, hemos ya dado principio a los ensayos de la carrera a que somos predestinados. Sí, Exmo. Señor, hemos subido a representar en el escenario político la grande escena que nos corresponde, como poseedores de la mitad del mundo (...). La América entera está teñida con la sangre americana.

Fue en la Carta de Jamaica, fechada en Kingston, el 6 de septiembre de 1815, donde Bolívar definió muy ampliamente la concepción que los criollos tenían de sí mismos. Habló como uno de los mantuanos. Después de este documento quedó muy claro a quiénes designaba como americanos, habitantes del Nuevo Mundo, hijo de los españoles. Los significados aquí quedaron muy explícitos e iluminan las expresiones que hemos citado de fechas anteriores. Dijo claramente de los mantuanos, considerándose uno de ellos para todas las definiciones:

No somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país y que mantenemos en él contra la invasión de los invasores, así, nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado. No obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea de política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas... La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en el grado todavía más bajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad (...). Aplicando estos principios, hallaremos que la América no sólo estaba privada de su libertad sino también en la tiranía activa y dominante (...). Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas (...). Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizás con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que

el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere Ud. saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

Como se ve, el Libertador no solamente expresaba la ideología, las concepciones económicas y sociales de los americanos, es decir, de los mantuanos, de los criollos, sino que exponía un verdadero programa de lucha, de reivindicaciones. La Carta de Jamaica ha sido por lo general comentada y como pieza profética. Ya el mismo Bolívar en ella hacía notar las dificultades de las profecías. Pero sus comentaristas continúan en gran parte transmitiendo la misma tradición interpretativa. Es muy sencillo realizar una “nueva lectura” de Bolívar. Tratar la Carta de Jamaica como documento profético sirve para esconder su verdadero contenido, es decir, la concepción de la profecía es una postura ideológica que impide leer los contenidos reales, la ideología y el programa de acción de los criollos. Nadie expresó como Bolívar la concepción económica y social que ellos tenían. En el escrito de Kingston habló por primera vez el Libertador con toda claridad sobre los ideales y propósitos de su clase y expresó, más que el porvenir, la forma histórica que había correspondido vivir a los mantuanos:

Se nos vejaba —señaló— con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conociéramos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí porqué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.

Posteriormente señaló Bolívar concretamente las posiciones que los criollos no podían ocupar:

Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias, arzobispos y obispos, pocas veces diplomáticos, nunca militares, sólo en calidad de subalternos; nobles sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas, y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones.

Explicó después el origen de algunas de las dificultades de los primeros tiempos de la lucha emancipadora:

Los americanos han subido de repente y sin los conocimientos previos, y lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un Estado organizado con regularidad.

Donde, otra vez, son calificados como “americanos” los criollos y se reitera su ignorancia de las posiciones sobresalientes en los gobiernos.

Varios de los conceptos vistos fueron repetidos, casi textualmente, en el discurso del Libertador ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, cuando ya no se trataba de realizar observaciones particulares, sino de presentar un proyecto de Constitución al segundo Congreso de Venezuela, dentro de un gran programa de gobierno que incluía la unión con la Nueva Granada para fundar una República y sentar las bases de una extensión de la lucha por la independencia a toda la América. Al recordar las vicisitudes ocurridas desde 1814, dijo Bolívar:

En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebatava como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos.

Esto en cuanto a su significación individual, de la cual tuvo siempre plena conciencia. Comprendió, como representante conspicuo de una clase revolucionaria dentro de las corrientes históricas de su tiempo, cuál había sido su verdadero papel. Cuando se refirió a su clase social, los mantuanos, los criollos, declaró ante los legisladores, que comenzaban una ardua tarea:

No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el mas extraordinario y complicado. Todavía hoy mas: nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanto más dificultad para alcanzar la Libertad, cuando estábamos colocados en un grado inferior de la servidumbre, porque no solamente se nos había robado la Libertad, sino también la tiranía activa y doméstica.

Ahora expresaba el Libertador la situación histórica de su clase, ante los representantes de ella, listos para legislar y sentar las bases de una república que sería la de los criollos, par de las que se iban estableciendo en otras naciones recién nacidas. Mucho se ha citado la afirmación de Bolívar señalada: “No somos europeos, no somos indios”. Se ha querido ver en ello una definición total del mestizaje continental. Era el comienzo de las desdichas de una clase como la había comenzado a describir en la Carta de Jamaica. Repitió después una descripción que había presentado en la Carta por primera vez. En Angostura volvió a comparar, como en Kingston, varias situaciones.

En el régimen absoluto —dijo— el poder autorizado no admite límites. La voluntad del déspota es la Ley Suprema ejecutada arbitrariamente por los subalternos que participan de la opresión organizada en razón de la autoridad que gozan. Ellos están encargados de las funciones civiles, políticas, militares y religiosas; pero al fin son persas los sátrapas de Persia, son turcos los bajáes del Gran Señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar mandarines a la cuna de Gengis Kan que la conquistó. Por el contrario, la América todo lo recibía de España, que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa; no permitiéndonos sus funciones en nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré de una vez: estábamos abstraídos, ausentes

del universo en cuanto es relativo a la ciencia del Gobierno. Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido, y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga abusan de la credulidad y de la inexperiencia, de hombres ajenos a todo conocimiento político, económico o civil (...). Un pueblo pervertido si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla.

Fue en el Discurso de Angostura donde Bolívar expresó más viva y detalladamente las concepciones y proyectos de los criollos venezolanos y, en parte, de ciertos sectores de los de Nueva Granada, quienes habían ya aceptado la posibilidad de unir su nación con la venezolana. Fue 1819 el año del mayor ímpetu organizativo de los mantuanos. Readquirían, en forma superior, la República que no habían podido conservar en 1812 y se disponían a una larga lucha en nuevas condiciones, con armamentos que nunca habían antes poseído, con la gran vía de comunicaciones que significaba el Orinoco, camino tradicional hacia las Antillas, y con la simpatía del Gobierno británico. Sin ambages, declare allí las aspiraciones de los mantuanos. Aspiraban, como lo declaró, a la “tiranía doméstica”, es decir, al dominio de todos los sectores nacionales, con reconocimiento de que se esforzarían en conservar permanente hegemonía. Aunque es aquí nuestro propósito sólo presentar la condición de Bolívar como vocero de los criollos, recordaremos, como ya hemos señalado en otro ensayo, que por primera vez se mostró también en Angostura una abierta contradicción del Libertador con su clase. Fue cuando propuso que se ratificaran sus dos decretos, de Carúpano y Ocumare, sobre la libertad de los esclavos. Los representantes de la voluntad popular –de los mantuanos– aprobaron sólo el principio general de repudio a la esclavitud, pero dejaron para el Congreso que habría de reunirse posteriormente, como constitutivo de la nueva República de Colombia, las formas concretas de emancipación. Esta contradicción había de durar por siempre, como otras que se produjeron con los criollos de todas las nuevas naciones, incluida Bolivia.

Posteriormente a 1819, Bolívar expresó la ideología de los criollos de otras maneras, sobre las realidades concretas que iban apareciendo en la nueva República colombiana, en Perú, en Quito, en Bolivia. Criticó acerbamente a los criollos de

la Nueva Granada en su Mensaje a la Convención de Ocaña, el 29 de febrero de 1828, cuando existían graves tensiones entre los criollos neogranadinos y los venezolanos. Sólo en una carta a O'Leary, el 13 de septiembre de 1829, aludió otra vez a los mantuanos en el viejo estilo:

Hemos estado —escribió— como enajenados en la contemplación de nuestros riesgos y con el ansia de evitarlos. No sabíamos lo que era gobierno y no hemos tenido tiempo para aprender mientras nos hemos estado defendiendo. Mas ya es tiempo de pensar sólidamente en reparar tantas pérdidas y asegurar nuestra existencia nacional.

Hablaba en ese momento como en 1819 y trataba de explicar, congruentemente con sus antiguas expresiones, las causas de las dificultades a fines de 1829.

Los mensajes de Bolívar se refieren reiteradamente a los criollos, llamados en Venezuela mantuanos, calificados por Bolívar como hijos de los españoles, americanos, habitantes del Nuevo Mundo y de otros varios modos. ¿Quiénes eran económica y socialmente esos criollos o americanos? Eran principalmente los descendientes de los españoles colonizadores, quienes se consideraban a sí mismos como españoles americanos, propietarios de tierras, exportadores de productos como el cacao, el añil, cueros, ganado y naturalmente, como algunos españoles, grandes poseedores de esclavos. Al adoptar en conjunto, desde fines del siglo XVIII, los principios liberales para defender lo que consideraban derechos inalienables, como el manejo total de su riqueza, sin impuestos de importación ni de exportación, la libre circulación de los productos, para comerciar sin trabas con los países interesados en intenso tráfico de mercancías, manejaron porciones de la doctrina burguesa, que se expandía por el mundo, tomando de ella los puntos que les interesaban como clase usufructuaria de todo lo producido. Pidieron incesantemente el libre comercio, el gobierno propio, la autodeterminación nacional. No deseaban la modificación del sistema latifundista, pero enarbolaron para 1811 el principio liberal de los gobiernos federales, porque era más semejante a las influencias regionales de sobresaliente importancia para los grandes propietarios de haciendas, cada una de las cuales era un pequeño dominio, con derecho a escoger sus vías de exportación y sus preferencias para el intercambio, pues algunos eran importadores, otros exportadores, tenían influencias en distintas regiones geográficas, apoyaron mucho los gobiernos federales y nunca pensaron naturalmente en la abolición de la esclavitud. Además de las contradicciones que existían entre los mantuanos de Venezuela, hubo tensiones, al producirse la

Independencia y en el proceso de lograrla, entre los criollos de Venezuela y los de Nueva Granada y entre los del antiguo Virreinato del Perú y los granadinos. En cierto momento se reprodujeron antiguas rivalidades, que no eran sólo por el boato y las tradiciones, sino por la competencia en la producción, entre los antiguos virreinos y las gobernaciones coloniales.

A Bolívar, San Martín, O'Higgins y a todos los libertadores se les presentaron graves problemas de unidad para la lucha contra los colonizadores españoles, tanto por las contradicciones existentes dentro de su propia clase de los criollos, en los respectivos países, como por la diversidad de intereses entre los pertenecientes a las repúblicas que se fueron creando. Uno de los temas que preocuparon a Bolívar en sus grandes mensajes fue el de la federación o gobiernos centrales, y la estructura que logró de la Gran Colombia resultó precaria ante las rivalidades de los independizados, que en parte reproducían antiguas tensiones bajo el gobierno colonialista.

Bolívar, como se ve a través de sus grandes comunicaciones y planes de gobierno, expresó siempre con el mayor denuedo los ideales fundamentales de los criollos, pero entró en contradicciones con ellos, en los diversos países liberados, porque propugnó la libertad de los esclavos, que no podía estar en el programa de los que deseaban, según él mismo pedía, la "tiranía doméstica", es decir, el derecho de imperar sobre el resto de las clases sociales. También entró Bolívar en contradicción con sus representantes por su deseo de repartir tierras, sus decretos a favor de los indígenas, cuya condición de siervos siempre quiso aliviar. Cuando la clase de los criollos a nivel americano, podríamos decir, logró sus principales objetivos de la liberación política, olvidó sus ímpetus revolucionarios y se dedicó al goce de sus privilegios adquiridos durante lo que el Libertador denominó el huracán revolucionario. A él lo arrastró la cola del huracán cuyo mayor ímpetu había señalado ante el Congreso de Angostura en 1819. Por eso en 1828 fue colocado ante tremendos deberes dictatoriales, que involucraron a veces la negación de sus antiguas contradicciones con los criollos, a quienes fue siempre fiel, y a quienes siempre expresa a pesar de que los superó en ideales y en la consecuencia con los principios del liberalismo creciente en el mundo en sus días de contienda.

Todo el contenido fundamental de los grandes mensajes de Bolívar ha sido ocultado por los historiadores idealistas y procolonialistas. Se le ha llamado insistentemente "profeta", particularmente en la Carta de Jamaica, soñador, con la intención de evitar el entendimiento de su verdadero papel de guía anticolonialista y de político lleno de proyectos que eran los de su clase, expuestos repetidamente ante todo tipo de asambleas. Sus interpretaciones tenían el alcance histórico, que

desbordaba su realidad inmediata en tanto que eran revolucionarias, y se referían al mundo que estaba naciendo en medio de luchas que no han comprendido la multitud de sus comentadores. Bolívar no fue profeta, sino capaz de profundas miradas sociológicas dentro del tremendo proceso que él expresaba. Muchos de los que lo llaman profético niegan la capacidad del pronóstico científico de las ciencias sociales, que era lo que él practicaba. Constantemente poseía la mayor información posible, no sólo sobre América sino sobre el mundo, actuaba conforme a planes, a veces desconocidos por todos, por sus más allegados colaboradores, como ocurrió con el paso de los Andes, que nadie conoció como proyecto sino al pie del páramo de Pisba. Lo que hay que recordar en Bolívar no es ninguna capacidad profética, a la manera mística, sino de previsión del futuro por el manejo científico, real, directo, de las realidades sociales. En sus magnas comunicaciones expresó siempre los ideales de su clase o de su porción más luchadora, presentó proyectos y señaló las bases para logros a veces parciales, a veces generales, expresión de su voluntad unitaria, con la cual logró sobrepasar las contradicciones vivas dentro de su propia clase y alcanzar la espléndida victoria de la libertad política del continente. Quedaron vivas las profundas contradicciones económicas que permitieron sobrevivir al latifundismo y al esclavismo. Pero él, con interpretación progresista de los principios liberales, a pesar de su fidelidad esencial a los fundamentos del pensamiento de los mantuanos, luchó contra los de miras estrechas, de horizontes reducidos y regionales, aunque a veces no pudo triunfar sino hubo de someterse a los grandes designios, no siempre generosos, de la “clase para sí”.

Algunas concepciones políticas de Bolívar⁹

El título del programa de estas conferencias: *Bolívar: filósofo, político y legislador* se refiere a un conjunto dentro del cual se encuentran numerosas posibilidades para el estudio del Libertador. Sobre él se ha escrito innumerablemente en relación a sus múltiples capacidades y a su riquísima acción. Existen obras sobre Bolívar político, filósofo, escritor, educador, pensador, guerrero, estratega, pero a pesar de los estudios innumerables, siempre hay algún tema nuevo. Por ejemplo, la magnífica obra de la profesora peruana, doctora Marta Hildebrandt, titulada *La lengua de Bolívar*, de la cual esperamos todos el anunciado segundo tomo. También son numerosos los trabajos de interpretación psicológica, tipológica o patográfica de Bolívar. Siempre se trata de temas separados metodológicamente de la gran obra o de la gran personalidad unitaria. Hasta ahora no existen muchos libros acerca del proceso de la Independencia en conjunto, cuyo conocimiento profundo es indispensable para estudiar a Bolívar. Sin una comprensión cabal del proceso de la Independencia, es imposible comprender al Libertador, a Sucre, a Páez, a Urdaneta y a tantos otros. Ha sido frecuente en Venezuela la redacción de batallas, de episodios, de anécdotas y la repetición, hasta el cansancio, de resúmenes de la vida de los héroes del siglo pasado. Pero no ha abundado la caracterización histórica y sociológica, sin la cual es imposible entender a la América que se llamó española. Muchos historiadores se han repetido unos a los otros y, en materia de análisis y de interpretaciones, numerosos venezolanos han copiado simplemente viejos criterios, derivados de los escritores españoles. En las últimas dos décadas han aparecido esfuerzos historiográficos importantes. Se basan en el postulado de que es necesario rehacer la historia de Venezuela, interpretada en toda su complejidad. En tal sentido, es preciso volver a las fuentes y no continuar las periodificaciones tradicionales, ni partir de “autoridades”. Cada historiador ha de analizar documentos, memorias, cartas, autobiografías, memoriales políticos, estadísticas económicas y demográficas, expedientes jurídicos, cuentas de organismos públicos y privados, etc. Pero, naturalmente, ello no basta. Resulta indispensable también interpretar los hechos estudiados dentro de criterios o de problemas generales. Por ejemplo, el estudio de Simón Bolívar nos coloca ante

9. Trabajo publicado por Corpozulia y el Instituto de Filosofía del Derecho de la Universidad del Zulia. Constituye una conferencia dictada el 6 de julio de 1979, como parte del ciclo denominado *Bolívar: Filósofo, político y legislador*.

la cuestión histórica de si los grandes procesos de transformación social son realizados por el influjo de individuos superdotados, o si estos surgen de las necesidades y acción de las sociedades, de las masas, de las clases sociales. Deseamos presentar a ustedes, como contribución al interesante ciclo del Instituto de Filosofía del Derecho, un conjunto de temas pertenecientes a la acción política de Bolívar. Nos referimos en primer término a la concepción de la política por Bolívar, no expresada únicamente en su inmensa obra escrita, sino en sus grandes logros. Para abordar el tema, podemos preguntarnos cuál es la caracterización más adecuada de la llamada época de la Independencia. Para algunos se trata de “la Guerra de Independencia”. Esta denominación resulta muy incompleta, mas ha tenido enorme importancia, pues ha conducido, a pesar de todo el proceso independentista simplemente como el desarrollo de una guerra, por lo cual se han estudiado interminables listas de batallas y existen historias enteras de Venezuela en las cuales no se leen sino descripciones de combates y retratos de resaltantes jefes militares. Tal procedimiento ha conducido a una absoluta incomprensión de nuestra vida colectiva. ¿Qué fue la Independencia de Venezuela? Fue parte del extenso proceso anticolonial que duró desde principios del siglo XIX hasta nuestros días. Bolívar fue el gran capitán de ese inmenso esfuerzo en América del Sur, junto a San Martín, O’Higgins y tantos otros. Fue el guía, dentro de la clase de los criollos, cuyos ideales representó insuperablemente y con la cual entró numerosamente en contradicción, pues como jefe del pueblo en armas, desde Venezuela hasta el Alto Perú, fue mucho más allá de los propósitos de los mantuanos y expresó anhelos y necesidades populares que no coincidían con los intereses de los propietarios de esclavos ni con los de los explotadores seculares de los indígenas. Antes de volver a estos temas, tomaremos para el examen de algunas características del Libertador, en relación con sus concepciones políticas, un ejemplo, pues nos encontramos cerca de la fecha cuando se ha celebrado un aniversario más de la Batalla de Carabobo, el 24 de junio pasado, podemos examinar el significado de ella dentro de las actuaciones del Libertador. Basta un somero análisis para obtener conclusiones guiadoras.

Concepción bolivariana de la política

Al regresar Bolívar a Venezuela en 1816, comprendió la inmensa importancia de la resistencia que después de la Batalla de Urica habían mantenido en Oriente y en los Llanos, así como en la Guayana, Cedeño, Monagas, Rojas, y multitud de guerrilleros que constantemente habían hostigado a los colonialistas y se habían

mantenido libres, combatiendo sin armas, desnudos, con recursos ambientales solamente. Con la cooperación de Piar, de Cedeño, pudo tomar Guayana. Desde Casanare había llegado Páez hasta los Llanos de Apure, y su ejército sirvió para resistir y para respaldar no sólo la libertad de Guayana, sino el cruce de los Andes. Después de la Batalla de Boyacá, liberadora de Colombia, concibió un proyecto múltiple, capaz de liberar a Venezuela. Contaba con la colaboración de Colombia, podía enfrentar en el Llano a los ejércitos de los colonialistas, tenía en Angostura el *Correo del Orinoco*, de acuerdo con su lema de que “la prensa es la artillería del pensamiento”, podía comunicarse con el extranjero a través del gran río, había llamado la atención del mundo al organizar una legión extranjera por la libertad. Por abril de 1820 conoció los sucesos acaecidos en España en enero, cuando el ejército preparado para ayudar a Morillo e invadir también por Buenos Aires se rebeló, dispuesto a no contribuir al mantenimiento del yugo secular en América, y pidió la vigencia de la Constitución de León. Las ideas liberales daban así un fruto inesperado en beneficio de los luchadores anticolonialistas. Como consecuencia de esto, Morillo recibió instrucciones para intentar se jurase la Constitución en América, con la promesa de mantener en sus altos cargos a quienes habían sido jefes combatientes. En labor divisionista, comunicó a Bolívar la posibilidad de un armisticio, sin reconocer su condición de jefe, pues también envió mensajes a los conductores regionales de ejércitos. Estos, con una sola recepción temporal, rehusaron tratos directos con Morillo. Bolívar aceptó negociaciones sobre la base del reconocimiento de la libertad. Morillo arguyó que carecía de capacidades para conceder tal cosa, reservada a las cortes. Pero hubo mensajes, conversaciones y la entrevista de Santa Ana, verdadero reconocimiento de la jerarquía del Libertador y de la existencia de una gran fuerza organizada, representante de la voluntad de independencia. Mientras iban y venían mensajes, Bolívar actuó sobre numerosos factores. Aprovechó la tregua firmada con Morillo por seis meses, hasta mayo de 1821, para preparar condiciones civiles y militares que diesen superioridad a los anticolonialistas.

Algunos de los generales venezolanos no entendieron la significación del armisticio pactado con Morillo. Bolívar explicó a todos de lo que se trataba. El 22 de noviembre de 1820, envió una carta a Santander donde resumía su concepto acerca de la lucha que comandaba. “Yo prefiero —decía, después de cotejar las cifras parejas de las fuerzas combatientes— la política a la guerra”. En ese momento no desdeñaba ningún medio para lograr el triunfo y expresaba su verdadera concepción de la política, de la cual para él la guerra era sólo una porción, naturalmente muy importante. En la misma fecha comunicaba a Soublette, desde Achaguas, la escasez sufrida por las tropas de Mérida, Trujillo y Barinas. Había comunicado

entonces al general La Torre su decisión de reanudar las hostilidades, si en el término de cuarenta días, según lapsos del armisticio, no se le notificaba la posibilidad de negociar la paz, sobre la concesión de la libertad.

Fue durante el período del armisticio, en enero de 1821, cuando se produjo la liberación de Maracaibo por sus propios habitantes, encabezados por Domingo Briceño, republicano empeñoso que había esperado durante años la ocasión propicia. La Torre protestó ante Bolívar, arguyendo sobre violación del armisticio. El general Urdaneta explicó que era legal admitir a desertores individuales y, por consiguiente, con mayor razón debía prestarse apoyo a Maracaibo, desertor colectivo del gobierno colonialista. Bolívar respondió a La Torre así:

El acto del gobernador, guarnición, cabildo y pueblo de Maracaibo, para sustraerse a la dominación española, ha suscitado entre nuestros respectivos gobiernos una cuestión al parecer difícil y peligrosa; pero que no traerá ningún reato si la deciden el derecho y la justicia.

Las protestas y razones consignadas en el acta celebrada por Maracaibo el 28 de enero, para fundar su resolución, eximen a este gobierno de todo cargo con respecto a la espontaneidad del acto, y alejan hasta las sombras de mala fe o infracción del armisticio por mi parte.

El armisticio de Trujillo no incluye ninguna cláusula que nos prive del derecho de amparar a aquel o a aquellos que se acojan al gobierno de Colombia. Por el contrario, mis negociaciones sostuvieron contra los del gobierno español, que nos reservábamos la facultad de amparar y proteger a cuantos abrazasen nuestra causa; así, no se hizo mención, en el tratado, del artículo en que exigía S.E., el conde de Cartagena, la devolución de los desertores y pasados. El armisticio, pues, sólo nos prohíbe a entrambas partes el traspaso de nuestros respectivos territorios y las hostilidades.

La acta que tengo el honor de incluir a V.E. en copia, es un documento incontrastable, el más espontáneo, formal y solemne con que puede un pueblo expresar su voluntad. El de Maracaibo había proclamado en ella el 28 de enero su absoluta libertad e independencia del gobierno español; y ni Colombia ni las demás secciones de América, que combaten contra la España, tienen otro derecho ni fundamento para haber tomado las armas y para pretender y apoyar

con ellos su reconocimiento... El derecho de gentes autorizaba a Colombia para recibir a aquel pueblo e incorporarlo, o por lo menos para entablar relaciones con él, de cualquiera naturaleza que fuesen.

Bolívar aprovechaba la tregua para preparar una acción final y para practicar una política de relaciones muy amplia, así como desarrollaba un gran esfuerzo por la unidad de todos los combatientes y de todos los sectores. La noticia de que se habían rebelado las tropas destinadas en España a reforzar a Morillo, y por lo tanto no habría nueva invasión, produjo numerosas deserciones de las filas de los españoles. Entre ellas fueron notables las del padre Torrellas y Reyes Vargas. Entre enero y marzo de 1821 preparó Bolívar un extenso plan de campaña para los jefes militares y civiles de la recién nacida República de Colombia. Debían realizarse muchos preparativos antes del 26 de mayo, fecha de extinción del armisticio, pero para el 16 de abril debían estar listas todas las tropas, en previsión de ataques prematuros de los colonialistas. El Ejército de Oriente invadiría el Centro, hacia Caracas, por la vía de Orituco o por donde el vicepresidente Soublette considerase oportuno. Arismendi desembarcaría con una expedición en las costas de Higuerote u Ocumare. El Ejército de Occidente, al mando de Páez, pasaría el Apure el 26 de mayo, para atacar Calabozo, ocupar el Llano e invadir a Aragua. Si podían reunirse los dos ejércitos, ocuparían Caracas para cerrar la campaña. El cuerpo llamado La Guardia se concentraría en Barinas, “destinada a completar la victoria o a remediar los reveses que sufran los otros cuerpos”. El coronel Reyes Vargas, quien había desertado de los colonialistas, invadiría con rumbo a Valencia desde Mérida y Trujillo, con los convalecientes de los hospitales y 300 veteranos. Obraría siempre en forma de guerrillas. El batallón Rifles quedaría en Santa Marta. Urdaneta avanzaría desde Occidente hacia el Centro. O’Leary resume así el plan de Bolívar:

Visitó los Llanos de Apure para entenderse con Páez acerca de la próxima campaña. Encargó al general Soublette, a quien había nombrado el año anterior vicepresidente de Venezuela, de la dirección de la campaña de Oriente, prescribiéndole la marcha sobre Caracas al expirar el término del armisticio, y que procurase apoderarse de la ciudad a mediados de mayo. Dio instrucciones al general Urdaneta, que mandaba en Maracaibo, de moverse al mismo tiempo a reducir a Coro y marchar luego por Barquisimeto, hasta la montaña del Altar, en donde debía reunírsele el cuerpo principal del Ejército de San Carlos. Páez cruzaría el Apure en el paso de Nutrias y siguiendo la

dirección de La Guardia que conducía el coronel Ambrosio Plaza, se uniría con la división de Urdaneta (...). Volvió el Libertador a Barinas a esperar el término de la tregua. Allí aprovechó el tiempo para repetir a todos y cada uno de aquellos jefes, como era su costumbre, las órdenes que les había dado anteriormente.

Pero Bolívar, además, realizaba una extensa política en correspondencia diaria. Preveía dificultades, preparaba los ánimos y se aprestaba a nuevas empresas cuando venciera. El 21 de abril de 1821 escribía a Antonio Nariño así:

Hay muchas consideraciones que guardar en este caos asombroso de patriotas, godos, egoístas, blancos, pardos, venezolanos, cundinamarqueses, federalistas, centralistas, republicanos, aristócratas, buenos y malos, y toda la caterva de jerarquías en que se subdividen tan diferentes bandos; de suerte que, amigo, yo he tenido muchas veces que ser injusto en política y no he podido ser justo impunemente.

En la misma fecha decía a Fernando Peñalver:

No se olvide usted que el único modo de preservar la unidad de Colombia es el de nombrar un general de Cundinamarca para Presidente (...). Los diputados de Cundinamarca tendrán para mí mucha deferencia. Mas los diputados no son el pueblo y ya sabe usted que nuestra gente no es querida en el reino: entienda usted también que ni usted ni yo veremos en el curso de nuestra vejez aquella armonía cordial que debe reinar en la gran familia del Estado.

Desde entonces conocía algunas de las dificultades convertidas después en serios obstáculos, cuando se fue al Sur. Calculaba no sólo militarmente, como podía suponerse por el plan de campaña para 1821, sino que este quedaba enmarcado dentro de un gran cuadro político manejado por Bolívar desde todos los puntos posibles. El 17 de mayo escribía al mismo Peñalver desde Boconó de Guanare, adonde se había trasladado desde Barinas:

Nuestra campaña va maravillosamente bien (...). Todo el Occidente ha sido evacuado y estará ocupado ya por los coroneles Reyes Vargas y Carrillo, que obran por allí con una fuerte columna, mientras el general Urdaneta liberta a Coro.

Desde Guanare, el 24 de mayo del mismo año de 1821, comunicaba a Pedro Gual graves inquietudes políticas, sin arredrarse por ello ni disminuir su actividad en la ejecución de los planes trazados. Escribió a Gual:

No pueden ustedes formarse una idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que ustedes conocen, son los que ustedes no conocen; hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, y humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las adquisiciones de su lanza. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejor (...). Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy a usted la idea de todo lo que no digo, ni puede decirse.

A pesar de todas sus observaciones y pronósticos políticos, iba derecho a su objetivo inmediato. El 24 de mayo escribió a Peñalver, desde Guanare: “Si mis cuentas no me engañan, el 15 de junio estamos en Caracas”. El 25 de ese mes comunicaba a Alejandro Osorio su satisfacción por la noticia del traslado de La Torre a Caracas. Se rumoraba allí un alzamiento. El 13 de junio escribió a Santander con una queja irónica contra los leguleyos, a quienes siempre miró con desconfianza:

Los enemigos –le decía– están reducidos a Carabobo, pero si perdemos una acción general, Colombia es grande y les dará mucha tierra. Por aquí se sabe poco del Congreso y de Cúcuta (...). Por fin, han de hacer tanto los letrados, que se proscriban de la República de Colombia, como hizo Platón con los poetas en la suya. Esos señores piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque realmente está, y porque ha conquistado este pueblo de mano de los tiranos; porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra, y el pueblo que puede; todo lo demás es gente que vegeta con más o menos malignidad, o con más o menos patriotismo, pero todos sin ningún derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos. Esta política, que ciertamente no es la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores (...). Adios, mi querido Santander: páselo usted bien. Espere en la victoria de Carabobo que vamos a dar: forme su ejército de reserva, sea dócil con el Congreso, y tenga por mí el afecto que yo le profeso.

Esto era el 13 de junio. Veía cumplirse Bolívar sus planes y estaba seguro del triunfo. O'Leary resume así el cumplimiento de las órdenes militares dictadas por Bolívar:

El general Urdaneta, con la primera división de La Guardia, desembarcó en los Puertos de Altagracia el 28 de abril y dispersó los débiles destacamentos con que los enemigos trataron de molestar su marcha hacia Coro, que ocupó el 11 de mayo (...) guió para el Cuartel General del Libertador; pero tanto las dificultades del camino como una enfermedad que le atacó, fueron causa de la lentitud de sus movimientos y le impidieron ejecutar su reunión en tiempo oportuno (...). La división de Oriente pudo ejecutar la parte que se le había señalado en el plan general de la campaña con más puntualidad que las demás divisiones. El general Bermúdez comenzó las operaciones casi al mismo tiempo que los cuerpos de Urdaneta y Páez se movían de Maracaibo y de Apure y marchando a lo largo de la costa derrotó en Guatire una fuerza realista de 700 hombres, el 13 de mayo y al día siguiente ocupó la capital de Venezuela (...). Acometido por fuerzas superiores tuvo que ceder, y en consecuencia Caracas fue reocupada por los realistas. A causa del retardo de la marcha de las otras divisiones (...). Morales, con la mayor parte de su fuerza, tuvo tiempo de reunirse con La Torre antes que el Libertador le atacase. Con más fortuna corrió la pequeña columna del coronel Carrillo en la diversión que hizo por S. Felipe; porque ignorando el general realista cual fuese su fuerza, y con el fin de contenerle, separó dos cuerpos de infantería, a las órdenes del coronel Tello, el día 23 (...). El general Páez tuvo también obstáculos que superar y no pudo llegar a S. Carlos hasta mediados de junio. Allí se organizó el ejército en tres divisiones: Páez (...) Cedeño (...) Plaza (...) Mariño era el ayudante general. Montaban estas fuerzas a 6.500 hombres en la revista que se pasó en Tinaquillo el 23 de junio.

El 24 de junio fue ganada la Batalla de Carabobo. No intentaremos describirla porque nuestra intención ha sido, no la de presentar sólo aspectos militares, sino la de mostrar cómo, junto a los preparativos de estos, mantenía Bolívar muchos propósitos simultáneos. Además, deseamos señalar cómo la maestría estratégica, con justicia celebrada por los especialistas militares, posee otros significados sociales. Si fue una obra maestra del arte militar la preparación de la batalla, fue también un extraordinario logro sociológico y político. Fue la obtención de la

unidad de acción de muchos sectores. La confluencia de fuerzas orientales, occidentales, llaneras, andinas, en el centro de la república, fue el resultado de un continuado esfuerzo de Bolívar, practicado desde 1816. Las derrotas de 1814, y algunos episodios anárquicos ocurridos en 1816, presentaron a Bolívar la necesidad de unificar a militares y civiles. Ya hemos visto cómo le preocupaba la lucha de sectores en la víspera misma de Carabobo. Mas había logrado, con una vigorosa política, con el manejo de la prensa, y particularmente del *Correo del Orinoco*, y por medio de las comunicaciones posibles por el Orinoco, mantener un plan común. Cuando, en Carúpano, en 1816, proclamó la libertad de los esclavos, pensaba en la unidad de los sectores populares. No olvidó esa necesidad en el Congreso de Angostura, al cual solicitó la ratificación de su decreto de Carúpano. Favoreció a su sostenida política unitaria la noticia de la rebelión de las tropas españolas liberales en enero de 1820. Diversos grupos de guerrilleros se incorporaron a las fuerzas patriotas al convencerse de que ya no llegarían a tener los colonialistas la fuerza que prometían. Así, la Batalla de Carabobo es producto de una alta estrategia militar basada en una política unitaria sin la cual hubiera sido imposible la confluencia de los generales que más de una vez se habían mostrado cuando menos resistentes a sus planes. Basta recordar cómo Páez, quien debía dirigirse a Cúcuta cuando el Libertador pasó los Andes, no realizó su misión. También habían existido en años anteriores disidencias de Bermúdez. Podemos afirmar que sin la política unitaria de Bolívar iniciada en 1816, y desenvuelta en Angostura, no habría sido posible la Batalla de Carabobo, logro bélico cimentado sobre un inmenso esfuerzo de unidad nacional.

El 25 de junio de 1824 comunicó Bolívar al presidente del Congreso General de Colombia: “Exmo. señor: Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Y a Santander escribió el 10 de julio siguiente:

Hemos vencido en Carabobo (...). Todo el país está en nuestro poder excepto Puerto Cabello; pero no hemos cojido una paja, porque el enemigo lo había evacuado todo perfectamente. Sin embargo, haré mis esfuerzos por mantener el ejército. Las emigraciones de uno y otro partido se lo han llevado todo (...). Todo está en embrión y no hay hombres para nada; y a todo esto tengo sobre las costillas un grande ejército que no sé cómo mantener, necesitándole a todo él para no perder lo ganado (...). He sabido con gusto la determinación del Congreso sobre las bases fundamentales de Colombia: habría sentido que se hubiesen alterado, porque estoy en la persuasión de que sólo un milagro puede preservarnos de una guerra civil y que únicamente la unidad y la solidez pueden ayudar en este milagro.

Esas líneas revelan preocupaciones de Bolívar por el estado general de la reciente república, por la unidad combatiente y por los aspectos políticos fundamentales. El mismo día notificó a Fernando Peñalver:

Hemos vencido en Carabobo (...). No podemos fácilmente mantenernos aquí —en Valencia— con muchas tropas, y por consiguiente es necesario que Uds. dirijan todos sus esfuerzos al Sur, para que esté tomado Quito antes del armisticio (...). Si no tenemos a Quito, no lo cederán (...). Creo que hasta que no se haga la paz, no podré abandonar esta demoniópolis o pueblo de diablos, que por todas partes dan que hacer, sea en paz o en guerra. Esto es un caos (...). Los hombres buenos han desaparecido y los malos se han multiplicado.

Se trata de una epístola tan compleja como la dirigida a Santander, en la cual se mantiene su preocupación por los términos del armisticio y los logros adquiribles a propósito de él. Es acorde con sus propósitos el afán por el mantenimiento del ejército, factor nunca citado por los historiadores, a pesar de haber sido primordial en todo el proceso de la Independencia y de haber condicionado en gran parte la actividad de Bolívar. El 16 de agosto se dirigió de nuevo a Santander. Le comunicaba sus planes inmediatos y preveía desenlaces mediatos, guiados por los esfuerzos posibles:

Estaba cierto —escribe a Santander— que ninguno habría de celebrar tanto la Batalla de Carabobo como Ud. (...) Mi amigo, voy a hacer a Ud. una visita, dejando esto ya arreglado y tranquilo en cuanto es posible (...). A mediados de setiembre estaré en Bogotá de paso para Quito. Pero cuidado, amigo, que me tenga Ud. adelante 4 ó 5.000 hombres, para que el Perú me dé dos hermanas de Boyacá y Carabobo. No iré si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida, o de seguir siempre el de la gloria (...). Repito que mande Ud. todo lo que tenga al Sur, para que allí se forme lo que se llama un ejército libertador.

El 23 de agosto refirió a Sucre, desde Trujillo, sus planes:

Nada hay que temer por esta parte —aseguró—. Así, mi querido general, es necesario terminar de un modo resplandeciente la guerra de América, haciendo nuevos sacrificios para que nuestra paz sea completa y gloriosa. Mis miras, pues, se dirigen al Sur. Mande Ud. a Santa

Marta las tropas y buques de guerra que le había pedido para Maracaibo; no necesitándose allí, Santa Marta será mi punto de reunión.

Le pedía además “cuanto puede ser necesario para alimentar un ejército en Colombia” y decía: “Estas son las últimas demandas que yo haré a Venezuela, para terminar la guerra que la ha desolado”.

El 23 de agosto volvió a pedir cooperación de Santander, desde Trujillo.

Se necesita –le decía– de nuevos sacrificios, amigo, para reunir las tres hermanas de Colombia. Yo preveo que las cosas del Sur irán cada día empeorando. Por lo mismo debo ir allá con un ejército digno de los vencedores de Boyacá y Carabobo. La hermana menor no debe marchitar los laureles de las dos primogénitas. Fórmeme Ud. un ejército que pueda sostener la gloria de Colombia a las barbas del Chimborazo y Cuzco, que enseñe el camino de la victoria a los vencedores de Maipó y los libertadores del Perú. Quien sabe si la Providencia me lleva a dar la calma a las aguas agitadas del Plata, y a vivificar las que tristes huyen de las riberas del Amazonas!!! Todo esto es soñar, amigo.

Mas no eran sueños sino previsiones acertadas, porque Bolívar realizaba planes dentro de una concepción global de la política. En las misivas parcialmente transcritas se ve con claridad cómo realizaba concepciones integrales. No dividía la guerra de la política; no parcelaba los factores sociales, ni los separaba de los militares. Hemos visto cómo era consciente de la ojeriza naciente contra los ejércitos venezolanos en regiones hacia donde ahora debían dirigirse, transmitía los planes para la formación de los ejércitos, señalaba dificultades para ello, preveía las reacciones al sur y observaba con anticipación las batallas políticas y bélicas. Es decir, Bolívar cumplía su misión de guía con una concepción de la política en la cual la guerra no era sino un instrumento. Es lo que expresó su contemporáneo Clausewitz, pero no llegó a ser axioma de conocimiento universal sino en la segunda parte del siglo XIX: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”. Antes de expresarse tal pensamiento en forma de teoría, la había practicado intensivamente Bolívar. Podemos calificarlo como un gran político capaz de utilizar la guerra como instrumento de la política. Debe añadirse su condición de economista, lo cual le permitió organizar innumerables ejércitos y estructurar las bases de las repúblicas libertadas. Fue esta una cualidad enmarcada también dentro de su concepto global de la actividad política. Las divisiones políticas han conducido a estudiar a Bolívar como guerrero, por una parte, como político por la otra, y como

economista, periodista, escritor, etc., en tercera aproximación. Para las divisiones sistemáticas de análisis, pueden usarse las diversas categorías, pero no se comprende el proceso de independencia ni la personalidad de Bolívar si no se recuerda cómo estuvo magistralmente dotado para practicar la política en forma total, y para desenvolver las actividades y especialidades reunidas en él genialmente, correspondientes a muchos hombres de acción y de teoría.

Contradicción de Bolívar con su clase

Más de una vez entró Bolívar en contradicción con su clase, los criollos, por su apego a los principios liberales de la igualdad, por su concepción de la política, por su decisión unitaria, por su decisión constante, desde 1816, de que se concediese la libertad a los esclavos. No basta recordar este último punto de modo genérico, tal como se acostumbra, sino examinarlo desde el punto de vista de las contradicciones de Bolívar con su clase, la de los criollos, tanto en Venezuela como en los otros países donde se desarrolló su acción de gran conductor anti-colonialista.

Cuando se ha asegurado la inspiración de Pétion como única fuente del decreto de Bolívar en Carúpano, se ha desconocido la experiencia de 1813 y de 1814, la capacidad de Bolívar para aprender de las lecciones de la experiencia, su maduración por virtud de la praxis revolucionaria. Cuando proclamó la libertad de los esclavos, había asimilado las terribles lecciones que en realidad comenzaron en 1812, cuando los españoles colonizadores incitaron a los esclavos de Barlovento contra Miranda. Para recordar la terrible experiencia de 1814, preciso es aclarar que sobre el período comenzado con la Campaña Admirable y concluido en la Batalla de Urica, se han escrito muchas falacias. Una se refiere a las esclavitudes. Se ha propagado la versión según la cual todos los esclavos pelearon contra los patriotas, al lado de Boves. Sin analizar detenidamente tal afirmación, mencionaremos sólo un hecho fundamental: las tropas de Mariño, organizadas en Oriente, las cuales obtuvieron una memorable victoria en Bocachica, justamente estaban formadas por esclavos. Allí estos ganaron a machete, con las sabanas incendiadas, una batalla resaltante. Es decir, es falso que en las filas patriotas no hubiesen esclavos en 1813 y 1814.

Pero es evidente que multitud de esclavos apoyaron a los colonialistas debido a una circunstancia bien precisa: mientras los españoles ocupaban altos cargos directivos del gobierno colonial, eran propietarios mayoritarios de tierras y de

esclavos los criollos, los mantuanos. Por eso, las esclavitudes se alzaron contra ellos cuando comenzó el proceso independentista. Eran amos criollos quienes los apresaban si huían, quienes los castigaban, quienes los metían en el cepo, quienes ordenaban azotarlos, quienes impedían los matrimonios a gusto de los esclavos. La contradicción fundamental de la sociedad colonial existía entre los mantuanos y los esclavos y ella se reveló con violencia al comenzar la lucha de independencia. No fue difícil a los colonialistas atraer a sus filas a los descendientes de africanos, oprimidos por los criollos. En 1814 comprendió Bolívar la importancia de atraer a las filas libertadoras a los bravos combatientes esclavos, quienes no tenían para perder más que sus cadenas. Por eso, la sugerencia de Pétion, al ayudarlo para regresar a Venezuela en 1816, cayó en espíritu bien abonado por la experiencia y la maduración política.

El 2 de junio de 1816 se dirigió Bolívar a los habitantes de Río Caribe, Carúpano y Cariaco, desde el Cuartel General de la segunda de esas ciudades:

Considerando que la justicia, la política y la patria reclaman imperiosamente los derechos imprescindibles de la naturaleza, he venido en decretar, como decreto, la libertad absoluta de los esclavos que han gemido bajo el yugo español en los tres siglos pasados. Considerando que la República necesita de los servicios de todos sus hijos, tenemos que imponer a los nuevos ciudadanos las condiciones siguientes:

Artículo Primero: Todo hombre robusto, desde la edad de catorce años hasta los sesenta años, se presentará en la Parroquia de su Distrito a alistarse en las banderas de Venezuela (...).

Artículo Segundo: Los ancianos, las mujeres, los niños y los inválidos quedarán eximidos desde ahora y para siempre del servicio militar (...).

Artículo Tercero: El nuevo ciudadano que rehúse tomar las armas para cumplir con el sagrado deber de defender su libertad, quedará sujeto a la servidumbre, no sólo él, sino también sus hijos menores de catorce años, su mujer y sus padres ancianos.

Era el comienzo de una prolongada lucha por la unidad de los sectores populares. En el Oriente hubo poca respuesta inmediata, en la región de Carúpano. El 27 de junio escribió Bolívar al general Marion, gobernador del Departamento de Los Cayos.

He proclamado –le contaba– la libertad absoluta de los esclavos. ¡La tiranía de los españoles les ha puesto en tal estado de estupidez e imprimido en sus armas tan grande sentimiento de terror, que han perdido hasta el deseo de ser libres! Muchos de ellos han seguido a los españoles o se han embarcado a bordo de los buques ingleses, que los han vendido en las colonias vecinas. Se ha presentado apenas un centenar de ellos, cuando el número de hombres libres que voluntariamente tomaron las armas es considerable.

Comenzaba así, no sólo una empeñosa lucha de Bolívar por la unidad popular, factor indispensable del cual eran los esclavos, sino una de sus permanentes contradicciones con la clase de los criollos. El 15 de febrero de 1819 pidió al Congreso de Angostura que ratificara todos sus decretos. Sobre el de Carúpano expresó:

La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la humanidad, y luego la Redención dispó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de libertad. Sí, los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de una patria. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los helotas, de Espartaco y de Haití: cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

El Congreso de Angostura difirió la consideración de los pedidos para el Congreso Constituyente de la Gran Colombia. Bolívar se dirigió en efecto, posteriormente, en 1821, a la Asamblea de Cúcuta, el 14 de julio, desde Valencia, en los términos siguientes:

La sabiduría del Congreso General de Colombia está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión

de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios ni sus padres los quieren infelices. El Congreso General, autorizado por sus propias leyes, y aun más, por las de la naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República.

De este modo se concilian los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales.

Sírvase V.E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso General de Colombia para que se digne concedérmela en recompensa de la Batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad.

Como es bien sabido, los representantes de los propietarios de esclavos sólo acordaron promulgar la que se llamó “Ley de vientres”, según la cual los hijos de las esclavas serían libres, pero debían permanecer hasta los 18 años sirviendo a los amos de sus madres. Ni la Batalla de Carabobo, donde combatieron unidos todos los sectores, con inclusión de los esclavos, pudo conmover los intereses de los esclavistas. Bolívar entraba ahora en contradicción también con los criollos de Colombia. Continuó ordenando la protección de los esclavos dondequiera que iba. Su última petición ante un constituyente la realizó en 1826, ante el Congreso de Bolivia, en su proyecto de Constitución. Allí solicitó una vez más la abolición del oprobio, tanto en su discurso introductorio, como en el articulado.

En el primero expresó:

He conservado intacta la ley de las leyes, la igualdad: sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud (...). Transmitir, prorrogar, eternizar este crimen mezclado de suplicios es el ultraje más chocante. Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia no podría concebirse sin el trastorno de los elementos del derecho, y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad.

Y ¿habrá esclavitud donde reina la igualdad? Tales contradicciones formarían más bien el vituperio de nuestra razón que el de nuestra justicia: seríamos reputados por más dementes que usurpadores (...). Dios ha destinado el hombre a la libertad: Él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío.

Bolívar hizo conocer su proyecto por todas partes. En muchos levantó gran entusiasmo. Santander, por ejemplo, escribió al Libertador, el 19 de julio de 1826:

Su discurso preliminar a la Constitución de Bolivia ha sido aplaudido universalmente, como obra maestra de elocuencia, de ingenio, de liberalismo y de saber. El primer capítulo, que sirve de introducción al discurso, me ha parecido el sublime de la elocuencia. El capítulo sobre religión es divino. El de la libertad de los esclavos es eminentemente filantrópico (...). Espere usted infinitos aplausos de la pluma de los liberales de Europa.

Pero no obtuvo aprobación por parte de los legisladores de Bolivia. Muy discretamente transformaron los artículos propuestos por Bolívar con un contenido liberal amplio. Resaltaban dos: la separación de la Iglesia y el Estado y la libertad de cultos, y la libertad de los esclavos. Numerosos historiadores han errado al escribir que el proyecto bolivariano se aprobó “con ligeras modificaciones”. Lo relativo a los esclavos fue así: en la proposición del Libertador se concedía la libertad a los esclavos por vía de reconocerlos como bolivianos. Entraban en esta categoría

...todos los que hasta el día han sido esclavos y, por lo mismo, quedarán de hecho libres en el acto de publicarse esta Constitución; por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer a sus antiguos dueños.

Lo aprobado por los constituyentistas dejó sólo la ilusión de la libertad, pues el artículo fue modificado y quedó de este modo:

Todos los que hasta el día han sido esclavos, y por lo mismo, quedarán de derecho libres, en el acto de publicarse esta Constitución; pero no podrán abandonar la casa de sus antiguos señores, sino en la forma que una ley especial lo determine.

Ley que nunca se dictó. Los esclavos bolivianos obtuvieron su independencia en 1854.

He oído expresar a algunas personas, en conferencias sobre Bolívar o la Independencia, que “Bolívar no quiso libertar a los esclavos”. Simplemente ignoran lo resumido aquí. Otros parten del postulado de que el Libertador fue un caudillo omnipotente. El caso de sus peticiones de libertad de los esclavos a los Congresos es uno de los casos dramáticos, demostrativos de que tuvo constantemente posiciones decididas y consecuentes. No se puede culpar a quien sólo tuvo posiciones directivas, más nunca poder omnímodo, y a veces ni siquiera de influencia preponderante. En el tema que culminó en Bolivia, se ve a las claras la actitud permanente de los antiguos criollos esclavistas. Sus representantes en los congresos mantuvieron siempre sus concepciones sobre la propiedad, en la cual se comprendía la esclavitud. No deseaban los criollos un cambio profundo en las fuerzas productivas sino en la libertad política para poder comerciar libremente con lo producido justamente mediante el régimen esclavista y de explotación de los indígenas por medios diversos, según las diferentes regiones americanas. Esta fue otra fuente de contradicción de Bolívar con los criollos, desde Caracas hasta Chuquisaca. Protegió constantemente a los indígenas, para librarlos de una explotación secular por parte de diversos sectores sociales, pero especialmente de los grandes latifundistas. Un ejemplo de la voluntad del Libertador para proteger a los indios se encuentra en el decreto del 4 de julio de 1825, fechado en el Cuzco. En nombre del principio constitucional de la igualdad, decretó la abolición del servicio personal sin contrato, que se había originado en las encomiendas. Se prohibió a los prefectos de departamentos, intendentes, gobernadores y jueces, a los preladados eclesiásticos, curas y sus tenientes, hacendados, dueños de minas y obrajes que pudiesen emplear a los indígenas contra su voluntad en faenas, séptimas, mitas, pongueajes y otras clases de servicios domésticos y usuales, en los cuales tradicionalmente se les obligaba a trabajar desde uno hasta varios días de la semana en forma gratuita, dejando los otros días para que cultivasen sus tierras, a veces con destino a los mismos beneficiarios de su trabajo doméstico. Ordenó Bolívar repartir equitativamente toda clase de auxilios sin excluir o perjudicar a los indígenas y se estableció en el derecho la obligatoriedad de pagar a los indígenas en dinero contante y sonante, con la abolición total del pago en especie, modo semifeudal de explotarlos. Se prohibió el pago de tarifas excesivas para los indígenas, diferentes de las aplicadas al resto de la población, y ordenó el decreto que los párrocos y sus tenientes no pudiesen contratar los aranceles eclesiásticos directamente. Debía servir de intermediario el intendente o gobernador del pueblo respectivo.

En la misma fecha, 4 de julio de 1825, decretó Bolívar la repartición de tierras de las comunidades. En el artículo segundo se ordenó: “En la masa repartible se

incluirán aquellas tierras de que se han aprovechado los caciques y recaudadores, por razón de su oficio, esclareciéndolas los comisionados para la venta y distribución de las tierras”. No se incluyeron como reparables las tierras de los “caciques de sangre”. Cada indígena, de cualquier sexo o edad, recibiría un topo de tierra en los lugares pingües y regados. En el artículo 8º se dispuso:

Los indígenas que fueron despojados de sus tierras en tiempo del gobierno español para recompensar con ellas a los llamados pacificadores de la revolución del año 14, se les compensará en el repartimiento que se haga de las tierras de comunidad con un tercio más de terreno que el que se asigne a los demás que no hayan experimentado este perjuicio.

Se prohibía la enajenación de las tierras que habían de recibir los indios, hasta 1850.

Ambas disposiciones, la relativa al trabajo y la concerniente a la tierra, concitaron contra Bolívar multitud de odios de los grandes latifundistas y extorsionadores de indígenas. Tanto la libertad de los esclavos, tantas veces solicitada por Bolívar, como la emancipación de los indios mantenidos en servidumbre eran fundamento de la estructura económica y social que los criollos deseaban mantener al adquirir la independencia. En los congresos predominaban los criollos y algunos nuevos latifundistas, entre los cuales se contaban militares que habían recibido recompensas o aspiraban a ellas, entre los cuales un buen grupo deseaba ascender en la escala social y económica de la época, para igualarse con los criollos.

Bolívar, expresión de una clase

En nuestro libro *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, hemos tratado por primera vez un aspecto nunca examinado antes acerca de Bolívar: cómo éste reflejó en sus grandes discursos y proyectos la ideología de su clase, la de los mantuanos. Aunque, como hemos visto, estuvo frecuentemente en contradicción con ella, en diversas concepciones prácticas y políticas, mantuvo en lo esencial los ideales de los criollos hasta su muerte. Muchas veces Bolívar fue más allá de los que se convirtieron en principios ductores de los criollos, triunfante después de Carabobo y sobre todo después de Ayacucho, pero especialmente antes de 1822, cuando se marcha al Sur por mucho tiempo, Bolívar expuso constantemente en sus memorables documentos la ideología de su clase y se presentó como lo que era, el

gran paladín de ella. Para comprobarlo, basta leer algunos párrafos del Mensaje de Cartagena, de la Carta de Jamaica y de otros documentos.

En el Manifiesto de Cartagena, fechado el 15 de diciembre de 1812, Bolívar expuso ya la necesidad de corregir “los vicios de unidad”, expresando así el criterio de buena parte de los criollos, quienes hacían por su intermedio el autoanálisis de los errores cometidos. Y al enumerar las causas del fracaso, dejó sentado su criterio sobre los efectos, para la lucha independentista, de los gobiernos federales. Esta cuestión de apariencia sólo política implicó siempre diferencias profundas en lo económico. Los criollos latifundistas fueron por lo general partidarios de los regímenes federales. Así podían ejercitar sus poderes regionales, sin obedecer disposiciones de carácter nacional. La primera controversia la tuvo el Libertador en 1813, cuando los barineses propietarios de tierras y ganado se oponían al centralismo, debido a su tradición de llevar libremente ganado por los Llanos hasta los ríos del sur, para comerciar, fuera de toda regulación, con los barcos extranjeros. Durante los últimos años de Bolívar, su apego al centralismo se convirtió en arma de quienes lo combatían, pues se le acusó de actuar contra las concepciones federales del liberalismo. En este aspecto puede afirmarse una contradicción permanente entre dos porciones de los criollos: los grandes latifundistas, inclinados a leyes federales, y los comerciantes, profesionales, sectores medios, simpatizantes del sistema central. En este Mensaje de Cartagena, Bolívar criticó muchos defectos, entre otros el empleo de los presupuestos. Sobre la economía escribió:

La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales, y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales, dio un golpe mortal a la república, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer papel moneda, sin otra garantía que las fuerzas y las rentas imaginarias de la confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto, y aun ideal. El papel moneda remató el descontento de estólidos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre.

Esto expresaba el pensamiento de quienes habían estado por el régimen federal en la primera Constitución y habían cambiado de parecer y se agruparon alrededor de Bolívar después de los primeros tropiezos.

Además de las ideas sobre los regímenes políticos preferibles en América, Bolívar explicó en la Carta de Jamaica, muy vivamente, cuál era la condición de los criollos durante el dominio colonial, lo cual no ha sido generalmente visto con claridad por los innumerables comentadores del documento. Debe observarse cómo algunas generalizaciones se referían obviamente a los criollos, sin nombrar más que situaciones que podían aplicarse en cualquier lugar de la América hispana.

La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad (...). ¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiéramos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración anterior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es necesario conservar en las revoluciones. He aquí porqué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía más activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones.

Sin duda se trata de un verdadero memorial de los criollos, de los mantuanos. Seguía así, identificando a “los americanos” con la clase de los criollos:

Los americanos en el sistema español que está en vigor, y quizás con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de los siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes: tales los son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere Ud. saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de

la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta (...). Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias, arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas, y casi ni aun comerciantes. Todo en contravención directa de nuestras instituciones.

Por donde se ve a Bolívar como representante de los mantuanos, en reclamación abierta de los privilegios que por siglos se les habían negado. En la misma carta se expresaron propósitos políticos como el del Congreso de Panamá, sueño realizado en forma incompleta en 1826, muy lejos de los días de meditación de Jamaica.

¡Qué bello sería —exclamaba Bolívar— que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo.

Allí expresaba el anhelo de la unidad de los pueblos que luchaban en la gran justa anticolonialista.

Conceptos semejantes expuso el Libertador ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819. Volvió a identificar a los “americanos” con los criollos y repitió algunos de los argumentos de la Carta. Explicó a los representantes:

Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado. Todavía hay más; nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica (...). Lo diré de una vez. Estábamos abstraídos, ausentes del universo en cuanto era relativo a la ciencia del Gobierno.

Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni

virtud (...). Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición.

También se refirió Bolívar otra vez al problema del centralismo y federalismo. Esta es una constante en su pensamiento político, y si fue centralista en lo nacional, para evitar lo que llamó “las republiquititas”, en lo internacional fue activo promotor de confederaciones regionales y generales.

Junto a los propósitos de liberación de los mantuanos, colocó Bolívar, ante el Congreso de Angostura, el propósito de la Gran Colombia. Concebía políticamente la necesidad de unificar territorios contiguos, de reunir los recursos económicos y humanos capaces de lograr la derrota de los colonialistas.

Bolívar, conductor popular

Si fue el Libertador expresión de su clase, la de los mantuanos y la de los llamados en general criollos en América, fue también un gran conductor popular, no sólo por su petición, constante ante congresos, de la libertad de los esclavos, y sus decretos para la emancipación de los indios de la servidumbre secular, sino porque con las masas, con el pueblo en armas en América, combatió incansablemente. Recorrió a caballo y a pie, alrededor de cien mil kilómetros, en incontables viajes, desde Venezuela hasta el Alto Perú, siempre al lado de los negros, de los indios, de los pobres, de los mestizos, de los pardos. Esa era su gente, su compañía, su fuerza. De ellos aprendió tanto como de los clásicos de la antigüedad y de los tiempos modernos. Bolívar se hizo gran conductor de las luchas anticoloniales en el siglo XIX, no sólo por sus lecturas, por las deducciones de Simón Rodríguez en lo personal y de Rousseau, Voltaire, y D’Alembert y Montesquieu en las lecturas, sino por su experiencia en medio de los ejércitos. En los Llanos ayudaba a los soldados y a las soldaderas a pasar los ríos, a evitar los peligros de los pantanos; y en las alturas andinas colaboraba para curar a los atacados del soroche y no desdeñaba colaborar en el arreglo de los equipajes. Cantaba las canciones de los soldados por los caminos, comía con ellos carne sin sal y plátanos y combatía, espada en mano, entre hombres venidos de todos los rumbos. Fue jefe no sólo de tropas venezolanas y colombianas, sino de las que llegaban al Perú desde Argentina y Chile, y fue un incansable constructor de ejércitos por todas partes, desde 1813 hasta sus últimos años. Poseyó la experiencia de una inmensa extensión geográfica, de masas humanas muy disímiles, de todas las geografías americanas,

de los ríos y las montañas, de las ciudades y de los villorrios, de las capitales y los desiertos. Siempre anduvo entre toda la gente, porque como él mismo expresó, durante la Independencia, el ejército era el pueblo, pues de este se componía. Ese pueblo no sólo combatía: construía, improvisaba medios, votaba en las elecciones, navegaba, trabajaba el ganado. Y no solamente se trataba de hombres, pues las mujeres de los soldados —circunstancia olvidada por la mayor parte de los historiadores del siglo XX en Venezuela— los acompañaban por todas partes. En el paso de los Andes, en medio de las ventiscas de los páramos, parió una soldadera, según refirió O’Leary, testigo presencial. Otras realizaron, junto a sus hombres, la extraordinaria travesía por el páramo de Pisba. No podemos, pues, ver a Bolívar sólo como expresión de su clase, aunque lo fue en grado eminente. Entendemos sus contradicciones con ella cuando recordamos sus ejércitos, los pobres a quienes guió, su permanencia durante la mayor parte del tiempo en campamentos, desiertos, montañas, lejos de los halagos urbanos. Su lenguaje reflejó la educación que recibió de toda América, como lo ha demostrado Marta Hildebrandt. Tomó vocabulario, expresiones, modismos, refranes de todos los sectores populares combatientes contra los colonialistas. Su madurez guerrera culminó en Junín y Ayacucho, planificado por él y dirigido por Sucre; su maduración intelectual nunca cesó. En 1827, en medio de terribles dificultades, sentó las bases de la economía venezolana, en pocos meses de residencia en Caracas. Y hasta su última hora aprendió, en medio de las controversias de la guerra o de las amenazas de ella, sobre multitud de cosas. Infortunadamente, las últimas lecciones que recibió fueron las de la más profunda ingratitud.

Bolívar, internacionalista

Simultáneamente con toda su obra organizativa, Bolívar fue un gran internacionalista, debido a su amplia concepción de la política. Nunca redujo su atención a circunstancias nacionales o locales. Creó la Gran Colombia, logró pactos internacionales para la defensa de los países libertados y alianzas entre ellos. Su obra internacional más celebrada ha sido el Congreso de Panamá. No recontaremos su significado, bien conocido. Sólo deseamos señalar que como demostró en 1977 Francisco Pívidal, en su obra *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, el Libertador estuvo permanentemente alerta frente a las avasalladoras fuerzas económicas y políticas de su tiempo y frente a las que entonces crecían de modo acelerado. Por nuestra parte, mostramos en nuestro libro *Acción y utopía del hombre de las dificultades* cómo ha sido

una calumnia harto repetida la de que Bolívar fue precursor del panamericanismo. Fue precursor de las luchas de los pueblos latinoamericanos contra los invasores imperialistas, fue precursor de lo que en estos días se revela en Nicaragua: la voluntad de libertad nacional dentro de las condiciones dependientes que ha ocultado el sometimiento político a través de limitados mecanismos representativos. En ese libro examinamos el uso de Bolívar de expresiones y pensamientos que coinciden con la concepción de Pívidal. Nunca habló de América en sentido continental, sino en el mismo término de la expresión de Martí: *Nuestra América*, para recordar a la que luchaba por su libertad, misma que continúa peleando por desarrollar sus verdaderas potencias creadoras, hasta ahora mantenidas bajo opresión, visible o no.

Está vivo el sueño de internacionalista de Bolívar: el expresado en la reunión anfictionica de Panamá. Algún día será celebrado allí otro congreso, cuando todos los pueblos libres del mundo puedan por fin reunirse para firmar el gran documento a cuya cabeza ha de estar el nombre de Bolívar, por la paz perpetua, resuelta por la voluntad de los pueblos libres del mundo, cuando ya hayan sucumbido ante las voluntades populares todos los regímenes de guerra y opresión.

Bolívar busca el equilibrio del universo

Últimas Noticias, 25/7/1982.

La concepción americanista de Bolívar

La invasión colonialista de las Malvinas por la Gran Bretaña, en el segundo año de la penúltima década del siglo XX (1982), ha revivido las aventuras de grandes potencias en el siglo XVI, para el reparto del mundo desconocido por Europa hasta 1492. Resurgen las inquietudes de los países neocolonizados y quedan al desnudo las apetencias que los ingenuos creían desaparecidas. Se discute intensamente acerca del papel histórico de la entidad que se ha denominado América Latina, la significación de los mares en nuestros días, la solidaridad posible de los habitantes de la zona del Caribe, y vuelven a la mesa de las controversias las ideas americanistas de Simón Bolívar, el mayor conductor anticolonialista del siglo XIX. Surge así una apropiada coyuntura para examinar cuáles fueron los verdaderos ideales expresados por el Libertador sobre América. Lo cual significa delimitar con precisión lo que para él significó el uso de ciertos términos como el de “América” y “americanos”.

Ciertamente no fue Bolívar el primero en usar el término “América” para lo que se había llamado “América española”. El 30 de julio de 1811, firmado por el presidente del Congreso recién constituido, Juan Antonio Rodríguez Domínguez, y por el secretario, Francisco Isnardi, se publicó el *Manifiesto que hace al Mundo la Confederación de Venezuela en la América Meridional*.

En el artículo 223 de la primera Constitución, el 23 de diciembre de 1811, se estableció que en todos los actos públicos se usara de la “Era colombiana”. Ambas expresiones “América Meridional” y “Colombia” habían sido largamente empleadas por el Precursor, Francisco de Miranda, en sus constantes afanes por la libertad de las colonias que habían dependido de España.

Sobre la segunda –Colombia– escribe Arturo Ardao en su ensayo *La idea de la Magna Colombia, de Miranda a Hostos* un párrafo esclarecedor:

Pese a haberlo creado –o hecho suyo– en la década del 80 –siglo XVI– II– (...) hace Miranda uso del término en los años anteriores a 1810. No sólo en su correspondencia o en sus diarios, sino hasta en las más importantes piezas políticas de sus gestiones independentistas, se atiene todavía a los tradicionalmente aplicados a la América de dominio

español: sea América a secas, sea América del Sur, América Meridional, América española, Hispanoamérica, continente americano, continente sudamericano, continente español americano, continente americano español, continente hispanoamericano, términos mantenidos por el uso también después de la independencia.

Tales cognomentos y algunos otros, como “Nuevo Mundo”, empleó constantemente Bolívar. En cuanto al vocablo “América”, jamás lo usó para designar lo que geográficamente se denomina en nuestros días como “América”. Con cualquiera de las expresiones señaladas designó siempre lo que había sido el conjunto de las colonias de España en América. Quienes han querido convertir a Bolívar en precursor del panamericanismo han falsificado interpretaciones y han fragmentado abusivamente sus expresiones para tratar de probar algo imposible: que Bolívar pensó en la totalidad geográfica y social del continente americano cada vez que habló de América. En nuestro libro *Bolívar: acción y utopía del hombre de las dificultades*, así como el de Pedro Ortega Díaz titulado *El Congreso de Panamá y la Unidad Latinoamericana*, y en el de Francisco Pividal: *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*, se encuentran capítulos dedicados a comprobar el sentido con el cual se expresó el Libertador al escribir “América”, “americanos” y muchas formas emparentadas. Ya en 1810, el 15 de septiembre, escribió en artículo aparecido en el *Morning Chronicle*, de Londres:

El día, que está lejos, en que los venezolanos se convenzan de que su moderación, el deseo que demuestran de tener relaciones pacíficas con la Metrópoli; sus sacrificios pecuniarios, en fin, no les haya merecido el respeto ni la gratitud a que creen tener derecho, alzarán definitivamente la bandera de la independencia y declararán la guerra a España.

Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto, seguirán presurosamente el ejemplo de Caracas.

Allí se ve cómo desde 1810 expresó con entera claridad a cuál América se refería. En la Memoria de Cartagena dijo:

Las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extendida República persuaden a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.

Aquí comenzaba a pensar en una gran unidad para la lucha por la independencia. El 31 de diciembre de 1813 delimitó claramente los extremos de su América, al señalar:

Si en estos siglos de ignominia, en que un continente más poblado y más rico que la España, fue la víctima de las miras pérfidas del Gabinete de Madrid; si este pudo desde dos mil leguas de distancia, sin enormes fuerzas, mantener la América desde el Nuevo México hasta Magallanes bajo su duro despotismo, ¿por qué entre la Nueva Granada y Venezuela no podrá hacerse una sólida reunión?

Son innumerables los ejemplos que pueden referirse. Lo mismo ocurre con el término “americanos”. El 2 de noviembre de 1812, desde Cartagena, dirigió un escrito sobre Monteverde, a “los americanos”, con el siguiente párrafo final:

¿Podrá existir un americano que merezca este glorioso nombre que no prorrumpe en un grito de muerte contra todo español al contemplar el sacrificio de tantas víctimas inmoladas en toda la extensión de Venezuela?

En la exposición dirigida al Congreso de la Nueva Granada, con fecha 27 de noviembre de 1812, expresó:

La identidad de la causa de Venezuela con la que defiende toda la América, y principalmente toda la Nueva Granada, no nos permite dudar de la compasión que excitarán nuestros desastres en los corazones de sus ciudadanos.

Con frecuencia habló y escribió Bolívar durante 1813 sobre América y los americanos como él las entendía y queda constancia irrefutable de a quienes consideraba americanos, nada menos que en el decreto de guerra a muerte, el 15 de junio de 1813, donde finalizaba así:

Españoles y canarios: contad con la muerte, aún siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida aún cuando seáis culpables.

El cognomento de latinoamericanos surgió después de la Guerra de Independencia de España y se ha venido recordando como sinónimo de la América

de Bolívar. En realidad, técnicamente incluiría mucho más que lo pensado por Bolívar, Miranda y otros precursores, pues habrían de añadirse tanto el Brasil, de habla portuguesa, como las antiguas colonias de Francia en el Caribe y las Guayanas. Es frecuente el uso de la expresión “América Latina y el Caribe” para diferenciar a la América del Norte del resto del continente geográfico. Y desde hace tiempo se ha explicado cómo la idea de una América total envuelve la falacia de que los intereses económicos, sociales y culturales, así como políticos, de América Latina, el Caribe y las Guayanas son idénticos a los de la América del Norte, es decir, de los Estados Unidos de Norteamérica. No es inusual oír que se atribuye a Bolívar no sólo el origen del panamericanismo, sino la idea de una confederación latinoamericana. Bolívar pensó en la confederación de la antigua América española, como unidad para la acción política, social, económica y cultural, para lo que designó “el equilibrio del universo”, frente a la Santa Alianza, España, los Estados Unidos e Inglaterra. Quería crear un quinto bloque de fuerzas para que se volviese imposible la hegemonía de los poderosos de la época. La necesidad de volver una y otra vez sobre el equívoco del panamericanismo se debe a que los imperialistas han insistido tozudamente sobre el pensamiento de que la mentira repetida llega a ser considerada como verdad, y sobre el convencimiento de una absoluta ignorancia por parte de las mayorías en cuanto a las ideas y realizaciones de Bolívar. Ya Rufino Blanco Fombona, en su ensayo sobre *Bolívar y la democracia*, había aclarado las falacias del libro de Byrne Lockey, titulado *Orígenes del panamericanismo*, que fue reeditado a propósito del sesquicentenario de Panamá, por el Gobierno de Venezuela en 1976. En la nota de presentación, con firma de la Oficina Central de Información, se escribió:

El libro del profesor Lockey fue uno de los primeros intentos para colocar en una perspectiva histórica la doctrina y el hecho del panamericanismo, tal como este podía apreciarse desde el ámbito universitario norteamericano al comenzar la tercera década de nuestro siglo.

Comentario verdaderamente sorprendente cuando Blanco Fombona había escrito, con claro sentido antiimperialista y de la verdad histórica, en la década de los años treinta, lo siguiente:

Byrne Lockey contribuye a la política imperialista de su país con su obra admirable. El libro se funda en hábil equívoco. Se pretende y desea presentar al Libertador como el primer “panamericanista”. El equívoco consiste en eso, en confundir adrede al americanismo —o hispanoamericanismo— del Libertador con el panamericanismo

inventado en los Estados Unidos, por los Estados Unidos, para los Estados Unidos. Hay que insistir porque el libro, preciso y erudito, de Byrne Lockey, obra del escritor excelente, ha inducido ya en error a hombres tan esclarecidos como José Vasconcelos, el reformador mexicano. Uno es el americanismo de Bolívar: unión y solidaridad de todos los pueblos americanos de lengua española; y otro el “panamericanismo”, invención moderna de los yanquis. El uno es unión de América sin los Estados Unidos; el otro es unión de América a los Estados Unidos.

Idea de las confederaciones

Algunos individuos o grupos suelen invocar el pensamiento de Bolívar como si hubiese apoyado los sistemas federales para las repúblicas americanas. Ello es un grave error, pues lo cierto es que el Libertador fue centralista en cuanto a gobiernos nacionales y partidario de las confederaciones en lo internacional. En 1826 mostró la distinción en una carta a Sucre. El 18 de agosto escribía al Gran Mariscal de Ayacucho:

Hemos pensado —expresaba— que no debemos usar la palabra federación, sino unión, la cual formarán los tres grandes estados de Bolivia, Perú y Colombia, bajo un solo pacto. Digo unión, porque después pedirán las formas federales, como ha sucedido en Guayaquil, donde apenas se oyó federación y ya se pensó en la antigua republiquita.

Constantemente propugnó Bolívar la forma central de Gobierno y en 1811 sólo él, Miranda y Muñoz Tébar estuvieron contra la forma federal, implantada en la primera Constitución Nacional. Batalló contra la federación de las naciones y hubo de enfrentarse en la Nueva Granada al sistema, también federal, que se adoptó al declarar la Independencia.

En Venezuela resultaba normal que los mantuanos prefiriesen el sistema federal, acorde con las influencias y poderío regional de los grandes propietarios de haciendas. Encontraron buen asidero en la Constitución norteamericana. Bolívar sostuvo que eran otras las condiciones de los Estados Unidos. Palacio Fajardo explicó el origen del federalismo de la primera Constitución así:

La habían redactado Ustáriz y otras personas de grandes luces, los que opinaban, como cuestión de principio, que en el caso de una separación definitiva de España, el mejor régimen para Venezuela sería el de un gobierno federal, semejante al de los Estados Unidos de América. Con el objeto de propagar esta idea, se publicaron numerosos artículos en *La Gaceta de Caracas*, dirigidos a mostrar las ventajas de la Constitución de los norteamericanos; artículos redactados por Burke, un irlandés que conocía perfectamente las constituciones inglesa y norteamericana. Ustáriz y Roscio estuvieron en correspondencia con varias personas de Santa Fe de Bogotá y del interior de Venezuela acerca del mismo asunto, que a todos por igual interesaba. El entusiasmo por una Constitución Federal prendió también en la Nueva Granada.

Bolívar expresó sus concepciones centralistas, que nunca abandonó desde el Manifiesto de Cartagena:

Lo que debilitó más a Venezuela —dijo a propósito de las derrotas de 1812— fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de estas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquellas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que más le acomode. El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto al interés de nuestros estados.

La experiencia de 1813 y 1814 enseñó a Bolívar la necesidad de una gran alianza internacional para vencer a los colonialistas. Por eso en 1815, en la Carta de Jamaica, expresó:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que

confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América.

Debe notarse que al decir allí Nuevo Mundo, se refería a la América española, al explicar “que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión”. No fue la única vez que usó la expresión “Nuevo Mundo” para la América española. Como se ve, no se hacía ilusiones sobre la unidad posible.

Pero siguió después de Jamaica pensando en la indispensable unión para vencer totalmente a los colonialistas y varias veces señaló la necesidad de expulsar a los españoles de todos sus dominios en América. En 1815 seguía Bolívar firme en la idea de una confederación. El 12 de junio de 1818 escribió a Puyrredón en la Argentina:

Quando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia (...) nosotros nos apresuraremos (...) a entablar por nuestra parte, el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con su aspecto de Majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede ese ansiado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas.

Ante el Congreso de Angostura, en 1819, volvió Bolívar a criticar el federalismo y, además, pidió la unión de Venezuela y la Nueva Granada en una sola República. Unía así, en la práctica, su idea centralista en lo nacional y federativa en lo internacional. Acerca del federalismo, en la primera constitución de 1811, sostuvo:

El primer Congreso en su constitución federal, más consultó el espíritu de las provincias que la idea sólida de formar una República indivisible y central. Aquí cedieron nuestros legisladores al empeño inconsiderado de aquellos provinciales seducidos por el deslumbrante brillo de la felicidad del pueblo americano, pensando que las bendiciones que goza son debidas exclusivamente a la forma de gobierno y no al carácter y costumbres de los ciudadanos.

Sobre la nueva república que se llamaría Colombia, formada por la unión de Venezuela y la Nueva Granada, explicó: “Es el objeto que me he propuesto desde mis primeras armas. Es el voto de los ciudadanos de ambos países y la garantía de la libertad en la América del Sur”.

De acuerdo con los progresos bolivarianos, la Constitución de Cúcuta en 1821, por la cual se constituyó Colombia —llamada después por los historiadores la Gran Colombia— fue centralista. El Libertador constantemente propugnó por una parte el centralismo en las naciones y el federalismo para las relaciones internacionales de ellas. La Constitución de Cúcuta fue el resultado de los proyectos expresados por Bolívar en 1819 y del triunfo en la Batalla de Boyacá, por medio del cual libertó a la antigua Nueva Granada.

Después de la Batalla de Carabobo, el 8 de enero de 1822, escribió desde su cuartel general en Cali cómo veía las siguientes etapas de la Independencia:

El gran día de América —sostuvo— no ha llegado. Hemos expulsado nuestros opresores (...) mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo una nación de repúblicas (...). La asociación de los cinco grandes estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa (...). ¿Quién resistiría a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad...?

Los cinco estados a los cuales aludía el Libertador eran, en 1822, México, Perú, Chile, Buenos Aires y Colombia. La denominación de México incluía lo que hoy se denomina América Central. Preparaba con uniones regionales la Gran Confederación y en ese mismo año envió al Sur, desde Bogotá, a Joaquín Mosquera, para negociar sendos pactos con Perú, Chile y Buenos Aires.

Perú pactó la cooperación con Colombia y ratificó prontamente los tratados. Chile acordó un pacto que nunca se ratificó y Buenos Aires rehusó acordar el pacto de “liga y confederación perpetuas”, que era el ideal de Bolívar.

Los bonaerenses se limitaron a un corto tratado de amistad. En el año siguiente, 1823, el Libertador logró un tratado de “unión, liga y confederación perpetua” con México. Se incluyó una cláusula sobre integridad territorial. Con América Central, separada de México después de la caída de Itúrbide, se firmó por Colombia, en 1825, otro tratado de “unión, liga y confederación perpetua”, ratificado por ambos países durante el mismo año. Cerraba así Bolívar los pactos fundamentales que había ideado como una base para la realización del Congreso de Panamá. Cautamente, trataba de lograr enlaces previos y no tan profundos como los que deseaba para la anfictionía americana.

Quería que el Congreso del Istmo se celebrase en 1825, pero vicisitudes nacionales e internacionales condujeron a un retraso de un año, aunque los dos primeros

delegados llegaron al centro de reunión desde 1825, lo cual sirvió en diversas ocasiones a Bolívar para aplazar decisiones, por ejemplo la de aliarse con Buenos Aires para una defensa contra Brasil. Bolívar arguyó a representantes del Sur, quienes solicitaron una alianza militar, que no podía realizarla sin la consulta al Congreso de Panamá.

Desde principios de 1824 usó Bolívar el cognomento de “Federación Americana” para el organismo que deseaba constituir en el Congreso de Panamá.

Así lo llamó en su carta del 17 de julio de 1824 a Pedro Molina, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de las Provincias Unidas de la América Central.

Naturalmente, surgieron muchas oposiciones al Congreso ideado por el Libertador. Por ejemplo, en 1825, se comentó en la prensa de Nueva York una proposición inserta en un periódico de México, según la cual se debía reunir un congreso con tres representantes por cada Estado del continente americano, en algún lugar de la Florida, designado por los Estados Unidos. Tal confederación equiparía fuerzas suficientes para tomar a Cuba y constituir una organización anfictiónica en La Habana. *La Gaceta de Colombia* comentó la versión y sugirió, sin duda con la inspiración de Bolívar, que las deliberaciones se verificarían con mayor libertad en Panamá. Los Estados Unidos podrían asistir si así lo deseaban, para participar sólo en las discusiones de carácter bélico. Otros periódicos de los Estados Unidos se incorporaron a la controversia para apoyar, como es de suponer, el proyecto que evidentemente había sido sugerido por el gobierno de ese país. Los ingleses no permanecieron callados. El *Times*, con la convicción de que se trataba de una maniobra contra el proyecto bolivariano, anunció que la Gran Bretaña lo veía con simpatía.

Propósitos del Congreso de Panamá

Los “panamericanistas”, empeñados en convencer a la gente común de que Bolívar pensaba en un organismo del cual formara parte los Estados Unidos, callan cuidadosamente las expresiones muy claras de Bolívar respecto de quienes deberían asistir, para el cumplimiento de sus propósitos. Fue Santander quien invitó a los Estados Unidos a enviar representantes que a la postre no asistieron. La posición del Libertador quedó muy clara en su carta a Santander el 20 de mayo de 1825.

No se olvide Ud. jamás —advirtió al vicepresidente de Colombia, desde Arequipa— de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle: primera, que no nos conviene admitir en la liga al Río

de la Plata; segunda, a los Estados Unidos de América, y tercera, no libertar a La Habana (...). Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra Liga puede mantenerse perfectamente sin tocar los extremos del Sur y del Norte.

El 12 de octubre, en carta desde el Potosí, repitió Bolívar su advertencia a Santander:

El Congreso del Istmo —explicaba— debería estar reunido meses ha. Parece que allá irán los de Buenos Aires y los de Chile. Los argentinos quieren restringir las facultades del Congreso y yo creo que se debe ampliar hasta lo infinito y darle un vigor y una autoridad verdaderamente soberana... No creo que los americanos deban entrar en el Congreso del Istmo.

A pesar de ello, Santander los invitó. Apenas había el Libertador lanzado la convocatoria oficialmente, el 7 de diciembre de 1824, dos días antes de la Batalla de Ayacucho, el vicepresidente entró en actividad para imponer la invitación a los Estados Unidos, cuando Bolívar sólo se refería a las “repúblicas americanas” en el sentido en que lo hemos visto usar la expresión. Párrafos fundamentales de las convocatorias muestran los fines del Libertador:

A los gobiernos de las repúblicas de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala:

Grande y buen amigo: Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

Profundamente penetrado de estas ideas, invité en 1822, como Presidente de la República de Colombia, a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires, para que formásemos una confederación y reuniésemos, en el Istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad, una asamblea de plenipotenciarios de cada Estado, que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias.

El día en que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Que será entonces del Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

Santander, en su carácter de vicepresidente de Colombia, estudió la convocatoria y discutió con Bolívar diversos aspectos. Éste escribió desde Lima, el 17 de febrero de 1826, varias opiniones acerca de los proyectos de Santander en párrafos que expresan parte del pensamiento bolivariano. Aceptó la proposición de invitar a la Gran Bretaña, congruentemente con su política general, pero no había enviado invitación sino a países de lo que él conceptuaba América. Veamos el parecer de Bolívar:

La invitación hecha por parte del Gobierno de Colombia al muy noble y poderoso rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda para que sea uno de los confederados, si se obtiene será por ahora de un valor inmenso para las nuevas repúblicas que, guiadas por su ejemplo y escudadas por el patrocinio de su amistad, podrán más fácilmente organizarse y tomar la marcha firme que deben seguir. La pena de la exclusión de la Confederación al que no se conforme con las decisiones de la Asamblea, cuando esta haya de obrar como árbitro entre dos de sus miembros, es tan justa como útil. En razón de que las ventajas de los confederados sean mayores, será también mayor la pena del que no las disfrute. La necesaria mediación de la Confederación en las desavenencias que por desgracia ocurran entre uno de los confederados y un extraño, aunque sumamente ventajosa para la Confederación, presentará quizás dificultades con respecto a los no confederados. Este derecho de mediación daría necesariamente un poder indirecto a la Confederación de mezclarse en los negocios de naciones extranjeras. La autoridad de la asamblea de estipular y concluir a nombre de la Confederación, por sí, o por medio de las personas a quienes delegare, tratados de alianza puramente defensiva y dirigidos a la conservación de la paz da a los plenipotenciarios respectivos de la Confederación una

independencia de sus comitentes para comprometerlos a su nombre en materias de alta importancia y que abrazan a toda la nación. Aunque los plenipotenciarios estén extensamente facultados para tratar y convenir sobre objetos de gran trascendencia, la celebración de tratados de la alianza, aunque puramente defensiva, sería de desear que se hiciera con conocimiento previo de los gobiernos respectivos.

No solamente tuvo el Libertador discrepancias con las iniciativas de Santander, sino que las hubo entre los diversos delegados a Panamá, pues recibieron diferentes instrucciones los de Colombia, Perú y Bolivia. En las discusiones se ahondaron las diferencias.

Parte de las dificultades expresaba Bolívar a José Rafael Revenga, en carta desde Lima, el 17 de febrero de 1826:

Diré a Ud. —escribió— que no tengo ningunas esperanzas de que Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata entren en la confederación (...) estos dos países están en una situación lamentable y casi sin gobierno, y por esta razón he sentido mucho que Uds. hayan enviado los artículos adicionales a nuestros agentes en aquellos gobiernos, antes de estar seguros de que entrarían en la Confederación y de que los aprobarían. También habría querido que nada se hubiera dicho de la invitación hecha al rey de la Gran Bretaña, antes de estar bien seguros de su asentimiento.

Estas muestras de las discusiones de Bolívar con los altos funcionarios de Bogotá enseñan por qué, al recibir noticias de Panamá acerca de diferencias particularmente entre Vidaurre, representante del Perú y otros delegados, Bolívar comenzó a desinteresarse del Congreso. En cierto momento, la asamblea comenzó a escapar de las que habían sido sus concepciones fundamentales.

La aceptación de Bolívar al proyecto de invitar a la Gran Bretaña quedó explicada en Carta al vicepresidente, con fecha 23 de junio de 1826. Escribió:

Esta ventaja sería inmensa, pues tendríamos un garante contra la España, contra la Santa Alianza y contra la anarquía. Las ventajas comerciales para los ingleses, valdrían mucho menos que los provechos reales y positivos que nos procurasen con sus relaciones.

El Congreso de Panamá se reunió entre el 22 de junio y el 15 de julio de 1826. Como las noticias desde antes de la asamblea no eran satisfactorias para sus proyectos, el Libertador escribió ya el 8 de julio a Santander:

Yo veo el Congreso del Istmo como una representación teatral y no veo nuestras leyes como Solón, que pensaba que sólo servían para enredar a los débiles y de ninguna traba a los fuertes.

El 4 de agosto del mismo año decía desde Lima a Páez, plenamente convencido de que la suspensión de las reuniones para continuar en México eran el fin de la empresa:

El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos consejos, nada más.

El 14 de septiembre de 1826, escribió a Briceño Mendez, desde Guayaquil, cuando ya conocía el texto completo de las resoluciones de Panamá:

He leído aquí los tratados celebrados en Panamá y voy a darle a Ud. francamente mi opinión. El convenio sobre contingentes de tropas, principalmente sobre el modo, casos y cantidades en que deben prestarse, es inútil e ineficaz (...) la traslación de la asamblea a México va a ponerla bajo el inmediato influjo de aquella potencia (...) y también bajo el de los Estados Unidos del Norte. Estas y otras muchas causas, que comunicaré a Ud. de palabra, me obligan a decir que no se proceda a la ratificación de los tratados antes de que yo llegue a Bogotá.

Convencido Bolívar del fracaso de Panamá, no cesó en idear nuevas uniones. El 21 de noviembre de 1826, escribió al general Santa Cruz sobre el pensamiento de la Federación de Bolivia, Perú, Arequipa, Quito, Cundinamarca y Venezuela. Estaba tan convencido como siempre de que sólo la unión de los países libertados de España podía salvaguardar la libertad obtenida. Pensaba más. En 1815, había expresado su parecer de que sólo una estrecha unión después de la independencia convencería a las potencias europeas de que existía un nuevo bloque para mantener “el equilibrio del mundo”. En otras dos ocasiones dijo que sólo la anficiónía de Panamá podría contribuir al equilibrio económico, social y bélico

del universo. No se traba en sus proyectos y anticipaciones de una idea imprecisa, vaga, desprendida de la realidad. Pensaba como el político realista que siempre fue, aunque expresó con idealismo generoso sus proyectos.

Actualidad del pensamiento bolivariano

En 1982 podemos preguntarnos si los ideales de unificación de lo que ahora denominamos América Latina tiene vigencia y si la homología histórica permite encontrar en sus ideales creadores un asidero histórico. No cabe duda de que es así, cuando miramos, como él vio a su época, con simple realismo.

En 1982, al final casi del siglo en el cual se ha producido una enorme prolongación de la lucha anticolonialista que Bolívar encabezó genialmente en el siglo anterior, no han desaparecido los propósitos de los antiguos colonizadores, transformados, en el nuevo período histórico del imperialismo, en países neocolonialistas, capaces de emplear, como desde hace cuatro siglos, los medios técnicos más destructivos sobre los países más débiles en las técnicas de guerra. La misma brutalidad, abuso y menosprecio por las sociedades indefensas. La realidad se ha presentado muy clara durante la llamada “crisis de las Malvinas”. Muchas de las ideas que sostenían sólo sectores revolucionarios de América Latina se han convertido en lugares comunes. La actitud se presenta clara para nuestros países de América Latina y el Caribe: no olvidar nunca todas las consecuencias económicas, sociales, políticas, culturales, que han surgido de la invasión de las Malvinas por el imperialismo británico; recordar en forma permanente la actitud solidaria con el invasor de las Malvinas por parte de los Estados Unidos; reconocer que sólo la solidaridad vigilante, activa, puede conducir a que, dentro de una paz general del mundo, puedan ser vencidos definitivamente los imperialismos caducos y los que todavía tienen, infortunadamente, mucho vigor para mantener al mundo en terribles tensiones y a la América Latina y el Caribe bajo la permanente amenaza de los armamentos más técnicamente destructivos.

Lecciones permanentes del Libertador

El Nacional, Caracas, 25/7/1982.

Simón Bolívar fue el más grande conductor anticolonialista del siglo XIX. Por ello, no sólo será celebrado el bicentenario de su nacimiento en su patria, Venezuela, y en las otras repúblicas creadas por él y por los pueblos combatientes, sino en todos los países donde se comprende la multiplicidad de su obra, fundamento de las tareas anticolonialistas realizadas en el siglo XX e inspiradora de todas las luchas contra el neocolonialismo y el imperialismo, heredero del impulso expansivo de las potencias que durante cinco siglos han rivalizado por el reparto del mundo. La invasión por Inglaterra de las Malvinas, en 1982, ha servido para mostrar a los ilusos que el colonialismo no ha muerto y aún pretende mantenerse triunfante, con el aprovechamiento de los adelantos técnicos de los medios destructivos.

En estos meses han sido intensamente recordados los esfuerzos de Bolívar por crear “el equilibrio del universo”, un mundo en el cual los pueblos bélicamente débiles tuviesen el mismo peso moral que los poderosos en armamentos, en donde la convivencia se ejerciese en medio de una igualdad política universal, sin tomar en cuenta los caracteres diferentes de las repúblicas, ni la diversidad de sus regímenes y de sus culturas. Con Montesquieu había aprendido Bolívar que las circunstancias de medio y de historia condicionan las diferentes estructuras sociales y políticas. Y siguió a Condorcet en la convicción de la “infinitud del proceso del mundo”, donde ningún pueblo ha de quedar en retraso o en sometimiento a los colonialistas. De sus propias experiencias obtuvo la conclusión de que sólo una incesante lucha política, de la cual forman parte a veces las batallas militares de las guerras justas, es capaz de lograr la igualdad entre las sociedades disímiles.

Hasta tiempo reciente, muchos historiadores consideraron a Bolívar sólo como un gran estratega militar. Fue mucho más: un genio de la política, dentro de la cual —como tiempo después expresara Clausewitz— la guerra era sólo uno de los medios para lograr los grandes propósitos, como el de expulsar a los colonizadores de los territorios por ellos invadidos. Por sus concepciones, paradójicamente con sus capacidades de gran guerrero, actuó siempre como adalid de la paz. Tras cada una de sus victorias hubo siempre una capitulación generosa, un tratamiento igualitario del vencido, lo cual sintetizó Sucre en frase imborrable, cuando después de Tarqui sentenció que “la justicia es igual antes que después de la victoria”. También, después de triunfos decisivos, se dirigió Bolívar siempre

al mundo, no para mostrar empecinamiento en la guerra, sino la acción bélica como búsqueda, a veces inevitable, de la paz permanente. Concibió el Congreso Anfictiónico de Panamá, no como unión agresiva, sino como nuevo organismo en el mundo para intentar la convivencia internacional, con el equilibrio de los grandes bloques de fuerza existentes en 1826. Fue así precursor de las Naciones Unidas. El bicentenario de su nacimiento será celebrado en tiempos calamitosos, en medio de extraordinarias tensiones. Los pueblos vuelven a la conexión bolivariana de grandes tratados, a la diplomacia abierta, a los convenios entre poderosas potencias económicas, políticas, sociales y culturales de estructuras diferentes.

Carácter fundamental de la acción de Bolívar fue su confianza en la actividad constructiva de las grandes masas. Constantemente dirigió proclamas a los pueblos, para celebrar victorias, guiar a la opinión, infundir confianza y demandar solidaridad. Su acción se ejerció siempre entre soldados, indios, negros, mestizos, con quienes recorrió a caballo, por llanos y ventisqueros, pantanos y nieves perpetuas, más de cien mil kilómetros, siempre rodeado de pobres y oprimidos. Fue un intelectual combatiente, amparado, en medio de fusiles y cañones, por libros, papeles e imprentas viajeras. En la América que contribuyó a fundar, su ejemplo obliga a los intelectuales a ser permanentes combatientes por la libertad.

Muchas acciones posibles en la actualidad vienen de su ejemplo. Estarían dentro del pensamiento bolivariano la reanudación de relaciones de Venezuela con Cuba, la constitución de un organismo latinoamericano de solidaridad y la incorporación de Venezuela a los países no alineados, entre quienes se cuentan numerosos pueblos que en el siglo XX han acendrado sus propósitos de liquidar históricamente al colonialismo en todos sus matices.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta Saignes, Miguel. *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana: Premio Casa de las Américas, 1977.
- Bolívar, Simón. *Obras completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna. La Habana: Lex, 1947.
- *Archivo de Sucre*. Caracas: Fundación Vicente Lecuna y Banco de Venezuela, 1973-79.
- *Archivo del general Urdaneta*. Caracas: Ediciones de la Presidencia, 1972.
- *Cartas de Santander*. Obra formada por Vicente Lecuna. Caracas, 1974.
- *Constitución de Venezuela de 1819*. Caracas: Congreso Nacional, 1969.
- “Constitución de 1826” (Proyecto del Libertador). En: *El pensamiento constitucional hispanoamericano hasta 1830*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1961.
- Irazábal, Carlos. *Venezuela esclava y feudal*. Caracas: Pensamiento vivo, 1964.
- *Itinerario documental de Simón Bolívar*. Caracas: Ediciones de la Presidencia, 1970.
- *La Constitución Federal de 1811 y documentos afines*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1959.
- Lecuna, Vicente. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. New York: Fundación Vicente Lecuna - The Colonial Books, 1960.
- *Memorias del general Daniel Florencio O’Leary*. Caracas: Imprenta Nacional, 1952.

–Mijares, Augusto. *El Libertador*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza y Fundación Shell, 1964.

–Páez, José Antonio. *Autobiografía*. New York-Caracas: Editorial del Maestro, 1964.

–Pividal, Francisco. *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*. La Habana: Premio Casa de las Américas, 1977.

–Parra Pérez, C. *Mariño y la Independencia de Venezuela*. Cinco volúmenes. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1954-1957.

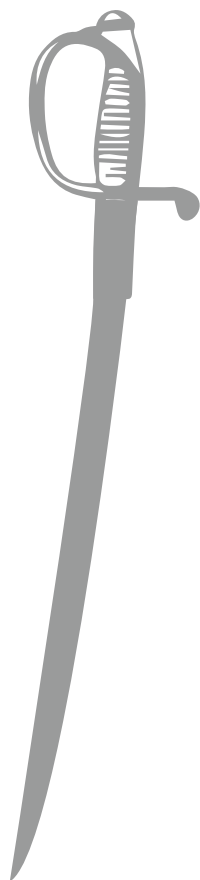
–Posada Gutiérrez, Joaquín. *Memorias histórico-políticas*. Medellín: Bolsilibros-Bedout, 1971.

–Rumazo González, Alfonso. *Simón Bolívar*. Madrid-Caracas: Edime, 1955.

–Verna, Paul. *Tres franceses en la Independencia de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1973.

Yanes, Francisco Javier. *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente, hasta el año de 1821*. Caracas: Editorial Élite, 1943.

TERCERA PARTE
Los trabajos anunciados



Los sufrimientos del Ejército Libertador¹⁰

Al agradecer a nuestro amigo, el coronel Humberto Silva Cubillán, la invitación que nos ha hecho para colaborar en la celebración del cincuentenario de la Guardia Nacional con un artículo en la *Revista del Centro de Estudios Superiores*, deseamos recordar cómo desde comienzos de 1936, muchos intelectuales señalamos las condiciones que durante el régimen del general Gómez se habían impuesto al Ejército Nacional, muchos de cuyos cuerpos eran dedicados a labores impropias de la condición militar. En nuestro primer libro, publicado en México en 1938, dedicado a la llamada “cuestión agraria”, escribimos lo siguiente:

Deseamos que no se reclute violentamente a los campesinos para agravar los males innumerables de nuestro agro; deseamos se vuelva imposible aquel sistema de llevar a los labriegos a las filas armadas, no para educarlos en la defensa de la nacionalidad, sino para convertirlos en peones de las haciendas del déspota y sus áulicos... Y deseamos que no se inculque a los soldados y oficiales un sentimiento de ser algo distinto del pueblo venezolano, para utilizarlos como agentes de opresión, para el provecho de unos cuantos, ni se les aisle prohibiéndoles la lectura de los periódicos democráticos, ni se trate de propagar entre ellos doctrinas fascistas.

El general López Contreras había llevado al gobierno del general Gómez la idea de que era preciso enviar a algunos oficiales a realizar estudios superiores en otros países con institutos apropiados, y para 1936, ya habían regresado varios que habían estudiado especializaciones en ramas diversas. Por cierto, había adquirido renombre por sus estudios en Chile el famoso capitán Alvarado que encabezó un movimiento militar en 1928. Como en 1936, diversos intelectuales insistimos en la necesidad de modernizar el ejército, el presidente López Contreras decidió crear un organismo militar moderno que fue la Guardia Nacional. No nos proponemos presentar aquí la historia de la institución, sino rememorar el interés de muchos civiles, después de la muerte del general Gómez, por la transformación del antiguo ejército que había nacido en condiciones que ya no se justificaban en el 36. Queremos, tanto para los guardias nacionales en su medio siglo, como para los militares en general, recordar algunas circunstancias del Ejército Libertador, al cual es fácil imaginar en desfiles

10. Trabajo encontrado en la “papelería” del autor, aparentemente inédito hasta ahora.

marciales y hasta en el fragor de las batallas, pero cuya vida cotidiana ha sido bastante olvidada por los historiadores. Podemos titular estas líneas como destinadas a recordar los sufrimientos del Ejército Libertador porque desde su formación en 1813, hasta 1830, hubo de resistir innumerables penalidades, no sólo en los campos de la guerra, sino en las ciudades y, además, en diversos países. Son conocidos los infortunios del Libertador Simón Bolívar, sobre todo desde 1828, pero nunca se ha intentado hasta ahora la historia completa del Ejército Libertador, a quien el propio Bolívar nombró así en el año 1813. Aquí nos referimos sólo resumidamente a diversas circunstancias por las que hubo de atravesar el pueblo en armas, desde Venezuela hasta Bolivia.

Cuando se habla de la Campaña Admirable, en 1813, es común pensar que se trató de una especie de paseo bélico en medio de agasajos, de banquetes y de condiciones siempre favorables. Ese período fue en realidad una etapa de penalidades, en medio de triunfos obtenidos por el esfuerzo heroico de soldados y oficiales.

El 10 de marzo llegó Bolívar desde la Nueva Granada, donde había logrado varios triunfos sobre contingentes del ejército colonizador. El 23 de abril libertó en La Grita a la provincia de Mérida. El 15 de junio Ribas venció en Niquitao. Siguieron triunfos en Guanare, que significó la posesión de la provincia de Barinas, y los Horcones. Llegó a Caracas el 6 de agosto de 1813. Cuando entró al Táchira, tenía unos trescientos soldados granadinos. Los triunfos sirvieron para entusiasmar a muchos venezolanos que se incorporaron gustosamente a los vencedores.

El ejército patriota —escribe O’Leary— fue engrosado considerablemente con los prisioneros americanos hechos al enemigo y con los que desertaban de sus filas, fuera de los voluntarios que de todas partes acudían a sentar plaza. A veces no se podía armar a los aspirantes.

Bolívar escribió al entrar al Táchira:

Debemos marchar a posesionarnos de Mérida y Trujillo, países que apenas podrán suministrar víveres para alimentar a la tropa, permaneciendo en ella un mes cuando más y por consiguiente nos faltarán los sueldos para el ejército, pues no hay caudales en aquellas provincias, que ha aniquilado el terremoto, la guerra y las persecuciones de los enemigos.

Pedía al Gobierno de la Nueva Granada que se le suministraran 25.000 pesos mensuales hasta cuando alcanzara la provincia de Caracas, “que es la rica y la que puede subvenir a los gastos del ejército”. Ya no tenía recursos, según escribió, “ni

aún para suministrar el socorro diario a los soldados”. Preveía que el no pago del prest a los soldados, los haría pensar que no valía la pena venir a pelear a Venezuela. De modo que la celeridad de la Campaña Admirable no se debió sólo a las tácticas puramente bélicas del Libertador, ni al arrojo demostrado por las fuerzas combatientes, sino a la previsión económica de Bolívar y sus oficiales. La necesidad logística empujaba inexorablemente a los ejércitos que se iban constituyendo, hacia las tierras con recursos para la subsistencia. La noticia de que Mariño había invadido por oriente llenó a Bolívar de satisfacción, porque ello significaría la posibilidad de provisiones abundantes, cuando el ejército oriental ocupase diversas zonas ricas en ganados que podrían servir como base de alimentación a todos los soldados que luchaban por la libertad.

Como resultado de la llegada de Bolívar a Valencia, comenzó un fenómeno que se repitió durante todas las guerras de la Independencia: la migración de grandes poblaciones civiles que siempre resultaron una carga porque se multiplicaban las necesidades de manutención. Desde ese entonces llegaban los patriotas a alguna zona poblada abundantemente, se marchaban los civiles realistas y cuando estos, en cambio, avanzaban, se retiraban grandes conjuntos de familias patriotas. Algunas de las tremendas dificultades de la Campaña Admirable se comprenden al leer una carta de Bolívar al gobernador que nombró en Barinas:

Los llanos donde pastan los ganados —señalaba— y la caballería con que debemos contar para sostener el Ejército de la Unión serán sometidos indefectiblemente al mando de los tiranos dentro de muy poco tiempo, si no se toman a la mayor brevedad providencias eficaces para sofocar y exterminar ahora los elementos de una conspiración general que se aproxima.

Esta previsión política resultó enteramente acertada. En septiembre de 1813 escribió Bolívar a Mariño, urgiéndolo a mantener estrecha unión, pues el entusiasmo con que se habían incorporado muchos al ejército que para esa fecha había bautizado Bolívar como “Libertador”, después que recibió él ese título en Caracas, había desaparecido, a causa de las condiciones precarias producidas por los españoles que arrasaban haciendas y sembrados y dispersaban el ganado por todas partes, en una táctica de escasez que debilitaba a los patriotas. A propósito de la batalla de Araure, ganada por los libertadores, escribió Urdaneta:

De este tiempo en adelante los cuerpos del ejército patriota no tenían partes ni noticias del enemigo, sino cuando se encontraban con él, ni se podía mantener espionaje, porque no había con quien. El

país había hecho una sublevación general en favor del rey, con excepción de muy pocos pueblos amedrentados y débiles y toda persona que estaba fuera de las filas debía ser reputada como enemiga.

El mismo general Urdaneta escribió en sus memorias acerca de la situación en febrero de 1814 lo siguiente:

Al observar los enemigos la desmembración de la fuerza de occidente, fuéronse acercando y estrechando por todos los puntos; y todo el país, que había estado contenido por la rapidez y energía con que se obraba las facciones, se declaró en hostilidades contra los patriotas, en términos que nada había seguro, fuera del tiro del fusil, ni era posible conseguir un espía, ni adquirir de modo alguno noticias del enemigo y, lo que era peor, escaseaban las subsistencias. No podía durar mucho tiempo esa situación, porque era demasiado violenta.

El primer gran ejército que tuvo la República se organizó por Bolívar y Mariño cuando éste, desde Oriente, partió hacia el Centro y ganó la batalla de Bocachica, lo cual le permitió encontrarse con Bolívar en Valencia. Mariño llegó con 3 mil orientales y quedó así constituida una gran fuerza de cinco mil hombres. A pesar de ese gran progreso, continuaron las dificultades y el 6 de mayo de 1814 dijo Bolívar en una proclama:

Compatriotas: la guerra se hace más cruel y están disipadas las esperanzas de pronta victoria, con que os había excitado: la sangre corre a torrentes, han desaparecido los tres siglos de cultura (...). Parece que todos los males se han desencadenado sobre nuestros desgraciados pueblos.

Con el aporte de Mariño, el ejército aumentó la complejidad de la estructura de las fuerzas que luchaban por la independencia. Él se apoyaba principalmente en un gran contingente de esclavos, negros libertos y negros antillanos. Debe recordarse que los primeros ejércitos estuvieron principalmente compuestos por esclavos, cierto número de pardos, blancos sin bienes de fortuna y algunos pequeños grupos indígenas. Esta composición social permitía que la alimentación de los soldados fuese a base principalmente de carne. Los ganados de los llanos, cimarrones en su mayor parte, fueron la base del sustento de los combatientes.

De 1813 a 1814 hubo los dos ejércitos señalados: el de Oriente, organizado por Mariño, y el de Occidente, que estructuró el Libertador, como someramente hemos señalado, en medio de las mayores dificultades. Existió un pequeño ejército independiente de aquellos, hasta 1816, en Margarita. Cuando, después de las desastrosas derrotas de los independentistas en 1814, tuvo que salir Bolívar hacia las Antillas, quedaron en Oriente contingentes de las fuerzas de Mariño y surgieron algunos grupos guerrilleros que más tarde se unirían a Bolívar. En Casanare se organizó otro ejército.

Derrotadas las fuerzas patriotas en Oriente, Urdaneta, gran conductor de retiradas, organizó a 1.700 hombres en algunos batallones, recogiendo a los dispersos que habían ido quedando diseminados entre los territorios dominados por los españoles. Desde Trujillo escribió al gobierno neogranadino:

De Valencia en adelante son tantos los ladrones cuantos habitantes tiene Venezuela. Los pueblos se oponen a su bien; el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro, voluntariamente se reúnen en los campos a hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas y los habitantes se van a los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas, tal vez a buscar el alimento, es sacrificado (...). Nosotros no poseemos ni un caballo, ni tenemos un soldado que no sea de Caracas y de los Valles de Aragua, y en mayo de 1814 quedaban muy pocos de quienes echar mano en aquellos países.

Como se ve, este es el trasfondo de lo que ha sido narrado solamente desde el punto de vista de los grandes jefes, o de sólo las grandes victorias militares. Una batalla de Carabobo, o de Boyacá, o de Ayacucho, se fundamentaba en innumerables sacrificios de los ejércitos. En ellos el Libertador hubo de imponer numerosas veces la media paga, lo cual ocurrió también numerosamente con los empleados civiles.

Al ausentarse Bolívar y Mariño de Venezuela, a fines del terrible año de 1814, quedaron guerrillas dispersas, particularmente en Oriente. Allí surgieron los que habrían de ser después grandes conductores venezolanos, como José Tadeo Monagas, Andrés Rojas, Pedro Zaraza, quien guerreó en los llanos del Guárico, Barreto entre Maturín y el Orinoco, Sedeño en Caicara.¹¹ José de Austria resume

11. En este trabajo aparece Sedeño y Cedeño. Se trata de una misma persona. Revítese al

parte de la situación a principios de 1816 en su *Bosquejo de la historia militar de Venezuela* así:

Cuando Morillo —en 1815— llegó a las costas venezolanas, sólo Bermúdez y Bideau lograron escapar a Margarita, donde mandaba Arismendi una que otra partida insignificante que vagaba en las llanuras y algunos hombres constantes que se guarnecían en los montes (...). Algunos oficiales y tropas de los dispersos de Urica y Maturín vagaban por las cercanías de San Diego de Cabrutica, cuando se apareció Monagas, a quien se sometieron todos los que por allí andaban (...). Para entonces se habían incorporado a los patriotas algunas tribus caribes, capitaneadas por el famoso Tupepe y su segundo, Manaure, e hijos (...). Se les unió el comandante Vicente Parejo, comandante de 80 hombres titulados los Terecayes, porque andaban desnudos y usaban guayucos. También Manuel Salcedo salió de los caños y montañas del Tigre.

Lo de la desnudez de esas tropas se repitió muchas veces. Se recuerda cómo el ejército venezolano que atravesó los Andes, con Bolívar al frente, llegó sin ropas a la Nueva Granada. Cuando bajaron de los hielos de la cordillera, hubieron de cubrirse hasta con ropas femeninas, en los primeros días. Y esta no fue la última vez en que los soldados perdían hasta sus ropas personales, atravesando ríos y caños, o montañas y cordilleras.

Varios de los jefes nombrados se reunieron el 25 de mayo de 1816 en San Diego de Cabrutica. Juzgaron que era tiempo de unir a los combatientes que habían conservado las banderas de la libertad durante 1815. En el acta de la asamblea se contaron, además de los coroneles José Tadeo Monagas y Andrés Rojas, el teniente coronel Pedro Zaraza, representado por el doctor Miguel Peña, otros dos coroneles, dos tenientes coroneles, 37 capitanes, 22 tenientes, 21 subtenientes y nueve ciudadanos sin grados militares. Ignoraban que Bolívar estaba llegando a Venezuela desde Haití con nuevas fuerzas y buen armamento. En Cabrutica se constituyó, pues, otra porción del Ejército Libertador, que fue siempre múltiple, fragmentado, con representación en muchos lugares y, después de 1821, también en otros países. El Ejército Libertador tiene una de las historias más extraordinarias en el mundo, por su formación en múltiples lugares, por sus combates en cinco repúblicas y por la condición siempre improvisada, de urgencia, en muchos lugares. En la reunión de Cabrutica fue elegido como jefe el coronel José Tadeo

respecto el *Diccionario de Historia de Venezuela*, de la Fundación Polar, nota de R.L.A.

Monagas y como segundo el coronel Pedro Zaraza. Monagas designó como jefe del Estado Mayor de Infantería al comandante Vicente Parejo y de Caballería al coronel Manuel Sotillo. Simultáneamente, avanzaban desde occidente Páez y Urdaneta. Ellos se habían refugiado, en 1815, en uno de los focos de la lucha por la libertad, en las llanuras de Casanare. Así, el gran Ejército Libertador de los llanos tuvo un origen doble. Se unificó poco después bajo el mando de José Antonio Páez. La mayor parte de los jefes militares eran de origen humilde y analfabetos. Sus soldados andaban desnudos, en función de recolectores de plantas para alimentarse, pues no podían detenerse en ningún lugar para sembrar conucos. Del mismo modo se habían alimentado los soldados de Bideau en Güiria y los combatientes de Casanare, donde podían, sin embargo, nutrirse de reses cimarronas. El nuevo ejército se enriqueció con un contingente que se llamó “División del Centro”, comandado por Mc Gregor, quien salió de Ocumare de la Costa, cuando Bolívar, en 1816, llegó a ese puerto y hubo de reembarcarse hacia Haití. Un boletín de este cuerpo publicó lo siguiente, a propósito del encuentro con los hombres de Monagas en Cabrutica:

La División del Centro veía a unos hombres que, armados con una lanza o un asta, y su caballo, habían conservado libre una parte considerable del territorio de la República, contra todas las tropas que los españoles han tenido en Venezuela desde el 9 de diciembre de 1814 (...). Y el escuadrón “Valeroso” contemplaba atónito una división, compuesta sólo de infantes, que había sido capaz de emprender una marcha desde las puertas de Caracas hasta un punto tan internado en los llanos, atravesando por los lugares mismos en que el enemigo tenía sus fuerzas, especialmente de caballería.

Los contingentes unidos lograron pronto un gran triunfo en la batalla de El Alacrán... Desde 1815 hasta 1817, resaltó extraordinariamente la virtud de la cooperación, así como el papel del pueblo, de la gente común, incluidos los esclavos, en la lucha anticolonialista. Los restos del ejército organizado por Mariño en 1813, los esclavos libertados por Bideau después de Urica, las guerrillas encabezadas por Sedeño, Zaraza, Monagas, Rojas, Barreto y otros, como Sarmiento, a quien consideraban los españoles como gran conductor de guerrilleros, los llaneros de Casanare y Apure, encabezados por Páez, las luchas de las masas margariteñas, dirigidas por Gómez y Arismendi, realizaron durante 1815 y 1816 extraordinarios esfuerzos colectivos, mantuvieron vivo y brillante el ideal de la libertad, demostraron que ya la empresa no era, como al principio, designio sólo de los

mantuanos, sino de los campesinos, llaneros, pescadores, indígenas y negros habitantes de cumbes y rochelas, decididos a crear una sociedad distinta, hasta donde alcanzaran sus fuerzas, que resultaron muchas y apropiadas para lograr la independencia.

El Ejército de los Llanos, que después encabezó Páez, no dejó de sufrir penurias innumerables. Su base de sustentación estuvo en los ganados cimarrones; los ríos y caños, que llegaron a representar obstáculos insalvables para los españoles, eran cruzados fácilmente por los llaneros. Comodidades no las hubo nunca. Urdaneta, que tanto colaboró en la organización y conducción de ejércitos con Bolívar, cuenta de los llanos:

El ejército estaba tan desnudo, que los soldados tenían que hacer uso diariamente de los cueros de las reses que se mataban, para cubrirse de las fuertes lluvias y de la estación, agujereándolos y pasándoselos por la cabeza y una gran parte de la gente estaba sin sombrero.

Hopisley, un mercenario inglés que se volvió enemigo de Bolívar, pintó de manera muy vivida la caballería de Cedeño, en 1819:

Estaba compuesta —escribe— de gentes de todas clases y tamaños, desde el niño hasta el hombre, y montados tanto en caballos como en mulos. Algunos tenían sillas, otros no. Algunos usaban frenos, cabezadas y riendas, otros mecate, atado como freno a la boca del caballo. Unos tenían pistolas viejas colgadas del arzón de la montura que no puedo llamar de pico, metidas en fundas de piel de tigre o de res, o colgadas a cada lado de sogas. Eran hombres que iban de los 16 a los 30 y 40 años, negros, morenos, cetrinos, según las castas de sus padres. Los adultos lucían grandes bigotes y pelo corto, chicharrón o negro, según el clima o la ascendencia. Gente de aspecto feroz y salvaje, a quienes los avíos militares no humanizaban ni mejoraban. Montados en bestias famélicas, muchos sin calzones, interior u otra cosa alguna, excepto una faja de paño azul o de algodón por los ijares, cuya punta pasaba entre las piernas sujetándola al cinturón.

Bolívar se adaptó a la vida de privaciones de los llaneros y aprendió a consumir los mismos precarios alimentos que ellos. Sus propios soldados se asombraban de la resistencia que había adquirido en las campañas. Lo llamaban “culo de

hierro” porque nunca se cansaba a caballo, mientras algunos oficiales descendían con frecuencia de la montura para que reposaran las asentaderas. Otro legionario inglés, Hackett, vio a los ejércitos llaneros así:

Marchan en hordas, sin concierto ni disciplina. Su equipaje es muy poco más de lo que cubre sus espaldas; están totalmente desprovistos de tiendas de campaña y cuando acampan lo hacen sin regularidad ni sistema. Los oficiales que los mandan van por lo regular a caballo; también van así los que pueden procurarse caballos o mulas; de estas hay gran abundancia. El principio de exterminio que rige las partes contendientes hace que las batallas sean sangrientas y devastadoras (...). Los independientes despliegan en la acción gran bravura y determinación y con frecuencia logran éxitos a pesar de su falta de disciplina, de la deficiencia de las armas y del modo desordenado de conducir el ataque y la defensa.

No todo en realidad era desorden. Sólo que los ingleses no podían distinguir entre una retirada desordenada y el “vuelvan caras”, perfectamente sincronizado, cuando el enemigo abría una persecución y los venezolanos se retiraban a carrera tendida, semejando una huida. Con su táctica de la revuelta, ganaron mil veces a los ejércitos españoles.

Como los ejércitos que se formaron después de la vuelta de Bolívar en 1816 no recibían paga alguna, pues su alimentación quedaba asegurada con la captura y beneficio de ganado cimarrón, el Libertador decretó la repartición de bienes, en la segunda mitad de 1817. El decreto respectivo ordenó 25.000 pesos para los generales en jefe, 20.000 a los de división, 15.000 a los de brigada, 10.000 a los coroneles, hasta llegar a los soldados a quienes corresponden 500 pesos por cabeza. El 10 de octubre de 1818 convocó el Libertador a elecciones, con el fin de reunir un Congreso en Angostura. Los miembros del ejército no fueron excluidos como votantes y desde entonces cada militar depositó su voto para las constituyentes y congresos que se fueron reuniendo en diversos países libertados por las fuerzas venezolanas. Después del Congreso, Bolívar guió a sus tropas por los llanos hacia Casanare. El 2 de julio de 1819 movilizó 2.100 hombres para cruzar la cordillera de los Andes. No lo hizo por el camino usual, que empezaba en Chita, sino por el páramo de Pisba, que se consideraba intransitable para cualquier ejército. Lo acompañaban Soublette, Anzoátegui, Rock, O’Leary, quien escribió una impresionante narración del viaje. Cuenta las vicisitudes del recorrido así:

En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían deleznable y peligroso el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracacha para cuatro días, las arrojaban y sólo se curaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libres de embarazo alguno (...). Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles sufrimientos (...). En la marcha caían repentinamente enfermos y a los pocos minutos espiraban (...). Durante la marcha de este día me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado abrumado de fatiga y viéndolos afanados, pregunté a uno de ellos qué ocurría. Contestóme que la mujer de un soldado del batallón Rifles estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud (...). Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno.

Este fue el ejército que llevó la libertad a Colombia, con la batalla de Boyacá. Después, el genio de Bolívar logró la unificación de todas las porciones luchadoras, incluido el Ejército del Llano, al cual curiosamente nadie, salvo nosotros en un libro sobre Bolívar, ha llamado Ejército Libertador de los Llanos. Ha sido motivo de muchos análisis la estrategia del Libertador para lograr la unificación que venció en la batalla de Carabobo. Después, partió el Libertador hacia el Sur. Pensaba que mientras hubiese poderosos contingentes españoles con dominio de algún país, se corría el peligro de perder los esfuerzos realizados. En el sur, Bolívar continuó organizando ejércitos. Es famosa su estancia en Trujillo, donde organizó las fuerzas que darían la libertad al Perú. Constantemente trasladó de unos a otros países los ejércitos que él llamaba colombianos, desde la Constitución que los historiadores han denominado *La Gran Colombia*. No disminuyeron los ejércitos de los venezolanos en el sur de América. Al contrario: en medio de combatientes de muy diversas condiciones culturales, regionales, los venezolanos hubieron de enfrentarse a males desconocidos en sus primeras etapas. No es posible relatar aquí lo que fue otra epopeya del Ejército Libertador, distribuido en las luchas por cinco repúblicas. En otro capítulo sobre el mismo tema que hemos tratado, recordaremos las penalidades que hasta 1830 sufrieron los soldados y

oficiales en la etapa cuando Bolívar combatió y triunfó en el sur. En cierto momento, después de la batalla de Ayacucho, llegó a pensar en la posibilidad de que un ejército encabezado por sus grandes generales, como Sucre, Urdaneta, Páez, libertase a Cuba y Puerto Rico y hasta se extendió su anhelo libertario a sugerir que algún día podría invadir con sus fuerzas a España, para liberar al pueblo español de sus tiranos, los mismos que habían oprimido a nuestra América.

EL GOLFO DE VENEZUELA (I)

¿Existe una patria venezolana?

El Nacional, Caracas, 25/11/1980, p. C-1.

¿Existe una patria venezolana? ¿Es Venezuela una patria? Dos formas de hacer una misma pregunta sociológica. Pero no se trata de la sociología abstrusa, que sólo especula por sentirse descendiente de la filosofía, sino de una pregunta harto concreta, cuya respuesta para algunos resultaría sencilla. No lo es sin embargo tanto cuando, a propósito de la controversia pública acerca del llamado “diferendo”, se cotejan opiniones, se escuchan pareceres y algunas personalidades o sectores acuden constantemente a la cita del valor “patriotismo”. Recordemos, además, un par de cuestiones públicamente conocidas: hace alrededor de 25 años hicieron saber los periódicos diversas protestas, debido al irrespeto de numerosos colegiales que en ciertos planteles de enseñanza se burlaban de la bandera nacional, con un dístico que corría como gracejada, cuando involucraba graves irresponsabilidades, no por supuesto atribuibles a los escolares, inocentes de la profundidad de la acción que realizaban, en la creencia de que repetían un chiste inocente. Mayor entidad tuvo en otro tiempo la creencia de jóvenes revolucionarios de que la mención del término “patria” involucraba una traición a ideales internacionalistas. Muchos se abstendían de hablar por ello de la patria venezolana. Y es donde viene a cuento la interpretación sociológica, proyectable inmediatamente a la realidad nacional.

Los conceptos de patria y nación corren parejos en los tiempos modernos. Son un producto histórico de la transformación del mundo feudal en el mundo capitalista. No existían patrias en los dominios medievales, aunque subsistían concepciones étnicas que bien sirvieron de fundamento en la constitución de las modernas naciones. En la antropología, la noción de etnia resulta correlativa de la de nación, pero es anterior a ella, pues las etnias han existido y existen en los pueblos, sin clases sociales. La conciencia de pertenecer a una comunidad con historia prolongada, con caracteres culturales bien delimitables, con un territorio

base de la economía, es propia de la etnia y de la nación. Sólo que en ésta se añade el Estado. Desde el punto de vista de la teoría socialista, en toda sociedad dividida en clases existe una división fundamental entre explotadores y explotados, lo cual parecería impedir la comunidad de ideales y de comportamientos, pero durante la vida de las naciones modernas, en las cuales se ha extendido el concepto de patria, no han resultado incompatibles en la acción, las actuaciones y sentimientos patrióticos de los proletarios con sus lazos internacionales. Por lo demás, en nuestros días, en todas las naciones, ya no es exclusiva de los proletarios la existencia de partidos de raigambre y actuación internacional y en tanto que históricamente desapareció la internacional comunista, viven normalmente su vida multinacional las corrientes socialdemócratas y socialcristianas. Los partidos revolucionarios distinguen entre el internacionalismo y el cosmopolitismo, para fines políticos y de solidaridad. Todas las variaciones surgidas no impidieron que los patriotas europeos se enfrentasen a las huestes conquistadoras de Guillermo Segundo, en la Primera Guerra Mundial. En la Segunda, ya habían surgido las patrias socialistas, para asombro seguramente de quienes en algunas décadas anteriores habían rehusado hablar de patrias, pensando sólo en las desigualdades de clase y no en los fines comunes que han existido a pesar de ellas para el mantenimiento de las naciones como entidades cabales. Los soviéticos pelearon la Segunda Guerra Mundial bajo el cognomento de la “Patria socialista” y los cubanos mantienen viva la consigna de los antiguos patriotas latinoamericanos en su Guerra de Independencia y de los mambises, desde 1868, de “Patria o muerte”. Que existen patrias socialistas y patrias no socialistas en el mundo de hoy, no puede dudarse. ¿Qué revolucionario afirmaría que no existe una patria sandinista en Nicaragua?

El mundo de 1980 vive muchas épocas de transición simultáneas y en nuestros días se comprueba que el concepto de patria pasó de los descendientes de la Revolución Francesa a los primeros socialistas de la historia. Hoy existen patrias a la manera de la Francia de la Bastilla, o del Haití de 1804, así como otros socialistas y aún otras que luchan por modos de transición económico-social. ¿Cuál lugar corresponde a Venezuela? ¿Es que acaso los venezolanos, a diferencia de todas las naciones, no cultivan los pensamientos y los sentimientos de la patria? ¿Es acaso una excepción en el mundo? Bastaría recordar entre nosotros los numerosos grupos que poseen como lema el de la identidad nacional, para entender que se marcha en busca de signos perdidos de la patria, en solicitud de los factores que acendren los viejos sentimientos patrióticos, tan perseguidos desde las metrópolis conquistadoras, asediados por mil medios. La búsqueda de la llamada identidad nacional es la investigación de cómo se han ido disolviendo poderosas

convicciones de pertenecer a un todo imperfecto, pero lleno de factores comunes, a través de una larga historia, en la cual resalta como componente creador la guerra de liberación nacional que pelearon los venezolanos en compañía de colombianos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, panameños, chilenos y argentinos, bajo la dirección de Bolívar, Mariño, Santander, San Martín, O'Higgins y tantos otros constructores de patrias. Todo esto significa que la patria no es un concepto estático, sino dinámico. Es la conciencia actuante de poseer un territorio, una cultura, una historia comunes, comunes en los esfuerzos y sacrificios para lograr la continuidad. Por cierto, a propósito del Golfo y de la "hipótesis" de su reparto, se han visto surgir unanimidades bien desconocidas desde hacía mucho tiempo en el país y sociológicamente salta la pregunta simple de por qué ha resultado la unidad política de los sectores populares tan difícil en repetidas ocasiones y por qué se ha ido construyendo una gran unión a propósito del Golfo de Venezuela. ¿No indica esto que en alguna parte han existido profundos errores de quienes solicitan la unidad en los sectores ausentes del gobierno? ¿No sería necesario repensar muchas cosas, no desde las lucubraciones circunstanciales, sino desde la apreciación misma de las realidades nacionales que van surgiendo?

La respuesta a la pregunta del título es ahora obvia: En el mundo de 1980 existen muchos tipos de patrias, aunque muchas o todas sean perfectibles. Las hay sustentadas por los ideales de la Revolución Francesa; las basadas en las concepciones socialistas; las de transición, como Nicaragua y El Salvador; las que solicitan la aceptación de rasgos singulares, como en algunas naciones africanas. Venezuela, con sus caracteres actuales, continúa siendo en mucho prolongación de la Venezuela de 1810. No ha alcanzado su plena consolidación económica ni en los factores que de esta dependen, pero sigue viva la conciencia de la gran lucha anticolonial que se libró desde el Cabildo de Caracas en 1810 hasta la batalla de Ayacucho y en general hasta 1830. En la última década ha renacido la necesidad de una conciencia nacional, opacada por la penetración de los conquistadores económicos y culturales, deseosos de borrar en toda la América Latina los valores de las viejas gestas anticoloniales. El reemplazo de ciertos métodos de enseñanza, el borrar la historia de grandes sectores de la educación, la introducción de términos extranjeros, como el aparentemente inocuo "quiz" de las pruebas de primaria y del bachillerato, vienen de los rumbos antinacionales.

No podemos extendernos en las reflexiones sociológicas derivadas de lo anterior. Digamos sólo, ahora, que ellas nacen de las preocupaciones surgidas a propósito del Golfo de Venezuela. Deseamos presentarlas a los lectores. Partimos de un principio fructífero: no dudamos del patriotismo de los más altos funcionarios de la República, ni de la idoneidad de los componentes de la comisión que ha

estudiado el tema del Golfo. Sólo creemos que hasta los más patriotas, honorables y dignos ciudadanos pueden equivocarse. En lo referente a los miembros de la comisión, resulta curioso, al menos, que ellos afirmen que no se puede conseguir más de lo pautado en la “hipótesis” presentada al señor Presidente de la República. Ello muestra seguramente su honrado y profundo convencimiento. Pero hay otros especialistas: hay economistas que han de ver con el petróleo; hay estudiosos del derecho del mar; hay analistas de tratados internacionales; hay sociólogos especializados en el contacto de pueblos; hay políticos de muy variadas concepciones, y ya se han publicado poderosos argumentos de esos y otros cultivadores de disciplinas diversas.

Sólo añadiremos en esta especie de introducción sociológica, necesaria para reflexionar, otra observación: muchos han hablado de chauvinismo, con acento de acusación. Por allí se anda el camino de borrar las manifestaciones patrióticas más amplias. Y, además, se manipula ese cognomento como si equivaliese a guerrerista. Creemos que así como no existe el odio a los colombianos que algunos esgrimen inadecuadamente desde altas posiciones venezolanas, tampoco existe ninguna voluntad de guerra por parte de ningún venezolano. La firmeza no es desafío bélico y todas las concesiones tienen el derecho de ser firmes. Además, en cuanto a litigios internacionales, no tienen por qué resolverse por las armas. Lo demuestra el tremendo conflicto tanático —para emplear el tan expresivo término freudiano— entre Iraq e Irán, que todos lamentamos y por cierto llena a Venezuela de problemas de varia índole. Para litigios fronterizos no sólo existen la Corte Internacional de La Haya, ni los arbitrajes colectivos acordados entre partes, sino las Naciones Unidas, el gran organismo internacional de los países no alineados y hasta el de los 77, del cual, según se ha publicado, va a ser pronto presidente un fervoroso venezolano: Alfredo Tarre Murzi. Ante ellos pueden ser denunciadas todas las presiones guerreristas que puedan hacerse en casos como el del Golfo, que es de maduración de visiones, de sopesamientos de ambiciones posibles, tal vez actuantes por parte de entidades diferentes de Venezuela y Colombia, de acuerdos para que ningún pueblo cargue con las dificultades de otro, de avenencias dentro de una historia común, que no ha sido la falsa historia de los discurseadores de efemérides y congresos, sino la auténtica historia de una comunidad de lucha por la independencia primero, y en el trabajo después, como lo comprueban los dos millones de colombianos que viven y trabajan en nuestro país.

En próximo comentario deseamos referirnos a un argumento tradicionalmente presentado como irrefutable, para fundamentar diversas afirmaciones: el relativo al pensamiento de Bolívar sobre la llamada Gran Colombia. No ignoramos que algunos han querido orientar la atención hacia la “hipótesis” del Golfo con el

peregrino argumento de que no se debe tratar el tema ni histórica ni políticamente. Como creemos que no hay nada bajo el sol que no sea histórico y político, cuando se trata de la vida de las naciones, presentaremos a consideración de los lectores, en forma resumida, algunas de las ideas de Bolívar sobre la entidad llamada posteriormente a él por los historiadores Gran Colombia, para que se conozcan algunas de las falacias realizadas al usar —como ocurre con tantos materiales bolivarianos— lo que fue una concepción táctica de la guerra anticolonial, y no un ideal inamovible de las concepciones del Libertador.

EL GOLFO DE VENEZUELA (II)

Una realización táctica del Libertador

El Nacional, Caracas, 23/11/1980.

Bien sabido es cómo, en diversas circunstancias, se ha pretendido amparar diversas otomías sobre el supuesto “panamericanismo” de Simón Bolívar. Pero ya sabemos que el ideal del Libertador fue otro: el de la unión de las regiones hispano-americanas para lograr la independencia. El panamericanismo se interpreta bien si se recuerda el conocido libro de Juan José Arévalo, titulado *Fábula del tiburón y las sardinas*. Se ha derivado de la falacia panamericana otra: la de la integración regional. Podría, sin duda, ser útil en circunstancias de entera libertad económica para los países asociados, pero en la actualidad los pactos regionales representan sólo una modalidad de reparto de mercados de empresas transnacionales, y un método de previsión de las crisis cíclicas de sobreproducción. Es de temer que a propósito de las discusiones acerca del Golfo de Venezuela, se esgrima la consigna de la Gran Colombia. Por supuesto, en primer término, nunca existió ninguna entidad nacional que se denominase Gran Colombia, y en segundo lugar, la República de Colombia fue sólo una concepción táctica del Libertador, y no un ideal permanente que pudiese ser proyectado más allá de la época de su utilidad. Ha recordado el doctor Lara Peña cómo, en 1828, el Libertador había limitado su empeño de mantener la unión de Venezuela y la Nueva Granada. En realidad, ya en 1827, cuando estuvo por última vez en Venezuela, Bolívar actuó con el convencimiento de que la alianza tocaba a su fin. Pero hay más: en realidad desde el principio, Bolívar consideró la unión de las dos antiguas colonias como una necesidad táctica para vencer a los ejércitos colonizadores. De un ensayo que hemos escrito al respecto y se publicará oportunamente, extractamos aquí algunos materiales resumidos por razones de espacio. No es difícil comprobar con algunas citas lo afirmado.

El gran ensayista uruguayo Arturo Ardao, en su libro *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*, ha propuesto que así como los historiadores crearon la expresión “Gran Colombia”, para la república de fusión que sólo se denominó

Colombia, se debería emplear la expresión “Magna Colombia”, para el análisis de la idea de la gran unidad imaginada primero por Miranda, y mantenida hasta Hostos a fines del siglo XIX. De modo que los historiadores y sociólogos se encuentran ante tres cognomentos, después de la proposición del uruguayo: el nombre de Colombia, creado por Bolívar para la fusión de Venezuela y la Nueva Granada; el de la Gran Colombia, ficción nominal empleada por los historiadores para distinguir a la república que nació en el Congreso de Angostura de la Colombia digamos moderna, cuyo nombre surgió en 1863, y Magna Colombia, que sirve para denominar el viejo ideal mirandino, cultivado por Bolívar, O’Higgins y otros eminentes latinoamericanos hasta Hostos. Recuerda Ardao cómo el Libertador en diversas circunstancias aludió a la vieja idea colombina de Miranda. Digamos ahora cómo de allí tomó el nombre de la primera república que creaba, pero aplicado a fines inmediatos, bien conocidos: los de fundar un dominio que ya la Guerra de Independencia había demostrado resultaba natural por razones geográficas. Desde Cundinamarca había salido Bolívar el año de 1813, y las costas y el interior de la Nueva Granada habían resultado el extremo de la expedición de Morillo arribada en 1815. Así lo expresó el propio Bolívar cuando señaló ante el Congreso de Angostura: “La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos”. Utilizaba así por primera vez el gentilicio. La experiencia de la guerra a que se refería es muy clara: en 1813 había llegado a la cabeza de un ejército que se iba formando por los caminos, hasta Caracas. Y poco antes del Congreso de Angostura había sentado la libertad de la Nueva Granada partiendo de los llanos de Venezuela. Se trataba de un todo político, humano y productivo, particularmente en la zona de las llanuras y de las montañas comunes a las antiguas Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela.

Para 1819 ya había concebido Bolívar la idea de América, a su modo y al de Martí: la que después se ha llamado América Latina, a la cual convocó a Panamá para constituir “el equilibrio del universo”, una gran fuerza americana que sirviese para el mantenimiento en paz de los grandes “bloques” de la época, entre los cuales las antiguas posesiones españolas servirían como un verdadero Nuevo Mundo, cognomento que en varias ocasiones cumple como sinónimo de lo que posteriormente se diría América española o Hispanoamérica. Desde cuando volvió de las Antillas, estaba el Libertador convencido, como lo han señalado Augusto Mijares y Rumazo González, de que no era posible la libertad de una sola nación en su América. Para él se trataba de una lucha total y no era posible pensar en la libertad aislada de ningún país entre las que habían sido colonias del Imperio español. La comprobación definitiva había sido la distribución del

ejército de Morillo, desde Margarita hasta Cundinamarca. Una vez lograda la libertad de la antigua Nueva Granada, Bolívar pensó en la Campaña del Sur, no sólo para incorporar a las provincias de Quito y a Guayaquil a la república recién constituida, sino para consolidar los triunfos de San Martín en el Sur y estrechar relaciones con Chile y las provincias del Plata. En la correspondencia de Bolívar, en 1820, se encuentran numerosas referencias a las tensiones entre venezolanos y neogranadinos. Rumazo González, en su historia de O'Leary, resume así las experiencias y previsiones del Libertador en 1821:

Bolívar —escribe el gran historiador ecuatoriano— pronto vio las imposibilidades de unir a Venezuela y Colombia, mejor dicho de mantener la unión, después que la guerra cesase... Preocupado con la falta de sincero entendimiento entre neogranadinos y venezolanos (...) sugirió que se crease un departamento neutro, que hiciese de intermedio entre las dos secciones poco fraternas, englobando en el territorio que tomaban, desde Trujillo, Coro y Maracaibo, e iban hasta Cartagena; la capital sería Cúcuta, sede de la Presidencia de la República.

Los legisladores de entonces no comprendieron lo profundo de tal salvadora idea y la abandonaron sin considerarla. Ese mismo año el Libertador exclamará, precisamente en Cúcuta: “Están doblando por Colombia”. O'Leary cuenta que cuando las campañas de Bogotá celebraban la promulgación de la Constitución de 1821, exclamó así Bolívar convencido de que su proyecto táctico se realizaba sólo a medias, al trasladar la capital de Cúcuta a Bogotá. Ello fue, en efecto, origen de que el Cabildo de Caracas nunca aceptase plenamente la Constitución de 1821, que acató pero no cumplió, a la antigua usanza, pues mantuvo siempre las reservas que a la postre llevaron a los pronunciamientos del movimiento denominado “La Cosiata”, en 1826. Por supuesto, con el convencimiento de que la guerra debía hacerse desde la Nueva República, para consolidar lo obtenido y expulsar a los colonialistas del Sur, el Libertador trató de mantener la unión durante el mayor tiempo posible como, en efecto, logró una cooperación que duró aproximadamente hasta la Batalla de Ayacucho, después de la cual estallaron las controversias, no sólo entre la antigua Nueva Granada y Venezuela, sino entre Perú y la entonces República Libertadora de Colombia. A José Manuel Restrepo había escrito el 19 de marzo de 1820: “Cualquiera que sea el efecto de la creación de nuestra República, el objeto es grande y nuestro desprendimiento laudable”. El objeto era el de la libertad de América. Esa libertad había de ser lograda por todas las partes interesadas. El 4 de febrero de 1821 escribía a Santander:

Ligadas mutuamente entre sí todas las repúblicas que combaten contra la España, por el pacto implícito y virtual de la identidad de causa, principios e intereses, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma. Nada puede pretender una contra otra que no sea igualmente perjudicial a ambas y, por sentido contrario, cuanto exija a favor de ésta debe entenderse respecto de aquélla.

Siempre estuvo consciente Bolívar de que su creación táctica de la República de Colombia era precaria. El 25 de mayo de 1821, escribió a Alejandro Osorio:

He presentado un proyecto de Constitución que no se aprobó (...). No habiéndose adoptado, estoy cierto de que no habrá estabilidad política ni social; y añado que aquel mismo proyecto no contiene todo lo que yo pienso que se requiere para asegurar nuestra existencia.

Persistía en la conservación de la República porque la identificaba con la libertad de América. El 16 de setiembre de 1821, escribió a Pedro Gual: “A mí es que me falta redondear a Colombia, antes que se haga la paz, para completar la emancipación del nuevo continente”. A veces dio explicaciones de por qué había constituido a Colombia. Llegó a decir a Santander que había sido especialmente para tratar de eliminar las diferencias entre venezolanos y granadinos, en pro de la emancipación americana. En realidad, las causas fueron muchas: la experiencia, señalada por él mismo, de Boyacá, la necesidad de consolidar una fuerza que se opusiese a Morillo: la de crear ejércitos capaces de contribuir a la libertad del Sur; la mayor facilidad de obtener recursos de grandes potencias, especialmente de Inglaterra, para ayudar no sólo a Venezuela, sino a la enorme República de Colombia. Como siempre, Bolívar pensaba respecto de ella como un factor dentro de las relaciones internacionales para la libertad de todos los países.

Cuando Bolívar volvió a Venezuela a fines de 1826, comisionado por el Congreso desde Bogotá para meter en cintura a Páez, no procedió como el guerrero a quien habían enviado para emplear la fuerza, sino como el diplomático convencido de que era imposible la unión de Venezuela y la antigua Nueva Granada en las condiciones posteriores a la libertad. Cuando se iba a realizar el último esfuerzo por conservar la unión de las dos naciones, bajo el título común de Colombia, Bolívar escribió a O’Leary, poco antes del Congreso Admirable de 1830:

No hablemos más de esta quimera. El Congreso Constituyente tendrá que elegir entre dos soluciones únicas que le quedan en la

situación de las cosas: 1^a, la división de la Nueva Granada y Venezuela; 2^{da}, la creación de un gobierno vitalicio fuerte.

Pero él sabía que la segunda solución era sólo sueño personal de él mismo. Ya no necesitaba luchar por lo que había sido un proyecto táctico para la lucha por la independencia. Vio morir lo realizado y nunca trató de proyectar más allá de sus días contados el ideal de Colombia, de lo que los historiadores iban a llamar posteriormente Gran Colombia.

En resumen: es impropio fundamentar en ideales bolivarianos no bien examinados las acciones del presente. Las juventudes estudiosas de Bolívar se afanan por conocer cuál es la actualidad de su pensamiento. Ningún pensamiento es eterno. Y si muchas de las ideas de Bolívar, como la de una gran confederación para instaurar la paz perpetua del universo, son aún sueño vivo, otras pertenecieron a los linderos de sus días. Así el concepto de Gran Colombia. Por supuesto, no se trata de ahondar diferencias porque hubo real fraternidad en la lucha anticolonial entre venezolanos y colombianos. Pero otros tiempos requieren otros modos de fraternidad, no en la guerra, sino en la cooperación, bajo el lema de Juárez: “El respeto al derecho ajeno es la paz”. De quién es el derecho ajeno lo deciden las conversaciones, los tratos diplomáticos, el juicio de las colectividades que trabajan, los argumentos políticos, históricos y jurídicos.

EL GOLFO DE VENEZUELA (III)

El concurrente olvidado: los guajiros

El Nacional, Caracas, 7/12/1980, p. C-3.

¿Quién ha preguntado a los guajiros, habitantes del territorio denominado “Guajira venezolana”, su opinión sobre el llamado “diferendo”? ¿Quién ha pensado en cómo los habitantes de ese trozo occidental de nuestro país han sido afectados por tratados, resoluciones, decretos, disposiciones, ordenanzas municipales, en cuya elaboración nunca han participado? ¿Quién, ahora, ha deseado saber su opinión acerca de las exigencias de Colombia en el Golfo de Venezuela? Permítannos nuestros amigos guajiros decir por ellos palabras que para algunos resultarán sólo ilusiones, proyectos abstrusos de indigenistas utópicos. Aunque ellos poseen altas, claras y honradas voces para exponer sus problemas —Nohelí Pocaterra, Arcadio Montiel, Ramón Paz y tantos otros, así como amigos no guajiros, defensores consuetudinarios de ellos, como el doctor Matos Romero—, deseamos introducir aquí un tema para ellos de grave importancia, como es el de los límites entre Venezuela y Colombia. Decimos “de grave importancia” porque es territorio venezolano el contiguo a las aguas sobre las cuales ahora se opina. Sabemos, desde hace mucho, cómo los guajiros —en el territorio del Estado venezolano y en el del Estado colombiano— se consideran simplemente guajiros. A pesar del intenso proceso de transculturación ocurrido en la península occidental, la etnia guajira ha conservado una poderosa unidad de propósitos, de tradiciones, de lengua, de actitud ante los problemas sociales. Un amigo guajiro nos ha comunicado: “Nosotros vemos ese problema del Golfo como ajeno, como cosa extraña a la Guajira. Nosotros pensamos: son cosas de los blancos, de los alijuna”. En esa afirmación reside un hecho histórico de la mayor importancia: existe una etnia guajira con un territorio, una tradición cultural intensa, una lengua enteramente viva y parte de una economía ganadera tradicional que se ha ido limitando por los impactos exteriores. Existe así en su territorio parte de lo que en la América Latina se llama “el problema indígena”.

En 1980, ya ese problema no es sólo cuestión de antropólogos, de indigenistas, de políticos. Las propias comunidades indígenas se han unido en organismos internacionales y nacionales para expresar sus necesidades, con las voces de las etnias tradicionales. Tanto así que aun los indígenas norteamericanos, obligados a vivir en territorios delimitados en reservas, en el XXXVII Congreso de la Federación de Tribus de Indios de los Estados Unidos, declararon hace pocas semanas, en sus pedimentos: “Los indios norteamericanos vamos a intentar obtener la condición de Estados soberanos dentro de la unión norteamericana y mejorar y aumentar nuestros contactos de nación a nación con terceros países”.

Va creciendo así una poderosa conciencia étnica que no es exclusiva de los indígenas norteamericanos. Desde hace tiempo muchos especialistas en ciencias sociales hemos expresado nuestro apoyo a las etnias que luchan por su conservación y por el reconocimiento de sus culturas en el llamado “mundo occidental”. Limitémonos aquí a los guajiros, una vez más: Ellos tradicionalmente se consideran simplemente guajiros. Van y vienen como tales a través de la frontera política. Algunos, del lado venezolano, van a enterrar sus muertos en algún sitio lejano y vienen de por allá otros en busca de la morada ancestral de sus difuntos. En los restos de organización clánica que conservan, perduran antiguos lazos de fraternidad y no importa el sitio en que esté un miembro de un clan, para que allí asista a sus hermanos de “casta”, como se dice en los periódicos. La condición trashumante de muchos guajiros, la convicción de ser poseedores todos de un territorio ancestral común, ha obstaculizado a menudo el conocimiento de cuántos guajiros son colombianos y cuántos venezolanos. Como se ha dicho, existen casos de doble cedula, lo cual para ellos significa solamente la posibilidad de trabajar dentro de todo lo que consideran su ámbito, independientemente de los dos Estados contiguos dentro de la Guajira. El censo colombiano dio para 1963, 50.142 habitantes para la Guajira colombiana; había 44.748 para 1952, según estimación del etnólogo Gerardo Reichel-Dolmatoff y 163.858 individuos para 1962. Para Venezuela, a través de esos períodos, se han estimado entre 8.000 habitantes de la Guajira venezolana, según el censo nacional, y 13.000 estimados por el etnólogo Johannes Wilbert en 1962. La fluctuación o inestabilidad de las cifras se debe a varios factores: los etnólogos por lo regular se refieren a indígenas en sus apreciaciones, y los censos dan población total. En segundo término, la población no indígena dentro del territorio guajiro es muy grande y móvil, de modo que existe una abundante cifra flotante y en tercer término, los mismos guajiros se trasladan con mucha frecuencia de unos a otros lugares. En 1980 se estima en Maracaibo hay alrededor de 20.000 guajiros. Algunas personas afirman que existen más de 20.000. ¿Cómo sería posible que habiéndose estimado duran-

te muchas décadas la población de la Guajira venezolana unos 10.000 individuos por término medio, haya ahora más de 20.000 en solo Maracaibo? Se debe a que desde cuando se fundó, en la década del cuarenta, el barrio Ziruma, se inició un traslado constante masivo de indígenas de la Guajira, independientemente de los lugares –venezolanos o colombianos, según los censos– de la península. Algunos etnólogos opinan que, en conjunto, en ella existen unos 50.000 guajiros, contando como tales a muchos mestizos que se han aguajirado, porque tienen como lengua predominante el guajiro y porque conservan tradiciones y modos sociales de vida propios de la gran etnia.

Durante mucho tiempo hemos expuesto la necesidad de reconocer a las etnias venezolanas existentes, sus derechos, calificables en forma variable, como es el caso de los guajiros. ¿Qué pasaría en la controversia planteada por Colombia acerca del Golfo de Venezuela si los verdaderos poseedores de la Guajira fuesen sus habitantes autóctonos? ¿Sería en el futuro posible lograr equilibrios fronterizos con la constitución de una etnia guajira que poseyese derechos de pequeña nacionalidad, o de territorio autónomo, a semejanza de las entidades existentes en los estados multinacionales? ¿Se podría lograr una etnia autónoma, por convenios entre Venezuela y Colombia, que se rigiese, no por un estatuto exclusivamente acordado por estas naciones, sino con la colaboración y ducción de las Naciones Unidas? ¿Sería posible que de tal modo conservase Venezuela todos sus derechos tradicionales?

Sesquicentenario de un olvidado: Antonio José de Sucre

Últimas Noticias. Caracas, 1/6/1980.

No se conmemoró el sesquicentenario de la muerte de Antonio José de Sucre con los homenajes que merece el vencedor de la Batalla de Ayacucho. Para muchos, continúa siendo sólo un auxiliar destacado del Libertador. Lo ven como hombre apagado, bueno para segundón, a pesar de las obras de Villanueva, Rumazo, Crisanti, en las cuales se cuenta la extraordinaria biografía de uno de los más eminentes venezolanos de la Independencia. Bolívar lo elogió sin término, desde la presentación a algunos generales en 1820, en Cúcuta, hasta la biografía redactada después de Ayacucho y quizá la admiración expresada por el Libertador condicionó, entre otros factores, la idea de Sucre como valioso auxiliar de Bolívar y nada más. Conviene a la justicia histórica, en los días tan revueltos del sesquicentenario del asesinato de Sucre, insistir en su cabal ubicación, en su extraordinaria valía. Grisanti ha venido recordando una vez más la condición, como precursor del periodismo sudamericano, de Sucre. Es uno de sus innumerables méritos: debería considerarse como patrón laico de ingenieros, porque lo fue; de administradores, porque igualó a Bolívar en la capacidad de organizar económicamente las regiones libertadas; de militares, porque liberó al Ecuador en Pichincha y triunfó en la batalla definitiva de la libertad americana: Ayacucho; patrón de políticos, porque lo fue, junto a sus capacidades de gran guerrero, como creador, junto a Bolívar, de la república boliviana y como su presidente durante dos años; patrono de viajeros, porque condujo ejércitos por media América del Sur; patrono de forjadores de ejércitos nacionales, porque fue incansable en la organización de divisiones, batallones, escuadrones, guerrillas auxiliares; patrono lejano de modernos geógrafos, porque sus informes y análisis de fisiografía anticipan dictámenes profesionales en las regiones donde hubo de cruzar cordilleras para combatir, de encontrar las vías adecuadas para retirarse o avanzar frente a ejércitos, muchas veces más numerosos que los suyos. ¿Por qué ha permanecido oculto, a pesar del esfuerzo de algunos de sus historiadores, el valor extraordinario en el proceso de Independencia de la personalidad de Antonio José de Sucre? Tal vez por el empeño de la mayoría de los tratadistas sobre los héroes de la Independencia de estudiar a los individuos aislados de sus condiciones sociales.

Si se emplea el sistema individualista de la escuela del pensamiento liberal, para la cual la historia ha sido realizada por el esfuerzo personal de grandes conductores

predestinados por sus capacidades de origen genético, a quienes han seguido los pueblos, se concluye en los graves errores de una historia cegata, incapaz de comprender las fuerzas colectivas de las cuales emergen grandes conductores. Por cierto, Bolívar, formado dentro del pensamiento liberal, comprendió, guiado por la acción, el papel de las individualidades en la historia y, así, entendió su propio papel mejor que legiones de historiadores que en los tiempos posteriores a 1830 lo ensalzarían interminablemente, sin comprensión cabal de cuanto había sucedido con la jefatura de Bolívar, de Sucre, de Páez, de Mariño y de tantos otros. En 1819, expresó el Libertador al Congreso de Angostura: “No he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he pedido hacer ni bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos”. Y en otra ocasión afirmó: “Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la incesante carrera a que mi patria me guía”. Expresaba así con sinceridad cuánto le había enseñado la realidad en la conducción: que en la dinámica social se entrecruzan multitud de influjos, procedentes de diferentes sectores sociales, económicos, culturales, nacionales. Muchos dirigentes lo descubren y lo ocultan para hacer resaltar su personalidad. Naturalmente, ella debe poseer cualidades suficientes para mantenerse al frente de los huracanes sociales, de las fuerzas poderosas que conducen a las profundas mutaciones que transforman los regímenes de la convivencia.

Multitud de historiadores se han dedicado a desentrañar las posibles personalidades de los grandes conductores, aislados completamente del medio que las produjo y con la ilusión de que a distancia en el tiempo es posible reconstruir características individuales capaces de singularizar a los analizados globalmente. De modo que a concepciones liberales sobrepasadas hace tiempo por las ciencias sociales, se añade la aplicación de análisis psicológicos de los tiempos de Wilhelm Wundt, diagnósticos anteriores al psicoanálisis, determinaciones caracterológicas del tiempo de la concepción escolástica de las “facultades” mentales. Los hombres de las épocas críticas de la vida económica, política y social se han retratado como seres de una sola pieza, rígidos, estereotipados. Así se ha concebido por algunos admiradores exagerados a Bolívar como deformado por quienes contaban sus historias de amores, o hasta como un honrado practicante religioso; y a Sucre como un oficial buenote y obediente, incapaz de rigor en el mando, indeciso, bueno para actuar sólo según las instrucciones del Libertador. Salvo en algunos de esos rincones atrasados de las ciencias que sobreviven en todas las épocas, en la nuestra todas las ciencias del hombre, para usar una expresión ya olvidada, lo conciben como ser contradictorio. Podríamos afirmar que es así con independencia de la escuela teórica de que se trate. La antropología, la socio-

logía, la psicología procuran entender al ser humano como lo que es: producto de un medio social que lo moldea, naturalmente sobre un fenotipo, es decir, sobre condiciones genéticas que no son inexorables, sino que pueden resultar profundamente transformadas por el medio. A ningún estudiante o aspirante a desempeñar funciones de interés colectivo se le somete a un solo test de inteligencia ni a una sola prueba de personalidad. Y para el diagnóstico aproximado de reacciones futuras, se completan los exámenes posibles con el dictamen de los trabajadores sociales, de los antropólogos sobre los rasgos culturales del medio donde se desarrolle o haya crecido el sujeto, de los sociólogos sobre las características estructurales de su sociedad o su clase, o su sector, o su familia, etc. ¿Cómo juzgar, pues, a los hombres eminentes del pasado con viejos modelos de calificación de la personalidad? Bolívar, Sucre, Páez, Mariño, don Simón Rodríguez, Urdaneta, don Andrés Bello, Sanz, Vargas, fueron seres nacidos en un medio complejo, en tiempos de grandes luchas, cuando cada niño aprendía no la “paz de la Colonia”, sino los vientos de la libertad que habían levantado en América la Independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa, la libertad de Haití en 1804 y la expansión imperial de Napoleón, que sí rompió regímenes feudales en Europa, con provecho para el progreso económico y social de la humanidad, se convirtió en azote de pueblos libres cuando los sectores burgueses de Francia, coludidos¹² con restos de los regímenes monárquicos, impulsaron una extensión abusiva de las victorias honorables que la revolución había logrado para consolidarse.

Sucre, como sus contemporáneos, fue otro fruto del “huracán revolucionario” nombrado y comprendido por Bolívar. En 1810, tenía sólo 15 años y a los 17 estuvo junto a Francisco de Miranda en las jornadas sin fortuna. Formó parte del conjunto de los revolucionarios que volvieron en 1813 a Venezuela, desde las Antillas, por oriente, mientras Bolívar llegaba a Venezuela por el occidente. Con Mariño estuvo Sucre en la batalla de Bocachica, donde los esclavos del Ejército Libertador de Oriente derrotaron a Boves. Siguió en servicio, bajo la conducción de Bermúdez y Mariño, la guerra terrible del año 1814. Cuando volvió, en 1816, no llegó en paz sino como náufrago, cuya vida se salvó porque desde chico fue, como todos los niños cumaneses de esos tiempos y otros posteriores, gran nadador. Decidido por Bolívar en medio de las controversias de 1817, se fue junto al Libertador, y ya en 1820, en Cúcuta, dijo de él Bolívar, cuando le preguntaron quién era ese joven general flacucho que lo acompañaba:

Es uno de los mejores oficiales del ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño,

12. Aunque la fuente periodística dice “construidos”, hemos preferido conservar “coludidos”, tal como aparece en la papelería de Acosta Saignes, pues lo último contextualiza mejor.

el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus actitudes. Estoy resuelto a sacarlo a luz, persuadido de que algún día me rivalizará.

Poco antes, el Libertador le había encomendado una tarea sobresaliente: la compra de armas en las Antillas. Ocho años después, en Bucaramanga, Perú de La Croix oyó a Bolívar decir de Sucre: “Es la cabeza mejor organizada de Colombia; es metódico, capaz de las más altas concepciones; es el mejor general de la República y el primer hombre de Estado”.

En la sucinta biografía, que escribió el propio Libertador, de Sucre, después de Ayacucho, dijo de esa batalla: “es la cumbre de la gloria americana y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta y su ejecución divina”. ¿Cómo se puede haber pensado que Bolívar hubiese elogiado así a un simple servidor obediente? Reconocía las dotes geniales de Sucre. Si se juzga a éste con criterios digamos modernos, para lo cual ayudan definitivamente los tomos de su archivo hasta ahora publicados, pues permiten conocer toda la personalidad que se refleja en la enorme correspondencia, es posible obtener una epopeya del Mariscal totalmente diferente de la pobre personalidad que se ha popularizado infortunadamente, como ya señalamos, a pesar de varios de sus biógrafos. Obra de nacionalidad sería la de recordarlo, valorizar su obra, interpretar sus hechos, con motivo del sesquicentenario de su asesinato, en el cual no es posible en realidad conmemorar su muerte violenta sino execrar a sus asesinos y exaltar su obra.

Algunos han recordado con cierta frecuencia ciertos episodios de protesta de Sucre ante el Libertador, cuando se creyó víctima de tratos injustos, como después de la Batalla de Junín, pero en realidad no fueron esporádicas las protestas de Sucre, sino permanentes. Lejos de aceptar las órdenes del Libertador calladamente, en forma constante las refutó, las impugnó o paralizó el cumplimiento hasta convencerse con buenos argumentos de la eficacia de lo ordenado. O hasta cuando se le dejaba en libertad de proceder adecuadamente. En numerosas ocasiones, él se adelantó a Bolívar en la realización de inmensas obras, como cuando decidió la libertad del Alto Perú, con desaprobación inmediata de Bolívar. Éste, poco después, convencido de las razones del cumanés, basadas en el conocimiento directo de la futura Bolivia, rectificó su criterio adverso y respaldó las resoluciones de Sucre.

La vida del Mariscal de Ayacucho es singular: la mayor parte de su actividad transcurrió en territorio no venezolano. Salido en 1820, nunca regresó a vivir en Venezuela. Sólo estuvo en ella, en Táriba y La Grita, cuando, en el desempeño de la Presidencia del Congreso Admirable, fue comisionado para la

misión extraordinariamente delicada de gestionar la no separación de su patria de la Gran Colombia. No pudo llegar sino a Táriba y La Grita, brevemente, de modo que desde 1820 fue un ausente de la patria. Pero qué ausente: con su labor administrativa, política y finalmente militar, en Pichincha, libertó al Ecuador; fue jefe de los ejércitos peruanos en tiempos de graves circunstancias; ganó la batalla definitiva de la independencia de Hispanoamérica, en Ayacucho; fue fundador, con Bolívar, de la república boliviana, de la cual aceptó la presidencia sólo por dos años y consolidó a la recién nacida patria en la Batalla de Tarqui, acerca de la cual escribió la frase que es lección permanente para todos los triunfadores del mundo: “la justicia es igual antes que después de la victoria”, con la cual explicó la extraordinaria generosidad de la capitulación que firmó con los vencidos. Podía ser generoso —y lo fue después de todos sus grandes triunfos— porque era firme, poseía propósitos completos y reafirmaba su confianza en su acción con cada uno de los grandes triunfos bélicos o cívicos obtenidos.

Sucre no compartió algunos de los grandes entusiasmos de Bolívar. Recordaremos sólo cómo, al renunciar, después de sólo dos años, a la Presidencia de Bolivia, explicó su desapego de la Constitución elaborada por Bolívar. Pero sufrió prolongadamente algunas de las vicisitudes que vivió el Libertador. Como conductor de los ejércitos de la Gran Colombia que contribuyeron a liberar al Ecuador y al Perú y a la creación y defensa de Bolivia, padeció el repudio que en todo el Sur se manifestó después de Ayacucho por los ejércitos llamados “auxiliares”. Ciertamente los ejércitos formados por venezolanos y colombianos —todos entonces llamados colombianos— fueron decisivos a la hora de los grandes combates. No porque fuesen superiores los soldados y oficiales necesariamente, sino porque estaban animados de un extraordinario impulso ante el mando por Bolívar o Sucre; porque llevaban lejos de sus tierras gran sentido de solidaridad y porque ciertos factores elementales contribuían a mantenerlos unidos: mientras los habitantes de alturas y páramos andinos desertaban cerca de sus pueblos de origen, donde encontraban alimento y escondite apropiados, los colombianos y venezolanos no tenían como defensa frente al medio más que la solidaridad. Cuando cesaron los combates anticolonialistas, con Ayacucho, los pueblos del Sur comenzaron a sentir como una carga tremenda la obligación de mantener a los ejércitos auxiliares. Durante años, padeció Sucre los sinsabores de mantener ejércitos con escasos recursos, sin auxilios de ningún centro, a veces. En Perú discurrió como arbitrio el de colocar en las zonas productivas a los batallones dispersos. A veces se encargaba a un pueblo o conjunto de pueblos la manutención de un regimiento, o en algún pueblito se estacionaba alguna compañía. Los

lugareños, olvidados ya del impulso independentista, sentían como carga terrible la obligación de prácticamente “tributar”. Pero las necesidades de consolidar la independencia, al principio, y la de salvaguardar después al Ecuador y a Bolivia de rivalidades internacionales muy agresivas, particularmente por parte de Perú, recomendaban el mantenimiento de los ejércitos auxiliares, cuyos avatares después de 1824 fueron siempre amargos: aplaudidos con reserva si triunfadores; repudiados en la paz; considerados siempre como agresores potenciales cuando no había amenaza abierta a la vista.

El sesquicentenario de la muerte de Sucre, asesinado por las mismas causas que condujeron al atentado contra Bolívar en septiembre de 1828, así como por el temor de que sustituyera a éste en el mando, debería conducir a un período de revalorización del gran venezolano que fue Antonio José de Sucre. Pero lejos de los reducidos criterios generalmente aplicados para considerar su extraordinaria trayectoria militar y política, Sucre, como todos los grandes conductores de la guerra anticolonialista que fue la Independencia, debe ser estudiado con el conocimiento cabal del medio en que actuó. Las grandes individualidades de aquella inmensa tarea sólo pueden ser comprendidas con el análisis de las contradictorias estructuras económicas, sociales y culturales dentro de las cuales actuaron y de las cuales fueron expresión. Buen símbolo sería el Mariscal de la vuelta al estudio de la historia de Venezuela, olvidada, apartada, borrada de la mente de jóvenes generaciones de venezolanos, no por circunstancias casuales, sino por condiciones en mucho semejantes —la lucha por una patria verdaderamente libre— a las que produjeron a hombres de la talla de Sucre y Bolívar.

Muertes paralelas

Últimas Noticias, Caracas, 14/12/1980.

No sólo murieron Bolívar y Sucre en el mismo año. Su camino hacia la muerte fue semejante, después que sus vidas habían recorrido trayectorias similares. Iguales causas los condujeron al final de la vida en el mismo tiempo de 1830. Tal vez piensen algunos que un destino de subalterno condujo a Sucre a fallecer poco antes que Bolívar. Ello se originaría en la idea esparcida por historiadores elementales capaces de ver al vencedor en Ayacucho sólo como obediente oficial del Libertador. Han confundido éstos la lealtad con la sumisión, la aceptación de un papel histórico eminente con la mansedumbre de los resignados. Sucre fue tan duro como Bolívar en las batallas y fuera de ellas. Contradijo en veces innumerables los criterios del Libertador, de los congresos, de los estados mayores. Bastará recordar cómo se adelantó, sin la anuencia de Bolívar, en convocar las cinco provincias del Alto Perú para constituir una nueva República. Cuando éste le escribió con censura, respondió con la firmeza de siempre Sucre:

Usted dice que la convocación de esta asamblea es reconocer el derecho de soberanía de las provincias y ¿no es así en el sistema de Buenos Aires, en que cada provincia es soberana? ¿Salta, Córdoba, Tucumán, La Rioja, Santa Fe, etc., no tienen sus gobiernos independientes y soberanos? ¿Por qué, pues, una provincia con 50.000 almas ha de ser allí gobernada independientemente y federada, y cinco departamentos con alas de un millón de habitantes no han de congregarse para proveer a su conservación y tener un gobierno provisional, mientras ven si se concentra el gobierno general? Además, yo mismo vi en Guayaquil que Ud. mismo pidió a una Asamblea su deliberación respecto a una provincia de ochenta mil almas.

Quien para asunto de tan gran entidad replicaba así, no era el Sucre tímido y eternamente subordinado que han transmitido a los lectores muchos de sus biógrafos de segunda clase. Bolívar aceptó las razones y le nació entonces la hija de que fue epónimo. Para quienes equivocan la interpretación de Sucre, sólo citaremos un caso más, sobre la misma República: el de como, al despedirse en 1828 de la Presidencia, orgullosamente señaló cuanto le correspondía. Pidió a los legislado-

res “no destruir la obra de mi creación: conservar, por entre todos los peligros, la independencia de Bolivia”. En el mismo discurso mostró la conciencia de su propio valor histórico cuando señaló:

Es suficiente remuneración de mis servicios regresar a la tierra patria después de seis años de ausencia (...) y aunque por resultado de instigaciones extrañas llevo roto este brazo, que en Ayacucho terminó la guerra de la independencia americana, que destrozó las cadenas del Perú y dio ser a Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias tengo mi conciencia libre de todo crimen.

Para un acertado juicio histórico, se ha de reconocer la extraordinaria personalidad y las grandes capacidades de Sucre. Su vida y la de Bolívar no fueron paralelas a la manera de Plutarco, quien comparó a los naturales de repúblicas diversas, sino porque fundaron repúblicas paralelas: Sucre, a Ecuador y Bolivia; el Libertador, a Venezuela, Colombia y Perú. A veces fueron muy impresionantes las actividades simultáneas de los dos, como cuando Sucre triunfó en Pichincha, dejando así libre al Ecuador, y Bolívar triunfó, casi simultáneamente, del otro lado de las montañas, en Bomboná. Los unificaba la acción para el mismo fin.

No ha de verse a Bolívar y a Sucre sólo como a dos genios que convergieron en la guerra anticolonial de la Independencia hispanoamericana, sino como dos grandes conductores, producto, junto con San Martín, O’ Higgins, Artigas, de lo que Bolívar llamó ante el Congreso de Angostura “el huracán revolucionario”. Goethe declaró a Eckerman, en sus conversaciones, cómo se consideraba el producto de un largo proceso de cultura múltiple; Bolívar expresó más de una vez su afirmación de Angostura, tuvo conciencia plena de que era el resultado de fuerzas innumerables, de un tremendo proceso social. Dijo: “Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera a que mi patria me guía” y añadió en otra ocasión: “Hay circunstancias particulares que no permiten obrar con libertad aún a los seres más perfectos”. Mantuvo la permanente conciencia de los innumerables factores que componían el gran proceso de la Independencia. En él jugaron Bolívar y Sucre eminentes papeles, impulsados por las fuerzas generosas de los combates por la libertad. Atravesaron dificultades físicas innumerables cuando tantas veces cruzaron los Andes, en pos de nuevas etapas victoriosas, cuando resistieron tentaciones de poder perpetuo, cuando mantuvieron sus ideales liberales contra todas las acechanzas de las potencias retrógradas. Y sufrieron, después de Ayacucho, la detención del impulso generoso por parte de la clase de los mantuanos, de los criollos, que los había utilizado como grandes

guías, mientras el tiempo era el de un gran combate político dentro del cual las victorias bélicas eran un instrumento inevitable. Dotados con el genio de la guerra, provistos de voluntades indoblegables ante los infortunios, capaces de resistir las más agotadoras jornadas de trabajo, en la paz y en la guerra, Sucre y Bolívar tropezaron de pronto, especialmente después de 1827, con las fuerzas que resistían a todas las consecuencias posibles de la independencia política.

Desde 1824 nacieron en Bolívar el impulso y la idea de irse al extranjero. En diciembre de ese año escribió a Peñalver, desilusionado: “semejantes a la corza herida llevamos en nuestro seno la flecha y ella nos dará la muerte sin remedio porque nuestra sangre es nuestra ponzoña”. Desde entonces dirigió constantemente cartas a su hermana María Antonia y a algunos amigos de Venezuela para que se vendiesen sus minas de Aroa. Había rechazado el millón ofrecido por el Congreso del Perú, repartía sus sueldos entre parientes y familiares de soldados u oficiales desaparecidos o inválidos. Del peculio familiar quedaban sólo las minas de Aroa, productoras de innumerables sinsabores desde cuando comenzó a buscar comprador. Bolívar, lleno de amargura, especialmente después de la prohibición que se le hizo de dirigir la batalla de Ayacucho, al suspenderle desde Bogotá los poderes que se le habían concedido en 1821, desconfiaba de todo el mundo. No podía comprender, en su época, cuáles eran los fenómenos sociales que actuaban. Se volvió maniqueísta. Clasificaba a todos en “buenos” o “malos”. No podía entender lo que ahora, desde lejos, vemos con entera claridad: la clase de los criollos en Venezuela, antigua Nueva Granada, Perú y la nueva Bolivia por último, al obtener la independencia política, frenó sus antiguos vuelos liberales. Los redujo a principios pragmáticos. Los criollos permanecían, como antaño, en los concejos municipales, pero ahora en compañía de algunos militares, de civiles ambiciosos y de antiguos realistas que habían obtenido olvido de lo pasado, buscaban nuevos guías, capaces de conducirlos al usufructo de todos los bienes que habían ansiado manejar desde 1810. Nada de libertad de esclavos, de abolición del tributo de los indígenas, de repartos de tierras a las comunidades autóctonas, se trataba ahora de obtener los proventos por los cuales había luchado esa clase con denuedo en su hora estelar. Ahora deseaba que el pueblo permaneciera como durante el período colonial, lo cual era imposible, porque todos los sectores habían participado en la tempestad revolucionaria. Bolívar y Sucre veían sólo injusticias generadas en la mala voluntad de los malvados. Sucre, desconfiado, no aceptó en 1826 la Presidencia vitalicia de Bolívar. Por su parte, no compartía el entusiasmo de Bolívar por la Constitución llamada boliviana, y por otra, sufría parte del repudio que había comenzado en los sectores de la clase poderosa contra el Libertador. Mientras éste anhelaba irse de América, Sucre soñaba con

regresar a Quito para dedicarse a la crianza de su hija y al cuidado de los bienes de su mujer. Constantemente escriben ambos de su deseo de reposo, del cansancio del mando. Existían ahora las dificultades políticas multiplicadas y expresadas a veces en nuevas guerras. Sucre, después de separarse del gobierno de Bolivia, donde duró solamente los dos años que había prometido al encargarse de la Presidencia, no pudo estar al lado de su esposa sino unos cuatro meses. Hubo de salir a la Campaña de Tarquí. Y después de la victoria en El Portete, cuando anunció que “la justicia es la misma antes que después de la victoria”, recordó también que había tomado la espada una vez más sólo por amargo deber. Otro llamado imperativo lo alejó a fines de 1829 hacia Bogotá: la reunión del Congreso Admirable. Como Bolívar, señalaba constantemente que él no ambicionaba alturas políticas, que era sólo un hombre de guerra. Pero fue electo presidente del Congreso a principios de 1830 y hubo de cumplir un mandato terrible para él: acercarse a Venezuela para intentar un arreglo con los opuestos al mantenimiento de la República de Colombia. Se encargó Mariño, delegado de Páez para las conversaciones de posible avenencia, de que no pasara de Táriba. Era el repudio de la patria que pronto se ejercía de manera cruel contra el Libertador. Regresó Sucre con las manos vacías y deseoso, más que nunca, de volver a la capital ecuatoriana. No sufría las crueles recaídas de Bolívar en sus enfermedades, pero estaba manco del brazo derecho. Lo habían herido en Bolivia, cuando se lanzó contra unos soldados sublevados. Un disparo a quemarropa le paralizó el brazo diestro. Cuando el Libertador partió por última vez de Bogotá, rumbo a la costa, desde donde esperaba poder pasar a Jamaica o a Inglaterra, Sucre estaba todavía en Bogotá y no pudo despedirse personalmente de Bolívar. El 8 de mayo partió éste, rumbo al mar. En el camino recibió la misiva de Sucre:

Cuando he ido a casa de Ud. para acompañarlo, ya se había marchado (...). Ahora mismo, comprimido mi corazón, no sé qué decir a Ud. (...) lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa y me lisonjeo que Ud. me conservará siempre el afecto que me ha dispensado (...). Adiós, mi general; reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de Ud.

Bolívar le contestó “Yo me olvidaré de Ud. cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y Ayacucho”. No parece la despedida de dos libertadores. En efecto, era la de dos perseguidos. El 13 de mayo se desmembró Ecuador de la Colombia creada por Bolívar. Llegaron fieras noticias de Venezuela. Desde Valencia pidieron al Gobierno de Bogotá que expulsara a Bolívar. Sucre se aprestaba

al viaje hacia Ecuador. Desde Popayán, en plena ruta, escribió a don Vicente Aguirre su decepción:

Colombia no puede existir por mucho tiempo, sino compuesta de los tres grandes Estados Confederados. Venezuela está corriente con esto y también lo está la Nueva Granada; pero ésta podría tener a la larga pretensiones sobre el Sur, si allí se descubren rivalidades de provincia.

Los amigos de Sucre le aconsejaron en Popayán que tomase hacia el puerto de Buenaventura. Él insistió en salir hacia Pasto. Quisieron otros acompañarlo por los caminos pero él arguyó prisa. Quería llegar a Quito lo más pronto posible. En la sombra vigilaban mil ojos: no era solamente Antonio José de Sucre. Era el vencedor de Pichincha y Ayacucho, el *otro yo* del Libertador. Éste moriría pronto, por su precaria salud. Los criollos no deseaban que gobernase el sucesor natural. El 1° de junio publicó *El Demócrata*, en Bogotá, un largo comentario sobre Sucre y Bolívar:

Acabamos de saber con asombro —escribió el periódico— por cartas que hemos recibido por el correo del Sur, que el general Antonio José de Sucre ha salido de Bogotá, ejecutando fielmente las órdenes de su amo, cuando no para elevarlo otra vez, a lo menos para su propia exaltación sobre las ruinas de nuestro Gobierno. Antes de salir del departamento de Cundinamarca, empieza a manchar su huella con ese rumor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación (...). Bien conocíamos su desenfrenada ambición, después de haberlo visto gobernar a Bolivia con poder inviolable; y bien previmos el objeto de su marcha acelerada, cuando dijimos en nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos los resortes para revolucionar el Sur de la República.

Y al final del comentario, cerraron estas terribles palabras anunciadoras: “Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar?”. Tres días después, el 4 de junio, fue asesinado Sucre en Berruecos. La noche del 1° de julio, supo Bolívar la noticia terrible. Él moriría seis meses después, calumniado, perseguido, pobrísimo, lleno de tristeza. Los criollos de las repúblicas libertadas habían dado la espalda a los viejos ideales. Sucre y Bolívar fueron sacrificados por ser fieles a las antiguas fuerzas que los habían movido. Seguían creyendo en los principios de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Introducción a la Antología de Simón Bolívar¹³

Cualquier antología implica, sin duda, una concepción por parte del seleccionador acerca del sentido de los materiales. Cuando estos se destinan a presentar especialmente el pensamiento social de alguien, actúan decisivamente las ideas de quien las recoge. La cuestión se amplía si se trata de seres como Simón Bolívar, cuyos escritos han sido motivo de innumerables interpretaciones. Por la índole del personaje, de su vasta acción anticolonial y de los sucesos de inmensa importancia histórica de los cuales hubo de ser conductor, cada escuela de pensamiento económico, social o político juzga de modo diverso su expresión escrita, así como toda su obra. En relación al Libertador, el primer escollo para lectores latinoamericanos —en cuanto a interpretación de recopilaciones de sus cartas, documentos políticos, proclamas, decretos— estriba en el uso distorsionado que se realiza por quienes lo presentan como precursor de empresas panamericanas para beneficio del imperialismo. Otros lo suponen profeta, para justificar gobiernos despóticos, atribuyéndole anticipaciones imposibles. Muchos transforman el sentido de sus grandes empresas, como la del Congreso Anfictiónico de Panamá, al que se negó persistentemente a invitar a los Estados Unidos, y el cual se toma como paradigma de todas las reuniones donde han de concurrir los semicolonizados, en medio de brillantes promesas de que el “lobo los defenderá” contra presuntos enemigos feroces que los amenazan gravemente según el dictamen ya lejano de Monroe en 1823, cuando estableció la gran premisa imperialista de que “América es para los americanos”, queriendo decir naturalmente que para los norteamericanos. La utilización del nombre, la acción y el pensamiento de Simón Bolívar para justificar latrocinios internacionales, acciones colonizadoras y semicolonizadoras es una blasfemia histórica basada en el prolongado procedimiento de interpretar los grandes logros del Libertador en forma tendenciosa y falsa, sobre la base de la ignorancia generalizada y de la falta de conocimientos sobre las luchas anticoloniales, como la que realizó América Latina para independizarse en el siglo XIX. Ninguna antología de los escritos de Bolívar puede presentarse sin notas o inter-

13. México: UNAM, 1981, pp. V-LXXXI.

pretaciones que adviertan al público lector no especializado sobre las innumerables falacias que se han realizado y continúan en relación al Libertador. El estudio de éste, como el de todas las grandes figuras de la lucha anticolonial que comenzó en nuestra América en 1810, conduce a innumerables controversias de interpretación histórica. ¿Por qué se produjo una impresionante simultaneidad en los alzamientos contra el Imperio español? ¿Cuáles fueron las realidades profundas, económicas, sociales y políticas que condujeron a la lucha por la Independencia? ¿Cuáles fueron las influencias de otros movimientos de libertad en el mundo sobre los territorios colonizados por España? ¿Cuáles son las concepciones económicas, sociales y políticas que sirvieron para justificar el inmenso esfuerzo por la libertad? ¿Cómo se formaron los grandes conductores? ¿Cómo influyen las concepciones sociales transmitidas por los libros y cómo los hechos reales en la formación de las ideas de los jefes políticos? ¿Cuáles fueron las contradicciones entre la ideología liberal tomada como base para sus luchas por la clase de los criollos y la condición económica real de estos grandes poseedores de tierras y propietarios de esclavos? ¿Cómo lograron los dirigentes anticolonialistas que se les juntasen las masas de las llamadas “castas inferiores” para obtener la libertad? Naturalmente, una simple antología no puede responder a tales cuestiones, necesitadas de muy diversos estudios, pues ellas no han guiado los criterios de la mayor parte de los historiadores hispanoamericanos, sino otras, ya caducas dentro de las actuales ciencias sociales e históricas. Pero es posible, a través del conocimiento de los escritos de Bolívar, comenzar una interpretación cabal de las ideas de éste, ligadas no sólo a las teorías filosóficas, políticas y sociales de su tiempo sino a las realidades dentro de las cuales hubo de guiar el proceso de la Independencia. Nos ha parecido útil el presentar primero algunas de las ideas, informaciones y opiniones escritas hasta ahora sobre su formación política, social y cultural y seguir posteriormente, a través de sus propios documentos más resaltantes, los sucesos de la batalla anticolonial, expresada en los puntos culminantes de la acción bolivariana. Además de los escritos clásicos, como la *Memoria de Cartagena*, la *Carta de Jamaica*, el *Discurso de Angostura*, creemos de indispensable conocimiento otros presentados a diversos congresos, así como algunos decretos y cartas. El Libertador escribió uno de los más extraordinarios epistolarios políticos del mundo.

Visto Simón Bolívar desde una década —1970-1980— durante la cual se han realizado ingentes esfuerzos de pueblos africanos, asiáticos y americanos por la libertad nacional, aparece como uno de los grandes guías de la historia en las luchas anticolonialistas. Tuvo la dirección de grandes masas oprimidas en cuatro naciones que libertó y en una quinta que fundó. Lo vemos, desde nuestros días, no

sólo como denodado combatiente por la libertad sino como fervoroso creyente en la necesidad de la cooperación de los oprimidos, propulsor de alianzas entre los diversos países y creyente en la eficacia de las anfictionías, de las amplias confederaciones internacionales para lo que él denominó “el equilibrio del universo” y hoy denomina la política internacional “convivencia pacífica”. Nació el 24 de julio de 1783. En ese año se firmaron en Versalles los tratados definitivos sobre la independencia de los Estados Unidos, signados por Inglaterra, Francia y España. Así, el capitalismo industrial naciente estableció su primera república en el continente americano. En el mismo día del nacimiento de Bolívar, se encontraba de visita en Wilmington, en la nación que surgía, el gran precursor de las luchas por la independencia de las naciones hispanoamericanas: Francisco de Miranda. Y en el mismo año de 1783, el conde de Segur, hijo del ministro de la guerra de Francia, quien visitaba la América meridional, encontró en Venezuela no sólo a fervientes lectores de Rousseau y de Raynal, sino a individuos que hacían crítica certera sobre la condición colonial y solicitaban constantemente noticias y libros del extranjero, con la esperanza de comprender los grandes cambios que ocurrían en el mundo, para aconsejar cuantos, según su juicio, debían ocurrir en Venezuela.¹⁴

En el año de nacimiento de Bolívar faltaban seis para la Toma de la Bastilla, en 1789, es decir, culminaba el proceso de contradicciones entre la clase progresiva en ascenso, la burguesía, y el régimen feudal. Comenzaba el capitalismo en Francia y crecía el sistema manufacturero hasta iniciarse el industrial en Inglaterra. En 1756 había inventado Hargreaves la hiladora mecánica que llamó “Jenny”. Fue seguida por tejedoras mecánicas. Tocaba a su fin la rueda de agua, impulsora de aparatos sencillos, para dar paso a los talleres. La primera fábrica fue instalada en 1771 por Arkwright, un antiguo barbero que resultó, con la transformación de la manufactura, empresario audaz. En 1784 Watt inventó en la Universidad de Glasgow, en la cual era mecánico, la máquina de vapor.

Comenzaba en Inglaterra la fundición del hierro con el carbón mineral, coque. Se inició la construcción de puentes férreos. Nació en Inglaterra la industria moderna y su repercusión en Francia agudizó las contradicciones. Pasó al continente europeo el proceso que en el siglo XVII se había iniciado en las islas británicas. En esa centuria había empezado la acumulación de grandes capitales a favor del tráfico negrero y del saqueo de las colonias en metales y productos diversos. Se constituyeron grandes compañías comerciales y, al instalarse las primeras máquinas, consorcios industriales. Las burguesías nacientes en Inglaterra y Francia expresaron sus ideales sobre la

14. Cf. Barros Arana (1960), p. 291; García de Sena (1962), p. 167; Efimov (1958), p. 23; Miranda (1976), p. 31.

estructura social, sobre las relaciones humanas y sobre las estructuras políticas, a través de filósofos, pensadores, historiadores, economistas, portadores de las concepciones que se denominaron en conjunto Iluminismo. Fue propugnado el reemplazo de las concepciones escolásticas por la ciencia y se sometió cualquier conocimiento al análisis, siguiendo el principio de la duda metódica de Descartes. La lucha de las burguesías contra el feudalismo llevó en Francia a una extensa teoría política, en la cual se asentaban principios tenidos por universales, pero que en realidad expresaban hechos bien concretos. En el régimen feudal los siervos campesinos carecían de posibilidades de circulación. Quedaban confinados en los dominios del señor. La industria necesitaba, para funcionar y crecer, la libre contratación de obreros libres. De allí nació la consigna de libertad; la de igualdad significó idénticas posibilidades teóricas ante la ley, lo cual permitiría a los empresarios contratar a hombres libres y no siervos ligados por generaciones a los señores feudales. La fraternidad surgió de nuevas concepciones acerca de los seres humanos y presentó también la necesidad de unión de todos los componentes de la clase que luchaba fundamentalmente por crear una nueva economía, industrial. Soboul escribe sobre ese período:

La revolución, que estalla en Francia a fines del siglo XVIII, y que trastorna la estructura social y política tradicional, a tal punto que marca el comienzo del período contemporáneo, se prepara lentamente a lo largo de un siglo (...). Al mismo tiempo que el desarrollo de la economía acentuaba ese desequilibrio, la filosofía de las luces daba a la burguesía conciencia de su poder y de representar en la nación el elemento del progreso. La propaganda filosófica había difundido entre las capas superiores de la sociedad, sobre todo desde mediados del siglo, las ideas de libertad, de igualdad, de soberanía nacional, en tanto que la monarquía francesa se apoyaba en instituciones arcaicas, basada siempre en el derecho divino y absolutista. Las leyes y las instituciones no correspondían ya a la nueva ideología. De este desequilibrio fundamental, económico, social y político, de este antagonismo de clases, de estas contradicciones múltiples, surge la revolución de 1789.

Como Bolívar nació en 1783, recibió, al educarse, todas las influencias del capitalismo naciente, expresado en el llamado Iluminismo. Las luces intelectuales que conoció en su juventud andaban hacia tiempo cambiando el mundo, así como las máquinas y la acumulación de capitales transformaban la economía

que estaba en el fondo de todas las disquisiciones filosóficas y científicas, porque la desaparición del feudalismo significaba la sustitución de las antiguas clases fundamentales, señores y siervos, por otras dos: empresarios explotadores y proletarios explotados.

En tanto que durante el feudalismo predominó el escolasticismo idealista, las luchas de la burguesía por ascender condujeron a concepciones materialistas en la ciencia y en la filosofía. Se trataba de un materialismo que después se llamó mecanicista, pero significó una extraordinaria superación y un camino para la comprensión de la realidad. Descartes negó toda la tradición medieval; Pascal en sus *Cartas provinciales* develó secretos antes siempre cubiertos por la imposición religiosa; Bayle luchó contra la intolerancia y el fanatismo; después, los autores de la *Enciclopedia* reunieron los conocimientos científicos vistos desde el punto de vista materialista y señalaron las bases para las nuevas relaciones sociales y políticas necesarias a la burguesía. Los autores que prepararon teóricamente la revolución no hablaban en nombre de una clase. Proponían al mundo supuestos principios generales y universales. Hacían sus críticas y presentaban sus proyectos en nombre de la razón, sustituta de los dogmas de la fe. En lo político, esto se expresaba en la negación del origen divino de los reyes y en la recomendación de los sistemas electorales para establecer un verdadero “contrato social” según la expresión de Rousseau.

El materialismo del siglo XVIII tuvo un origen doble. En Inglaterra nació con Bacon, para quien era preciso apartarse de la escolástica y “estudiar en el libro de la naturaleza” y en Francia arrancó de Descartes, quien propuso el método de la “duda metódica”. Las concepciones materialistas se desarrollaron con Hobbes y Locke. Según sostuvo éste, todas las ideas se originan en la experiencia, es decir, consideró erróneo creer en revelaciones o en ideas innatas. Este modo de ver fue trasladado a Francia, especialmente por Condillac.¹⁵

Diversos autores han estudiado la posible influencia de los autores ingleses y franceses sobre Bolívar. Pero no es posible comprenderla si no se recuerda lo que estaba en el fondo del Iluminismo: la profunda transformación económica y social comenzada en el siglo XVII en Inglaterra llegó a su cúspide con la Revolución Francesa. Las ideas de los iluministas y enciclopedistas influyeron sobre los teóricos y conductores de los países hispanoamericanos, pero fue poderoso también el conocimiento directo de muchos sobre las transformaciones en Europa, como ocurrió con Bolívar. Actuó cuando el capitalismo creciente desplazaba en Europa al feudalismo, cuando se acentuaron antiguas rivalidades entre los colonialistas para lograr un nuevo reparto del mundo colonizado, con vistas

15. Soboul (1961); Politzer (1947), pp. 216, 217, 225, 227.

a la obtención de mercados y de fuentes de materias primas para la industria. En el mundo colonizado por España se habían desarrollado sectores rivales de los colonizadores. Para comprender la formación de Bolívar, sus concepciones económicas, sociales y políticas, resulta indispensable aludir siquiera a los sucesos generales y conocer aunque sea en modo somero la realidad de los países que libertó. La desigualdad de estos con la Europa que iniciaba el capitalismo condujo a Bolívar y en general a los libertadores de Hispanoamérica a utilizar, adaptándolas, las concepciones iluministas de acuerdo con el interés de la clase guía de la revolución de Independencia, la de los criollos.

Muchos autores se han referido a la formación intelectual de Bolívar. Pero sólo pocos han ido más allá del señalamiento de los libros que leyó. Para comprender su pensamiento social, resulta indispensable recordar sus experiencias, la estructura del mundo en el cual batalló y algunas apreciaciones acerca de la influencia general del Iluminismo. Como todo régimen social revolucionario que alcanza el poder, el capitalismo difundió intensamente sus concepciones. Armas Ayala explica así la distribución de los escritos:

Europa cruzada por bandadas de libros, de cuadernos manuscritos; pliegos y cuadernillos revoloteadores perseguidos por las manos policíacas, ya estatales, ya eclesiásticas. Y los aleteos más altos y más peligrosos. En los rincones más escondidos, en las ciudades más populosas, en las aldeas y en los pueblos, en todas partes el libro: el inquietante libro (...). Se organizan empresas de copistas que distribuyen a buen recaudo de miradas aduaneras los más solicitados libros, o los extractos más importantes de las obras en circulación (...). En la isla de Tenerife, a muchas miles de millas europeas (...) se encontraban ejemplares del *Emilio*, resúmenes de *Abelardo y Eloísa* y hasta “tesis defendidas en Pistoya sobre la soberanía del Papa, según rezaba un informe del comisario inquisitorial, alarmado.”¹⁶

Varias observaciones se han hecho en tiempos recientes acerca del modo de las influencias del Iluminismo.

En América española —escribe Griffin— debe hacerse una distinción entre las ideas políticas revolucionarias de Rousseau, Raynal y otros, y la influencia real de la Revolución Francesa. Las ideas causaron considerable impacto sobre los miembros de la élite criolla educada; la

16. Armas Ayala (1970), p. 4.

revolución, con su compañero el anticlericalismo, fue condenada casi universalmente en la América española de tradición católica. El analfabetismo y el aislamiento impedían que las nociones revolucionarias se propagaran más allá de los grupos intelectuales. Los repetidos esfuerzos de Francia para propagar la revolución en la América española y los esfuerzos de muchos propagandistas franceses fracasaron. Filtrada a través de los francófilos españoles y combinadas con las doctrinas liberales en España, que tenían raíces propias, las ideas francesas pudieron haber tenido algún efecto indirecto. Hay evidencias de influencia francesa en la redacción de las constituciones de América española, en especial después del fin de este período.

Lo importante en la observación de Griffin es lo relativo a la imposibilidad de influjo de los libros en los sectores analfabetos, inmensa mayoría. Sin embargo, después de la libertad de Haití en 1804, se extendieron por el Caribe, por medio de comunicaciones orales, multitud de principios de orden práctico que fundamentaron ideas revolucionarias, llegadas a los sectores alfabetos por medio de la literatura escrita. Kossok ha presentado resaltantes observaciones como guía para interpretar la influencia del Iluminismo en Hispanoamérica. Se observa, debe pensarse en lo que denomina “intensidad diversa”. Mientras en la región del Plata fue predominante la influencia de las ideas italiano-francesas, en México, Colombia y Cuba, habrían prevalecido los modelos más comedidos de ingleses y norteamericanos, distanciados de todo jacobinismo. En segundo lugar, piensa, no sólo hubo influencia francesa, sino italiana y alemana. Cree que Filangieri, Genovesi y Galeini influyeron a través de la propia España, “filtrados” a América Latina. En tercer término, recuerda, en Europa unos inventaron la “revolución teórica” y otros la realizaron, mientras en América los mismos sectores la cultivaron y la aplicaron. Por último, recomienda Kossok considerar la “sustancia clasista”, pues mientras las burguesías aniquilaron el feudalismo, en consecuencia con sus propias prédicas, en América Latina los criollos enarbolaron principios de libertad no coincidentes con sus propios intereses y propósitos profundos, que fueron la conservación del estatus económico y social, basado en la esclavitud y la servidumbre.¹⁷

Para algunos autores españoles e hispanoamericanos, en realidad las raíces conceptuales de la Independencia de América Latina provinieron de España, donde se desarrolló durante el siglo XVIII el llamado “despotismo ilustrado”, y donde habían ocurrido desde el siglo XVI rebeliones de comuneros. En realidad, hubo una tradición municipal peninsular que se trasladó a América, favoreciendo el

17. Griffin (1962), p.12; Kossok (1975), pp. 177, 180, 181, 183, 184, 186, 187.

usufructo de privilegios por la clase de los criollos, en el siglo XVIII, pero las rebeliones llamadas de comuneros en las colonias fueron muy diferentes de la célebre rebelión denominada de “los comuneros” en España en el siglo XVI, cuando justamente se encontraron bajo ese nombre los sectores de una burguesía incipiente, derrotados de manera cruenta en un proceso que comportó la expulsión de los judíos de España y, a principios del siglo XVII, de un millón de moriscos, lo cual significó la derrota de los primeros grupos burgueses por los señores feudales, quienes continuaron predominando en España. Hubo ciertamente durante el siglo XVIII una corriente de pensadores, políticos y economistas que, con el manejo de las ideas liberales corrientes por Europa, propugnaron reformas en las colonias, pero la Ilustración, que llegó a España especialmente con los reyes de la casa de Borbón, tuvo no un sentido de libertad para los colonizadores sino de una nueva orientación, para provecho del imperio en las nuevas circunstancias del mundo. Sobre las medidas del llamado despotismo ilustrado en América, ha escrito Halperin Donghi:

¿Qué implicaban estas reformas? Por una parte, admisión de que el tesoro metálico no era el solo aporte posible de las colonias a la metrópoli; por otra —en medio de un avance de la economía europea en que España tenía participación limitada pero real— el descubrimiento de las posibilidades de las colonias como mercado consumidor. Una y otra innovación debían alterar el delicado equilibrio interregional de las Indias españolas; los nuevos contactos directos entre la metrópoli y las colonias hacen aparecer a ésta como rival —y rival exitosa— de las que entre estas habían surgido como núcleos secundarios del anterior sistema mercantil. Es lo que descubren los estudiosos del comercio colonial en el siglo XVIII, desde el Caribe al Plata, desde las grandes Antillas, antes ganaderas, y orientadas hacia el comercio mexicano, ahora transformadas por la agricultura del tabaco y del azúcar y vueltas hacia la Península, hasta el litoral venezolano, que reorienta sus exportaciones de cacao de México a España, y hasta las pampas rioplatenses en que se expande una ganadería cuyos cueros también encuentran salida en la metrópoli.¹⁸

Particularmente, la formación del pensamiento de Bolívar, en cuanto tuvo como origen las fuentes escritas, no parece haberse derivado de orígenes españoles,

18. Halperin Donghi (1970), p. 18. Sobre la Ilustración puede consultarse Palacio Atard (1964), y en relación con las aplicaciones en América, Arcila Farías (1955) y Córdova Bello (1975). Además, el libro de Halperin L. sobre la estructura de clases de España, Ganz (1934).

sino especialmente franceses. Veamos algunas de las obras más famosas que un joven criollo nacido en 1783 encontraba a su disposición, no porque fácilmente llegasen a América, sino porque subrepticamente estaban en las bibliotecas de las familias importantes en todas las colonias. En 1748, se editó *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu; en 1749, el primer volumen de la *Historia natural de Buffon*; en 1751, el primer volumen de la *Enciclopedia*, bajo la dirección de Diderot; en 1754, el *Tratado de las sensaciones* de Condillac; en 1755, el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* de J. J. Rousseau y el *Código de la naturaleza*, de Morelly; en 1756, el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, de Voltaire; en 1758, *Del espíritu de Helvetius*; en 1762, el *Emilio* y el *Contrato social*, de J. J. Rousseau. Uno de los fundamentos del pensamiento fisiocrático, *Diario económico*, apareció en 1751. Los fisiócratas resultaron muy útiles a los criollos, porque propugnaban la defensa de la propiedad por gobiernos fuertes.

En la última década del siglo XVIII, don Simón Rodríguez, quien fue maestro del Libertador, y Miguel José Sanz, criollo de Caracas, mostraron en detenidos análisis de la educación, que según ellos debía sufrir profundas modificaciones, la influencia de las concepciones pedagógicas de J. J. Rousseau. Francisco de Miranda, el Precursor de la Independencia de América, ya en 1780 poseía las obras completas del ginebrino. Armas Ayala ha señalado como rousseauianos a Belgrano, a Nariño, el colombiano, a Baquíjano en el Perú y a Olavide.¹⁹

¿Cuáles fueron los libros que influyeron sobre Simón Bolívar? Él mismo hizo un resumen de sus lecturas en carta a Santander en 1825, a propósito de las afirmaciones que sobre él había formulado Gaspar de Molien en su libro *Viaje a la República de Colombia*:

No es cierto —escribió el Libertador— que mi educación fue muy descuidada (...) Ciertamente que no aprendí ni la filosofía en Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Monsieur Molien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, d'Alambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, J. J. Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot, y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses.

Citó en sus escritos repetidamente a Rousseau, a quien llamó “el primer republicano del mundo”, a Voltaire, a Montesquieu, de quien aprendió la necesidad de tomar en consideración toda clase de factores para comprender las sociedades

19. Soboul (1961), pp. 26, 27; Pino Iturrieta (1971), pp. 36, 37, 76; Armas Ayala (1969), p. 40.

y para actuar como transformador de ellas. Constantemente aludió Bolívar a diversos autores de la antigüedad clásica, ya citándolos por sus nombres, ya refiriéndose a sus obras, o a episodios de ellas. Quienes han reconstruido la lista de sus libros han encontrado los de Napoleón y diversos tratados militares.²⁰

Naturalmente, el solo conocimiento de los libros leídos por las colectividades, o por los individuos, no suministra una noticia cierta de cómo han influido en el desarrollo de las ideas, pero sí señalan una vía fructífera. Para comprender las influencias que las obras citadas ejercerían sobre las diferentes personalidades, y especialmente sobre Bolívar, se han escrito estudios diversos como el titulado *La mentalidad venezolana de la emancipación*, de Elías Pino Iturrieta, *La formación intelectual del Libertador*, de Manuel Pérez Vila, y trabajos anteriores, como el de Rufino Blanco Fombona, *La inteligencia de Bolívar*. Se obtienen datos complementarios en la obra de Alfonso Armas Ayala, de 1970, *Influencia del pensamiento venezolano en la Revolución de Independencia hispanoamericana*. Un terreno de análisis no tratado comúnmente ha sido analizado por Eleazar Córdova Bello en su obra *La independencia de Haití y su influencia en Hispanoamérica*. Ildefonso Leal publicó en 1977 un estudio para completar los conocimientos actuales acerca de la influencia del famoso libro del abate Raynal titulado *Histoire philosophique et politique des établissements du commerce des Européens dans les deux Indes*, el cual tuvo tal acogida y despertó tal interés y curiosidad, que se realizaron más de treinta ediciones. El libro fue traducido al castellano en parte por el duque de Almodávar del Río, con un seudónimo, para evitar las persecuciones del Santo Oficio. La primera edición apareció en 1770 y fue condenada en París, en 1782; en Roma, en 1774 y en Madrid, en 1779. Fue quemada la obra por mano de verdugo el 29 de mayo de 1780 en París; y Raynal hubo de huir al extranjero. Leal aprecia así el famoso escrito:

El mérito de Raynal fue, entre otros, presentar el fenómeno del colonialismo vinculado a las estructuras económicas y sociales y no atado a las simples consideraciones morales, como lo habían hecho sus predecesores. Raynal se hizo político y economista para no trazar únicamente la historia de las colonizaciones, sino para reflexionar sobre los problemas que suscitan. La colonización, en concepto de Raynal, no se debe al azar, sino es originada por dos causas principales: el desarrollo científico y técnico que la hicieron posible y la decadencia del feudalismo donde “el esforzado caballero queda sustituido por el caballero sin escrúpulos” (...). En América, la *Historia de las dos Indias* de Raynal aparece en las bibliotecas de los hombres más sobresalientes

20. Sobre los libros de Bolívar pueden consultarse: Miramón (1959), los libros de Pérez Vila, y desde luego las obras de Lecuna.

tes del tiempo colonial. Entre los lectores pueden citarse el virrey del Perú, don Carlos Lacroix; al presbítero rioplatense don Juan Baltasar Maciel (...). También figura el libro de Raynal, junto con otras obras prohibidas, en la biblioteca del obispo de Buenos Aires, Manuel de Azamor Rodríguez (1796) y en la del acaudalado vecino de la ciudad, don Tomás Sáinz de la Peña (1789). En el Perú hay que mencionar a don José Baquijano y Carrillo, jefe de la reacción contra el escolasticismo en la Universidad de San Marcos y presidente de la Sociedad de Amantes del País (...). Aparece igualmente la obra de Raynal en la estupenda biblioteca de más de 1.500 volúmenes del neogranadino Nariño y en la del brasileño Manuel Ignacio da Silva Alvaronga (...). En Chile, el joven letrado santiaguino don Antonio Rojas es un apasionado lector de libros prohibidos.

Señala también Leal que Francisco de Miranda adquirió la obra de Raynal en España, entre 1770 y 1780.²¹

Conocida así de modo general la lista de los libros principales —casi todos prohibidos en España y algunos en otros países— que contribuían a la formación de criterios sobre la sociedad a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, podemos preguntarnos cuáles serían las tradiciones históricas venezolanas que influyeron en los primeros criterios de Bolívar y tal vez ejercieron influjo permanente en sus ideales. Antes, recordemos cómo en los materiales escritos que se conocieron en Caracas y coadyuvaron al incremento de las tendencias independentistas se cuentan las proclamas de 1774 y 1775, las cuales, según comprobó Mauro Páez Pumar, se encontraban en Caracas en 1777. Todo el proceso de la libertad norteamericana se reflejó naturalmente en Hispanoamérica y fue conocido por Bolívar desde su juventud, en Caracas. Debe señalarse también que un venezolano, Manuel García de Sena, quien residió en los Estados Unidos, en la primera década del siglo XIX, escribió allí dos importantes obras llegadas pronto a Venezuela, a tiempo para influir en quienes encabezaban el movimiento de independencia en 1810 y 1811. Fueron ellas: *La Independencia de la Costa Firme*,

21. Leal (1977) presenta una interesante observación acerca de la influencia de Raynal en Bolívar: “El libro de Raynal —escribe— era consultado momentos antes de la Independencia por la juventud universitaria, pero la huella de Raynal la palpamos también en plena guerra, cuando Bolívar funda en Angostura, el 27 de junio de 1818, el periódico *El Correo del Orinoco* (...). Es seguro que el nombre de Raynal era familiar a Francisco Antonio Zea, Juan Germán Roscio, Manuel Palacio Fajardo, José Rafael Revenga y José Luis Ramos, redactores del citado periódico. Este equipo de intelectuales (...) entendía por revolución “toda conjuración que tenga por objeto mejorar el hombre, la patria y el Universo”.

justificada por Thomas Paine treinta años ha e Historia concisa de los Estados Unidos desde el descubrimiento de la América hasta el año de 1807. La libertad de los Estados Unidos se refleja intensamente, como hecho anticolonial, en toda Hispanoamérica. La segunda república surgida en América, primera en la región del Caribe, en el ámbito de lo que Bolívar y Martí consideraron genéricamente América, fue Haití, cuyo influjo se ejerció, no sobre los criollos, sino sobre los negros esclavos libres de la Tierra Firme.²²

Como había señalado el venezolano Rufino Blanco Fombona y ha observado después Francisco Cuevas Cancino, es imposible comprender la formación de Bolívar y sus concepciones políticas y sociales por el simple hilo de sus lecturas. Lo enseñaron la experiencia internacional, la tradición nacional, su propia acción, su convivencia con los suramericanos de cinco países, con generales y soldados, con intelectuales y esclavos. Nunca dejó de aprender y, así, no es posible tener una idea de lo que maduró si se examina su personalidad social sólo cuando comenzaron sus triunfos en 1813.

Bolívar recibió en Caracas las enseñanzas que correspondían a un niño de su clase. Tuvo como preceptor a Andrés Bello y como maestro a Simón Rodríguez, cuyas enseñanzas, especialmente las que le impartió posteriormente en Europa, nunca olvidó. A los dieciséis años partió hacia España, para completar su formación. De paso hacia allí, estuvo brevemente en México, a principios de 1799. Llegó a Madrid en mayo del mismo año, donde estudió hasta 1802.

La cronología permite suponer —escribe Rodríguez Iturbe— que fue la base cultural de la Ilustración española de la segunda mitad del siglo XVIII la que en Madrid recibe Bolívar a través del magisterio del Marqués de Ustáriz (...). Ideólogo linajudo, imbuido en el liberalismo español del siglo XVIII, personaje muy de la época de los ministros Aranda y Floridablanca, de los políticos Jovellanos y Campomanes, de los literatos Feijoo y Quintana, había bebido inspiraciones como todos ellos, en la Enciclopedia.²³

En enero de 1802, estuvo Bolívar por primera vez en Francia. Estaba entonces en París el antiguo maestro, don Simón Rodríguez, quien había publicado una traducción de la *Atala* de Chateaubriand en 1801. Bolívar regresó a España en abril y estuvo en Bilbao. El 26 de mayo contrajo matrimonio con María Teresa del Toro. Regresó con su señora a Caracas y el 22 de enero de 1803 quedó viu-

22. Páez Pumar (1973).

23. Rodríguez Iturbe (1976), p. 13.

do. Volvió a Madrid en febrero de 1804 y partió en la primavera a París. Estuvo entonces en permanente relación con su antiguo maestro Simón Rodríguez. Para algunos autores, ahora sí correspondió al antiguo profesor de Bolívar convertirse en verdadero maestro de un genio juvenil, durante 1804 y 1805. Parece que el futuro Libertador presenció en Milán la coronación de Napoleón Bonaparte como emperador. En Roma juró Bolívar, sobre el monte Aventino, dedicarse a luchar por la libertad de América. En la segunda mitad de 1806, decidió regresar a Venezuela, hacia donde embarcó desde Hamburgo, después de haber atravesado Bélgica y Holanda. El 1° de enero de 1807 desembarcó en Charleston, desde donde se trasladó a Filadelfia, Nueva York y Boston. En junio llegó a Caracas, después de su corta visita de tres meses a los Estados Unidos, donde dijo haber conocido “la libertad racional”, es decir, una forma de convivencia totalmente distinta de la propia del régimen de castas que imperaba en Hispanoamérica. En 1808 tomó parte en una conspiración de criollos contra los gobernantes españoles. En 1809 fue nombrado justicia mayor del pueblo de Yare, en un procedimiento normal dentro de la estructura de la época, cuando los dueños de haciendas obtenían los cargos directivos de la zona. Se ha afirmado que Bolívar regresó a Venezuela debido a las noticias llegadas a Europa sobre la invasión que preparaba Miranda a las costas venezolanas. Como el intento falló, pues no encontró cooperación, quienes pensaban en la libertad esperaron otros días. Además, previó en Europa, en una de sus primeras muestras de aguda penetración en el análisis social, que España sería invadida por Napoleón, y seguramente advirtió las posibilidades que entonces surgirían para liberar a Venezuela y América. Es posible que Bolívar repasase en Venezuela un poco la historia de su país. Existía una tradición de luchas, del conocimiento de todos y particularmente de los dos sectores extremos en la escala social: los esclavos y los mantuanos, como se denominaba a los criollos venezolanos. Las rebeliones y los alzamientos habían sido abundantes por parte de los indios y de los negros desde el siglo XVI. Los caribes enfrentaron en las costas orientales a los primeros invasores europeos. Después, durante dos siglos, ellos mismos, obligados a replegarse al interior, y los jirajaras, en el occidente, resistieron con denuedo la penetración colonial. En el siglo XVIII los llamados caribes del Orinoco y los caberres, de filiación arawaca, guerreaban constantemente, dotados de armas de fuego muchas veces, que canjeaban a los holandeses en la Guayana. Los esclavos negros habían huido a las selvas y a diversos territorios, desde las primeras cargazonas en pleno siglo XVI. No menos de treinta años duró en la Guajira un cumbe de africanos que los españoles, por la poderosa resistencia que oponía a sus ataques, denominaron “la nueva Troya”. Durante el siglo XVII se multiplicaron los cumbes y cuando, a principios del siglo XVIII, se intensificó la trata, alrededor de un tercio de los africanos importados a Venezuela pasaron

a ser habitantes de cumbes, es decir, cimarrones, en permanente resistencia y con frecuente actividad de defensa armada. A mediados del siglo XVIII aumentaron las rebeldías cuando los propios criollos presentaron resistencia a las regulaciones de la Compañía Guipuzcoana, que comenzó en 1728 a actuar como poderoso monopolio, mediante un contrato con la Corona, a su vez participante en la empresa. En 1749, un hacendado canario, Juan Francisco de León, promovió una resistencia de masas, con el apoyo de diversos sectores de criollos. Antes, en 1732, se había producido un alzamiento de esclavos en el Valle del Yaracuy, conocido como la “rebelión de Andresote”. Aquí hubo una mezcla de los conflictos de los esclavos contra los amos, es decir de un fenómeno de lucha de clases, con las rivalidades de los holandeses con los españoles en el Caribe. Aquéllos suministraron armas a los negros, al fin vencidos, después de tenaz empeño.

Las contradicciones de los colonialistas en el Caribe fueron siempre origen de actividades bélicas y de permanentes luchas diplomáticas, desde el siglo XVI. Las pugnas y controversias se acentuaron en el siglo XVIII. Una de las maneras de rivalidad tomó la forma del contrabando, introducido durante tres siglos por piratas, filibusteros y corsarios que recorrían las costas en trato con diversos sectores. Durante la decimoctava centuria, uno de los productos que comerciaban los contrabandistas navegantes de las costas era el cacao, obtenido de gentes de los cumbes que lo sustraían de las grandes haciendas. En 1749, como consecuencia de la primera oposición de carácter amenazador contra la Compañía Guipuzcoana, los esclavos de la región central de Venezuela prepararon una conspiración cuya finalidad era desplazar a los blancos del gobierno. Otro alzamiento de esclavos se produjo en los valles de Panaquire en 1771. En 1781, se reflejó en Venezuela la lucha de Túpac Amaru. Fue de gran importancia el alzamiento que en la Serranía de Coro encabezó José Leonardo Chirino, en 1795, para pedir la aplicación de “la ley de los franceses”, es decir, la libertad de los esclavos. Tomaron parte negros de cumbes, esclavos de hacienda y domésticos, y grupos de negros agricultores que habían llegado a la Costa Firme procedentes de Curazao. En 1797 fue descubierta la conspiración llamada de “Gual y España”. Fue un intento en que intervinieron algunos criollos, un grupo de presos, liberales españoles que impulsaron el movimiento desde las cárceles de La Guaira y mucha gente del sector de los pardos. Las consignas estuvieron inspiradas en la Revolución Francesa y fue un intento claro para derrocar al gobierno español y lograr la independencia. En 1798, hubo un alzamiento de los esclavos del Oriente del país. En 1799, fue descubierto un proyecto de asalto a Maracaibo por parte de los tripulantes de tres buques anclados para obtener provisiones. Lograron la cooperación de mulatos y negros de la ciudad. En 1806

hubo el intento de desembarco de Miranda; en 1808, una conspiración debelada de mantuanos y, a través del tiempo, innumerables conflictos locales, particularmente con negros y a veces con indios. De modo que la tradición llegada a Bolívar no fue la llamada “paz de la Colonia”, invención idílica de algunos historiadores, sino la de un batallar permanente por la justicia. En otros países se ha hablado de la “siesta colonial”. Ni siesta ni paz hubo durante los tres siglos de predominio colonialista. Constantemente lucharon primero los indígenas contra los invasores europeos; después los mismos indígenas en diversas circunstancias, y especialmente los negros esclavos, combatientes extraordinarios, quienes ni un solo día aceptaron el yugo en la paz. No sólo en Venezuela, sino en todo el continente americano hubo esclavos cimarrones, escapados de las haciendas a los cumbes venezolanos, a los mocambos brasileños, a los palenques colombianos y antillanos, a los quilombos uruguayos y argentinos. En ningún sistema colonial hay paz. Los pueblos resisten; de mil modos, a veces con intermitencia, que son descansos. Siempre hubo resistencia en América frente al sometimiento colonial. El siglo XVIII fue muy activo en Venezuela en alzamientos, conspiraciones, rebeliones de esclavos, movimientos de los pardos. Fue la tradición en medio de la cual se formaron los criterios del joven Bolívar. Nada podía extrañarle cuando comenzó a combatir por la libertad.²⁴

¿Qué había aprendido Bolívar en América y Europa? “En Madrid y en París después —dice Cuevas Cancino— más que un estudiante, fue Bolívar un maravilloso autodidacta”. Después realiza consideraciones el mismo autor sobre algunos rasgos aprendidos especialmente de Simón Rodríguez. Sobre eso escribe:

La educación es subjetiva; no estriba en la semilla que arroja el maestro, sino lo que germina en el educando. Y Bolívar recibió de Simón Rodríguez una osadía mental que jamás lo abandonará. Su mente voló por encima de tradiciones y su razón cuestionó, sin cuidarse de antecedentes, cuantos cánones o principios le testaba la costumbre.²⁵

En Bolívar, como en todos los otros grandes conductores, influyeron especialmente las realidades que lo rodeaban, de modo que en cada futura nación cada cual expresó el medio en que vivía y, naturalmente, su clase social. Respetto de

24. Un resumen de los viajes de Bolívar puede verse en Pérez Vila (1971). Sobre la tradición de rebeldía de los ayuntamientos, lo cual no tratamos en el texto: Briceño Perozo (1972). Acerca de la prolongación hasta Venezuela de la insurrección de Túpac Amaru, Muñoz Oráa (1971). Sobre rebeliones de los negros, Felice Cardot (1966), Arcaya (1966), Brito Figueroa (1961). Sobre la conspiración de Maracaibo en 1799, Brice (1966).

25. Cuevas Cancino (1976), pp. 10, 13.

las ideas, inspiradas por todas partes de los libros y concepciones señaladas, dice Blanco Fombona:

Aunque la tendencia de insurgencia americana contra Europa fue una misma en todas las colonias, la evolución de las ideas fue distinta. En Venezuela, por su vecindad con las colonias europeas y su cercanía relativa a Europa, se tenían aspiraciones económicas relativamente adelantadas en sus capas superiores; lo mismo o algo parecido puede decirse del virreinato de Nueva Granada: la revolución de ambos pueblos la realizaron las clases sociales superiores afortunadas, en los Concejos Municipales, hablando en Congresos y fundando periódicos discutidores.

Compartimos el pensamiento relativo a las diferencias en las distintas colonias, no el de que la revolución la realizaron “las clases sociales superiores y afortunadas”. Así fue visto el proceso de la Independencia cuando Blanco Fombona escribía. Pero es obvio que la clase de los criollos, si inició el movimiento independentista, no lo podía verificar solo. Precisamente uno de los grandes problemas de Bolívar en los primeros años de la guerra emancipadora en Venezuela fue el lograr la incorporación de masas populares, con inclusión de los esclavos, a la contienda. Los intereses de los mantuanos quedaban dentro de una línea histórica progresista. Su decisión de crear naciones correspondía al desarrollo del capitalismo y eran necesarios grandes contingentes populares para enfrentar a los ejércitos colonialistas, en parte formados durante un tiempo con soldados que provenían de los sectores oprimidos desde los ayuntamientos y en las haciendas por los criollos. Bolívar tuvo el problema de encontrar los medios de incorporar a los terribles combatientes que eran los desposeídos, quienes se lanzaron al principio en una acción equivocada dentro de las líneas largas de la historia, pero justa en cuanto a los caracteres de la lucha de clases donde la mayor contradicción existía entre los criollos propietarios y los esclavos, a quienes aquéllos explotaban como productores fundamentales en la agricultura y la ganadería. Bolívar hubo de aprender de la realidad de los sucesos cuánto pesaba en los propósitos de independencia el régimen de castas colonial. Y tanto por sus lecturas como por las terribles lecciones que recibió desde 1812, se convirtió en Libertador de esclavos durante toda su vida, en general con poco apoyo, o con la resistencia de los criollos, quienes no aspiraban a sustituir el sistema esclavista por otro, sino a usufructuar los bienes producidos en América. Hasta 1810 habían beneficiado especialmente a los colonialistas.²⁶

26. Blanco Fombona (1969), p. 14.

La primera actuación pública de Bolívar fue en 1811, en la Sociedad Patriótica. Como es sabido, la invasión de España por Napoleón Bonaparte produjo en América el paso inicial hacia la independencia, o la base para dirigirse hacia su declaración. El primer movimiento fue en Venezuela el 19 de abril de 1810. Éste se realizó como apego al rey legítimo y repudio del régimen francés. Como ha escrito Leopoldo Zea, “la revolución empezó con un ‘mueran los franceses’, pero se luchó no contra los franceses, que se encontraban lejos de Hispanoamérica, sino contra las llamadas ‘fuerzas realistas’ que reemplazaban los intereses metropolitanos”.²⁷ Esta segunda parte de la lucha se inició abiertamente el 5 de julio de 1811. El Congreso, convocado en virtud de lo ocurrido el 19 de abril del año anterior, dudó al comienzo de sus sesiones sobre su cometido. Fue impulsado por Francisco de Miranda, miembro de él, y por varios criollos radicales, pero muy especialmente desde fuera de la Constituyente por los miembros de una “Sociedad Patriótica” donde abundó el empuje jacobino. Simón Bolívar, quien en 1810 había formado parte de una delegación enviada a Londres para explorar las posibilidades de independencia y los alcances de una posible cooperación inglesa, fue de los empeñosos sostenedores, en la Sociedad Patriótica, de la declaración de libertad absoluta. Allí pronunció su primer discurso político, cuando se discutió acerca de las dubitaciones del Congreso. A propósito de lo sostenido por la corporación a la cual pertenecía, acusada de pretender finalidades que no le atañían, según los conservadores, declaró, en intervención memorable:

No es que haya dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad (...). Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una Confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera (...). ¡Que los grandes proyectos deben prepararse con calma! ¿Trescientos años de calma no bastan?

La Independencia, declarada el 5 de julio de 1811, produjo naturalmente la guerra con los colonialistas. Francisco de Miranda, nombrado dictador por su larga experiencia como guerrero en Europa, a favor de la Revolución Francesa, dio a Bolívar el mando de Puerto Cabello, donde se produjo el primer gran tropiezo de éste, cuando un traidor entregó el castillo a los colonialistas. Después de la capitulación de Miranda, en 1812, Bolívar estuvo entre los que apresaron al precursor

27. Zea (1956), p.17.

y lo entregaron a los enemigos realistas, con el pensamiento de que no se había comportado con entera lealtad. Pensaron que los aprestos de Miranda para dejar el país mostraban su poco interés para vigilar el cumplimiento de los términos de la rendición, a más de que muchos estuvieron en contra de ella. Bolívar logró pasaporte para viajar. Desde Cartagena dirigió el 12 de diciembre una *Memoria a los ciudadanos de la Nueva Granada*, primero de sus grandes documentos políticos. Analizó las causas de la derrota. Expresó por primera vez su convicción en la eficacia de los gobiernos centralistas y en la necesidad de basarse sobre las realidades políticas y sociales para organizar las luchas por la independencia.

Los códigos que consultaban nuestros magistrados —escribió— no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del género humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución que bien pronto se vio realizada.

Ya mostró allí Bolívar capacidades de generalización política, pero también otras, como las de economista:

La disipación de las rentas públicas —escribió— en objetos frívolos y perjudiciales; y particularmente sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jefes, magistrados, legisladores, provinciales y federales, dio un golpe mortal a la república, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer papel moneda, sin otra garantía que las fuerzas y las rentas imaginarias de la confederación.

Por primera vez mantuvo en su *Memoria* su oposición al federalismo, con lo cual fue consecuente toda su vida, pues nunca confundió las estructuras federales con las confederaciones internacionales, que siempre propugnó para el logro de la independencia y para la convivencia en paz de las naciones. Así, expresó:

Lo que debilitó más al gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía. Tal era

el verdadero estado de la Confederación (...). El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz para proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a nuestros nacientes Estados. Generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano; virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y deberes del ciudadano.

Bolívar fue comisionado para labores militares, con el respaldo de Rodríguez Torices en Cartagena, de Nariño en Bogotá, y de Camilo Torres. Después de numerosas vicisitudes que siguieron a algunos triunfos, demostradores de su capacidad militar, se le autorizó el 7 de mayo de 1813 para tomar en Venezuela las provincias de Mérida y Trujillo. Partió de Cúcuta el día 14. El 17, según la cronología de O'Leary, siguió desde La Grita hasta Mérida, adonde llegó el 23 de mayo. Allí fue aclamado como Libertador.²⁸

El 14 de junio tomó posesión Bolívar de Trujillo, capital de la provincia del mismo nombre. Al día siguiente promulgó el Decreto de Guerra a Muerte, acerca del cual se han escrito los más diversos comentarios. El párrafo más recordado es el final:

Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.

Bolívar respondía de tal modo a la política falaz y a la ferocidad de Monteverde, quien traicionó totalmente la capitulación firmada con Miranda. Pero, además, políticamente, deseaba deslindar agudamente los campos: de un lado los colonialistas e, irreconciliablemente, frente a ellos, los patriotas. Era la rebelión colonial contra la fuerza de tres siglos y los procedimientos del que había sido el más poderoso imperio de la tierra. Bolívar vio, antes que nadie, que no podían existir claroscuros en lucha. Sus conocimientos históricos le habían enseñado que ningún colonizador liberta amablemente al sojuzgado. Tras numerosos y acelerados triunfos, Bolívar llegó a Caracas, donde comenzó a despachar el día 7 de agosto. En tres meses, habiendo comenzado con unos pocos cientos de

28. Quienes deseen seguir en detalle la vida de Bolívar pueden leer la *Narración*, en tres tomos, de las *Memorias* del general Daniel Florencio O'Leary, quien fue edecán de Bolívar.

hombres, había recobrado el territorio de la república desde Occidente al Centro, en tanto que en el Oriente, Mariño había derrotado a su vez a los colonialistas. La sucesión de victorias desde el límite occidental hasta el Centro se ha denominado por los historiadores “Campaña Admirable”. Pero Bolívar y los generales que lo acompañaron no se dejaron engañar por la incorporación de numerosos combatientes, ni por las derrotas de los enemigos. Comprendieron que seguiría un período de muy difícil consolidación y que debían apresurarse para reunir fuerzas suficientes y garantizar el abastecimiento del ejército y el pago de todos los militares. Muy pronto comenzaron las dificultades con las regiones federalistas, cuyos criterios políticos se basaban en los intereses de los grandes propietarios regionales. Hubo controversias, por ejemplo, con los criollos de la provincia de Barinas, quienes eran fervientes federalistas deseosos de conservar la libertad, de comerciar legal e ilegalmente, no según disposiciones estables, sino con el aprovechamiento de las antiguas rutas hacia el Orinoco por donde solían enviar sus ganados a manos de los mejores postores, autorizados o no, desde los tiempos coloniales.

Muchos historiadores han presentado la Campaña Admirable como una marcha triunfal sin dificultades. Con tal criterio no se comprende lo ocurrido en 1814, cuando cambió el sigma de las victorias a favor de circunstancias propias de las luchas de clases. Factor del año 1813 a menudo olvidado, o recordado como simple circunstancia marginal, fue la actuación de Mariño y de quienes lo acompañaron para volver a Tierra Firme. Bolívar consideró a Mariño como “Libertador de Oriente” y así lo denominó. Solicitó, además, su cooperación, que se manifestó en el año 1814. Es muy significativa la acción de Mariño y sus compañeros, porque sus ejércitos estuvieron compuestos por mulatos y esclavos de las Antillas y por esclavos del Oriente de Venezuela.²⁹

Después de victorias y derrotas, llegó para Bolívar y sus generales, en 1814, el tiempo de las dificultades agudas, cuando los negros esclavos y otros grupos de las antiguas castas se adscribieron en gran número a las tropas de los colonialistas. En los llanos había existido una población marginal, compuesta por esclavos, cazadores de ganado, negros de “cumbe”, como se denominó en Venezuela a las comunidades de cimarrones, fugados de la región Septentrional de Venezuela, donde abundaban en el cultivo del cacao, la caña y el café. Todos los grupos que habitaban desde hacía tiempo los llanos y eran perseguidos por las autoridades

29. Para comprender la llamada Campaña Admirable y cómo Bolívar y sus oficiales no tuvieron nunca las ilusiones que se les atribuyen, conviene leer el relato que de la misma hace en sus *Memorias* el general Urdaneta, actor en ella y en años siguientes al lado de Bolívar.

coloniales y especialmente por los grandes propietarios, que en su mayoría eran criollos y no españoles, se unieron a los jefes españoles que luchaban por conservar el dominio. Fue así como, a favor también de algunas provincias (Coro, Maracaibo, Guayana), que siempre se habían conservado en sumisión y no se habían incorporado a la Declaración de Independencia de 1811, los triunfos de la Campaña Admirable se convirtieron en graves problemas en 1814, cuando, a pesar de todo, los patriotas lograron algunos triunfos importantes, unidas las fuerzas de Bolívar y Mariño. Después, a mediados de ese año, Bolívar hubo de organizar una migración de ejércitos y civiles hacia el Oriente de la república, con la esperanza de poder organizar allí una resistencia poderosa. Pero Bolívar y muchos venezolanos hubieron de salir de Venezuela. Unos hacia la Nueva Granada y otros hacia las Antillas. Mariño y el jefe antillano Videau dispersaron su ejército de esclavos y mulatos al retirarse, ordenándoles mantenerse por los campos y montes, para esperar la vuelta de los que se ausentaban en busca de elementos para reemprender la lucha por la libertad nacional.

Bolívar marchó otra vez a la Nueva Granada. Después de muchas vicisitudes, voluntariamente se retiró a Jamaica para evitar las rivalidades personalistas que habían surgido, como en toda derrota, y para dedicarse a arbitrar los medios de volver. En Jamaica escribió varias cartas de análisis político, entre las cuales resalta la enviada a Henry Cullen, habitante de la isla, con el cognomento de “un americano meridional”. Bolívar manejó en ese documento elementos históricos, demográficos, políticos. Y habló con toda claridad en nombre de su clase, lo cual nunca se ha señalado por los comentaristas, quienes hacen de esa pieza un conjunto de elucubraciones idealistas, cuando el genio del Libertador hablaba el lenguaje de la realidad social y por el sector que representaba. Sin decirlo expresamente, señalaba a los criollos, cuando escribió:

Se nos vejaba con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas. Si hubiéramos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo y gozaríamos también de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer funciones.

En este documento trazó Bolívar el retrato del colonizado encarnado, según su criterio, en su clase, la de los mantuanos. Pero, con amplio pensamiento, expuso por primera vez el ideal de extensas confederaciones para convivencia internacional:

Es una idea grandiosa –escribió– pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate Saint Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.

El político y militar que tenía todavía una corta experiencia había obtenido, sin embargo, de la intensidad de ella y gracias a su genio, conclusiones que lo moverían en el futuro constantemente. El Congreso de Panamá, concreción de su sueño de Jamaica, habría de reunirse en 1826.³⁰

En 1815 llegó a Venezuela una expedición de unos 15 mil hombres, comandada por un general de experiencia, Pablo Morillo, con la creencia, por parte del régimen español, de que, después de los triunfos y fracasos de 1813 y 1814, la nueva invasión sería suficiente para someter a los países suramericanos. Pero así como después de la llamada por los historiadores Primera República, que sólo vivió de mediados de 1811 hasta 1812, los patriotas exiliados pudieron encontrar los medios de volver, después de 1814, quedaron muchos grupos revolucionarios por todas partes, principalmente en Oriente, los Llanos y en la lejana región de Casanare. Hacia allí se dirigió Urdaneta, con restos de un ejército que había com-

30. Como guía para comenzar la interpretación del pensamiento social de Bolívar, hemos incluido en la antología todos los documentos acerca de los cuales presentamos en esta introducción algunos comentarios.

batido tenazmente y no siguió la migración a Oriente encabezada por Bolívar. En la costa oriental y en los Llanos estuvieron actuando numerosas guerrillas, encabezadas por muchos futuros generales de la república. La isla de Margarita, que había peleado exitosamente en los años 1813 y 1814, resistió a Morillo y en la Tierra Firme combatían Zaraza, Monagas, Rojas, Cedeño y muchos otros, a la cabeza de pequeños grupos que actuaban desnudos y con armas rudimentarias, a veces con arcos y flechas, y siempre con lanzas cuyas astas eran fabricadas de fuertes palmas y a menudo carecían de puntas de hierro, sustituidas por pitas vegetales. Al referirse a la actuación de Bolívar desde 1815 a 1818, el historiador venezolano Augusto Mijares escribe:

Durante aquellos años de 1815 a 1818 ninguno de los triunfos republicanos fue obra suya, y, por el contrario, tres abrumadores fracasos, eslabonados fatídicamente en 1816, 1817 y 1818, en Ocumare de la Costa, en Clarines y en la tercera batalla de la Puerta, hicieron perder el ejército que mandaba y lo llevaron varias veces al borde de la muerte. La liberación de la isla de Margarita la realizó Arismendi en 1815 y 1816 y la consolidó el general Francisco Esteban Gómez derrotando al propio Morillo en 1817. Los Llanos orientales fueron mantenidos bajo las banderas de la patria por el incesante combatir de Monagas, Zaraza, Cedeño y otros jefes locales. Piar y Mac Gregor ganaron contra Morales, en 1816, la batalla del Juncal, que dio a los independientes la Provincia de Barcelona. El mismo Piar obtuvo la posesión de Guayana con la victoria de San Félix en 1817. José Antonio Páez apareció como caudillo indiscutible en los Llanos de Apure y los incorporó a la república por sus propios esfuerzos, tan aislado en aquel teatro de sus hazañas, que a fines de 1817 comenzaron a saber de él Bolívar y los otros jefes que luchaban en Oriente y en la Guayana, cuando ya tres años de victoria aseguraban su predominio y había logrado vencer en Mucuritas al general La Torre, segundo de Morillo.³¹

El resumen de Mijares indica cómo la Guerra de Independencia fue labor colectiva. Se debe añadir que el fundamento de las acciones de los generales destacados fueron los esclavos, en Oriente, y la numerosa población llanera compuesta no por esclavos sino por cimarrones, blancos desclasados, indios, mestizos, mulatos

31. Es muy interesante la lectura de la *Autobiografía* que escribió José Antonio Páez. Narra allí sus aventuras en Casanare y su encuentro con Bolívar en los Llanos.

y zambos. En la costa oriental combatieron permanentemente los negros esclavos y los mulatos antillanos que se habían dispersado antes de retirarse Videau, a principios de 1815. Pero el período descrito cuando se diversifican los grupos y logros no fue de inactividad para Bolívar. Con la ayuda del haitiano Pétion en una sucesión de acontecimientos que no narraremos, llegó a la Costa Firme en 1816, y decretó en Carúpano, al oriente de la república, con ratificación en otros lugares, la libertad de los esclavos, así:

Considerando que la justicia, la política y la patria reclaman imperiosamente los derechos imprescindibles de la naturaleza, he venido en decretar, como decreto, la libertad absoluta de los esclavos que han gemido bajo el yugo español en los tres siglos pasados. Considerando que la república necesita de los servicios de todos sus hijos, tenemos que imponer a los nuevos ciudadanos las condiciones siguientes (...).

El decreto hacía obligatorio el servicio de las armas para todos los varones comprendidos entre 14 y 60 años, eximía al resto de la antigua población de esclavos de todos los servicios a que se pretendiera obligarlos, señalaba las penas para quienes no se incorporasen al ejército según lo pautado por el decreto y ofrecía para los parientes de todos los militares del Ejército Libertador su absoluta libertad. Muchos comentaristas han asegurado que con la libertad de los esclavos simplemente complacía Bolívar a Pétion y le retribuía la ayuda de los haitianos, pero sin duda existieron otros motivos ligados a la capacidad de Bolívar para asimilar las experiencias. En cierto modo, el decreto de libertad de los esclavos completaba en la acción los planes expuestos por Bolívar en la *Carta de Jamaica*. Durante 1813 y 1814 había aprendido que la independencia no se podría lograr sin la cooperación de todos los sectores nacionales. Había sufrido la dura lección de los esclavos equivocados que, por luchar contra sus amos tradicionales, se habían incorporado a las filas de los colonialistas. Confirmación de la lucha dura por venir la recibió en el propio Carúpano, donde pocos esclavos, según él mismo anunció, se alistaron mientras lo hacían numerosos hombres libres. Pero desde la Carta de Jamaica, donde se refirió a la unidad, luchó por ella incesantemente. Aunque hubo numerosas rivalidades entre quienes encabezaban porciones de ejércitos o guerrillas, Bolívar, al volver a Tierra Firme, en 1816, fue reconocido como jefe y, posteriormente por Páez, en los Llanos. A pesar de los infortunios sintetizados por Mijares, Bolívar fue la cabeza de los planes a largo tiempo. Comprendió la importancia de los intentos de Piar y Cedeño para penetrar en Guayana, durante

1815 y 1816, y apoyó todos los esfuerzos a ese respecto. Cuando fue ocupada Guayana por los patriotas, Bolívar trazó inmediatamente planes de gran alcance. Fundó en Angostura el periódico *Correo del Orinoco*, sobre su lema de que “la prensa es la artillería del pensamiento”, convocó el segundo Congreso Nacional y se dispuso a la acción militar de largo alcance, pues podía llegar, en relativo poco tiempo, a los territorios de la Nueva Granada. Al reunirse el Congreso de Angostura, Bolívar presentó un informe, en febrero de 1819, en el cual realizó otra vez análisis sociológicos basados en la historia y en el conocimiento de los pueblos, y presentó un proyecto de constitución. Fundamentó largamente su modo de ver. Mostró que comprendía bien el sentido de los sucesos colectivos, donde los individuos tienen solamente un papel, de acuerdo con sus capacidades y propósitos, cuando expuso:

No ha sido la época de la república, que he presidido, una nueva tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular. Ha sido, sí, el desarrollo de los elementos desorganizadores: ha sido la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela. Un hombre ¡y un hombre como yo! ¿qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones? En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional.

Llamaba así a una honda reflexión. Volvió a impugnar el sistema federal y criticó a quienes intentaron copiarlo, en 1811, del régimen de los Estados Unidos. Para justificar la originalidad de sus concepciones y su negativa a copiar modelos de constitución extranjera, señaló:

Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una

emanación de la Europa, pues que hasta la España misma deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

Sobre su ideal de gobierno para ese momento explicó:

Un gobierno republicano ha sido y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo: la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas.

De todos esos ideales no vio cumplir su petición de abolición de la esclavitud, a pesar de que la imploró y de que ya la había decretado en Carúpano.

La atroz e impía esclavitud —dijo— cubría con su negro manto la tierra de Venezuela y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la Humanidad y luego la Redención disipó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de la libertad. Sí, los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra ya son defensores de una patria (...). Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la república.

A pesar de ello, el Congreso no ratificó el decreto de Carúpano, como nunca acogieron los congresos, después, sus innumerables peticiones de abolición de la esclavitud. Esta fue una de las primeras y más permanentes contradicciones que

el Libertador mantuvo con su clase, la de los criollos, propietarios de grandes haciendas y de esclavos para cultivarlas. Invariablemente, estuvieron en mayoría en todas las constituyentes y congresos que surgieron en el proceso de la Independencia. Bolívar presentó su proyecto de Constitución en Angostura el 15 de febrero de 1819, al instalarse el Congreso. Pensó un extenso proyecto enmarcado dentro de lo que fue característico de sus concepciones. Para él la guerra formaba parte de los medios de la política. Las batallas eran parte de los esfuerzos políticos generales. Por eso, sus grandes triunfos militares fueron preparados con mucha antelación y dentro de marcos muy amplios de propósitos. En Angostura vio la posibilidad de invadir a la Nueva Granada, para atacar por las espaldas, como dijo, a los ejércitos que Morillo había trasladado allí. A mediados de año partió hacia Casanare, justamente el día de comienzo de las lluvias. El ejército, que deseaba acción permanente, se alegró. Bolívar no confió a nadie sus proyectos y guardó en absoluto secreto su decisión de pasar los Andes, no por las serranías de uso corriente, donde encontraría guarniciones españolas bien preparadas, sino por el páramo de Pisba. Cuando emprendió su ascenso, los llaneros, acostumbrados a climas cálidos, se llenaron de asombro, pero nadie retrocedió. El ejército comenzó la jornada de los Andes el 2 de julio. O'Leary, edecán de Bolívar, compañero en el temerario viaje, escribe:

El paso de Casanare, por entre sabanas cubiertas de agua y el de aquella parte de los Andes que queda detrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían deleznable y peligroso el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracacha para cuatro días, las arrojaban y sólo se curaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libres de embarazo alguno (...). Como las tropas estaban desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles sufrimientos (...). En la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados y así logró salvarse a un coronel de caballería (...). Cien hombres habrían bastado para destruir al ejército patriota en la travesía de este páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun

los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa.

Un contingente de la legión británica que acompañó al Libertador perdió la cuarta parte de sus miembros. No llegó al extremo del viaje ni un solo caballo y las provisiones quedaron abandonadas o caídas por el camino. A los cinco días terminó la tremenda prueba. Bolívar envió comisiones de los habitantes granadinos a recoger lo abandonado, solicitó caballos y mulas y organizó un hospital. Ordenó la solicitud de ganado y pudo dotar de alpargatas a los soldados y a quienes el entusiasta recibimiento en Socha reanimó y llenó de esperanzas. Juraron “vencer o morir” para no volver jamás a atravesar el páramo de Pisba. El 7 de agosto, reorganizado totalmente el ejército y engrosado con neogranadinos, venció Bolívar en Boyacá. Dos mil patriotas derrotaron al ejército de tres mil soldados de los colonizadores, comandados por Barreiro. Fue una victoria aplastante con 1.600 prisioneros. En Bogotá el pueblo atacó a los realistas, saqueó los almacenes y esperó jubilosamente a Bolívar, quien inmediatamente dictó numerosos decretos de orden administrativo y político. En diciembre de 1819 regresó a Angostura. El 14 propuso la creación de Colombia, república unificada compuesta por Venezuela y Nueva Granada. Dijo al Congreso:

Sería demasiado prolijo detallar los esfuerzos que tuvieron que hacer las tropas del Ejército Libertador para conseguir la empresa que nos proponemos. El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, súbita mutación del clima, un triple ejército aguerrido y en posesión de las localidades más militares de la América meridional, y otros muchos obstáculos tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada. Pero no es sólo al Ejército Libertador a quien debemos las ventajas adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre (...). Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en aras de la patria (...). Los granadinos están íntimamente penetrados de la creación de una nueva república, compuesta de estas dos naciones. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: Es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur.

El Congreso promulgó el 17 de diciembre la Ley Fundamental de la República de Colombia, en la cual quedaban reunidas las dos naciones contiguas. Quedó dividida Colombia en tres departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca. Se fijó el 1° de enero de 1821 para la reunión del Congreso General en Cúcuta. El Congreso de Angostura cesaría en sus funciones el 15 de enero de 1820 y se procedería al proceso de las elecciones. A fines de 1819 se supo en Venezuela que en España se alistaba un ejército de 20 mil hombres de infantería, 2.800 de caballería y 1.370 de artillería, al mando del general O' Donnell. En marzo de 1820 volvió Bolívar a Bogotá. Dejó planes coordinados a Sucre, Páez, Urdaneta, Montilla, Arismendi, Brión. A poco se tuvo noticias en América de que las tropas a quienes se había ordenado partir para América se habían alzado con consignas liberales. Se negaron a participar en otra operación de coloniaje. Fernando VII aceptó la Constitución de Cádiz. Durante el año de 1820 hubo intensas actividades bélicas en los llanos. Como consecuencia de los sucesos liberales de España, Morillo, jefe de los 15 mil hombres que habían sido enviados en 1815 para reconquistar a Venezuela, recibió nuevas instrucciones. Después de muchas incidencias políticas, el 26 de noviembre de 1820 firmaron Bolívar y Morillo un Tratado de Regularización de la Guerra, en la misma casa donde siete años antes había firmado el Libertador el Decreto de Guerra a Muerte. El 28 de noviembre, Bolívar se entrevistó con Morillo en Santa Ana. El jefe español embarcó para España el 17 de diciembre. La guerra, que se había suspendido por un armisticio durante las negociaciones para el tratado, se reanudó el 28 de abril de 1821. Bolívar había comenzado a preparar, desde hacía varios meses, una batalla definitiva que dependería de la unidad combatiente que lograra de sus lugartenientes. Algunos historiadores han olvidado que Bolívar fue siempre combatido dentro de sus propias filas y hubo de realizar innumerables sacrificios personales para unificar las fuerzas anticolonialistas. Tuvo controversias con Bermúdez, Piar, Ribas, Mariño, Páez y muchos otros. Desde su llegada a Guayana, realizó esfuerzos de unidad para cuando culminase en una batalla el enfrentamiento. Borrada la posibilidad de una nueva invasión por parte de España, Bolívar se proponía expulsar a los colonialistas ocupantes de América. Ordenó al Ejército de Oriente invadir la provincia de Caracas. Arismendi debía llevar una expedición marítima desde el Oriente hasta las costas centrales de Higuerote. El Ejército de Occidente, al mando de Páez, pasaría el Apure, en camino hacia el centro de la república, el 26 de mayo. Las milicias de los estados occidentales, Mérida y Trujillo, debían internarse hacia Valencia. Urdaneta partiría hacia el centro desde Maracaibo y el ejército denominado La Guardia atacaría Guanare, San Carlos y Valencia. El Libertador deseaba mantener alarmados algunos contingentes colonialistas y quería, además, reunir en sitios convenientes fuerzas suficientes para una batalla

definitiva. Ocurrió, cumplidas todas las previsiones de Bolívar, el 24 de junio de 1821 en el Campo de Carabobo. El historiador Vicente Lecuna resume los resultados del triunfo de Carabobo así:

El ejército de De la Torre, incluyendo las divisiones auxiliares por su composición y disciplina, era el más fuerte de la América española, situado en el centro, amenazaba a todas las colonias. Su destrucción se hizo sentir en gran parte del continente hispanoamericano. El 15 de septiembre los países centroamericanos se declararon independientes; el 21 capituló la plaza del Callao y el 28 del mismo mes se consumió la independencia de México (...). En Colombia las plazas fuertes de Cartagena y Cumaná se rindieron el 1° y el 16 del siguiente mes de octubre y Panamá proclamó su liberación e incorporación a Colombia el 28 de septiembre.

Bolívar comunicó al Congreso su victoria militar el 25 de junio. Pero no olvidó la concepción general de la lucha política y el 14 de julio siguiente se dirigió de nuevo al Congreso así:

La sabiduría del Congreso General de Colombia está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter sus cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios ni sus padres los quieren infelices. El Congreso General, autorizado por sus propias leyes, y, aún más, por la naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República. De este modo se concilian los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales. Sírvase V. E. elevar esta solicitud de mi parte al Congreso General de Colombia para que se digno concedérmela en recompensa de la Batalla de Carabobo, ganada por el Ejército Libertador, cuya sangre ha corrido sólo por la libertad.

Bolívar, alarmado por las discusiones que se realizaban en el Congreso, decidió pedir la libertad de los esclavos, no como en Angostura, por su vida, sino a cambio de la batalla que había consolidado la “libertad de la nueva República de Colombia”: Los

criollos propietarios que actuaban en la Asamblea Nacional no negaron, pero limitaron la petición de Bolívar. En efecto, cinco días después, el 19 de julio, aprobaron la ley “sobre libertad de los partos, manumisión y abolición del tráfico de esclavos”, que se conoció históricamente como “ley de vientres libres”. Se prohibió la venta de esclavos sacados de Colombia por sus dueños, se declaró ilegal la importación de esclavos, pero cualquier persona podía introducir uno de servicio doméstico, y se declararon libres los hijos nacidos de esclavas, pero con la tremenda limitación de que debían permanecer bajo la férula de los amos de sus madres hasta cumplir 18 años, en retribución del alojamiento, manutención y existencia educativa que aquéllos debían obligatoriamente suministrarles. Ello equivalía a mantener como esclavos a los niños y adolescentes hasta la edad mencionada. Se acordó también un complicado procedimiento de manumisión de esclavos, basado en un fondo especial. El Congreso dio a Bolívar el premio que pedía a cambio de la Batalla de Carabobo, no por la disposición de “vientres libres”, sino en su artículo 15:

Se declaran perpetua e irrevocablemente libres todos los esclavos y partos de esclavas que habiendo obtenido su libertad en fuerza de leyes y decretos de los diferentes gobiernos republicanos, fueron después nuevamente reducidos a la esclavitud por el gobierno español. Los jueces respectivos declararán la libertad acreditándose debidamente.

Lo cual aprobaba en definitiva el decreto de Ocumare pero dejaba librada a difíciles trámites la comprobación de los esclavos.³²

El 3 de octubre de 1821 se juramentó Bolívar como Presidente de la nueva República de Colombia, ante Congreso reunido en Cúcuta. Antes había sido dictador, jefe del Ejército Libertador, encargado del poder ejecutivo por el Congreso de Angostura. Ahora era por primera vez Presidente electo por la soberanía del pueblo, según él la concibió a través de representantes nacidos de elecciones. Así como en Guayana había encargado la dirección ejecutiva al vicepresidente, para irse al frente de los ejércitos, en Cúcuta dijo: “Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado a Magistratura”, con el pensamiento puesto en la inmensa tarea que faltaba hacia el Sur. El 9 de octubre, seis días después, el Congreso acordó a Bolívar facultades extraordinarias en cualquier teatro de guerra. Se preparaba la Campaña del Sur. El 23 de agosto había escrito a O’Higgins:

32. La Ley de Manumisión de 1821 puede consultarse en el volumen *Cuerpo de Leyes de la Gran Colombia*, editado por el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela.

Desde el momento en que la Providencia concedió la victoria a nuestras armas en Carabobo, mis primeras miradas se dirigieron al sur, al Ejército de Chile. Lleno de los más ardientes deseos de participar de las glorias del ejército libertador del Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuantas cadenas encuentre en los pueblos esclavos que gimen en la América Meridional (...). Dígnese V. E. prestar su protección a esta empresa bienhechora y todos nuestros hermanos serán para siempre libres.

El 16 de septiembre, desde Maracaibo, escribió a Pedro Gual:

Parece que, por todas partes, se completa la emancipación de la América. Se asegura que Iturbide ha entrado en junio en México. San Martín debe haber entrado en el mismo tiempo, en Lima. Por consiguiente, a mí es que me falta redondear a Colombia, hasta que se haga la paz, para completar la emancipación del Nuevo Continente.

Sabía el Libertador que mientras hubiese algún poderoso contingente de colonialistas en América, o algún país permaneciese ocupado, estarían en peligro todos los sacrificios y todos los esfuerzos realizados. Por esas cartas se comprende que mantenía su visión de una América libertada, como obra de cooperación desde el Sur y desde el Norte, y se consideraba obligado por lo que llamó en Angostura “el huracán revolucionario” a completar la gran tarea política de muchas fases concebida en Jamaica. Intencionalmente se llamó a sí mismo “hijo de la guerra” ante el Congreso de Cúcuta. Ya había ganado un par de batallas decisivas. Bogotá y Carabobo, cada una de las cuales valía una república, y su fama había comenzado con la Campaña Admirable de 1813. De modo que todos lo veían principalmente como jefe de guerra. En verdad, la inmensa labor política, administrativa, de unidad, no se veía todavía por los contemporáneos del Libertador. Él lo sabía y presentaba sólo su faz de combatiente. Su clase le tomó la palabra, cuando se autocalificó “hijo de la guerra”. Y desde cuando se ausentó hacia el Sur, para “redondear a Colombia”, libertando su tercer departamento, el de Quito, y para presentar algunas batallas decisivas a las fuerzas meridionales de los colonialistas, fue considerado sólo como “conductor bélico”. Empezó entonces a ser utilizado por los mantuanos de Venezuela, los criollos de Colombia, los oligarcas del Perú. Veían muy claramente las correlaciones bélicas. En una carta a Santander se refirió a una gran batalla definitiva que sería como hermana de Boyacá y Carabobo.³³

33. Sobre estos aspectos puede verse más extensamente la tercera parte del libro de Acosta Saignes,

Esperaban a Bolívar en el Sur los mismos trabajos de organización hasta la minucia, realizados hasta entonces en Guayana y en los Llanos, y los mismos esfuerzos para mantener los ejércitos, para pagar a los soldados, para vestirlos, para aclimatarlos. Tendría un compañero insuperable, Sucre, así como en los Llanos había contado con Páez. Sucre había llegado a Guayaquil desde los primeros meses de 1821. Pedro León Torres era allí jefe del ejército. Existían para ellos deudas, “número infinito de enfermos”, dificultades para el aprovisionamiento y no eran raras las deserciones. En Ecuador, Perú y Bolivia, encontraron Bolívar y Sucre los mismos obstáculos que habían tenido por largo tiempo en Venezuela y a veces otros, peores. No existían allí las extensas llanuras pobladas de ganados cimarrones que habían solucionado los problemas de la alimentación en lo fundamental. Los climas fríos obligaban a mayores cuidados con la alimentación, el vestido, el alojamiento. Desde los primeros tiempos, Bolívar experimentó grandes dificultades. El 26 de enero de 1822 llegó a Popayán, desde Buga, adonde había ido a practicar labores organizativas. O’Leary escribe:

Más de una vez he descrito la dificultad de organizar y mover un ejército en Colombia (...). Escasos recursos del país en que se ejecutaban (...). Cuántos no serían los sufrimientos y fatigas de aquellas tropas en esa marcha de más de 700 leguas, por un país escasamente poblado, falto de los recursos más indispensables para la vida, empobrecido por la guerra, en una palabra, casi en el estado primitivo de los pueblos. No es de extrañarse que en semejante marcha hubiese un cuerpo que perdiese la tercera parte de su fuerza, ni que al llegar a Popayán, en el hospital hubiese más enfermos que sanos en el cuartel. Popayán, cuyo benigno clima es proverbial, se infeccionó con los gérmenes de toda suerte de enfermedades contraídas por las tropas en sus prolongadas marchas por regiones deletéreas y grande número de vencedores en Boyacá y Carabobo encontraron allí una tumba prematura.

El 7 de abril de 1822 ganó el Libertador la batalla de Bomboná, donde tomaron parte los batallones Rifles y Vargas que iban de Venezuela, y el Bogotá, de Cundinamarca. El 21 de mayo aseguró Sucre la libertad del Ecuador con el triunfo de Pichincha. Se “redondeaba” así Colombia, con la libertad plena de su tercer departamento. Restaban las vecindades peligrosas.³⁴

Acción y utopía del hombre de las dificultades. La Habana, 1977.

34. El material relativo a partes de guerra, batallas, bandos, etc., se encuentra en la obra

El 25 de abril llegó a Guayaquil, donde se encontraba Bolívar, el general San Martín. El resultado de la entrevista fue resumido así, en carta de Bolívar para Santander con fecha 29 de julio de 1822:

Mi querido general —escribió Bolívar— antes de ayer por la noche partió de aquí el general San Martín, después de una visita de treinta y seis a cuarenta horas. Se puede llamar visita propiamente dicha, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido para asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos, por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres. Así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzos, por lo menos. El Protector me ha prometido su eterna amistad hacia Colombia, intervenir en el arreglo de límites, no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso. Guayaquil ha convenido en mandar un diputado por el Perú para tratar de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Diré que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es proforma. Dice que se retirará a Mendoza porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos. No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso (...). No hay género de ofertas ni de amistad que no me haya hecho. Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas concretas de las que a usted le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas.

Es bastante para hora y media de entrevista que sostuvieron. Pero la imaginación de los historiadores se desbordó posteriormente. Ningún testigo mejor que Bolívar. Compartimos el criterio del historiador venezolano Augusto Mijares, para quien sin duda se han suscitado excesivas discusiones sobre la llamada “entrevista de Guayaquil”, tal vez debido a que San Martín posteriormente se retiró en forma definitiva.³⁵

En septiembre de 1822, Bolívar hizo enviar por su secretario un mensaje a los ministros de Estado y relaciones exteriores del Perú y Chile, sobre su propósito de colaborar con el Perú. Ofrecía 4 mil hombres, además de los ya enviados y sugería que no se procurase ninguna batalla decisiva antes de recibir refuerzos. Presentaba la alternativa, ante una posible derrota de los peruanos, de una retirada hacia el Norte, en cuyo caso sería auxiliado por seis u ocho mil hombres, y de una marcha hacia el Sur, a propósito de lo cual aconsejaba el auxilio de Chile. Pensaba también en la colaboración del Río de la Plata con 4 mil hombres. En enero de 1823 se dirigió Bolívar hacia Pasto, donde los indomables habitantes colaboraban de modo activísimo con los colonialistas. “Desde la conquista —escribió Bolívar— ningún pueblo se ha mostrado más tenaz que éste”. El 4 de agosto explicaba Bolívar a Santander, en una carta, cómo consideraba la situación del Perú:

Por fin las cosas del Perú han llegado a la cima de la anarquía. Sólo el ejército enemigo está bien constituido, unido, fuerte, enérgico y capaz de arrollarlo todo. Podemos contar con 15 ó 16 mil hombres disponibles si vienen de Chile pero sin pies ni cabeza; sin pies por falta de movilidad y sin cabeza porque a nadie obedecen. Nadie obedece a nadie y todos aborrecen a todos.

A pesar del obscuro cuadro que pintaba, partió hacia Lima el 7 de agosto. El 4 de septiembre escribió a Riva Agüero: “He renunciado para siempre al poder civil que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares”. El 10 de septiembre de 1823, el Congreso peruano depositó en él la más alta autoridad militar, Sucre actuaba por el Desaguadero. En noviembre, el Libertador estaba muy alarmado. “Aquí —dijo— la época de la patria ha sido la época del crimen y del saqueo”. El 30 de noviembre pidió a los pueblos por donde debía pasar el ejército que reuniesen 200 reses y 10 mil raciones de pan abizcochado, más algunas cargas de ajo, para emplearlo contra el soroche. El 8 de diciembre escribía a Santander:

35. Una brillante biografía de Bolívar, con una concepción liberal, es la escrita por el doctor Augusto Mijares, con el título de *El Libertador*.

Nuestro ejército necesita de aumento porque desertan muchos soldados y enferman lo mismo. No tenemos más de 4.000 hombres y no hay más ejército que el de Colombia, pues los demás son bochinchitos sin moral, sin valor, sin sistema (...). Aquí no debemos contar sino con los colombianos que vengan de la vieja guardia.

El 21 de diciembre volvió a escribir a Santander sobre sus planes. Estaba dispuesto a dar una gran batalla en el Perú. Se quejaba de la abundancia diaria de las desertiones, lo cual había conducido a la pérdida de 3 mil hombres en tres meses, sin combatir. Pedía 16 mil soldados de los 32 mil existentes en Colombia. Esperaba ansioso un contingente de jinetes embarcado en el istmo. Lo obsesionaban detalles propios para subalternos que debía atender personalmente, como las herraduras de los caballos. En camino a Lima, enfermó gravemente en Pativilca, el primer día de 1824. El 5 se sublevó la guarnición de El Callao. El último día de febrero Necochea abandonó Lima y entraron los realistas. Bolívar emprendió entonces un activo combate político: eliminó los empleos inútiles, redujo a una cuarta parte la paga de las tropas, para poder cancelarla, pues con la asignación anterior nadie cobraba y pidió auxilios económicos a Colombia, Chile, México y Guatemala. Sólo llegaron de Colombia. Colocó a la cabeza del ejército al general La Mar y como jefe del Ejército Unido, es decir, internacional, a Sucre. Persuadió al Clero para que le entregase la plata labrada, estableció impuestos y dispuso que el Estado se beneficiase de las propiedades confiscadas a los colonialistas y sus aliados criollos. Los ejércitos de los españoles ocupaban todo el Perú, con excepción de los departamentos de Trujillo y Huánuco. Tenían 18 mil hombres desde Jauja hasta el Potosí, además de las guarniciones de Lima y El Callao.

Ahora los realistas podían recibir auxilios marítimos, los cuales durante algún tiempo habían carecido:

Trujillo —dice O' Leary, quien llegó allí junto a Bolívar en marzo de 1824— presentaba el aspecto de un inmenso arsenal en donde nadie estaba ocioso. Aun las mismas mujeres ayudaban a los trabajadores y manos delicadas no desdénaron coser la burda ropa del soldado (...). Se hizo grande acopio de vestuarios, correajes, armas, municiones, hizo recoger todos los artículos de hojalata y jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda; faltaba el estaño para soldar (...). Un día, al levantarse Bolívar de su asiento, se rasgó el pantalón con un clavo. Resultó ser del metal que había menester. No quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de estaño.

Gracias a la prodigiosa actividad del Libertador, a poco estuvieron listos para salir a la guerra 8 mil soldados. Nos hemos detenido en lo que parecen detalles, para dar una corta muestra de cómo trabajaba incesantemente Bolívar en todos los aspectos. Medidas semejantes a las mencionadas había tomado varias veces en Venezuela y la Nueva Granada. No se ocupaba solamente del desarrollo de los amplios planes políticos y de las incidencias bélicas, sino de todas las actividades colectivas. El 24 de marzo recordó una vez más a los esclavos con una orden dirigida al prefecto del departamento de Trujillo:

Todos los esclavos que quieran cambiar de señor, tengan o no tengan razón, y aun cuando sea por capricho, deben ser protegidos y debe obligarse a los amos a que les permitan cambiar de señor, concediéndoles el tiempo necesario para que lo soliciten. Su excelencia previene a V. E. dispense a los pobres esclavos toda la protección imaginable del gobierno, pues es el colmo de la tiranía privar a esos miserables del triste consuelo de cambiar de dominador. Por esta orden S. E. suspende todas las leyes que los perjudiquen sobre la libertad de escoger amos a su arbitrio y por su sola voluntad.

Junto a la preparación de las futuras batallas decisivas, Bolívar prosiguió su labor administrativa. El 26 de marzo refundió el Libertador tres ministerios en uno solo debido a lo reducido del territorio bajo dominio patriota. El 29 ordenó a los generales Sucre y La Mar proceder a la confiscación de los bienes de los enemigos residentes en Lima, para beneficio económico del Estado. El 3 de abril creó un Tribunal de Seguridad Pública y el 4 pidió a los empleados oficiales la mayor dedicación a sus empleos. Legislabo según las facultades dictatoriales que le había conferido el Congreso peruano. El ejército confiaba en que pronto habría una gran batalla. La actividad febril de Bolívar y sus oficiales así lo presagiaba. En la primera quincena de abril llegaron 500 de los hombres de tropa que esperaba. El 10 de mayo decretó la fundación de la Universidad de Trujillo, nacida, como se ve, no en medio de la paz que convida a las meditaciones, sino en medio de los preparativos bélicos encaminados a la liberación final. Sucre comentó por escrito a Bolívar su visión, sobre la batalla decisiva que se veía venir:

Si ellos pierden una batalla —escribió Sucre—, pierden todo el Perú; si la ganan, nosotros perdemos las dos provincias del Perú que tenemos, porque en una batalla quedaría sobre el campo la mitad del ejército español y, por supuesto, incapaz de obrar contra Colombia

(...). Han de medirse mucho y muy mucho para aventurar su suerte, sus trabajos de tres años y sus prestigios y sus victorias en una batalla.

Sucre informó sobre los intensos trabajos que desarrollaba en Huaraz, semejantes a los del Libertador en Trujillo. Sucre necesitaba añil para teñir 2 mil pantalones. Pedía camisas y calzones de brin. Tenía fusiles pero solicitaba 300 bayonetas inglesas y 200 francesas.

El 15 de julio se puso en marcha Sucre, con 7.700 hombres, que incluían a los veteranos del Plata. El 7 de agosto triunfó Bolívar sobre Canterac en Junín. En Huancayo recibió Bolívar el 24 de octubre un despacho de Colombia, en el cual se le notificaba que el Congreso había derogado la ley del 9 de octubre de 1821 con la cual se le habían conferido facultades extraordinarias. Se le había autorizado para declarar provincias en asambleas, exigir contribuciones, decretar alistamientos, organizar la administración pública, conceder premios y recompensas, admitir oficiales de cualquier graduación en el ejército, conceder ascensos y delegar esas facultades. Pero todas ellas correspondían al Presidente, que era Bolívar. Considerarlas como atribuciones especiales era sólo un pretexto para desposeer al Libertador de los medios de levantar ejércitos y dirigirlos. Así lo entendió. Hizo que la Secretaría enviase una notificación a Sucre, con copia del despacho, participando que en vista de la resolución del Congreso, él renunciaba a la jefatura del ejército. Presentó el caso como si no entendiese cabalmente, con el objeto de poder delegar en Sucre esa dirección. A pesar de presentar su renuncia como voluntaria, el anuncio de Secretaría, sin duda dictado por él mismo, comentó:

Al desprenderse S. E. el Libertador de este idolatrado ejército, su alma se le despedaza con el más extraordinario dolor. Porque ese ejército es el alma del Libertador. Así desea S. E. que lo haga V. S. entender a los principales jefes del Ejército de Colombia; pero con una extraordinaria delicadeza, para que no produzca un efecto que sea sensible a nuestras tropas.

Sucre aconsejó a Bolívar que retirase su renuncia y los jefes del ejército dirigieron al Libertador un largo mensaje:

El ejército —decían— ha recibido ayer con el dolor de la muerte la resolución que V. E. se ha dignado comunicarles el 24 de octubre

desde Huancayo, separándose de toda intervención y conocimiento de él, a virtud de la ley del 28 de julio último. Nosotros, señor, como los órganos legítimos del ejército, nos atrevemos a implorar la atención de V. E. Meditando la ley del 28 de julio, no hemos encontrado que el cuerpo legislativo al dictarla tuviese la intención expresa de separarnos de V. E, ni de dañar a este ejército, cuyos sacrificios, si no son bien sabidos en Colombia, son al menos estimados por todos los amantes de la independencia americana. Si este ejército tuvo en la guerra del Perú deberes de obediencia hacia su gobierno, por los tratados existentes, los tiene V. E. mucho más sagrados hacia él, particularmente desde febrero, en que dislocado completamente el orden regular de las cosas en este país, le ofreció V. E. acompañarlo en las desgracias o conducirlo a la victoria. V. E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre. Si después de internados al centro del Perú, V. E. se separa de nosotros, sería resolver nuestro abandono, decretar nuestra mina (...). No deseamos, señor, significar ahora ninguna queja, sin embargo que hemos visto la atroz injuria del poder ejecutivo en consultar al Congreso si los empleos que V. E. había dado al ejército serían reconocidos en Colombia, como si nosotros hubiéramos renunciado a nuestra patria, como si nuestros servicios fueran una especulación, y como si el ejército recibiera ascensos tan simplemente como se ganan en las capitales; este insulto que hemos sentido más por la publicación en las gacetas que por el hecho, lo hemos sofocado en nuestro dolor, porque nuestros corazones son de Colombia, y nuestras armas y nuestra sangre sostendrán su libertad, sus leyes y su gobierno (...) en sí, nuestro anhelo y nuestro humilde ruego que V. E. revoque o por lo menos suspenda hasta elevar nuestros reclamos al Congreso, su resolución del 24 de octubre.

Transcribimos ese documento porque condicionó en mucho los criterios futuros del Libertador. Procedió con extrema nobleza al no declararse en rebeldía, ni protestar la revocación de los poderes que le habían concedido. Continuaba siendo el Presidente legítimo, con un reemplazante interino en el Poder Ejecutivo. No conocemos todos los factores que condujeron a la anulación de sus atribuciones. Algunos piensan que en el fondo le cobraban el haber aceptado la dictadura en el Perú, sin consulta al Congreso, por la interpretación que hizo de los poderes que le correspondían. Este hecho ha sido comentado poco por los historiadores y es

muestra del extraordinario autodomínio de Bolívar, y revela una vez más cómo atendió siempre a los fines de la independencia y no a incidencias que podían entorpecerla, por graves que pudieran parecer. Delegó en Sucre el mando del ejército, lo cual naturalmente hubiera podido ser motivo de controversias con el Congreso o el vicepresidente, puesto que lo habían despojado de calidades de jefe. Pero aparentó ignorar lo que podía parecer una irregularidad para que no se perdiese la ocasión de una batalla decisiva, preparada desde hacía meses por él y por Sucre. Éste venció a Canterac el 9 de diciembre en Ayacucho, en la batalla decisiva de la independencia de América. En su arenga al Ejército Unido, antes de la batalla, habló a los soldados de todas las procedencias. A los llaneros dijo: “lanza al que os enfrentare”; a los peruanos:

Si fuisteis desgraciados en Torata y Moquegua, salisteis con gloria y probasteis al enemigo vuestro valor y disciplina; hoy triunfaréis y habréis dado libertad a vuestra patria y a la América.

A Bolívar escribió Sucre, después del triunfo:

Los términos en que hasta ahora hemos convenido son pocos más o menos los siguientes: se entregará todo el ejército español y el territorio del virreinato del Perú, en poder de sus armas, al Ejército Unido Libertador con sus parques, maestranzas, almacenes y todos los elementos militares existentes, bagajes y caballos de las tropas y en fin, todo lo perteneciente al gobierno.

El 20 de diciembre de 1824 escribió el Libertador a Santander desde Lima:

Sucre ha ganado la más grande victoria de la guerra americana (...). Yo estoy resuelto a dejar este gobierno y el de Colombia (...). No me obliguen por sus negativas a desertarme (...). Todo el mundo sabe que Colombia ya no necesita de mí (...). Como el Congreso me ha quitado toda autoridad, creo que debería usted autorizar a Sucre y a Castillo para que le den dirección a las tropas de Colombia que están en el Perú.

Sobre los efectos de la batalla de Ayacucho, sólo comentó: “todo es más grande que la inmensidad”.

Después Bolívar convocó al Congreso para el 10 de febrero de 1825, justamente a un año de cuando ese Congreso lo había nombrado dictador del Perú, encargándole que se enfrentara a la desorganización, las consecuencias de traiciones

que habían ocurrido, la necesidad de lograr rápidamente triunfos que cimentaran la independencia y fuesen una base para reorganizar el país. El Congreso pidió a Bolívar que gobernase un año más. Tenía entonces la curiosa condición de Presidente constitucional de Colombia y dictador del Perú, lo cual le acarrea animadversiones porque para aceptar el segundo cargo no había pedido permiso a Colombia, considerando que formaba parte del encargo de libertar el Sur. Se le concedió el título de Padre y Salvador del Perú y se dio su nombre a la ciudad de Trujillo. Sucre fue nombrado Gran Mariscal de Ayacucho. El Congreso, además, decretó honores de Presidente Perpetuo para Bolívar y se le ofreció 1 millón de pesos para su peculio personal y otro para el ejército. Bolívar rechazó el que le hubiera correspondido. Otra vez fue llamado Bolívar Libertador. Antes, Venezuela y Nueva Granada le habían dado el título. Por tercera vez se le dio en una medalla que recibió del Congreso a nombre del Perú con la dedicatoria impresa: “a su Libertador Simón Bolívar”.

En abril partió Bolívar hacia el Sur. Ordenó reparto de tierras para los indígenas, abolición de cacicazgos y eliminación del servicio personal de los indios. O’Leary, al referirse a este período señala:

El trabajo de la mita, que desde el año anterior había abolido, no era la única carga bajo la cual gemía el indio miserable; un sin número de injusticias le oprimen y cualquiera de ellas hubiera bastado abrumarle. El corregidor, el cura, el agricultor, el minero, el mecánico, todos y cada uno de ellos eran sus opresores, obligándole a cumplir los contratos más onerosos y fraudulentos; la vida era para él una maldición bajo tamaña servidumbre; hasta los consuelos de la religión se le vendían a precio de oro. Pero en la defensa de los indios interpuso el Libertador su autoridad expidiendo decretos para extirpar tantos abusos; prohibiendo bajo las penas más severas que se le emplease en ningún trabajo sin que precediese un ajuste libremente estipulado. En las obras públicas de utilidad general, en que hasta entonces habían sido ocupados los indios exclusivamente, ordenó que los demás ciudadanos compartiesen con ellos la carga por iguales partes, y que cesasen las extorsiones a que antes se les había compelido.

Preocupó a Bolívar entonces largamente el problema de la educación, cómo establecer escuelas eficaces por todas partes, y para ello pensó en don Simón Rodríguez, cuyas antiguas ideas reformadoras conocía. Ideó Bolívar que se enseñase obligato-

riamente a los varones pobres albañilería, carpintería y herrería. En Arequipa y el Cuzco fue recibido con inmenso júbilo por los indios, pues le habían precedido no sólo las noticias de sus triunfos sino sus resoluciones a favor de las masas indígenas. En el Cuzco prohibió por decreto el servicio personal de los indios, el empleo de ellos por diversos funcionarios por coacción en “faenas, séptimas, mitas y pongajes”, que se llevase a realizar trabajos públicos a todos los ciudadanos útiles y no sólo a los indígenas, que se gravase, para el auxilio de las tropas, especialmente a los indígenas, pues todo debía repartirse equitativamente entre todos los ciudadanos, que también lo eran los indios, y ordenó se pagase a los indígenas cabalmente el precio de sus labores en las minas, haciendas y otros sitios.

Fue época en que el Libertador lo fue no solamente en el sentido bélico, sino social. Las masas de indígenas, de esclavos, de pobres lo recibían con entusiasmo delirante. Los grandes propietarios de tierra, los explotadores, en cambio, comenzaban a tenerle ojeriza. Fue éste el tiempo de las más agudas contradicciones entre Bolívar y su clase en América. Libertaba esclavos, liberaba a los indios en servidumbre, ordenaba el pago justo del trabajo, de acuerdo con elementales principios liberales. Todo ello correspondía a los que habían sido ideales de la Revolución Francesa, acogida en algunos puntos como paradigma para lograr la independencia política de España por los criollos. Pero cuando Bolívar tocaba enérgicamente el sistema de producción esclavista y semifeudal, se alzaba la enemiga de los mantuanos, de los criollos, de los gamonales, de todos los explotadores de negros y de indios, que consideraban entonces al Libertador como peligroso. Recordemos cómo incesantemente pidió, desde 1816 en adelante, la libertad de los esclavos a todos los congresos y constituyentes, sin que nunca se resolvieran más que medidas encubridoras del mantenimiento del sistema esclavista.

En el sur del continente, Bolívar y Sucre confrontaron el problema de que el Alto Perú había pasado en 1778 a ser parte del virreinato de La Plata, desprendido por los colonizadores del virreinato peruano. La independencia, guiada por Bolívar desde Venezuela hasta el Cuzco, llevó a los habitantes del antiguo territorio altooperuano a desear su libertad de los dos centros a los cuales había pertenecido históricamente. Un congreso reunido el 10 de julio de 1825, en Chuquisaca, declaró la independencia del Alto Perú después de largas deliberaciones, el 6 de agosto de 1825, y dio el nombre de Bolivia a la nueva república. Se colocó bajo “la mano protectora” de Bolívar y envió una comisión a buscarlo. Bolívar subió a La Paz y llegó hasta el Potosí, en medio del entusiasmo de los humildes, lo veían como un salvador llegado de tierras lejanas, en medio de sucesos cuyo desarrollo nadie comprendía, pero aceptaban todos. Al Potosí llegó una comisión del gobierno del Río de la Plata, a proponerle que encabezara una guerra contra el Brasil, que había invadido la banda oriental. Idealmente podía el Libertador com-

pletar un ciclo de escala continental, nunca igualado. Pero multitud de factores, no solamente personales sino internacionales, de otros continentes, lo persuadieron a rechazar la invitación. Su extensa mirada política lo llevó a sopesar todas las implicaciones que su aceptación podía tener en la correlación de las fuerzas internacionales interesadas en América.

Con una resolución sin precedentes, la Asamblea boliviana acordó que el Libertador tuviera el mando de la República mientras permaneciera en ella. Al ausentarse, lo sustituiría Sucre. El Congreso pidió al Libertador que redactara la Constitución de su nación epónima. Fue así como se encontró en una posición excepcional en la historia. Los utopistas habían redactado proyectos de repúblicas que jamás habían podido verificar en la realidad. Ahora tuvo el Libertador una ocasión excepcional. Podía elaborar una carta fundamental para la república de su nombre y someterla a la piedra de toque de una experiencia eminente y única. Podía resumir en una ley viva su experiencia con los hombres de América, sus meditaciones, las sugerencias de tantas lecturas como había realizado en su juventud y nunca interrumpido, las enseñanzas de Montesquieu, las teorías de Rousseau, sus opiniones permanentes acerca de los sistemas de gobiernos centralistas, sus desconfianzas por las pugnas electorales. Iba a ser no un teórico de los socialistas utópicos, que ya andaban por el mundo, sino el hombre que coronaría una práctica culminada nada menos que en la independencia de cinco repúblicas, con un proyecto absolutamente original de mando en el cual era posible buscar algún equilibrio entre las formas de gobierno hasta entonces practicadas, no imitando a algunas, sino tomando de todas, así como de los proyectos puramente imaginativos publicados desde Platón, los caracteres útiles. En mayo de 1826 envió su utopía constitucional a Bolivia, desde el Perú, con un mensaje analítico, lo que hoy llamaríamos en lenguaje parlamentario una “exposición de motivos”. El 25 de mayo de 1826 conoció la constituyente de Bolivia el proyecto del Libertador. Poca suerte tuvieron los puntos fundamentales: una república electiva, la igualdad ante la ley, la abolición de la esclavitud, las labores públicas compartidas, la separación del Estado y la religión, la libertad de cultos, el desarrollo moral de los ciudadanos, la presidencia vitalicia. Por lo general, los comentaristas e historiadores han señalado más la estructura de gobierno que los principios sociales básicos. Quienes lean el discurso elaborado por Bolívar, incluido en esta antología, verán las ideas expuestas por el propio Libertador. Veamos cómo se consideraron por los constituyentistas los contenidos fundamentales que tocaban a la economía, a la organización social y a las creencias. Aceptaron los congresistas la innovación de un presidente vitalicio y tres cámaras en lugar de las otras dos, una de las cuales pensaba Bolívar que serviría como

moderadora de la acción de las otras dos. Pero rechazaron la libertad de los esclavos, la separación del Estado y la religión, la libertad de cultos y el décimo de los ciudadanos como electores. Todo dentro de la mayor cortesía para Bolívar, pero también con la resolución inflexible de conservar privilegios. No logró el Libertador que se aprobasen ni siquiera los principios simplemente liberales, como la igualdad de todos los ciudadanos, sin esclavitud. Se conservó íntegramente el régimen semifeudal, con siervos indígenas y esclavitud de los negros que, aunque no numerosos en Bolivia, eran espejo de los procedimientos que se empleaban contra los indígenas.

Fue 1826 el año de otra utopía también verificada: la del Congreso de Panamá.³⁶ Desde la Carta de Jamaica había soñado el Libertador con un Congreso Anfictiónico capaz de sentar las bases de una nueva fuerza internacional, la de los países libertados de España, para lograr “el equilibrio del universo”. Durante varios años se refirió al proyecto que llegó a impresionar a las potencias de la época. Para contrarrestarlo, crearon otros. Pero las rivalidades internacionales fueron factor de fracaso para los adversarios de la anfictiónía bolivariana. El 7 de diciembre de 1824, dos días antes de la batalla de Ayacucho, concretó Bolívar sus propósitos largamente comentados con una convocatoria formal a los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala (es decir, Centroamérica).

Después de quince años —comenzó— de sacrificios consagrados a la libertad de América para obtener el sistema de garantía que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos.

Recordó que por su iniciativa se habían formado algunos tratados parciales, como entre Colombia y Perú en 1822 y entre México y Colombia en 1823. Sobre el lugar apropiado escribió:

Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el centro del globo, viendo por una parte al Asia y por la otra al África y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por Colombia para este fin en los tratados existentes. El Istmo está

36. Puede verse la bibliografía relativa al Congreso de Panamá en el libro *Acción y utopía...*; sus aventuras en Casanare y su encuentro con Bolívar en los Llanos.

a igual distancia de las extremidades; y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados.

Terminó la convocatoria con una poderosa esperanza:

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces del Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

A propósito de las invitaciones al Congreso, hubo controversias entre Bolívar y Santander. Éste fue partidario de que se invitase a los Estados Unidos, mientras Bolívar siempre lo rehusó. Su convocatoria al Congreso de Panamá era en parte una respuesta al mensaje que Monroe presentó el 2 de diciembre de 1823, donde expuso el principio de “América para los americanos”. Para Bolívar, “América” fue siempre la América española. Nunca se refirió a la llamada “doctrina Monroe”, lo cual indica evidentemente una actitud contraria a ella, pues Bolívar estuvo plenamente informado de los sucesos mundiales y, además, se sabe que la conoció algunos meses después de enunciada. Es significativo que nunca se haya referido al mensaje de Monroe.

En el año de 1825 mantuvo el Libertador abundante correspondencia sobre Panamá con Santander. Éste dijo a Bolívar que había invitado al Congreso de Panamá a los Estados Unidos pues se alegrarían los aliados de Colombia. Bolívar le recomendó consultar al Congreso para hablar luego con el Gobierno británico lo que fuese prudente, así como con la propia asamblea del Istmo. En un comentario escribió a Santander: “desde luego los señores americanos serán sus mayores opositores a título de independencia y libertad, pero el verdadero título es por egoísmo y porque nada temen en su estado doméstico”. El 7 de julio de 1825 manifestó al vicepresidente de Colombia su inconformidad por la invitación que éste había enviado ya, sin aceptación oficial por parte del gobierno de la república. El 23 de octubre insistió ante Santander: “No creo que los americanos deben entrar en el Congreso del Istmo”. Por cierto que Bolívar no usó sino tres veces en toda su correspondencia el calificativo de “americanos”, para nombrar genéricamente a los norteamericanos. Y esas tres veces ocurrieron en respuestas

a Santander, quien sí usaba ese gentilicio reiteradamente. Para Bolívar “americanos” eran los habitantes de las antiguas colonias españolas que él había libertado. Del 22 de junio al 15 de julio de 1826 sesionaron en Panamá los representantes de Perú, Colombia, Centroamérica y México. Las Provincias Unidas rehusaron asistir y Chile nombró plenipotenciario en fecha tardía, Paraguay rehusó la invitación y en Bolivia también se designaron representantes con atraso. El Brasil nombró un plenipotenciario que no asistió. Debido a la invitación de Santander, los Estados Unidos nombraron dos representantes. El principal, Anderson, murió en Cartagena, después de varias semanas en espera de órdenes que nunca le fueron enviadas para trasladarse a Panamá. El otro, Sargeant, no llegó a obtener en Washington la firma de sus credenciales sino el 8 de mayo, cuando ya era muy tarde para llegar a tiempo. Un representante de la Gran Bretaña no asistió oficialmente a las sesiones, sino se dedicó a relaciones políticas individuales. El delegado peruano Vidaurre, quien no seguía las opiniones de Bolívar, presentó proyecto para que se colocase a la Confederación que surgiese bajo el patrocinio de los Estados Unidos. Los delegados peruanos habían llevado instrucciones de tratar sobre la libertad de Cuba y Puerto Rico, para lo cual debían proponer la constitución de un ejército. Bolívar tenía desde hacía tiempo el proyecto de enviar uno comandado por Sucre, Páez y Urdaneta, a libertar esas dos islas. El Libertador llegó a pensar que después de ello tal vez podría enviar otro a libertar de la monarquía a los españoles. En el aspecto de la libertad de Cuba y Puerto Rico habían estado muy activos, frente a los proyectos de Bolívar, los norteamericanos. Clay, bajo la presidencia de Adams, había propuesto el reconocimiento de las repúblicas americanas por España, sin tocar a Cuba y Puerto Rico. Para tal punto de vista había solicitado el apoyo del zar. Hizo saber a los gobiernos de las nuevas repúblicas que no apoyaban la invasión de aquellas dos islas en ninguna circunstancia. El senado de México había resuelto que se podría tratar con Colombia para una expedición libertadora en el Caribe. Inglaterra no se oponía a la libertad de Cuba sino a su anexión a cualquier república. Muchos puntos de alto interés internacional, tanto para las nuevas repúblicas como para el mundo entero, se trataron en Panamá, pero no se tomaron decisiones. El Perú presentó una pregunta sobre el reconocimiento por los países libertados de Santo Domingo y Haití. Los delegados colombianos habían llevado instrucciones de no oponerse a las relaciones si estas se establecían sólo en lo comercial. Sin ninguna resolución el Congreso dispuso trasladar sus sesiones a Tacubaya, en México, donde había de reunirse cada dos años en tiempo de paz y cada año si había guerra. Gual esperó inútilmente dos años en México. Se retiró al fin con el convencimiento de que el fracaso se debió a las maniobras del embajador norteamericano Poinsett.

En agosto de 1826, al conocer la resolución de trasladar el Congreso a otro país, Bolívar comentó:

El Congreso de Panamá, institución que debería ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos consejos: nada más.

En septiembre propuso una alianza entre Bolivia, Perú, Ecuador, Cundinamarca y Venezuela.

El sueño anfictionico de Bolívar, su segunda utopía puesta a verificarse en la realidad, esta vez internacional, no podía realizarse en las condiciones del mundo en 1826. Luchaban entre sí los países colonialistas, en el intento de un nuevo reparto del mundo que modificara el que por siglos había existido y se había roto con la independencia de América. El capitalismo inglés y el francés no tenían los mismos intereses; los Estados Unidos comenzaban a ver con claridad los suyos. Eran los de un régimen capitalista creciente que iniciaba su rivalidad con las antiguas grandes potencias y con los dos países capitalistas del Viejo Mundo. El sueño de Bolívar pertenecía a una etapa futura del mundo: cuando las repúblicas socialistas de la tierra, algún día, se reúnan para constituir una alianza universal de naciones y sentar las bases de una paz perpetua, cuyas bases serán las de la igualdad económica, social y política.

El 15 de febrero de 1819 dijo el Libertador al Congreso de Angostura: “No he sido más que un vil juguete del huracán que me arrebató como una débil paja”. Ese huracán tuvo numerosos componentes: La gran contradicción entre los colonizadores y los colonizados; la contradicción fundamental del sistema esclavista de producción, entre los esclavos y los mantuanos, sus amos; la contradicción entre los indígenas explotados en servidumbre y sus explotadores, españoles y criollos; la contradicción de los sectores populares de pardos con los españoles y criollos. Hubo, además, lucha de sectores, como entre los criollos propietarios de tierras y esclavos, y otros, poseedores de capitales mercantiles. Cuando el movimiento liberador se extendió hacia el Sur, desde Venezuela y Nueva Granada, surgieron otras oposiciones entre mantuanos de Venezuela, criollos de Colombia y oligarcas del Perú, quienes colaboraron en muchos aspectos hasta Ayacucho. Después comenzaron los factores fundamentales en las incipientes economías nacionales a reflejarse en el terreno de las rivalidades políticas. Los criollos peruanos se sintieron desconfiados del ejército traslativo de Bolívar, que podría llegar a respaldar ambiciones de los mantuanos venezolanos; éstos no estuvieron contentos con que se legislase desde Bogotá sobre

producción, comercio, aduana, empréstitos, deudas, diplomacia, divisiones territoriales y, precavidos y pragmáticos, colocaron a la cabeza del movimiento a Páez, uno de los jefes libertadores, cabeza de un ejército realmente propio, ambicioso de propiedades y jerarquía. La situación venezolana fue origen de la vuelta de Bolívar desde el Sur, comisionado por el Gobierno de Bogotá para someter a Páez, a quien se consideró en rebeldía. Bolívar era utilizado nuevamente como guerrero al servicio de la república. Pero, aleccionado por la terrible experiencia relativa a su práctica destitución como jefe poco antes de Ayacucho, llegó a su patria, aunque apoyado por un ejército, con palabras de paz. Convenció a Páez de que era preferible un arreglo en diversos puntos y se dedicó a la reorganización administrativa del país. Arribó el 31 de diciembre de 1826 a Puerto Cabello. Regresó desde La Guaira, rumbo a Cartagena, el 5 de julio. Llega a Bogotá en septiembre. Para diversos sectores ya no era bienvenido.

Había ocurrido un alzamiento en el Perú a principios de año. Esto originó graves sucesos políticos, porque el cabecilla, Bustamante, fue apoyado por Santander y sus partidarios. Era un movimiento cuyo objetivo, decían, era cambiar la Constitución boliviana, que había comenzado a regir también en Perú. Santander convocó al Congreso para principios de mayo en Tunja, cuando Bolívar había manifestado su voluntad de convocar una Asamblea Constituyente. Los oligarcas del Perú habían empujado a Bustamante para lograr el retiro de las tropas internacionales de Bolívar. Los congresistas colombianos decidieron convocar la constituyente deseada por el Libertador, para el 2 de marzo de 1828. Comenzó la asamblea sus actuaciones apoyando a otro faccioso, el general Padilla, alzado en Cartagena, quien sin poder triunfar, accedió a ponerse al amparo de la Convención en Ocaña. Los portavoces de Santander presentaron un proyecto de Constitución Federal, forma de repudio contra el Libertador, a quien todos conocían como centralista consuetudinario. Bolívar estuvo dos meses en Bucaramanga para conocer de cerca las deliberaciones de Ocaña, de la cual, en medio de grandes tensiones, se retiraron los representantes bolivarianos. Esto condujo a Bolívar a asumir la dictadura, que le ofrecieron numerosos sectores para salvar de la anarquía a la nación. Sus opositores lo combatieron acremente. Hubo diversos intentos de asesinarle, el más grave de los cuales fue el 25 de septiembre, cuando un grupo de conjurados asaltó la casa donde dormía. Hicieron gravemente a su edecán Andrés Ibarra y mataron a dos coroneles: Ferguson y José Bolívar. Catorce de los conspiradores fueron condenados a muerte. Entre ellos se encontraba el general Padilla. A Santander, gravemente comprometido, Bolívar le conmutó la pena por destierro. A principios de 1829, comenzó otra grave preocupación para el Libertador. El Presidente del Perú, La Mar, había ordenado la invasión del Ecuador. Sus tropas tomaron Guayaquil. Bolívar nombró a Sucre jefe

de los ejércitos que debían enfrentar a La Mar. El episodio terminó de manera inesperada cuando los propios peruanos destituyeron a La Mar, al tiempo que Bolívar ya había viajado a Quito para estar en la nueva campaña del sur. En septiembre de 1829 hubo otro alzamiento, por parte del general Córdova. Ocupó la provincia de Antioquia. Fue vencido por O'Leary y recibió en el combate una herida mortal. Fue en el año de 1829 cuando por todas partes se alzó la voz de los enemigos de Bolívar para acusarlo de intentar coronarse como rey. Sus respuestas a cuantas consultas o sugerencias se le hicieron al respecto fueron muy claras. Tenía el orgullo del mejor de los títulos: Libertador. Presentó diversos análisis políticos contra el pretendido establecimiento, que algunos le aconsejaban, de gobiernos no republicanos. Bolívar convocó un nuevo congreso para el 2 de enero de 1830, el que, según escribió, debía ser admirable. Quería renunciar definitivamente al mando, lo cual realizó el 20 de enero de 1830. En su mensaje dijo, gravemente, al concluir:

¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad.

El Libertador nombró por decreto al general Domingo Caicedo para presidir el Consejo y también para reemplazarlo en la Presidencia de la República, el 1° de marzo. Bolívar, según expresó a sus amigos, deseaba expatriarse. Sus desilusiones llegaron al ápice cuando supo el 10 de julio en Cartagena que Sucre había sido asesinado el 4 de junio en la montaña de Berruecos. No fue el último de los golpes que recibió en el año postrero de su existencia, pues poco después llegó notificación de que el Congreso de Venezuela, reunido en Valencia, participo al de Colombia que ningún arreglo sería posible entre las dos naciones, mientras Bolívar permaneciera en territorio colombiano. En septiembre un nuevo alzamiento logró el poder en Bogotá. De todas partes se oyeron voces para que el Libertador volviera. Urdaneta, encargado del mando, lo llamó reiteradamente. Pero ya Bolívar había comprendido plenamente. Venía siendo sólo juguete de las oligarquías y de las fuerzas ciegas que había desencadenado la independencia, en las circunstancias de libertad política, asentadas sobre las contradictorias bases de la antigua estructura económica y social. Los esclavos habían peleado para ser libres y permanecían sometidos a las leyes de manumisión; muchos pardos se habían convertido en generales; legiones de antiguos pobres habían recorrido varios países guerreando con la superioridad de las armas en la mano y debían someterse, en Nueva Granada y en Venezuela, a las antiguas férulas de los criollos.

Existieron varios ejércitos licenciados cuyos miembros no encontraban ocupaciones; los soldados que aún servían reclamaban pagas completas, recompensas decretadas por el Libertador, buenos alojamientos. Todo ello era base para constantes alzamientos, algaradas, amenazas, ataques a las instituciones republicanas. Urdaneta llamó a Bolívar como un recurso de paz. El Libertador respondió a una exhortación de Vergara para que tomase el mando ofrecido por quienes habían vencido militarmente a los representantes legítimos de la república:

Usted me dice —señaló Bolívar— que dejará luego el ministerio porque tiene que atender a su familia y luego me exige usted que yo marche a Bogotá a consumar una usurpación que la gaceta extraordinaria ha puesto de manifiesto sin disfrazar ni en una coma la naturaleza del atentado. No, mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello, porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su conciencia y las leyes. Tampoco he contribuido en la menor cosa a esta reacción ni he comprometido a nadie a que la hiciera. Si yo recogiese el fruto de esta insurrección, yo me haría cargo de toda su responsabilidad. Créame usted, que nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones.

Fue así como el Libertador se liberó definitivamente del asedio de las oligarquías que, después de colocarlo en la alta cima del proceso de independencia, comenzaron a utilizarlo, desde cuando se acercaba el combate final en Ayacucho, sólo como un instrumento de gobierno. Esta negativa, que fue propiamente una rebelión final de Bolívar, el 25 de septiembre de 1830, vino a ser su último acto político.

APÉNDICES

Retazos de historia, etnología y otros temas (contestación a Acosta Saignes)

José Luis Salcedo Bastardo

El Nacional, Caracas, 14/5/1957.

PROFESOR MIGUEL ACOSTA SAIGNES.

Muy apreciado amigo:

Su carta ha sorprendido al público y me llena de asombro porque, sinceramente, no se entiende su defensa cuando nadie ha acusado a Ud. de nada. Por su carta me entero, con sus lectores, de datos sobre su loable labor que ya conocía, así como de curiosos remordimientos que no comprendo. Tampoco sé a quién o a qué se está Ud. anticipando. Aunque leí con atención sus artículos dedicados muy generosa y desinteresadamente –por cinco semanas– a mi *Visión y revisión de Bolívar*, declaro que no pensaba referirme públicamente a ellos. Me obliga hoy a lo contrario el hecho de que suponiendo Ud. que –pese a su trayectoria tan conocida– sus anotaciones hayan sido tomadas fuera de su noble intención, me hace el honor de darme explicaciones que yo no he solicitado, y así me escriba por la prensa para diafanizar actitudes que Ud. juzga –ignoro por qué– no claramente expresadas en sus elocuentes notas.

He revisado con la antigua admiración que le profeso todos sus puntos y sus varias especialidades exhibidas en esos artículos. En cada campo y más de una vez, Ud. con alegre autoridad que podría desorientar a ciertos sectores nos deja estupefactos. Las pruebas que acompaño en esta epístola de respuesta a su *confiteor*, y de gratitud por la consecuente propaganda hecha a mi libro, ilustran de modo suficiente.

El estilo bromista y risueño de sus curiosos “análisis” me impone igual ejercicio. Yo he creído siempre en su buena fe, por ello su carta fue superflua, ya sabía que

sus reparos y divergencias no provienen de una intención premeditadamente agresiva, ni que trata de cobrarme supuestas cuentas pendientes, con otros compañeros de mi generación. Todo esto es atribuible, como más adelante se confirma, a originales conocimientos y a una lógica de su propia hechura que deberé utilizar del mismo modo en esta réplica amistosa, lógica suya muy simpática —a mi juicio— porque la anima cierto retador y aturdido dogmatismo.

Sus lectores no se explican —por ejemplo— como asevera Ud., que en mi estudio “no se coloca al hombre en su época” ni aparecen los sucesos de su tiempo ni sus problemas, que el ambiente es “químicamente puro”, cuando la verdad es que los tres primeros capítulos están consagrados a la época y circunstancias de Bolívar, y que en páginas que sería ocioso enumerar (25, 38, 49, 230, etc.) se trata precisamente de la anarquía, los crímenes, los enemigos, la burocracia, peculado y contrabando, la creación de Bolivia, del regionalismo, racismo, crisis de Colombia, de la influencia del medio geográfico, inestabilidad, y en fin, de las frustraciones respectivas de cada una de sus directrices revolucionarias.

En el segundo de sus “análisis”, pregunta Ud. con travieso y desconcertante aplomo: “¿qué significa la frase hombre-pensamiento-acción?”, según Ud. “canevás” (¿?) de mi obra, ello a pesar de que aseguró en el anterior artículo haber revisado la Introducción en cuya página 16 está explícitamente la respuesta que Ud. busca. Y una vez más sucedió que los árboles no dejaron ver el bosque, porque si ciertamente el movimiento se demuestra caminando, el libro es una contestación a su divertida interrogante: “¿Cómo es posible juzgar las fases del pensamiento bolivariano sin comentar siquiera a ninguno de los innumerables autores que lo han interpretado?”

En cuanto a la obra que Ud. quiere sobre el pensamiento social de Bolívar, estoy pensando en complacerlo: un poco de paciencia nada más y la haré totalmente a su gusto y siguiendo su receta, tendrá unos cien volúmenes: irán completos —para evitar el fragmentarismo— los 51 tomos de documentos que yo estudio para este “primer libro”, añadiré también alguna exhaustiva biografía; como Ud. enseña que no es posible “juzgar la obra del Libertador sin analizar a Páez, a Sucre, a Piar, a Mariño, a Santander”, incorporaré completos los dos tomos de la *Autobiografía de Páez* y los ocho que el solo Mariño dedica al Dr. Parra Pérez, iré a sendas biografías de los personajes que influyeron en esos próceres, citaré a todos mis precursores: los autores de los 4 mil libros sobre Bolívar, y copiaré todas las cartas de Santander. Respecto a Sucre, irán todos sus papeles y la historia de Bolivia, así como las de Perú y Ecuador; y como para conocer el pasado de esta parte de América es forzoso buscar el de España, quizás los veintitantos volúmenes de La Fuente y hasta el “Quijote” sean suficientes: naturalmente que el Corán y la

Biblia estarán íntegros en un breve apéndice, pues lo español procede en parte de lo árabe musulmán y es impensable sin el cristianismo. Y ¿qué decir de nuestro imprescindible pasado prehispánico? Hasta el famoso libro de Ud., *Estudios de etnología antigua de Venezuela*, y toda su respetable colección de separatas deberán incorporarse a esa obra, sin faltar desde luego los definitivos y valientes ensayos sobre “Las turas”, “Los macos e itotos” y “El Airico”.

Por las razones que expondré en la segunda entrega de esta epístola de respuesta a su espontáneo *confiteor* y de cordial gratitud, me parece que en su análisis, Ud. olvidó injustamente esa, su muy importante obra citada. Allí hay reglas que debieron tenerse presente en esos artículos. En los tales “Estudios de etnología”, examinados con el mismo método suyo, abundan los atisbos que podrían estimarse geniales, cruzados con revelaciones sensacionales, de todo ello doy una muestra seguidamente –respetando su puntuación–: allí se nos ilustra sobre unas tribus nómadas que “Fabrican cerámica, pero carecen de tejido, metalurgia, y hasta perros” (Pág. 40); se descubre que “El caballo, como las gallinas, se adelantó a los hombres” (p. 253); en una audaz antropomorfización de la naturaleza geográfica se dice: “El adorno corporal es abundante y la deformación craneal existía en la costa” (p. 45); ya sabemos que lo más común es un hombre y sus yernos, pero entre los Yecuana, una habitación sirve para todo un grupo (p. 41). A un prosista tan ducho cazador de imaginarias anfibológicas no le favorece eso de que “Ya nos hemos referido a la influencia que ejerció la adquisición por los caribes de escopetas y fusiles, que los holandeses les suministraban, en nuestro trabajo sobre los Macos” (p. 266). Y no parece propio, ni como pasatiempo, esta charada para definir la esclavitud:

La esclavitud es institución social cuya base encuéntrase en la capacidad productiva de las comunidades. En forma de pleno desarrollo no existe, por eso, sino entre pueblos de agricultura o pastoreo cuya capacidad de producir subsistencias es tal, que pueden incorporarse en forma de trabajadores esclavos a los cautivos o a individuos que se compren (p. 20). En oportunidades los descubrimientos son sin hipérbole formidables, como ese de que en cierta área: “Ambos sexos participan en la agricultura” (p. 43).

Yo considero sin embargo que donde se “baten todos los récords” no es exactamente en esos ni en otros hallazgos que debo reservarme por falta de espacio, sino en algo totalmente novedoso, anticientífico y que es una lástima que no hubiera sido desarrollado con la misma amplitud con que se comenta la nota de

mi libro alusiva a la perpetuidad práctica de la nación. Me refiero a la afirmación contenida en el profundo estudio sobre la “transculturación”, de que:

Conviene tener presente que muchos rasgos de estos territorios habían venido a veces de zonas muy alejadas. Son particularmente importantes los caracteres culturales andinos que habían llegado a la costa y al Orinoco (p. 246).

La ciencia enseña obstinadamente que naturaleza y cultura son dos realidades diferentes: Rickert y toda una vigorosa tradición se han empeñado con éxito en dilucidar esos conceptos que en nuestros días nadie debe confundir. No es necesario citar al respecto autores célebres, en cualquier manualito pueden refrescarse esos conceptos, y se impone rectificar en consecuencia, a menos que haya la original posición como podría parecer: ya se habló de la deformación craneal que existía no en determinados grupos humanos, ni en ciertos individuos, sino “en la costa”: ahora se insiste sobre los rasgos “culturales” de las sierras andinas, rasgos que llegaron también a la torturada costa y al mismo Orinoco, así que nuestra costa —según esta tesis— no se define por ninguna señal geológica ni topográfica, tampoco por sus caracteres geográficos ni físicos, sino por la deformación del cráneo y por los rasgos culturales andinos, y quizás hasta “venidos de zonas más alejadas”.

Sé bien de algunos compañeros de generación, y de otros estudiosos calificados, alentadores del esfuerzo honesto y serio de las nuevas promociones intelectuales, los cuales habían pensado contestar todos los puntos de los artículos de Ud. sinceramente, mi apreciado amigo, dudo que lo hagan después de conocer estos particulares. Pero pensarán mis compañeros y nuestros amigos, no sin razón, que si es precisamente en la especialidad suya donde se atreve a tanto como esto de que la Costa tenga el cráneo deformado y presente rasgos culturales de la montaña, cuáles no serán sus aciertos y originalidades al sentar cátedra, así sea de buena fe y usando el legítimo derecho a disentir, en el delicado ámbito de la teoría política, que como se comprobará, no domina Ud. con el éxito que deseáramos sus admiradores.

Agradezco a Ud., mi apreciado amigo, sus gentiles y calurosas felicitaciones y sus sinceros elogios, un tanto exagerados sobre “el atingente (¿?) trabajo” que he realizado; retribuyo sus cordiales muestras de amistad y le renuevo la seguridad de mi invariable aprecio.

Retazos de teoría política, historia y otros temas (final de la respuesta a Acosta Saignes)

José Luis Salcedo Bastardo

El Nacional, Caracas, 17/5/1957.

Mi amigo: Ud. formula en un maravilloso libro el principio metodológico de que “cuando existe entre los etnólogos alguna duda sobre elementos vegetales o animales, es posible acudir a los biólogos para obtener respuesta sobre su origen y área de distribución. Cuando se trata de la cultura mental es otra cosa” (p. 255). Alabo sin reticencias esta original norma de método.

Aunque sea curioso que en este caso recomiende acudir a los biólogos en lugar de los botánicos o los zoólogos, siguiendo el encadenamiento lógico, añadiríamos, cuando un etnólogo desconoce algún asunto de Derecho Público, debe ir al especialista correspondiente. El autorizado constitucionalista Carlos Sánchez Viamonte habría disipado esa muy reveladora sorpresa de Ud. ante la esencia democrática compatible con la monarquía quienes a diario leen el *Manual de derecho constitucional* del referido autor nada monarquista, por cierto (Editorial Kapelusz, S.A., Buenos Aires, 1956):

En los tiempos actuales, la democracia no es ya una forma de gobierno. Se manifiesta como un contenido ético de la República, y también de la monarquía constitucional. Una y otra son democráticas si cuentan entre sus instituciones las que aseguran el ejercicio de la soberanía popular por medio de los derechos políticos, y el de la libertad por medio de los derechos civiles relativos a la personalidad humana... La democracia ha sido siempre, más un conjunto de reglas de conducta para la convivencia social y política, que una forma de gobierno propiamente dicha. A eso se debe que puede ser hoy un contenido ético, común a dos formas de gobiernos diferentes, como son la república y la monarquía constitucional... Casi todos los países del mundo civilizado, sea cual fuere el grado de estrictez en la aplicación práctica de sus instituciones, han adoptado una de esas dos formas de gobierno. O son repúblicas democráticas o son monarquías constitucionales de contenido democrático... Las monarquías constitucionales pueden tener instituciones democráticas (págs. 14 y 15).

A veces hasta el diccionario es muy útil, si se le hubiera consultado antes del cuarto artículo, estoy seguro de que no se habría producido ese abigarrado discurso a base de la confusión entre nación, naciones, perpetuo, nacionalidad, nacionalismo, eterno, existencia, Estados Unidos, Poviña, Agramonte, Venezuela, Teoría política, sociología, etc. Allí se habría advertido que no es lo mismo “perpetuo” que “eterno”; que hay “penas perpetuas”, “disparates perpetuos”, “secretarios perpetuos” que a pesar de lo que Ud. piensa no existieron siempre, sino que han tenido un principio, bien delimitable en el tiempo.

Nadie se explica cómo, siendo sin duda más difícil predicar lo de los rasgos “culturales” de los territorios y deformar el cráneo de la Costa, antes que documentarse en cualquier texto de historia sobre las leyes y reformas agrarias, no se haya hecho esto último. En nuestro bachillerato —también en el Primer Año— se aprende que desde Espurio Casio, pasando por Licinio hasta Tiberio Graco y Cayo Graco, hace mucho más de dos mil años, ya se trataba de la reforma del agro en Roma. Es un juego de candelita —muy folclórico— pedirme en esto que ubique a Bolívar en su tiempo para Ud. criticarlo holgadamente desde éste.

No se detuvo allí su “secreto designio” como me dice en su sorprendente epístola; inocente pasada nos jugó a sus lectores cuando en el segundo artículo prometió: “Esto nos conduce a examinar las concepciones fundamentales del libro de Salcedo. Cosa que haremos en próximo artículo”, y cuando tal esperábamos, se olvida del libro y de Bolívar y se atasca en la nota al pie de la página 109 sobre el concepto de nación en la teoría política. Ilustre amigo: esto de que el Estado es “anterior a la nación” es insólito, a menos de que se definan esos términos jus-políticos de un modo rotundamente contrario al uso general. Ni siquiera en el campo sociológico, hacia donde quiso Ud. trasladar el asunto mezclando ciencias bien distintas, es cierta su aseveración; menos lo es desde luego en el de la Teoría Política y en el del Derecho Público. La nación es la base humana sobre la cual se construye la forma jus-política que es el Estado. Nación habrá mientras haya humanidad, el Estado puede desaparecer —Marx lo espera—; la nación, es decir los seres humanos que poseen los vínculos que cito en la pequeña nota comentada, puede cambiar, e inclusive tales vínculos pueden ser modificados, prácticamente su asociación es perpetua, no así el Estado, que podría ser sustituido por otra forma de organización. Desde hace siglos, posiblemente desde los tiempos cuando los caracteres “culturales” andinos “llegaron” al Orinoco, “el Estado es la personificación jurídica de la nación”; confieso con franqueza que se podría aceptar que “el caballo, como las gallinas, se adelantó a los hombres” y que hasta podría admitirse que los caribes tuvieran “fusiles” antes de la invención de esta arma, y más aún, hasta se transigiría con la agricultura de los sexos, pero

ni los más benévolos de sus admiradores podemos convenir en que la persona jurídica hubiera podido adelantarse a la realidad natural que ella presupone.

Nuevamente se repitió la humorada de no cumplir en el “análisis”. Ofreció: “examinar en próximo artículo lo que a mi juicio es la ideología fundamental expresada por Salcedo”, y resultó una defensa innecesaria trastocada en flaco servicio a mi distinguido amigo el Dr. Luis Beltrán Guerrero al acusarlo indirectamente de no haberme citado porque, como se sabe (ver mi libro, págs. 9 y 14), mi trabajo antecedió en un lustro a la conferencia de él: en efecto, desde 1950 está en el muy ordenado Archivo de la Universidad cuya Secretaría desempeña el Dr. Guerrero desde hace casi cuatro años. De todos modos, no se angustie, estoy seguro de que el Dr. Guerrero no se enojará porque él conoce que mucho antes de él y de mí, y de Ud., el propio Bolívar se proclamó positivista en carta de septiembre de 1815 al editor de la *Gaceta Real de Jamaica* citada en mi obra (págs. 351-352).

En vano estuvo esperando el público un comentario suyo sobre la personalidad intelectual y la ejemplaridad ética del Libertador, sobre su preocupación educacional, su lucha por la libertad, por la democracia, por la universidad, por los indios, por los esclavos, por la independencia, por la justicia. Comprendo que posiblemente es más tentadora y regocijante la invención de gazapos, así como el omitir palabras en las citas, o sembrar suspicacias diciendo y no diciendo a la vez, señalando lunares aunque se advierta su nula importancia.

Ya en mi libro expresé que no niego, sino que miro con simpatía el derecho a disentir de mi tesis, ni por asomo considero perfecto mi esfuerzo, juzgo fecundo y útil el debate, aunque en el de mi obra deba ser mero observador, sólo por cortesía a su espontáneo *confiteor*.

Denos Ud., en su obra venidera sobre los negros la solución al acertijo sobre la esclavitud; y no les suministre armas atómicas ni de contado, mucho menos “a crédito” como los “fusiles” de los caribes. Mientras tanto, repitiéndole de nuevo mi agradecimiento y ratificándole el testimonio de mi amistad y aprecio, concluyo recordándole este sabio consejo con el cual cierra Ud. uno de sus notables trabajos, consejo que transcribo respetando su impávido pleonasma: “Para mayor precisión será preciso estudiar con detenimiento” (pág. 266), hágalo Ud. mi admirado amigo. Muy cordialmente lo saluda, su amigo.

Bolívar pueblo libertador

Ramón Losada Aldana

Últimas Noticias, 30/11/1986. Suplemento Cultural.

Génesis inmediata y orígenes de fondo

Dos efemérides concluyen en 1976: los doscientos años de la independencia de Estado Unidos de Norteamérica y el Sesquicentenario del Congreso Anfictiónico de Panamá, iniciativa —esta última— de Simón Bolívar, con el objetivo de integración continental de las ex colonias hispánicas. Esa convergencia sirvió de base para que la Casa de las Américas llamara a un certamen extraordinario: “Bolívar en Nuestra América”.

No obstante su absoluta y permanente ausencia en concursos, Miguel Acosta Saignes acepta la invitación expresa que le formulara el intelectual guatemalteco Manuel Galich. El venezolano rompe su no participación en este tipo de eventos posiblemente por su experiencia previa como jurado en 1976 del premio anual de esa casa. Allí pudo comprobar la elevada calidad del suceso, la selección rigurosa de los jueces, la numerosa representación de toda América, la conformidad de los veredictos con las virtudes intrínsecas del favorecido y su condición progresista. También fue factor importante en la actitud positiva del científico social venezolano la circunstancia de que venía —y viene— preparando un libro sobre *El pueblo venezolano en 1810*. Esta labor lo condujo al “hombre solar”. El propio Acosta Saignes lo expresa: “Escribiendo sobre el pueblo venezolano, me encontré con Bolívar”. Y ese encuentro fue el germen de su obra sobre el Libertador y de su presencia en el concurso latinoamericano. Siete meses de intensa labor, de tiempo exclusivo para esa tarea, sin permitir la más mínima intermitencia, a tales extremos que la entera dedicación tuvo proyecciones modificatorias en diversos aspectos del modo de vida personal, como régimen de trabajo, relaciones familiares, hábitos de alimentación y hasta sistema de sueño.

Pero sería una apreciación muy superficial sostener que *Acción y utopía del hombre de las dificultades* es sólo resultado de siete meses de trabajo, aunque éste haya sido de gran intensidad. Los siete meses cronológicos mencionados sintetizan las vertientes más sólidas, las indagaciones más penetradoras y los vuelos más altos de la tan fecundada “edad cualitativa” de Miguel Acosta Saignes. Las caracterizaciones sobre la estructura social de la época bolivariana que aparecen en esta obra

son familiares a las tesis de *Latifundio*; los planteamientos relativos a la esclavitud fraternizan con la temática fundamental de *Vida de los esclavos negros en Venezuela* y descubren engarces básicos con *Estudios de etnología antigua de Venezuela*; la presencia de las masas en el libro bolivariano confirma, de igual modo, la constante tesis de Acosta Saignes sobre el pueblo como sujeto activo de la Historia. El libro, al expresar la personalidad de su autor, integra una interpretación novísima y profunda al servicio de las grandes transformaciones históricas contemporáneas: evidente justicia tuvo el jurado de la Casa de las Américas al concederle el premio extraordinario Bolívar en nuestra América (1977), premio que también obtuvo el cubano Francisco Pividal, igualmente muy merecido por su *Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo*.

Rasgos cualitativos de identidad

Es inagotable la bibliografía sobre Bolívar. La pueblan el culto delirante, la conversión del hombre en “superhombre” y semidiós extraterrestre, especie de ente extrahistórico colocado más allá de la realidad social y sus conflictos. De esa manera, el más activo de los venezolanos ha devenido “símbolo paralizante” (pág. 13), como indica Acosta Saignes. Otras veces es lo que podría considerarse como la anecdotización de la vida del héroe o la absolutización de los datos personales. A tales extremos se ha mistificado al Libertador, que no son escasos los intentos de ponerlo al servicio de las dictaduras y de la dependencia nacional. No hace otra cosa Vallenilla Lanz cuando pretende acomodarlo a sus tesis gomecistas del “cesarismo democrático”. Proceden así quienes buscan asimilarlo a las ideas e intereses imperiales del panamericanismo y quienes, de alguna u otra manera, le niegan grandeza y significación histórica.

Bien diferente es la interpretación de Acosta Saignes. Ante todo, se trata del primer estudio fundamental sobre el Libertador basado en el materialismo histórico y dialéctico, de lo que se desprenden numerosas consecuencias.

El autor toma como punto de partida el análisis del modo de producción de la época. En este campo, examina la economía antes de la independencia, los nexos entre producción y demografía, la base económica de los Llanos, los fundamentos productivos de los ejércitos libertadores. Inicia, en la historiografía bolivariana, a nivel latinoamericano y mundial, la aplicación de aquella tesis: expresada por Marx y Engels en *La ideología alemana* de que “para vivir, hace falta comer, beber, alojarse bajo un techo, vestirse y algunas cosas más”. El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material

misma.³⁷ La característica del establecimiento de nexos básicos entre la obra de Bolívar y la realidad productiva confiere al libro de Acosta Saignes los alcances de una revolución teórica en esa esfera de la historiografía continental. Ligado a esta nota definitiva, es de destacar la importancia que *Acción y utopía* confiere a la alimentación. En esto radica una aportación novísima y de radical significación. Se pone de relieve la función decisiva de la producción ganadera de los llanos, tanto para la defensa como para el ataque de los ejércitos. Se muestra que el Ejército de Oriente le permitió resistir y comprar armas, la base productiva de la región (pescado, sal, cueros). Se comprueba que el tabaco fue clave para la Segunda República.

Consecuente con la metodología dialéctica, otra de las más notables novedades de *Acción y utopía* es la de presentarnos al Libertador dentro de un mundo de contradicciones. Para empezar, la independencia misma es el resultado del conflicto de los criollos con el dominio hispánico. Como se ha sostenido antes por algunos, en ese conflicto Bolívar representa a su clase, los mantuanos. Pero he aquí lo nuevo que se deduce del enfoque de Acosta Saignes: Bolívar representa su clase hasta donde ella fue revolucionaria. El cambio de esta condición la lleva a la rebelión contra el Libertador. Así éste entra en contradicción con su clase y expresa los intereses populares. El autor ofrece el ejemplo de la permanente actitud de Bolívar contra la esclavitud, en cuya abolición insiste el héroe especialmente desde Carúpano (decreto de 1816), en Ocumare, en el Congreso de Angostura, en el Congreso de Colombia, en el Proyecto de Constitución para Bolivia (1826); siempre con la oposición de su clase. En esta esfera de las contradicciones, también es digno de mención el antagonismo entre la aspiración federal de las regiones, reflejo de las oposiciones entre las mismas, y la idea centralista de Bolívar. Pero opera otro campo de contradicciones indicado por Acosta Saignes. Nos referimos a las existentes entre el Libertador y otros líderes de la Independencia (Sucre, Flores, Páez, etc.).

La acción de esta red de contradicciones exige ubicar a Bolívar en su contexto y conduce a la exigencia de no aislarlo de su marco nacional e internacional. La concordancia con esta exigencia es otra de las virtudes de *Acción y utopía*, lo que permite ofrecernos un Bolívar real, con la carne y los huesos de la historia efectiva. De este modo se comprende que uno de los signos del genio político de Bolívar lo constituyó el saberse manejar en esa complejidad de conflictos e intereses encontrados.

El presentarnos un Bolívar pueblo, un Libertador de masas, es otra primordial

37. Marx, Carlos y Federico Engels. *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos, 1959, p. 27.

contribución de Acosta Saignes. Aquí no estamos en presencia de un semidiós inasible de comportamiento más allá de las multitudes. Al contrario, Bolívar es el conductor que aprende de las muchedumbres, que interpreta de sus necesidades, que corrige las líneas de acción según aciertos y aspiraciones de grandes conjuntos humanos. Sus excepcionales éxitos militares proceden en parte considerable de un líder que dirigía sus ejércitos como al pueblo en armas y que, en la práctica, se anticipaba al aforismo conforme al cual la guerra es la continuación de la política por otros medios. En términos colectivos, los libertadores de Oriente son mulatos y negros antillanos, esclavos procedentes del Caribe, más esclavos de Mariño y de hacendados de Güiria. Y nuevamente, los esclavos negros son decisivos en el triunfo de Mariño en la batalla de Bocachica. Y la presencia del pueblo llanero en armas es de magnitud definidora.

En medio de ese mar de complicaciones y de complejidades, Acosta Saignes nos muestra a Bolívar como el genio que las comprende y las maneja, como el coordinador de esfuerzos y el guía con sentido global de la lucha, como el conductor de la libertad latinoamericana y el portavoz de los combates anticoloniales, proyectados hacia los siglos.

Globalidad científico-social y humanística

Entre los componentes de este libro, ocupa especial relieve su vasta y profunda historicidad. El autor gusta hablar de quienes le ayudaron a comprender la influencia del tiempo en los hechos colectivos. De Venezuela, se complace recordando a profesores como Dionisio López Orihuela, Julio Planchart, José Antonio Ramos Sucre, por el criterio histórico que profesaban en sus disciplinas respectivas. También, en igual sentido, Acosta Saignes menciona a determinados maestros en México, particularmente a Jesús Silva Herzog, Paul Kirchof, Maurice Swadech. La perspectiva historicista se nutre, asimismo, de su estadía mexicana. El propio pueblo de Cárdenas conforma una inmensa resonancia histórica. Y, por otra parte, no en vano Acosta Saignes egresa de la Escuela de Antropología e Historia, de México.

Esa formación intelectual se expresa poderosamente en *Acción y utopía*, que, en esta perspectiva, resulta ser una rica síntesis etnohistórica sobre el Libertador. En varias oportunidades hemos oído de Acosta Saignes la afirmación de que “los antropólogos somos esencialmente historiadores”.

Pero los ingredientes cognoscitivos de *Acción y utopía* no se agotan allí. Por algo Acosta Saignes es fundador del Instituto de Antropología y Geografía (1949, UCV) y se gradúa de geógrafo (Facultad de Humanidades y Educación). Cuando

al análisis en el tiempo (Historia) se combina el análisis en el espacio (Geografía), la aprehensión científica de las relaciones y hechos reales adquiere mayor consistencia y sistematicidad. De ahí que *Acción y utopía* resulte algo así como historicidad del espacio y geograficidad del tiempo en las dimensiones biográficas del Libertador. El criterio espacial se hace evidente ante las distribuciones geográficas de los hechos sociales, como se procede con la esclavitud, la servidumbre, la población; ante precisiones referidas a los Andes, Oriente, Centro, los Llanos, ante las representaciones cartográficas.

Hay más: El afiliado a la militancia del materialismo histórico, el intelectual, que estudió tres años de Economía en México, el autor de *Latifundio* y de *Petróleo en México y Venezuela* también se expresa en *Acción y utopía*. Para ilustrarlo, allí están los cuadros y gráficos estadísticos y, sobre todo, los capítulos dedicados al modo de producción de la época y a las bases productivas de los ejércitos libertadores.

Todavía más: *Acción y utopía* es una obra política. En ella se reactualizan las inquietudes del 28 y el liderazgo de los años 30. Es un combatiente que escribe sobre Bolívar porque la batalla de éste tiene vigencia política en la América Latina de hoy y de mañana.

En fin, *Acción y utopía* es una obra en la que la globalidad de las ciencias sociales y la inquietud humanística se hermanan para darnos un Bolívar de ayer, de hoy y de mañana.

Utopía y futuro en un libro de horizontes abiertos

En lo que se refiere a la utopía bolivariana, Acosta Saignes se ocupa especialmente del modelo de gobierno para Bolivia y del Congreso Anfictiónico de Panamá. El primero es prácticamente reducido a la nada por los constituyentes bolivianos. La segunda utopía es “despedazada por las rivalidades entre algunas de las recientísimas naciones, pero especialmente por las maniobras internacionales y por la oposición de los Estados Unidos”, tal como lo indica el autor (p. 371). Entendemos que utopía en esta obra significa básicamente proyecto para el porvenir. La unidad latinoamericana constituye hoy una bandera de combate que cada vez cobra mayor vigor y vigencia en el contexto de la lucha antiimperialista. Pero la utopía bolivariana va todavía más allá: la América Latina socialista del mundo realizará “el equilibrio del universo”, una de las geniales aspiraciones del Libertador.

Este libro innovador es digno de formar escuela. Es de celebrarse que el mismo año del premio de Casa de las Américas, la Fundación Cristóbal Mendoza le confirió un importante reconocimiento. Inicialmente más de diez agrupaciones

de jóvenes y de gente madura se reunieron especialmente para estudiar *Acción y utopía*, lo cual considera el autor como el premio máximo.

Aparte de Cuba, la Universidad Autónoma de México solicitó al autor y fue publicada una *Antología del Libertador*. La editorial Siglo XXI formuló una petición semejante, de la que surgió *Introducción al Libertador*. Estos hechos constituyen indicadores importantes, pero creemos en la necesidad de sistematizar permanentemente el estudio de *Acción y utopía*, no sólo como una ejemplarizante revalorización histórica, política y humana de Bolívar, sino también a modo de desarrollo e investigaciones científico-sociales frente a las interpretaciones tradicionales. El propio autor presenta su libro como “una introducción a futuros trabajos” y como el inicio de una vía de estudios (p. 15). Incluso las diversas partes de su libro las concibe a manera de “comienzos de análisis”. Mucho hay que hacer sobre el modo de producción en la época de la independencia y antes de ella, sobre las bases productivas de los ejércitos libertadores y la relación Bolívar-pueblo. Magnos desarrollos y afinamientos requiere el estudio del Libertador como representante y antagonista de su clase y como intérprete de las masas populares. Esas y muchas cuestiones más merecen el estudio sostenido y la investigación continua. Sabemos que habrá respuestas fundamentales en *Dialéctica del Libertador*, obra que prepara el padre de *Acción y utopía*. Pero el trabajo es de magnitudes interdisciplinarias y para labor de equipos en ámbitos institucionales. Así lo demanda un libro pionero para el dominio del pasado, para la construcción del presente y para las energías históricas del porvenir.

Noche de 5 1/2

Ramón Losada Aldana

El Nacional, Caracas, 17/2/1989, p. A-6.

El día 10 de febrero de 1989, se hizo de noche a las 5 y media. A esa hora el golpe de oscuridad venció a la vigencia de la luz e impuso la dictadura de las sombras, rompió el reino de la transparencia y condujo al dominio de opresivos eclipses, trizó los fueros del cristal y dispuso el cortinaje de las preguntas insondables: en esa hora se extinguió la vida de Miguel Acosta Saignes y el tiempo cambió de signos. Le nació una nueva referencia para el orgullo de los siglos.

Recorrió caminos de crecientísimo enriquecimiento humano. De carbonero, a magistral profesor universitario; de gasolinero, a senador ilustre; de linotipista, a científico social de avanzadísimos alcances; de bibliotecario, a impecable periodista conceptual y decano de dinámica fecundidad académica y organizativa; de locutor y cronista deportivo, a las rigurosas disciplinas de la investigación científica y los libres vuelos de la calidad artística y literaria; de maestro de escuela, a las más anchas acciones por la transformación libertaria de la sociedad.

Los contenidos de su obra y los quehaceres de sus días lo emparentan —como él quiso— con la brava dignidad de los caribes, la significación venezolanista de Guaicaipuro, los fuegos heroicos de Cuauhtémoc, los empeños autonómicos de los africanos, el esplendor cultural de los mayas y las aurales antropogonias del *Popol Vuh*, los emancipadores ejércitos campesinos de Bolívar y las cargas antioligárquicas del general Zamora. Auscultamos sus libros y oímos los tambores ancestrales de Barlovento y las dilatadas memorias de la tierra venezolana; las ricas narraciones de las pobres aldeas y las extendidas coplas de los llanos; los vientos de Amalivaca en los cursos del Orinoco y las ansias oceánicas de nuestras grandes aguas. Y en nuestros oídos discipulares la voz del maestro prosigue como mandamiento de luz creciente y dignidad constructiva.

Mítines y asambleas, foros y mesas redondas, entrevistas y congresos dieron y dan testimonio de su palabra cargada de grandeza sonora y conceptual.

Para él, la ciencia de la sociedad no fue mero devaneo académico sino política del entendimiento y de la transformación. Tampoco la cultura fue goce de privilegio

sino de elevado servicio colectivo, ni la historia se redujo a simple acumulación de pasados, sino que la entendió como palanca del tiempo para los combates actuales por un mundo mejor y una sociedad justa.

Han concluido sus días. Han comenzado sus siglos.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta Saignes, Miguel. *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. Caracas: Ediciones Hespérides, 1967.

—*Acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana: Premio extraordinario Casa de las Américas sobre “Bolívar en Nuestra América”, 1977.

Arcaya, Pedro M. “La insurrección de los negros en la Serranía de Coro en 1795”. En: *Discursos de incorporación*. Tomo I. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966.

Arcila Farías, Eduardo. *El siglo ilustrado en América. Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva Esparta*. Caracas: Ministerio de Educación, 1955.

Armas Ayala, Alfonso. *Influencia del pensamiento venezolano en la Revolución de Independencia de Hispanoamérica*. Número 15. Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia – Comisión de Historia – Comité de Orígenes de la Emancipación, 1970.

Babeuf, Gracus. *Realismo y utopía en la Revolución Francesa*. Folleto coleccionable N° 18. Introducción y notas de Claude Mazauric. Barcelona: Península, 1970.

Barros Arana, Diego. *Historia de América*. Buenos Aires: Futuro, 1960.

Basterra, Ramón. *Los navíos de la Ilustración*. Caracas: Presidencia de la República de Venezuela, 1954.

Blanco Fombona, Rufino. “La inteligencia de Bolívar”. En: *Discursos de incorporación*. Tomo II. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966.

Brice, Ángel Francisco. “La sublevación de Maracaibo en 1799, manifestación de su lucha por la Independencia”. En: *Discursos de incorporación*. Tomo IV. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966.

- Briceño Perozo, Mario. "Alcaldías venezolanas en los siglos XVI, XVII y XVIII". *Memoria del Primer Congreso Venezolano de Historia*. Caracas, 1972.
- Brito Figueroa, Federico. *Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana*. Caracas, 1961.
- Consejo de desarrollo científico y humanístico. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela (1800-1830)*. Tomo I. "Cuerpo de leyes de la República de Colombia (1821-1827)". Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1964.
- Córdova Bello, Eleazar: *La independencia de Haití y su influencia en Hispanoamérica*. N° 13. Caracas: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1967.
- *Las reformas del despotismo ilustrado en América (siglo XVII hispanoamericano)*. Caracas: UCAB, Facultad de Humanidades y Educación, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975.
- Cuevas Cancino, Francisco. "La juventud combatiente. Simón Bolívar. 1783-1815". *Revista Sep-Setentas*. N° 273. México, 1976.
- Presidencia de la República. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela*. 5 volúmenes. Caracas, 1963.
- Efimóv, N. *Historia de los tiempos modernos*. Buenos Aires: Futuro, 1958.
- Eyzaguirre, Jaime. "Los libros y las nuevas ideas en Chile en el siglo XVIII". En: *Miscelánea Vicente Lecuna. Homenaje continental*. Tomo I. Caracas, 1959.
- Felice Cardot, Carlos. "La rebelión de Andresote. Valles del Yaracuy (1730-1733)". En: *Discursos de incorporación*. Tomo III. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1966.
- Ganz, Fedor. *Ensayo marxista de la historia de España*. Madrid: Cénit, 1934.
- García de Sena, Manuel. *Historia concisa de los Estados Unidos desde el descubrimiento de la América hasta el año de 1807*. Colección Ideario Nacional. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza, 1962.
- Griffin, Charles C. *El período nacional en la historia del Nuevo Mundo*. Comisión de Historia, publicación N° 261. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1962.
- Halperin Dongui, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, 1970.
- Hampson, Norman. *Historia social de la Revolución Francesa*. Madrid: Alianza, 1970.
- Kossok, Manfred. "La Ilustración en América Latina. Mito o realidad". *Semestre histórico* 2. Julio-diciembre de 1975. Caracas, 1975.
- Leal, Ildefonso. "Un fragmento del libro prohibido de Raynal: 'Historia de las Indias...'"'. *Semestre Histórico* 4-5. Julio de 1976 a junio de 1977. Caracas, 1977.

- Miramón, Alberto. "Los libros que leyó Bolívar". En: *Miscelánea Vicente Lecuna. Homenaje continental*. Tomo I. Caracas, 1959.
- Miranda, Francisco de. *Peregrinaje por el país de la libertad racional (1783-1784)*. Caracas, 1976.
- Muñoz Orúa, Carlos. *Los comuneros de Venezuela*. Mérida: ULA, Facultad de Humanidades y Educación, 1971.
- Nucete Sardi, José. *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*. 3ª edición española. Caracas, 1950.
- Páez, José Antonio. *Autobiografía*. New York: Librería del Maestro, 1964.
- Páez Pumar, Mauro. *Las proclamas de Filadelfia de 1774 y 1775*. Caracas, 1973.
- Palacio Atard, Vicente. *Los españoles de la Ilustración*. Madrid: Guadarrama, 1964.
- Parra Pérez, C. *El régimen español en Venezuela*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1964.
- Pérez Vila, Manuel: "La biblioteca del Libertador". En: *Miscelánea Vicente Lecuna*, Homenaje continental. Tomo I. Caracas, 1959.
- *La formación intelectual del Libertador*. Colección Vigilia, N° 28. Caracas: Ministerio de Educación, 1971.
- Pino Iturrieta, Elías. *La mentalidad venezolana de la emancipación (1810-1812)*. Caracas: UCV, FHE, Instituto de Estudios Hispanoamericanos, 1971.
- Politzer, Jorge. "La filosofía del Iluminismo y el pensamiento moderno". En: *Diez ensayos sobre la Revolución Francesa*. Buenos Aires, 1947.
- Prieto Figueroa, Luis Beltran. *El magisterio americano de Bolívar*. Caracas, 1968.
- Rodríguez Iturbe, José. *Génesis y desarrollo de la ideología bolivariana desde la emancipación hasta Jamaica*. Caracas: Imprenta del Congreso de la República, 1973.
- Soboul, Albert. *Historia de la Revolución Francesa*. Buenos Aires: Futuro, 1961.
- Sociedad Bolivariana de Venezuela. *Escritos del Libertador*. Tomo I. Caracas, 1964.
- Ségur, Conde Louis Phillippe de. "Viaje a Venezuela en 1783". Traducción y notas de Joaquín Gabaldón Márquez. *Revista Nacional de Cultura*. N° 64. Septiembre-octubre 1947. Caracas, 1947.
- Urdaneta, Rafael: "Memorias". *Archivo del General Urdaneta*. Tres volúmenes. Caracas, 1971.
- Uslar Pietri, Arturo y Pedro Grases. *Los libros de Miranda*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas, 1966.
- Vásquez Machicado, Humberto. "El pasquinismo sedicioso y los pródromos de la emancipación en el Alto Perú". En: *Miscelánea Vicente Lecuna. Homenaje continen-*

tal. Tomo I. Caracas, 1959.

Zea, Leopoldo: *Esquema para una historia de las ideas en América*. México: UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1956.

NOTA SOBRE LECTURAS BÁSICAS

En la introducción hemos resumido la vida y actividades del Libertador. Quienes deseen profundizar algunos aspectos, pueden consultar la bibliografía allí citada. Otra, más corta, señalamos al final para quienes sólo se disponen a leer biografías amplias o algunos libros especializados. Convendrá leer, además de las historias de Bolívar escritas por autores de diversas nacionalidades, las propias obras del Libertador, así como las memorias de algunos personajes que lo acompañaron largamente como Sucre, Páez, O'Leary. Para quien desee estudiar profundamente la actuación militar de Bolívar, serán indispensables los análisis realizados por don Vicente Lecuna.

Entre las biografías de Bolívar escritas por venezolanos, descuella la de Augusto Mijares. Muy interesante es el libro *La juventud combatiente*, por Francisco Cuevas Cancino. Señalamos otras dos biografías de interés: la de Liévano Aguirre y la escrita por Rumazo González.

Algunos estudios sobre las obras de Bolívar son únicamente glosas o panegíricos, a veces escritos con gran inteligencia y erudición. Otros llevan intenciones políticas no acordes con la realidad. En la introducción hemos indicado, al analizar partes de algunos documentos del Libertador, algunas vías hasta ahora no transitadas para el examen de sus escritos. Una es la interpretación clasista de muchos de los escritos de análisis político e histórico presentados por Bolívar a constituyentes y congresos; otra es la relativa a las contradicciones surgidas a veces entre la acción de Bolívar y los intereses de su propia clase, la de los criollos. He aquí una lista de obras utilizables para fundamentar el conocimiento de la vida del Libertador:

Acosta Saignes, Miguel. *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. La Habana, 1977.

Blanco Fombona, Rufino. *Bolívar y la guerra a muerte*. Colección Vigilia. Ministerio de Educación. Caracas, 1969.

Bolívar, Simón: *Obras completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna. Editorial Lex. 2 vols. La Habana, 1947.

Cuevas Cancino, F.: *La juventud combatiente*. Simón Bolívar, 1783-1815. Sep-Setentas. México, 1976.

Ediciones de la Presidencia: *Archivo del General Urdaneta*. 3 vols. Caracas, 1972.

Encina, Francisco A.: *Bolívar y la Independencia de la América española*. Nascimento. Santiago de Chile, 1957.

Fundación Vicente Lecuna y Banco de Venezuela, Editores: *Archivo de Sucre*. 4 tomos. Caracas, 1973.

Lecuna, Vicente: *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. Fundación Vicente Lecuna. 3 vols. The Colonial Books. New York, 1960.

Liévano Aguirre, Indalecio: *Bolívar*. Edipsa. México, 1965.

Masur, Gerhard: *Simón Bolívar*. Biografías Ganesa. México, 1960.

Mijares, Augusto: *El Libertador*. Fundaciones Mendoza y Shell. Caracas, 1964.

Morón, Guillermo: *Historia de Venezuela*. 5 vols. Italgáfica. Caracas, 1971.

O'Leary, Daniel Florencio: *Memorias del general*. Narración. 3 tomos. Imprenta Nacional. Caracas, 1952.

Páez, José Antonio: *Autobiografía*. Edición especial de la Librería y Editorial del Maestro. New York-Caracas, 1964.

Posada Gutiérrez, Joaquín: *Memorias histórico-políticas*. Bolsilibros Bedout. 2 vols. Medellín, 1971.

Restrepo, J. M.: *Historia de la revolución de Colombia*. Bolsilibros Bedout. 6 vols. Medellín, 1969.

Rumazo González, Alfonso: *Simón Bolívar*. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1965.

Salcedo Bastardo, José Luis. *Historia fundamental de Venezuela*. Caracas: UCV, 1970.

ÍNDICE

7 | Prólogo. Acción y utopía en la *dialéctica del Libertador*
RAMÓN LOSADA ALDANA

17 | PRIMERA PARTE

Los trabajos anunciados

- 18 | Manual de polémica sobre el Libertador
- 21 | Forma y método de un examen de Bolívar
- 24 | Conceptos de una visión de Bolívar
- 28 | El concepto de nación en Salcedo Bastardo
- 31 | Carta a Salcedo Bastardo
- 35 | Una cauta biografía
- 38 | Bolívar en Río Chico
- 41 | La negra Matea
- 43 | Una estatua para el Libertador
- 46 | Certamen sobre Bolívar

49 | SEGUNDA PARTE

Los trabajos anunciados

- 51 | Tres instancias para una entrevista con Simón Bolívar
- 52 | Una contradicción de Bolívar con la clase de los criollos
- 77 | Cómo repudia una clase social a su libertador
- 84 | La ideología de los criollos expresada por Bolívar
- 97 | Algunas concepciones políticas de Bolívar
- 98 | Bolívar busca el equilibrio del universo
- 135 | Lecciones permanentes del Libertador

139 | **Tercera parte**

Los trabajos anunciados

140 | Los sufrimientos del Ejército Libertador

151 | El golfo de Venezuela (I)

¿Existe una patria venezolana?

156 | El golfo de Venezuela (II)

Una realización táctica del Libertador

161 | El golfo de Venezuela (III)

El concurrente olvidado: Los guajiros

164 | Sesquicentenario de un olvidado: Antonio José de Sucre

170 | Muertes paralelas

175 | Introducción al libro *Introducción a la Antología de Simón Bolívar*

225 | Apéndices

Retazos de historia, etnología y otros temas

(contestación a Acosta Saignes)

JOSÉ LUIS SALCEDO BASTARDO

Retazos de teoría política, historia y otros temas

(final de la respuesta a Acosta Saignes)

JOSÉ LUIS SALCEDO BASTARDO

232 | Bolívar Pueblo Libertador

RAMÓN LOSADA ALDANA

238 | Noche de cinco y media

RAMÓN LOSADA ALDANA

245 | Bibliografía

Nota sobre lecturas básicas



Este libro se terminó de editar durante
el mes de julio de 2020
CARACAS-VENEZUELA

“Un día de 1988, cuando los graves males de salud anunciaban su próxima desaparición física, Miguel Acosta Saignes, con una carpeta en las manos, ya muy debilitadas, aunque todavía armado de aquella voz de sonoridad impresionante, se dirigió a mí y dijo: Ramón, tome estos trabajos sobre Bolívar. Déles forma de libro. Escríbales un prólogo y publíquelos con el título de *Dialéctica del Libertador*”.

Con este episodio comienza Ramón Losada Aldana la introuducción al presente libro, una recopilación de artículos, estudios y apuntes que el historiador, antropólogo y gran bolivarianista, Miguel Acosta Saignes, hiciera durante sus años de mayor productividad intelectual y que orbitan su obra cumbre: *Bolívar, acción y utopía del hombre de las dificultades*.

La lectura de *Dialéctica del Libertador* no sólo nos acerca a las ideas del autor sobre la necesidad de dilucidar a fondo la compeljidad de Simón Bolívar, el hombre y el héroe, sino que además nos muestra el trabajo crítico y riguroso de otro bolivariano lúcido y comprometido con la venezolanidad, como lo fuera Ramón Losada Aldana, quien logra mezclar afecto, admiración y respeto en esta cuidada edición.